



IRONIAS DE LA VIDA.

IRONIAS DE LA VIDA,

NOVELA DE COSTUMBRES NACIONALES

POR EL JOVEN MEXICANO

D. PANTALEON TOVAR,

AUTOR DEL DRAMA TITULADO

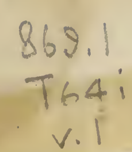
LA CATEDRAL DE MÉXICO.



MÉXICO.

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma num 4.

1851.



UN SEGUNDO.

> Dios mismo cuando crió al hombre, no quiso ó no se atrevió á inventar, y lo formó á su imájen y semejanza.—A. Dumas.

En esta novela no hay nada que sea original, porque la historia de la vida humana tiene siempre los mismos episodios, las mismas pasiones, los mismos dolores, las mismas alegrías. . . . . es un drama contínuo que pasa en todos tiempos, en todos lugares, y que solo acabará cuando ese hormiguero de locos que se llama *raza humana,* vuelva á la nada de donde salió. . . .

No invento porque nadie inventa; cópio porque todos cópian; mas no por esta razon creo que mi narracion sea perfecta: al contrario, estará plagada de defectos que mi ceguedad no me deja conocer, y por lo mismo recibiré con gusto todas las observaciones que se me dirijan haciéndome notar las faltas de mi obra, la que no doy al público como el resultado de los estudios de un literato, sino como un ensayo de mi pobre talento.

México, Julio 27 de 1851.

Pantaleon Tovar.



I.

EN LA MAÑANA.

AL dar las siete en el reloj de S. Francisco, una jóven atravesaba violentamente la plazuela de Guardiola, dirijiéndose á la Alameda.

El cielo estaba nublado y el suelo lleno de lodo, pues la víspera habia llovido á torrentes; así es que, cuando la jóven tuvo que pasar de la esquina del callejon de la Condesa á la del puente de S. Francisco, se vió precisada á recoger un poco su traje, y los transeuntes pudieron admirar impunemente un par de piececitos escrupulosamente forrados en unas finísimas medias de seda, y embutidos en dos zapatos de raso negro.

Al llegar á la puerta de la Alameda, la jóven dejó el paso rápido que llevaba cambiándolo por el natural, y entonces se pudo notar en sus maneras cierto aire de majestad, aristocrático, imponente, que infunde miedo á los libertinos y respeto al hombre honrado.

Al tiempo que llegaba á la fuente de la Libertad, un hombre, con el sombrero encasquetado hasta las sienes, y embozado hasta los ojos, desembocó por la calle diagonal de la derecha.

Cualquiera habría dicho que ese hombre seguía á la jóven; y en efecto era así; porque cuando ella atravesaba la plazuela de Guardiola, él pasaba la boca calle de la Mariscala, y entrando por la puerta de la Alameda que dá á este lado, había ido calculando la distancia, de manera que al llegar á la glorieta central pudiese caminar á su retaguardia.

Al verla llegar á la fuente, el embozado se ocultó tras del pilar de la entrada del jardin que tenía á su izquierda, y la jóven fué á sentarse en la grada que está de espaldas á S. Hipólito.

En aquel momento un rayo del sol penetró por la rotura de una nube y alumbró el hermoso rostro de la jóven.

El embozado se sonrió.

Pero su sonrisa fué una de aquellas que presajian siempre un mal y nunca un bien. Había visto radiar la belleza de la jóven por efecto de la luz del sol, y esa circunstancia hizo atravesar bajo su frente un pensamiento, que comunicó á su fisonomía la espresion de la amargura y de la envidia.

=Es hermosa,—dijo, hablando consigo mismo;—muy hermosa. Si no la hubiera visto no la hubiera amado; si no la hubiera amado no la aborreciera; y si no la aborreciera no me viera precisado á matarla.... Oh...! sí;—añadió despues de una pausa y como afirmando su pensamiento:—Morirá...! Y de qué muerte...? De la mas espantosa, de la mas terrible que puede imajinarse... Es una lástima... Pero no será de otro..!

Y una carcajada comprimida y diabólica ahogó las últimas sílabas de su frase.

El que hubiera visto de cerca á aquel hombre, no podría menos de asombrarse.

El pequeño espacio de su frente que dejaba ver su sombrero estaba violado; sus cejas, negras y pobladas, se juntaban en el centro de la parte superior de la nariz, y estaban lustrosas y empapadas de sudor; sus ojos pequeños, encapotados, y rodeados de un círculo amoratado, despedian miradas de lumbre, y



Lit. de M. Murguia

Tomo 1.º

El Mayordomo.

sus pupilas estaban inyectadas de sangre. Su nariz grande y comprimida, desde su nacimiento hasta la mitad era diagonal, y desde ese punto hasta el estremo inferior formaba una curva que se perdía en sus negros y espesos bigotes. Tenía las mejillas hundidas y los juanetes salidos: sus labios eran horriblemente protuberantes, su boca grande y aplastada en los estremos, su barba aguda y echada ácia delante, y su frente chata como la del cuervo formaba el conjunto repugnante de sus facciones.

En esa fisonomía, jénero ambiguo de hombre y de ave de rapiña, el menor observador hubiera conocido los síntomas de la lujuria. Ese hombre era en efecto la torpeza materializada: la torpeza que se dejaba escojer por sus víctimas, ó que tardaba mucho en escojerlas; pero que una vez hecha la eleccion, ó gozaba ó mataba.

Era rico, y esto le estaba bien: cuando no lograba por la persuasion, se abría las puertas con oro; y muchas pobres é incautas jóvenes habían maldecido los ricos aderezos que les regaló para que los lucieran en los bailes.

Obcecado hasta la ceguedad, ese hombre quería convertir en amor su inclinacion asquerosa. Creía que amaba y así lo decía: para él no tenia la vida mas que un encanto: *gozar;* y poco le importaba dejar en su camino muchos corazones destrozados, con tal que se revolcara en el cieno de su placer.

Como político, había pertenecido á las antiguas lójias que hicieron tanto mal á la República, y su corazon se empedernió en medio de los infames asesinatos de aquella época; así es que, las lágrimas no le enternecían, ni los dolores le inspiraban compasion.—En aquel tiempo, muchas veces habia violado ó seducido á la hija y á la esposa, que creían comprar con su honor las vidas de sus deudos; y despues asesinó al hermano, al padre ó al esposo, añadiendo de este modo la mofa á la superchería, la profanacion al asesinato.

Para él no habia pasado ni futuro; solo ecsistía el presente.

—Gozar *ayer* no era haber gozado; gozar *mañana* era no gozar; gozar *hoy* era su sola creencia, su sola relijion.

De ahí es que todos los dias se procuraba un placer; pero este placer consistía en la seduccion ó violacion de una mujer.—Poco le importaban los medios si lograba su objeto.—Cuando jóven habia querido enriquecerse; y como entonces se ajitaba en la República la cuestion de la forma de gobierno y se reunieron los clubs de York y de Escocia, él se filió en los que hubiera mas oro; porque como él queria oro, fué á prestar sus servicios al que le pagara mas, aunque fuera necesario vender al pais.

Para captarse la benevolencia y la confianza de sus cólegas, asistía á las procesiones, á los maitines, á todos los oficios divinos: se gloriaba de haber tenido entre sus parientes á dos inquisidores, y de haber trabajado con teson en la reunion de las lójias.—Finjía adorar á Dios renegando de Dios, y servía al partido escocés sin ser escocés.—Sacrílego é impío se mofaba de la divinidad: hipócrita y perverso se burlaba del mundo.

Todo esto le valió la reputacion de un santo, y mas todavía: era mayordomo de un convento de monjas.

Mientras que el personaje cuyo carácter hemos bosquejado, estaba inmóvil y oculto tras del pilar y con los ojos fijos en la jóven, ésta había clavado su vista en la puerta que sale para Corpus-Christi, y su semblante revelaba la ansiedad de quien espera.

Esa inquietud no se escapó á la mirada perspicaz del embozado que observaba todos los movimientos de la jóven, y que suspicaz como todos los hombres celosos, sintió una profunda envidia cuando por la actitud de la mujer á quien vijilaba conoció que en efecto esperaba á alguno, que mas feliz que él habia logrado obtener un favor de ella.—Furioso con ese fantasma que creó su imajinacion, su rábia se acrecentó hasta un grado indecible; tembló de piés á cabeza, se mordió los labios hasta hacerse sangre, y esclamó con una voz reconcentrada:

=Espera á alguno...! Y desde aquí podré ver, pero no podré oir.... Oh...! oh...! Pero.... pero.... sí...!—añadió soltando una risotada;—todo lo sabré...!

Y mas veloz que el pensamiento rodeó el jardin que tenia á su derecha, saltó el enrejado del que está tras de la grada, y astuto como la zorra, fué á colocarse detras del balaustrado, precisamente á espaldas de la jóven.—Desde ese lugar podia ver, oir, saber.

En este momento el sol brilló con todo su esplendor, y bañó con su lumbre aquellos dos rostros que revelaban la impaciencia.—El cuadro no podía ser mas irónico.—Era la víbora que queria devorar á la ardilla; era el milano que acechaba á la paloma.... Pero á los dos los alumbraba el sol con la misma impasibilidad, con el mismo resplandor.

La ansiedad de los personajes no duró mucho tiempo. Una jóven de fisonomía alegre y vivaracha, de cabello castaño y quebrado, de ojos hermosos y boca de coral, que traía cubierta la cabeza con un rebozo de hilo de bolita, ceñidas á su delgada cintura unas enaguas de musolina color de rosa y metidos sus pequeños piés en unos zapatos de mahon negro, entró muy de prisa por la puerta de Corpus-Christi y se dirijió á la glorieta. La jóven que estaba sentada en la grada se sonrió al verla llegar, y la frente del embozado se desarrugó al conocer á la criada.

Esta se acercó á su ama, la que con una voz dulce como la esperanza de un poeta, la preguntó:

=Qué hubo, Manuela...?

La criada no respondió: solamente sacó su mano de debajo del rebozo, y dió á su ama un peso que traía.

=Nada mas...?—dijo la jóven.

=Nada mas,—respondió la criada.

=Es muy poco...!—esclamó la jóven melancólicamente.

=Pobre señorita...!—dijo la criada.

Y dos lágrimas se asomaron á sus ojos mientras que una sonrisa contraía sus labios.

La jóven se puso en pié, y seguida de su criada atravesó la glorieta y se dirijió á la puerta de la Mariscala.

El embozado se quedó inmóvil y pensativo.

Había visto, había oído y había sabido.

Para otro hombre que no fuera él, lo que acababa de pasar estaba reducido á saber que aquella jóven había mandado uno de sus trajes á una casa de empeño, para salir de los apuros del dia; pero para el embozado no era solo esto: había descubierto que la familia de esa jóven estaba reducida á la indijencia, y que aunque sostenía cierta especie de mediano lujo, necesitaba recurrir algunas veces para alimentarse, á esos ajiotistas públicos que roban á los pobres con licencia del gobierno y violando la ley públicamente.

Esta maldita reflecsion hizo nacer en él una esperanza mas maldita todavía.—En cierto tiempo quiso engañar á la jóven finjiendo un amor acendrado, y no había conseguido de élla ni una respuesta ni una mirada; y desde el momento que calculó su situacion, resolvió deslumbrarla con oro.

Es tan espantosa la miseria...!—Y ademas, las jóvenes son tan amantes del lujo...!

=Sí,—dijo el mayordomo con un acento cruelmente burlesco;—muchas han resistido á mis halagos, á mis promesas; pero todas han sucumbido al brillo de mi dinero.... y ésta cederá.... Oh...! sí.... cederá, cederá...!

Y deslumbrado por su pensamiento atravesó el jardin, y saliendo por la puerta de S. Hipólito se dirijió á S. Fernando.

En ese instante daban las ocho.

El mayordomo, al salir de la Alameda, se limpió el sudor que humedecía su frente, inclinó la vista, dió á su fisonomía una espresion modesta y comenzó á andar con paso grave y moderado.

Al llegar á S. Fernando, se detuvo delante de un anciano religioso que estaba parado en la puerta del cementerio.

=Buenos dias, reverendo padre;—dijo, descubriéndose la cabeza y besando hipócritamente la mano del sacerdote.

=Dios los dé á usted mejores, hijo mio,—contestó el relijioso con una voz agradable aunque pausada.

=Gracias,—contestó el mayordomo.—Vengo á hablar á V. R. de un asunto muy urjente.

=En tal caso, hijo mio,—dijo el sacerdote,—tómese usted la molestia de pasar á mi celda, y allí...

=Ya sigo á V. R.,—contestó el embozado.

Y echaron á andar.

El sacerdote era uno de aquellos séres que han nacido para el bien y consuelo de la humanidad.

En su frente, noble y severa, se revelaba una intelijencia superior; sus ojos eran de color pardo oscuro, y su mirada apacible y tranquila; su nariz aguileña y bien formada; su boca de un tamaño regular y el labio superior lijeramente abultado, como lo tienen los hombres que poseen los dones de la palabra y de la elocuencia. Toda su fisonomía tenía el sello grave de la virtud; y su cabello, blanco como la nieve, le daba un aspecto piadoso y venerable.

Seguido del mayordomo, atravesó el cementerio, entró á los claustros y subió á su celda.

Una cama limpia y modesta, una mesa de madera blanca, algunas sillas antiguas de nogal, y un librero del que formaban parte la Biblia y la Corona poética de la Vírjen, eran todo el ajuar de aquel aposento en que se alojaba el austero relijioso.

Cuando se hallaron dentro, el sacerdote acercó dos sillas á la mesa é invitó al embozado á que se sentara, al mismo tiempo que lo autorizaba con su ejemplo.

=Ya le escucho á usted, hermano,—dijo el reverendo.

=Se lo agradezco á usted, padre,—respondió el mayordomo; y luego añadió con compuncion.—Siento infinito molestar á

V. R.; pero me encuentro tan preocupado... y ademas, la doctrina dice: *"Preguntar al que mas sabe."*

El sacerdote se inclinó.

=Déjese usted de elojios inútiles, hijo mio,—dijo al mayordomo;—y tenga usted la bondad de decirme lo que quiere, porque mi tiempo es corto, pues debo decir misa á las nueve.

=Entonces,—replicó el mayordomo;—no quiero causar molestia á V. R., y voy á decirle sucintamente el motivo de mi venida.

Hubo una pausa, durante la cual el embozado coordinó sus ideas; y despues continuó.

=Una jóven, perteneciente á una de las mejores familias de esta capital, ha sido víctima de la maldad inaudita de uno de esos infames libertinos que abundan tanto en nuestro siglo.—Engañada, mas bien que prostituida, cedió á sus impuros deseos, bajo la promesa formal de que el matrimonio lejitimaría su union; pero el perverso, despues de haber abusado de su candor, la abandonó vilmente cuando vió que la desdichada llevaba en su seno el fruto de su pasion.—La pobre jóven, temerosa de que sus virtuosos padres descubrieran su falta, intentó tomar una de esas tisanas que violentan los partos, y acudió á mí pidiéndome consejo...

=Y usted..?—preguntó el sacerdote con ansiedad...

=Yo,—continuó hipócritamente el mayordomo,—la reprendí su mal pensamiento, y á fuerza de reflecsiones relijiosas logré desvanecérselo.

=Ah..!—esclamó el buen anciano, como si le quitaran un enorme peso de encima.

=Pero...—dijo el mayordomo.

=Y qué..?—replicó vivamente el reverendo.

=Dió en otro estremo,—prosiguió el embozado.

=En cuál..?—prorumpió el relijioso, como adivinando lo que podría ser.

=Quiso tomar veneno,—dijo el mayordomo finjiendo un horror invencible.

=Oh..!—esclamó lastimosamente el sacerdote.—Y qué sucedió..?

=Logré,—continuó el hipócrita,—desviarle de esa resolucion, diciéndola que no tenía derecho para abreviar los dias que Dios le habia dado, y pintándola los tormentos espantosos que deben de sufrir los suicidas en la otra vida.

=Y mas ella,—dijo el sacerdote con una voz sombría;—mas ella, que lleva en sus entrañas á una criatura bastante desgraciada ya con deber la vida á un padre desnaturalizado.... Mas ella, que debe sufrir resignada las consecuencias de su falta como una expiacion impuesta por el cielo... Oh..! hijo mio, ha hecho usted una obra meritoria ante Dios con haber evitado ese crímen, y acaso esa accion cristiana no será estéril.

=Gracias, padre mio,—respondió el mayordomo;—y ahora, qué me aconseja V. R..?

=Diga usted á esa jóven que vaya á los piés de sus padres y que les confiese su falta... que sufra ya que ha gozado, y que sus padecimientos los lleve con paciencia, puesto que se sació voluntariamente en el placer... que cuide la vida de esa criatura inocente, porque Dios que se la ha dado es el solo que tiene poder para quitársela; y que, por mas lágrimas que vierta en este mundo, nunca serán bastantes para que expíe el espantoso crímen que ha querido cometer.

Al hablar así, la fisonomía del sacerdote tenía un aspecto imponente.

=Lo haré como dice V. R.,—dijo el mayordomo;—y volveré á hacerle saber los resultados.

El reloj de la iglesia dió los tres cuartos para las nueve.

=Un cuarto de hora me queda para disponerme al santo sacrificio, hijo mio,—dijo el religioso,—así es que me permitirá usted que le deje.

=No lo consiento, padre,—replicó el mayordomo.

=Pero...—dijo el sacerdote.

=Quiero decir, que si vuestra paternidad me lo permite, yo le ayudaré la misa;—dijo el embozado.

=Con mucho gusto, hermano,—contestó el relijioso encantado con la finjida devocion del mayordomo.

Y bajaron á la sacristía.

Un cuarto de hora despues el sacerdote oficiaba en el altar, y el mayordomo le servia de ministro.

Los fieles que estaban arrodillados delante de la cruz, admiraban la piedad con que el ayudante servía al apóstol de la relijion, y las madres de familia le señalaban á sus hijos como modelo de cristiandad.

El horrible mayordomo era simpático en aquel momento. Su rostro estaba mústio y compunjido, su boca se movía á impulsos de la oracion que murmuraba, tenía la vista modestamente inclinada, y se daba contínuos golpes de pecho.

Cuando el sacerdote hizo la ovacion besó tres veces el suelo al sonido de la campana; y la última clavó la frente en la tierra como sumerjido en una profunda meditacion. Pero si alguno hubiera podido acercársele é inclinarse á observarle, hubiera sorprendido una risa ahogada y burlesca que salia de su garganta é iba á morir en las baldosas del piso del altar.

Aquello era impío, nefario, sacrílego.

Era el Fariseo que intentaba levantarse al nivel de Dios: era el judío que se befaba de la agonía del Redentor.

Si Molière hubiera visto á ese hombre, no hay duda que habría dicho:—"Ese es mas hipócrita que el mio;"—y hubiera huido lleno de espanto.

Acabóse el sacrificio: los fieles dirijieron á Dios su última plegaria, y el ministro del Altísimo seguido de su ayudante, se dirijió á la sacristía.

Diez minutos despues, el anciano sacerdote subía á su celda y el impío mayordomo salía de la iglesia.

Cuando llegó á la puerta del cementerio, se detuvo y volvió la vista al claustro.

=Tú,—dijo riendo sarcásticamente y como si hablara con el venerable padre;—tú me has dado un consejo y yo le seguiré... haré que Inés confiese la falta á sus padres para que adopten á mi hijo... la amenazaré para que no me delate... y despues... despues...

Volvióse bruscamente, atravesó la plazuela y tomó por la calle de S. Hipólito.

Los nubarrones se habian disipado enteramente, y el sol se ostentaba en el azul del cielo como un soberbio candil en medio de un salon.

Las hojas de los árboles de la Alameda, lustrosas todavía por la humedad de la lluvia, despedian un ambiente fresco y embalsamado; y las calles, poco antes solitarias, estaban llenas de multitud de señoras que iban á gozar la pureza del aire en ese bosque poético, situado al estremo occidental de la ciudad santa del Nuevo-Mundo. Muchas niñas caprichosamente vestidas se divertian en correr á todos lados, ó pugnaban inútilmente para cortar una rosa pasando sus rosados brazos por entre las cercas de los jardines, mientras que las jóvenes, bellas y seductoras como una aparicion fantástica, dirijian miradas penetrantes por todos los ámbitos del paseo, buscando unos ojos donde clavar los suyos y una sonrisa que correspondiera á las de sus bocas. En medio de ese cuadro alegre y bullicioso, de niños que corrian, de hermosas que pensaban y de madres que cuidaban, nadie podía imajinar que ecsistiese un mortal desgraciado; y sin embargo, ecsistía.

Un jóven como de veinticuatro años, de ancha y soberbia frente, de cejas negras y arqueadas, ojos regulares, negros y de un brillo mate, cuya mirada era meditabunda y severa, se paseaba lentamente por las calles diagonales del lado de S. Juan de Dios. El que le hubiera observado con atencion, habría descubierto en su semblante las huellas de un dolor inci-

sivo y contínuo, al mismo tiempo que las apariencias de un carácter estraño, reservado y estóico. Su respiracion era trabajosa, y su vista se quedaba á veces tan fija que no miraba nada de lo que pasaba á su alrededor. De vez en cuando hinchaba su pecho un suspiro que él ahogaba al salir de su boca, para que no lo oyeran los que le rodeaban.

Temía que se mofaran de su sufrimiento..!

Sério, impasible, é indiferente á todo lo que pasaba á su lado, se paseaba incesantemente sin que las risas de los chiquillos, ni los gritos medrosos de las madres fueran bastantes para sustraerle al dominio de su imajinacion. A nadie veía; nadie tampoco lo veía. El mundo no tiene ojos mas que para ver la felicidad; la desgracia pasa sobre él sin que la sienta, como si no pasara, como si ni aun el nombre de *desgracia* ecsistiera.

Esto es una ironía.

Hacía ya algunos minutos que el jóven estaba paseándose, cuando una mano le tocó lijeramente la espalda, y una voz que le era demasiado conocida, le dijo:

=Y bien, Hipólito..?

El jóven se volvió, y fijando la vista en su interlocutor, le respondió con una voz muy triste:

=Se muere sin remedio, señor tutor..!

=Oh..!—dijo el mayordomo finjiendo un dolor intenso;—pero, y los médicos..?

=La han desahuciado..!

=Bien sabe Dios que lo siento con toda mi alma,—replicó el mayordomo, dando á su voz un acento lastimoso.

=Pobre madre mia..!—esclamó Hipólito.

=Vamos, vamos á verla,—contestó el tutor.

Dichas estas palabras, se dirijieron silenciosamente á la puerta del puente de S. Francisco.

En ese mismo instante pasaba otra escena en la calle diagonal que desemboca á la puerta de la ex-Acordada.

Una pareja de esas que en el mundo se llaman felices, porque las une el amor mas vehemente y sin límites, se paseaba lánguidamente en la calle de árboles que hemos señalado, entretenida en uno de esos coloquios en que se ofrece dar felicidad por felicidad, ecsistencia por ecsistencia.

=Cárlos, Cárlos,—decía la linda boquirubia á su compañero,—tú no me amas, tú me engañas.

=Tú eres la que te equivocas, vida mia,—contestó el jóven,—te adoro mas que á mi vida, con todo mi pensamiento, con toda mi alma.

=Me adoras..! Me adoras..! Pero anoche no has ido al teatro..!—dijo con cólera pueril la jóven ofendida.

=No fuí, porque...

=Porque no me amas, y nada mas..!

=Luisa..!

=Sí, lo repito; porque no me amas. Te busqué por todas partes; miré los asientos de la luneta uno por uno, y cuando no te encontré en ella fijé mi vista tenazmente en la puerta; no la quité de allí en todo el tiempo que duró la funcion... no hice caso ni del drama, ni del baile... y tú no llegaste..! Oh..! Esto es una desesperacion..!

=Pero escúchame, amada Luisa...

=No, no; tú no me amas..!

=Pero, Luisa...

=Si me amaras, estuvieras como yo... Estarías siempre inquieto, siempre deseando verme, queriendo respirar el aire que respiro, ver lo que veo, sentir lo que siento...

=Mi vida..!

=Y cuando no me vieras todo te faltaria en el mundo... el aire, la vista, la vida... no estarías tranquilo y me buscarías por todas partes, aprovechando la ocasion de dirijirme una mirada, de pagarme una sonrisa... Oh..! Así es como yo amo..!

=Así te amo yo..! Con todo ese entusiasmo, con toda esa inquietud, con toda esa violencia..!

=De veras..?—dijo irónicamente la jóven.

=Oh..! sí, sí;—repitió Cárlos dirijiendo á Luisa una mirada fascinadora.

=Y no fuiste al teatro anoche..!—insistió Luisa, que no quería satisfacerse á pesar de las palabras de su amante.

=No fuí, porque tuve que ir por mi hermana á una visita á la calle de la Joya, y allí me entretuve hasta las once y media.

=Por tu hermana..?

=No quieres creerme..?

=Oh..!

=Desconfías de lo que te digo, Luisa..?

=Hace mucho tiempo que me ofreciste llevar á casa á tu hermana, y no me has cumplido tu promesa.

=Es porque me ha sido imposible.

=*Imposible..?* Cárlos, esa palabra no existe para los que aman.

=Por favor, Luisa mía..!

=Todo lo olvido, pero con una condicion.

=Cuál..?

=La de que esta noche presentes en casa á tu hermana.

=Ah..! Pero tal vez...

=Dudas..? Me has dicho que me amas,—contestó la hermosa jóven fijando en su amante una de esas miradas llenas de fuego, miradas deslumbradoras que valen una vida de ventura. El jóven no pudo resistir á esa mirada de Vénus, y loco de alegría contestó á su amada:

=La llevaré, Luisa, la llevaré.

=Entonces, hasta la noche.

=Hasta la noche, Luisa.

Y los dos amantes se separaron.

Cárlos se internó en la Alameda, y Luisa salió por la puerta que dá para la ex-Acordada; y tomando la acera del Hospicio se dirijió al centro de la ciudad, seguida de su fiel y discreta criada.

Casi al mismo tiempo el mayordomo é Hipólito entraban en la casa número *** de la calle de Tacuba. Los dos subieron rápidamente las escaleras y entraron hasta los aposentos interiores.

En uno de ellos que servía de recámara, estaba una mujer postrada en su lecho. No tenía mas que cuarenta años de edad; pero la enfermedad habia consumido sus facciones de tal modo, que se la hubiera creido una anciana. La luz ténue que penetraba por las blancas colgaduras de la cama, daba á su rostro la apariencia de una vision. En su vista quebrada, en sus movimientos lentos y tardíos, y en lo abultado de su respiracion, se conocia que ya la quedaban pocas horas de vida; pero á pesar de todo esto, se veía en su frente pintada la serenidad y la resignacion de una santa.

Al mirar á Hipólito, el brillo de su vista se animó un poco, y sus labios se abrieron para pronunciar el nombre de su hijo.

=Hipólito..?

=Madre mia..?

=Querido hijo..!—esclamó la enferma.—Y tu tutor..?

=Aquí está, madre mia.

=Oh..! gracias, hijo mio.—Acérquese usted, señor D. Jacinto,—dijo la enferma con algun esfuerzo y dirijiéndose al mayordomo.

=Aquí me tiene usted, señora,—contestó éste, dando siempre á su voz la inflecsion dolorosa que le convenía en el momento.—Qué quiere usted..?

=Cumplir con el deber sagrado de una madre que abandona este mundo por el otro... Doy gracias á Dios porque me dió una vida descansada y llena de comodidades; pero en este momento, no tengo mas bienes en la tierra, no poseo nada mas que á mi hijo..!

=Yo seré su padre, señora;—dijo el hipócrita.

=Oh..! gracias..!—contestó la enferma;—me ha comprendido usted, y ya moriré tranquila.

=Todavía no, señora;—respondió el mayordomo;—no desespere usted... Yo confío en la ciencia... acaso aun hay esperanza..!

=No,—replicó la enferma,—no la hay ya. Los médicos me han desahuciado, y yo siento la muerte en el corazon. Lo sé; voy á morir; pero muero resignada. Lo único que me aflijía en este trance supremo, era la suerte de mi hijo; pero usted...

=Lo repito; seré su padre.

=Bendito sea usted..!—esclamó la paciente con toda la efusion de la gratitud.

Hipólito, inmóvil y apoyado en el rodapié de la cama, vertía un torrente de lágrimas.

Aquel suceso sombrío era un golpe mas, que la desgracia descargaba sobre el corazon de este jóven, sensible y apasionado. Había visto deshojarse las flores de su vida, y en ese momento miraba moribunda á la única persona que le amaba en el mundo, como ama una madre, sin interés, sin egoísmo de ningun jénero, sin esperar mas recompensa que la gratitud y el amor de su hijo.

La enferma, viendo su llanto, le llamó á su lado; hizo que la ayudara á sentarse, y rodeando el cuello de Hipólito con su brazo, imprimió sobre la frente del jóven un beso de paz, mas estimable que todos los besos de los enamorados del mundo.

Y lloró con él...

Aquellas lágrimas eran la postrera despedida de dos almas virtuosas y desgraciadas, que en ese momento se fundían en el llanto que derramaban.

Enfrente de esas dos criaturas y á los piés de la cama, estaba el mayordomo sentado en un sillon, con el semblante compunjido y la mirada mústia, pero con la alegría en el corazon. Veía aquel dolor y se gozaba en él. Se reía en su interior con la esperanza de que muriendo la madre de Hipólito, podría apoderarse impunemente de la fortuna de éste, que codi-

ciaba hacía tiempo, pero que no podía obtener mientras viviera la señora, porque eso hubiera destruido su reputacion de santidad que le interesaba conservar á toda costa.

El contraste era cruel.

Dos almas que se despedian en este mundo para ir á reunirse en el otro, y un hombre que se mecía en la esperanza de su codicia.

Esto tambien es una ironía.

Despues de que la madre y el hijo desahogaron su pesar con su llanto, y ya que los vió algo tranquilos, el mayordomo se levantó para marcharse. La madre dirijió al tutor otra súplica por su hijo, y el tutor la aseguró que velaría por él.

Esto tambien era un sacrilejio.

Uno de los crímenes que Dios debe castigar severamente, es sin duda el que se comete engañando á un moribundo; las palabras que se pronuncian en semejante circunstancia, son otros tantos juramentos que se hacen al pié del trono del Eterno, y el que falta á ellas insulta á la virtud, blasfema del Criador.

El mayordomo salió de la casa de Hipólito, y apenas puso el pié en la calle cuando se reveló en sus facciones un gozo maldito é infernal. Jadeando, si es que puede decirse así; jadeando con la esperanza de poseer mas de lo que poseía, y gozándose de antemano en esa posesion, dió vuelta por la calle de Santo Domingo, despues por la de la Enseñanza, siguió á la de Montealegre y entró en el número ***.

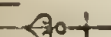
Al subir la escalera, volvió á tomar su aspecto santurron.

Llegó al porton y llamó con la campanilla.

Una anciana, que en el siglo XVIII se hubiera llamado dueña, y que en el presente hacía el oficio de ama de llaves, salió á recibirle.

=El señor D. Pedro..?—preguntó D. Jacinto.

=No está en casa,—contestó el ama de llaves con una voz gangosa y acentuada;—ni tampoco está ahí la señora; pero si usted quiere pasar, la señorita le hará compañía.



=Pues con permiso de usted, señora,—replicó el mayordomo adelantándose por el corredor y dirijiéndose á la sala.

La vieja murmuró entre dientes.

=Qué buen señor..!

La sala donde vamos á introducir á nuestros lectores, estaba amueblada al gusto de la época de Cárlos IV. Unas sillas que hoy podian hacer las veces de poltronas, llenas de molduras y con sus asientos forrados de damasco encarnado, dos canapées de la misma hechura, dos cómodas de madera negra con embutidos de concha, cuatro ó seis pantallas de cristal colgadas á la pared y un candil de seis luces pendiente del techo, adornaban aquella pieza que desde á leguas despędía cierto olor de santidad. En la cabecera principal había un cuadro de la Vírjen del Pilar, y enfrente de éste la efijie de S. M. D. Fernando VII.

Una mujer como de treinta años, de fisonomía agradable si no hermosa, en cuyo semblante y en la redondez un poco notable de su talle se podía percibir la enfermedad que padecia, se hallaba sentada cerca del balcon, dirijiendo de cuando en cuando miradas inquietas á la puerta de la sala.

Cuando vió entrar á D. Jacinto, lanzó una esclamacion en la que el temor y la esperanza se disputaban la primacía.

=Buenos dias, Inés,—dijo el mayordomo acercándose á ella.

=Buenos dias, D. Jacinto,—contestó lánguidamente Dª Inés.

El mayordomo acercó una silla y se sentó. Despues de algunos instantes de silencio:

=Qué has pensado hacer, Inés..?—la preguntó manifestándola mucho interés.

=Ya lo sabe usted,—contestó melancólicamente la interrogada.

=Envenenarte..?

=Sí,—dijo estóicamente Dª Inés.

=Pero, y esa criatura que llevas en tu seno..?

=Morirá tambien.

=Inés..!

El hipócrita dió á esta palabra un acento de reconvencion tan implacable, que hizo estremecer á la pobre mujer.

=Escucha,—continuó el malvado;—tú no puedes quitarte la vida... ya que cometiste una falta, es necesario que la purgues.

=Y quién,—esclamó ella indignada;—quién es el culpable de que yo cometiera este crímen..?

=Bien sabes que yo no lo soy.

=D. Jacinto..!

=No; tú quieres ahora hacerme cargar con el peso de la vida de esa criatura cuando no soy su padre... Si fuiste mia, ya... pasó mucho tiempo para que yo pueda adoptar al niño que des á luz.

=Oh..! Esto es una infamia..!

=Te perdono tus insultos, Inés, porque...

=Que me perdona usted..? Cree usted acaso que yo necesito su perdon..! No..! De mis padres á quienes me hizo engañar vilmente, es de quienes necesito la piedad... No de usted, que abusó de mi sueño para hacerme desgraciada... No de usted, que tantas lágrimas me ha hecho derramar y que acaso será la causa de mi muerte..!

=A pesar de todos esos ultrajes, te voy á dar un consejo... ó mas bien dicho, quiero protejerte en tu deplorable situacion. Huye conmigo.

=Para qué..?—gritó D.ª Inés;—para que me abandone usted en la miseria y sea yo mas desgraciada aún..? Nunca..!

=Pues entonces,—contestó el mayordomo;—confiesa á tus padres tu desgracia y consigue su perdon; pero si dices que yo...

=Pues quién quiere usted que diga..?

=Cualquiera... ninguno... dí que ha muerto; porque si dices que yo... no me vengaré en tí, pero sí en tu hijo.

=Oh..!—esclamó Inés llena de espanto:—Este hombre es un malvado..!

=Como quieras... Tres dias te doy para reflecsionar... O huyes conmigo, ó confiesas tu culpa; pero sin descubrirme, porque entonces... piénsalo bien... no me conoces todavía.

=Demasiado, por mi desgracia..!—dijo sollozando la desdichada criatura;—demasiado le conozco á usted. Pero esto es insoportable... es una condenacion..!

=Me voy... Hasta de aquí á tres dias;—dijo el mayordomo, y se disponía á salir cuando sonó la campanilla del porton.

D.ª Inés enjugó sus lágrimas: el mayordomo compuso su semblante: D. Pedro entró á la sala seguido de su mujer.

Esto último disgustará á las elegantes consortes de nuestros dias; pero no lo estrañarán cuando sepan que las esposas que alcanzaron todavía los felices tiempos del gobierno colonial, tenían un respeto sin límites á sus maridos, á quienes veían como á sus dueños y señores naturales.

D. Pedro era un hombre de setenta años; su constitucion maciza como la de todos los nacidos en el siglo pasado, y su semblante agradable. Un sombrero de lana negro, de forma aclarinada, una camisa cuyo cuello le llegaba hasta las orejas, un pañuelo blanco ceñido al pescuezo, un chaleco blanco, que no era mas grande por no impedir el movimiento de las piernas, una chaqueta tambien blanca que estendía sus límites hasta las caderas, un pantalon de piel de tusa negro, derecho, y que no pasaba del empeine del pié, zapatos negros tapetados, una capa de paño verde-botella, de esclavina corta y cuello derecho, cuyos bordes parecían de carey, su pañuelo *paliacate* en el bolsillo, y su rosario colgado de la cintura, eran el traje cotidiano que usaba ese anciano algo encorvado ya por el peso de los 25.567 dias que llevaba á las espaldas.

Sin embargo, no se crea por el bosquejo que hemos hecho de su persona, que era uno de esos viejos camanduleros, ridículos é insoportables, que molestan incesantemente á los hombres de nuestra época; no. Educado con todas las preocupaciones de su tiempo, adoraba á Dios como le habían enseñado

á adorarlo, pero no se metía en que Juan ó Diego lo adoraran de otro modo. Cumplía con su deber y con su conciencia, y esto le bastaba; y si sus costumbres antiguas le desviaban de la sociedad, su carácter bondadoso, afable y caritativo, atraía á su lado á todas las personas que amaban á la humanidad.

Filántropo por inclinacion y por benevolencia, no buscaba en este mundo la recompensa de sus beneficios; se contentaba nada mas con la gratitud y las bendiciones de los pobres, y ninguno acudía á él en sus necesidades sin que recibiera un consuelo y un socorro. Así es, que todas las personas de que se rodeaba, ó eran desgraciados socorridos ó jentes dispuestas á ayudarle en sus caridades.

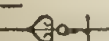
Acaso parecerá estraño que el mayordomo hubiera logrado introducirse en esa sociedad; ¿pero puede faltar un Judas en un apostolado..?

Con el prestijio que todos los que pertenecen á la iglesia tienen entre multitud de familias, y sobre todo, en las que conservan algunos hábitos tradicionales del tiempo de los vireyes, no es nada singular que un mayordomo de monjas acrecentando esa influencia con la hipocresía de sus costumbres, logre introducirse y hacerse querer en el seno del hogar doméstico, y mas perverso que el lobo de la fábula acaricie á sus víctimas para devorarlas despues.

Esto sucedió con D. Jacinto.

Escudado con su posicion y con su camándula, había entrado en casa de D. Pedro; había sacrificado algun dinero para obras de beneficencia, porque le gustó Inés y quería seducirla; y ésta, que tambien estaba educada con toda la imprevision y ceguedad con que los antiguos criaban á sus hijos, no abrió los ojos hasta que se halló en el fondo del abismo.

Es verdad que el mayordomo abusó de su sueño para deshonrarla; pero la desgraciada mujer, dotada de una naturaleza ardiente, humedeció sus lábios en la copa de la delicia y quiso apurarla toda.



Las consecuencias fueron fatales.

Muchas lágrimas había derramado en silencio, muchas súplicas inútiles había dirijido á su seductor para que pusiera un remedio á su mal; y ya sabemos como quiso arrojar prematuramente el fruto de su falta, impidiéndoselo el mayordomo, y como despues quiso envenenarse.

Esta resolucion criminal y desesperada, dormía, pero no había muerto en el pensamiento de Inés. La había calculado demasiado fríamente para poder desecharla, porque la idea de la maldicion de sus padres la espantaba menos que la muerte.

No dudamos que entre el suicidio y los padecimientos de la vida deben preferirse estos últimos; pero el infame mayordomo enjendró la duda en el corazon de Inés, desvaneció su fé, y la desventurada mujer no encontraba en su situacion mas remedio que morir.

Hemos dicho que el hipócrita compuso su semblante al ver entrar á D. Pedro. Este, al mirarlo, hizo una esclamacion de alegría, porque engañado como todos por la santurronería de D. Jacinto, le profesaba un afecto distinguido.

=Me alegro de hallar á usted aquí, señor mayordomo; y bien sabe Dios que le esperaba.

=Aquí me tiene usted para lo que guste, señor D. Pedro... Dios guarde á usted, señora.

=Su divina Majestad cuide de los dias de usted, señor D. Jacinto,—contestó la esposa de D. Pedro.

=Mil gracias, señora D.ª Ricarda,—dijo melosamente el mayordomo.

Inés se mordió los labios de cólera al ver la impasibilidad devota de D. Jacinto; D. Pedro y su esposa se sentaron.

=Deseaba ver á usted,—dijo D. Pedro,—para que me ayude en una obra de caridad.

=Sabe usted que ese es mi mayor placer.

=El otro dia,—continuó D. Pedro,—al entrar á catedral, encontré á un niño andrajoso, que con las lágrimas en los ojos

me pidió una limosna porque su madre estaba enferma y él no tenía para comer. Su llanto me conmovió estraordinariamente, y queriendo convencerme por mí mismo de la verdad, le dije que me guiara á su casa. El niño echó á andar, y despues de haber atravesado toda la ciudad hasta el barrio de S. Salvador el Seco, entramos en un corral que mas bien parece cuchitril de perros que habitacion humana. El muchacho me guió á uno de los jacales que rodean el patio, y allí, tendida en un petate, sobre el suelo brotando agua, ví en efecto á una mujer de edad algo avanzada, consumida por la fiebre mas ardiente que he visto en mi vida. Qué miseria, querido señor D. Jacinto..! El pequeño brasero colocado en un rincon, no tenía ni aun cenizas, un jarro sin agua era el único trasto que estaba sobre él, y la pobre mujer se moría sin que una mano benéfica la ausiliase en su desgracia. Por de pronto la hice transportar al meson del Chino, y encargué su cuidado, mediante el dinero, se entiende, á una de las mujeres de los alojados allí. Hoy el periodo peligroso de la enfermedad ha pasado enteramente, tanto que la enferma está convaleciendo, y con la ayuda de Dios espero que acabará de aliviarse.

=Oh..!—esclamó el hipócrita;—usted tiene su parte en ese alivio, y Dios le recompensará su obra de caridad.

=Dejemos eso,—continuó el buen anciano.—Ya sabe usted que no me gusta hacer las cosas á medias. He hecho lo que he podido por la salud del cuerpo de esa mujer, y deseo tambien hacer algo por la del alma de su hijo. Es una criatura que no tiene educacion, ni oficio, ni beneficio; y quiero, en primer lugar, que me busque usted una escuela donde le enseñen á leer, á escribir, á contar; y sobre todo, la doctrina cristiana, para despues darle un oficio y de este modo asegurarle con que subsista. Mientras tanto yo alimentaré á la madre y al hijo...

=Y yo, y yo;—dijo ansiosamente el mayordomo;—los dos cuidaremos de ellos. Oh..!—añadió con finjido placer:—Ben-

dito sea Dios que me trajo hoy á esta casa... no he perdido el dia... Voy inmediatamente á informarme de la mejor escuela de primeras letras que haya en México y esta tarde volveré... Adios, señor D. Pedro... adios, Inés... adios, señora D.ª Ricarda... Hasta la tarde.

D. Pedro y su mujer acompañaron al mayordomo hasta la puerta de la sala.

Inés se quedó espantada de la perversidad de aquel hombre.

El mayordomo bajó rápidamente la escalera, y cuando salió á la calle soltó una risotada burlesca.

El reloj de catedral dió las diez y media.



II.

LA MADRE Y LA HIJA.

La jóven, á quien hemos abandonado en el momento en que salía de la Alameda por la puerta de la Mariscala, despues de haber atravesado la calle de S. Andrés, dió vuelta á la de Vergara y llegó á la puerta de una de las accesorias de *plato y taza,* que forman los bajos de la espalda del convento de Betlemitas.

Estas habitaciones reducidas no tienen mas que dos piezas en la parte baja. A la izquierda de la entrada, debajo del hueco que hace la escalera, está colocado un brasero cubierto á la vista por un tabique de madera, que forma la cocina, y que recibe la luz por medio de una ventana colocada tambien á la izquierda de la puerta de la calle, enfrente de la cual está la que conduce al aposento interior. Un poco mas allá de la cocina comienza la escalera cuyo primer tramo es de seis escalones, y que torciendo á la izquierda lleva al piso alto dividido tambien en dos piezas, sirviendo la primera de sala con un balcon y una ventana colocada sobre la del piso interior; y la segunda, propia para recámara por lo abrigado de su temperamento, aunque algo oscura, porque lo bajo del techo de la sala impide el tránsito de la luz.

A pesar de su estrechez, la casa de la jóven estaba amueblada, si no con elegancia, á lo menos con sencillez y decencia. El estrado se componia de sillas de madera blanca pintadas color de caoba y perfectamente barnizadas: un sofá forrado de damasco verde floreado de blanco, y á cuyos lados, en el suelo, estaban colocadas dos escupideras de laton; dos rinconeras del mismo color de las sillas, cuya superficie imitaba al mármol; una cómoda igual á las rinconeras, encima de la cual estaba colocado un espejo con marco dorado; un tapete de la fábrica de S. Fernando de Tlalpam curiosamente estendido al derredor de la sala; un par de butacas forradas de lo mismo que el sofá, y unas cortinas de linon blanco que interceptaban un poco la luz de la ventana y del balcon, á cuyos lados estaban colocadas otras dos butacas como las que usan las señoras para sentarse á coser, daban á la salita, siempre limpia y aseada, un aspecto primoroso.

En esta sala y sentada en el sofá, estaba una señora de cuarenta y cuatro años de edad, pero cuyas facciones revelaban el vigor y la enerjía de la juventud, aunque en aquel instante se hallaban abatidas.

Esa señora esperaba; y esperaba con la misma ansiedad, con la misma angustia con que un hombre honrado que se vé precisado á arriesgar en un albur la única peseta que posee para dar pan á sus hijos, mira correr las cartas en manos del tallador y aguarda con una inquietud mortal el resultado de la operacion, para saber si aquel día comerá ó no su familia.

Cada segundo que pasaba se aumentaba la ansiedad de la señora y su corazon latía con mas violencia. Aguardaba á su hija, y su hija no volvía. Como hemos visto en el capítulo anterior, la jóven fué á la Alameda á esperar á su criada, la que había ido á empeñar uno de sus trajes, para tener con que comer aquel día. Pero no era por cierto el hambre lo que atormentaba á la señora, ó si era ésto, de seguro que no por ella. Lo que causaba su inquietud era la ausencia de su hija á la que

amaba tiernamente: había salido á las seis y media de la mañana, ya habían dado las ocho y aun no estaba de vuelta. Esto era lo que asustaba á la pobre madre, pues lo repetimos, amaba á su hija porque la había dado el sér y porque era la sola compañera de su vida, la que la consolaba en sus dolores, la que reía con los placeres santos é inviolables que una madre puede gozar en el seno de su familia.

Viuda hacía veintidos años, jamas se había separado de su lado, pues aunque concurría á los bailes, á los paseos y al teatro, siempre la acompañaba no haciendo caso de la mordacidad sangrienta de los *elegantes ridículos* de nuestra sociedad, que la llamaban *vieja verde y tapete de baile.*

Y no tenían razon. Como hemos dicho antes, la fisonomía de la respetable viuda revelaba el vigor y la enerjía de la juventud: era una de esas naturalezas singulares que sobreviven á la edad, sobre todo, cuando como la de la señora de que nos ocupamos, no ha sido gastada por los placeres. Sus facciones conservaban aún la espresion de una hermosura severa al mismo tiempo que agradable, y que había rendido muchos corazones en ese periodo en que las mujeres reinan por el amor y para el amor.

Había amado una sola vez y había sido feliz. El fruto de su amor era su hija única; y desde la muerte de su marido, ningun afecto estraño arrebató á la hermosa jóven la mitad del corazon de su madre, todo para ella, todo suyo.

Es verdad que para vivir se veían precisadas á valerse del trabajo de sus manos, á coser ajeno para poder comer y sostenerse en un estado que no es la medianía ni tampoco la pobreza; pero todas sus fatigas y sus desvelos, estaban compensados con el cariño inmenso que se profesaban ambas; y de noche, despues de concluir las faenas del día, la madre y la hija se metían en su lecho, y abrazadas una de la otra disfrutaban de un sueño sosegado y tranquilo. Y cuando faltaban las costuras, como sucedía al tiempo que referimos nuestra historia,

entonces la frente de la madre se nublaba aflijida por su hija; ésta se deshacía de lo mejor que poseía para alimentar á la madre, y ya que había logrado su objeto, todo se olvidaba con un abrazo, un beso, una lágrima y una sonrisa.

Tal era la posicion social de estos dos séres dignos de otra suerte.

Vivían en medio del mundo, y el mundo no los comprendía, porque no conoce mas virtudes que las que dan una elegante carretela y los títulos de una hacienda.

Hacía ya mas de una hora que la viuda esperaba, cuando dos golpes dados de una manera particular que ella conocía perfectamente, la sacaron de su inquietud y la hicieron bajar violentamente la escalera y abrir la puerta sin titubear.

La jóven y la criada entraron: la puerta se cerró tras ellas: las tres mujeres subieron á la sala, y cuando estuvieron en ella, dijo la madre dirijiéndose á la jóven.

=Y bien, hija mia..?

La jóven no respondió, y como su criada, dió á la viuda el peso que aquella la había dado.

La madre vió con tristeza el dinero, y dándoselo á la criada, la dijo:

=Vé á disponer el desayuno... Cuando salgas empareja la puerta...

Manuela obedeció. La madre y la hija se quedaron solas. Eran las ocho.

El sol, cuyos rayos apenas penetraban por entre los nubarrones, derramaba sobre la tierra una luz pálida y tíbia.

La viuda y la jóven como impulsadas por un mismo pensamiento, tomaron sus canastillos y se pusieron á coser silenciosamente.

Durante mucho tiempo no se oyó en aquella estancia mas ruido, que el roce del hilo con que cosían las dos mujeres; y el silencio solo fué interrumpido por la llegada de Manuela que llevaba á sus amas el desayuno.

Despues de haberlo tomado, siguieron cosiendo sin proferir la menor palabra. La jóven estaba cabizbaja y pensativa, y una nube de tristeza oscurecía el brillo de sus ojos. La madre observó la preocupacion de su hija y sintió un profundo disgusto al conocerla, porque era la primera vez que la veía así. Había en el rostro de la jóven una espresion de melancolía inesplicable, y su mirada húmeda y triste se quedaba á veces fija en el lienzo que tenía delante. Entonces no cosía, miraba nada mas; y miraba con tanta tenacidad como si viera un objeto que la fascinara. La viuda la creyó indispuesta, y con una dulzura que solo tiene el acento de una madre, la dijo:

=Estás enferma, María..?

=No, señora,—contestó la jóven lánguidamente, y con una sonrisa que no podía conocerse si era de dolor ó de alegría.

=De veras..?

=De veras, madre mia; nunca me he sentido mejor. El aire puro de la Alameda y el paseo que me he visto obligada á hacer esta mañana, me han hecho mucho bien. Jamas he estado mas despejada, mas tranquila.

=Pues entonces, por qué estás tan triste..?

=Yo triste, madre mia..?—dijo la jóven procurando sonreirse.

=Sí, sí, María; en vano quieres disimularlo. Oh..! no te entristezcas; no sabes que me haces mucho mal..?

=Qué buena es usted..!—contestó la hija con una espresion de indefinible gratitud.

=Nunca tanto como lo mereces, María,—continuó la madre con ternura.—Nunca tanto como lo mereces, hija mia, mi querida hija..! Porque eres una de aquellas criaturas cuya dulzura encanta, cuyos afectos conmueven, cuyas virtudes enloquecen. Cuando Dios me quitó á tu padre, creí que mi dolor no tenía fin, y llorando sobre su cadáver le pedía yo la muerte con fervor, sin acordarme de tí, pobre hija mia, que entonces tenías cuatro años, y reías y llorabas sin saber por qué. Per-

dóname, María; pero en el primer momento de mi pesadumbre, no pensaba en nada mas que en lo que perdía, creí que mi vida iba á ser desde entonces una cadena de pesares, y deseaba morir..! Pero cuando me separaron del lado de mi esposo, cuando te ví venir á mí tan pequeñita y tan graciosa, te estreché entre mis brazos, te cubrí de besos, y bendije á Dios porque tenía yo por quien vivir..!

=Madre mia..! Madre mia..!

=Oh..! sí; me acuerdo de aquel momento. Tenía yo apoyada tu linda cabecita sobre mi corazon, veía tu rostro infantil aflijido porque yo me aflijía, llorabas porque yo lloraba, y te contemplaba como á un ánjel que Dios me había enviado para que cubrieras de flores el camino espinoso de mi vida... Mis manos han acariciado tus mejillas, mi boca ha besado tu frente, y mil y mil veces te he estrechado en mi seno... Perdóname, María. No es esta vida monótona y descolorida la que mereces. Eres jóven, hermosa, digna de ser amada. Debías brillar en el mundo para que el mundo te conociera y aprendiera á admirarte. Debías gozar de todos los placeres, de todas las delicias de la sociedad; y yo soy, hija mia, la que te he condenado á estar encerrada en esta habitacion sombría que te hace languidecer y marchitarte.

=Oh..! No diga usted eso, madre mia. Qué me importa á mí el mundo, qué me importan sus placeres, sus delicias y su amor, cuando toda mi felicidad consiste en vivir al lado de usted, en embriagarme en su cariño y en reclinarme en su regazo..?

=María..!

=Sí, sí, madre mia. Esa sociedad tan elegante y orgullosa, esas mujeres que vanas y presuntuosas se rodean de adoradores, ese lujo, ese boato, ese brillo... todo eso lo desprecio yo por el amor de mi madre... todo eso me parece insignificante al lado de usted... todo eso lo daría mil veces por una de sus miradas, por la menor de sus caricias... Oh..! Madre mia..!

Madre mia..! Si el mundo me diera su felicidad á costa de no ver á usted... no digo para siempre, sino por una semana... por un dia... por una hora... yo renunciaría á esa dicha por estar mirando á usted esa hora, porque en ella hay mas ventura que la que el mundo puede darme en toda mi vida..!

=Gracias, hija querida, gracias..! Pero vamos, dime; qué es lo que tienes, por qué estás tan triste..?

=Oh..! no; no es nada.

=No es nada..? Seguramente estás enferma, y no quieres decírmelo por no aflijirme.

=La aseguro á usted que no.

=Formalmente, María,—dijo la señora con dulzura;—desconfío de lo que me dices, creo que me engañas, y... te voy á imponer un castigo.

=Un castigo..!

=Sí. Escucha: dices que no estás enferma y yo no te creo... puede que digas verdad, pero te repito que desconfío... y por sí ó por no, esta noche no coses y te acuestas temprano.

=Pero si esta camisa precisa mucho, y...

=Yo la coseré.

=Usted..! Usted coser de noche cuando la hace tanto mal..!

=Y no lo hacías tú toda la noche cuando estuve enferma..?

=Por Dios..!—dijo María en tono de súplica.

=Qué..? No te gusta hablar de esa época..? Oh..! pero á mí sí, porque eso me recuerda todos los sacrificios que hiciste por mí.

=Sacrificios..! Llama usted sacrificios á lo que solo es un deber..?

=Los deberes, María, son los que pueden cumplirse, con esfuerzo, si se quiere, mas sin perjuicio del que los cumple; pero cuando para cumplirlos se hace un impulso sobrenatural y se pierde la salud, entonces, hija mia, esos deberes se convierten en sacrificios. Eso hacías tú. En los dos meses

que duró mi enfermedad, pasabas los dias y las noches á mi cabecera, cosiendo tenazmente para que no te faltara con que pagar el médico, la botica y los alimentos; y cuando dejabas la costura, era para administrarme las medicinas, ó para correr las cortinas de mi cama y evitarme la incomodidad que me causaba la luz. Dios te bendiga, hija mia..! Todo eso que haz hecho merece una recompensa, y Dios que vé el corazon de sus criaturas, no te dejará sin ella.

=Ya la tengo, madre mia... La tengo en esas palabras, en esas bendiciones... La tengo en ese cariño inmenso, que es mi vida, que es mi felicidad..! Oh..! sí, sí,—añadió María tomando las manos de su madre, y cubriéndolas de besos;—dígame usted, madre mia, repítame usted que me ama..!

=Que te diga yo que te amo..? Y lo dudas, hija mia..? Necesitas que te lo repita, cuando eres la única compañera de mi vida, cuando eres mi encanto, mi delicia, mi gloria..? Necesitas que te lo repita, cuando en el mundo no tengo mas á quien amar que á tí, mi sola hija, á tí, que llevas con paciencia esta vida lánguida y melancólica de que te he rodeado..?

=Todavía..!—dijo María con acento de dulce reconvencion.

=Sí, todavía, y siempre, María.

=Pero eso es una... una mentira,—añadió la jóven clavando sus labios en los de su madre;—es una mentira. Dígame usted, no vamos al teatro, á los paseos y á los bailes, siempre que la señorita Luisa, que nos quiere tanto, viene por nosotras..?

=Es verdad.

=Pues entonces, qué puedo apetecer..? No son esas todas las diversiones que hay en México..?

=No, María.

=Pero, vamos; siempre esas son diversiones y nosotras nos distraemos.

=Sí, pero eso es tan de cuando en cuando...

=Y qué importa..? Veo comedias, me paseo, bailo... eso respecto del mundo; respecto de mi corazon, tengo su amor de usted y esto basta para mi felicidad.

=Pe...—la viuda no pudo concluir, porque su hija la selló los labios con su linda manecita.

=Otro *pero*,—añadió con nímia impaciencia.—No me vuelva usted á replicar: la digo á usted que soy feliz, muy feliz. Me oye usted, madre mia, vida mia..? Nada deseo, nada quiero, nada envidio; porque con una madre como usted, nada puede apetecerse en el mundo, y la misma desgracia se parece mucho á la felicidad. Las lágrimas que se derraman, siempre son de ternura, siempre son de amor; porque cuando el infortunio nos aflije nuestro dolor no es egoista, sino que lloramos la una por la otra; porque nos queremos, porque nos profesamos un cariño que nos confunde en un solo sér, en una sola alma...! Nuestros pesares son unos, nuestros placeres tambien. El mismo acontecimiento que hace sonreir á usted, me embriaga de alegría, y el mismo pesar que la aflije me llena de amargura. Nada hay en su corazon de usted que no sea mio; nada tampoco en el mio que no sea de usted. Esta es mi felicidad. Dicha imperceptible para los que viven en el mundo rodeados de delicias; dicha inestimable para los que como nosotras, hemos vivido en el retiro del hogar doméstico, porque no hay un solo remordimiento que turbe nuestra conciencia..!

La viuda escuchaba embebecida las palabras de su hija, y cuando ésta acabó de hablar lanzó un grito de alegría.

=Eres un tesoro..!—esclamó llena de gozo.—Dí mas, hija mia, dí mas..! Tus palabras son una música celeste, son un torrente de ventura que se derrama sobre mi corazon. Si Dios tiene en el mundo un acento que imite al suyo lleno de uncion y de bondad, ese acento debe parecerse al tuyo..! Oh..! Bendito sea él que me dió una hija tan agradecida, tan bondadosa y tan tierna..! Bendito sea él que me la dió sola y única para que yo la diera todo mi corazon, toda mi alma; para que

la consagrara toda mi vida..!—Ven, ven, ven,—añadió dejando su almohadilla, quitando á María la que tenía sobre sus rodillas y atrayendo á su hija á su regazo.—Ven, reposa aquí, hija mia, aquí, sobre mi seno... Eres un sér unido á mi sér como la yedra á la encina... eres el aliento que me anima, el fuego que vivifica mi ecsistencia..! Eres la sangre que hace palpitar mi corazon, alborozado, ébrio, loco con la dicha suprema de poseerte..! Estréchate á mí... así... así... que respire yo tu aliento... que sienta tu vida confundirse con la mia y el calor de tus labios junto de los mios..! Oh..! Eres mi tesoro... mi dicha... mi orgullo..!

=Y usted es mi todo..!—esclamó la jóven embelesada y radiante, cuyo seno se elevaba lascivamente por la sensacion tan grata como poderosa que hacía palpitar su corazon.—Usted es mi todo..!—volvió á repetir estrechando fuertemente á su madre.—A su lado de usted la vida es un encanto... es el paraiso en el mundo..! Cuando pienso en esto, tengo miedo de la eternidad; se me figura que en ella no he de gozar la gloria porque la estoy gozando aquí... Madre de mis entrañas, madre mia; entre sus brazos de usted, desafío á todos los séres para que sean mas dichosos que yo... porque de este modo la muerte misma sería una felicidad... la mas grande de todas ellas, la mas dulce de las sonrisas de la suerte..! Pero no quiero dejar á usted, me oye usted..? No quiero tampoco morir antes, porque no quiero ser la causa de que vierta usted una lágrima... de que tenga usted un pesar... Oh..! no, no... Dios es bueno y no ha de querer esto..! Las dos moriremos á una misma hora, y desprendiéndonos de este mundo iremos á vivir en otro que no sea tan vano ni tan cruel..!

=Hija mia..!

=Madre mia..!

Y estrechándose mas y mas, prorumpieron en un torrente de llanto, frecuentemente interrumpido por multitud de ardientes y sonoros besos.

El grupo era tan tierno como poético.

Aquellas dos criaturas anegadas en lágrimas, y cuyas vidas se fundian en una sola como las ráfagas de luz de dos bujías, hubieran sido un hermoso orijinal para el pincel de Cordero y para los cinceles de Miranda (1).

Los sollozos que ecshalaban continuamente y que se confundian con una sonrisa; el chasquido continuo de sus besos y los estrechos abrazos que se daban, hubieran inspirado á un poeta una de esas cántigas conmovedoras, llenas de amor y sensibilidad.

Saciadas con su lloro y sus caricias, la madre y la hija se estrecharon por última vez ese momento, y siguieron silenciosamente su labor.

Por mas de un cuarto de hora, no se escuchó en la sala mas que el ruido ténue de los suspiros que salían de aquellos pechos preñados de ternura.

Despues ya no se oyó nada. María había vuelto á caer en su meditacion, hasta que el reloj de Santa Clara que dió pausadamente las diez, la sacó de su letargo.

(1) El descubrimiento del Nuevo Mundo inmortalizó á Cristóbal Colon; y la vuelta del ilustre genovés á la corte de los reyes católicos, ha hecho célebre el nombre de Cordero. Este pintor *mexicano*, en el cuadro que dedicó á la academia de S. Cárlos, ha representado con una enerjía estraordinaria el momento en que Fernando é Isabel recibieron al inmortal Colon, quien les llevaba las pruebas animadas de la ecsistencia de las *Américas;* y en ese cuadro, en que todo es verdad y vida, ha presentado Cordero un testimonio indisputable de que entre los hijos de México ecsisten grandes talentos. Desgraciadamente, en este país en que se desconoce lo bueno que se posee, y se admite lo malo *con tal que venga de Europa;* desgraciadamente, repetimos, en este país no tan solo no hay proteccion para los artistas, sino que ni siquiera se les guardan las consideraciones que se merecen; así es que, *segun nos han informado, el pintor mexicano Cordero* no quiere volver á la República, porque en Italia es apreciado y querido como un *artista,* mientras que en México solo vendría á ser un hombre vulgar, porque sus compatriotas le mirarían con el mismo desprecio que á un *pintor de ollita.* Esto es muy duro; pero habrá quien niegue que es verdad...?

Miranda es el jóven escultor que hizo el grupo de ánjeles, que está á los piés de la imájen de Nuestra Señora de la Asuncion, que se halla colocada sobre la cúpula del altar mayor de catedral. Segun hemos oído decir á algunos intelijentes, ese grupo es una obra perfecta, y su autor puede llegar á ser un gran maestro de escultura. Esto último nos parece muy difícil, porque como es *mexicano* y vecino de México por añadidura, dudamos que pase de *perico perro,* como se dice vulgarmente.

El cielo estaba limpio y terso como un espejo, y el sol doraba con sus rayos el profundo valle de Tenochtitlan.

María, al oír dar las diez, levantó lánguidamente la cabeza, enrolló un poco la cortinilla del balcon y dirijió su vista á la calle.

=Qué ves, hija mia?—la preguntó la viuda.

=Nada... Veo que las nubes se han disipado y que el cielo está sereno. Qué hermoso dia..! No es cierto, madre mia..?

=Sí, muy hermoso,—contestó la viuda.

Y volvieron á quedar en silencio.

En aquel instante, la jóven decía una mentira, aunque si bien es cierto, era la primera de su vida. Al enrollar la cortinilla y dirijir su mirada á la calle, no lo hacía para ver la luz del sol que penetraba por las vidrieras del balcon, sino que buscaba otra cosa que no era la vista magnífica del cielo. Séria y meditabunda, dividía su tiempo continuando su costura y viendo para la acera de enfrente, y al volver á fijarse en el lienzo se podía notar en sus facciones cierta espresion de amargura y de disgusto.

La viuda observó reservadamente la inquietud de su hija, y la pobre madre sintió una dolorosa sensacion, al convencerse de que María la ocultaba algo que causaba su afliccion. Pero prudente y reservada no quiso inquirir la causa, y resolvió satisfacerse por sí misma de lo que podría ser.

Mas de media hora duró esta situacion embarazosa, y al cabo de este tiempo, en una de aquellas miradas indagadoras que María dirijía al esterior de su casa, lanzó un gritó cuya modulacion comenzó con alegría y acabó con desconsuelo.

=Ah..!

La madre, al oír esa esclamacion tan singular, levantó la vista, y viendo el semblante de María que espresaba la pena y el placer, la preguntó con una ternura indecible:

=Qué tienes, hija..?

—Nada... es que... al dar una puntada me he picado este dedo,—dijo oprimiéndose el pulgar de la mano izquierda, como para comprobar las palabras con la accion.

La viuda sonrió tristemente, y echó á la calle una rápida mirada; pero no vió nada que satisfaciera su curiosidad.

María se levantó despues de un instante, y con un movimiento de impaciencia mal reprimido, dejó la almohadilla encima de su butaca, y se dirijió á la recámara. La madre seguía con la vista á su hija, y cuando ésta hubo desaparecido por la pieza inmediata, se limpió los ojos que tenía llenos de lágrimas y prosiguió melancólicamente su labor.

Aquella zozobra, aquella inquietud de María la atormentaban. La primera causa á que le ocurrió atribuir esa tristeza, fué á que su hija estaba enamorada. Este pensamiento era muy natural. Encerrada desde su niñez en las cuatro paredes de la sala de su casa, la jóven no sentía ninguna de las pasiones mezquinas que aguijonean el amor propio de los que habitan el mundo, y que tantas lágrimas y crímenes han causado. Ni el interes, ni la ambicion, ni el deseo de brillar tenían cabida en el alma de María, y aun cuando esas pasiones homicidas la hubieran conmovido, las virtudes de su corazon eran demasiado fuertes para que ninguna de ellas pudiese vencerla. Así es que, reflecsionando en lo pasado y en lo presente de su vida, la buena madre se convenció mas y mas de que el motivo del profundo y sombrío abatimiento de su hija no podía ser otro mas que el amor; porque esta pasion noble y elevada es innata en el alma de todos los séres, y no necesita de que la enseñe un maestro, ni de que la despierte el mundo. Mujer de esperiencia por la edad y por las desgracias, la viuda sabía ademas, que ninguna jóven echa miradas inquietas á la acera de enfrente de su casa, á no ser que quiera ver pasar á alguno por quien su corazon se interesa.

Tampoco se entretuvo en cavilar cómo ó cuándo pudo su hija enamorarse, porque sabía que el menor incidente repenti-

no é impensado es el jérmen de ese sentimiento que se revela cuando menos se espera, y que dá una vida de dolores ó de alegría. Y en efecto; una mirada, una palabra, una sonrisa ó una lágrima, deciden muchas veces de la suerte de dos corazones, cuyos dueños no se han visto ni oído mentar, acaso ni una vez, antes de ese momento en que se halla una ecsistencia de desgracia ó de felicidad.

Todas estas reflecsiones afirmaron á la madre en su pensamiento, y aumentaron mas su desasosiego. Se convenció de que su hija estaba enamorada; pero faltaba saber quién era el hombre que había logrado rendir su corazon; si ese hombre era honrado y la merecía, y si sería dichosa casándose con él.

Al pensar en esto último, la viuda no pudo contener dos lágrimas que se desprendieron de sus pupilas. Ese pensamiento envolvía una separacion, y esta separacion era para la madre un acontecimiento que encerraba el colmo del infortunio. Y con todo, otra idea mas descolorida se apoderó de su imajinacion. Muerta ella, qué sería de su hija..? Se quedaría sola en el mundo, obligada á vivir del trabajo de sus manos y espuesta á la maldad del primero que lograra deslumbrarla, y penetrar en aquella casa hasta entonces inviolable; ó tal vez, reducida á la miseria, tendría que escojer entre la prostitucion y el asilo de una casa á donde la dieran pan á costa de su trabajo y de su libertad.

Semejantes ideas hicieron palidecer á la madre y la causaron una sensacion penosa y amarga. Amaba á su hija, porque era su tesoro, su embeleso; y el acendrado amor que la profesaba, la hacía creer que no ecsistía en el mundo un hombre capaz de apreciarla y merecerla.

Este cariño sería ecsajerado; pero era el de una madre.

Y cuándo no han ecsajerado las madres el cariño que profesan á sus hijos..? Y habrá alguno que las acuse por esto..?

Abismada en estas imájenes desconsoladoras, la viuda seguía su costura levantando los ojos de tiempo en tiempo para

ver el asiento de su hija que estaba abandonado. Creía verla allí desasosegada mirando continuamente á la acera de enfrente, y volver á ver el lienzo que cosía para lanzar otra vez sus miradas á la calle: veía la punta enrollada de la cortinilla, y se inclinaba, y fijaba sus ojos sobre el vidrio para mirar si pasaba alguno á quien ella conociera, alguno cuyas facciones nobles y cuyo elegante porte la dijera: "Yo soy al que ama tu hija." Pero despues de tener un rato la vista fija al través de la vidriera, la apartaba con desaliento y proseguía cosiendo con la frente inclinada y los ojos nublados por el llanto.

Oh..! La situacion de aquella madre era demasiado lastimosa, para que podamos referirla ni menos esplicarla. Los pensamientos lúgubres se sucedian en su imajinacion unos tras otros y atormentaban su corazon de una manera inesplicable.

Su hija estaba triste, y el cielo se le había nublado para ella: su hija sufría, y ella padecía porque los sufrimientos de su hija eran tambien suyos.

El cielo ha dotado á las madres de una sensibilidad tan esquisita, que en vano procuraríamos encontrar en otros séres. Ellas, con su instinto previsor y con su ternura inagotable, previenen los deseos y los riesgos de sus hijos, leen en sus ojos los pensamientos que los dominan y les evitan muchos disgustos y muchas desgracias.

Es cierto que Dios ha hecho multitud de beneficios á los hombres; pero el mayor de ellos, es sin duda la concesion que les hizo de una mujer que mezca su cuna, que alimente su vida, que cuide de su infancia, y que en la edad de las pasiones les guíe en medio de los escollos insondables de la vida.

Si es que ecsisten padres y madres que trafiquen con el honor de sus hijos, y que los abandonen en la carrera del vicio, pudiendo evitarles todos esos peligros, no debemos considerarlos, sino como un aborto monstruoso de la creacion, como unos séres inhumanos y desconocidos que ultrajan á la naturaleza y reniegan de su Dios.

Afortunadamente, y para consuelo de la humanidad, esa clase de jentes son muy raras en el mundo.

La viuda seguía cosiendo y María no salía de la recámara. Esa detencion inquietaba mas á la pobre madre, la que se figuraba que su hija habría huido para llorar y ocultarla la causa de sus pesares.

Acaso esa reflecsion era verdadera.

=Pero por qué llora?—decía para sí la respetable viuda.—Si ama, debe ser amada, oh..! muy amada, porque lo merece, porque es virtuosa... Y quién se había de atrever á engañar á mi pobre hija, tan bondadosa, tan inocente y tan hermosa..! Ninguno, no..! ninguno..! El que tal hiciera, merecía un castigo del cielo y yo no se lo perdonaría nunca..! Soy una mujer, y jamas he hecho mal á nadie; pero le arrancaría los ojos... despedazaría con mis manos al que hiciera desgraciada á mi adorada María..! Pero esas lágrimas, por qué son? Acaso... —y la madre suspendió su monólogo, porque otra idea desgarradora acababa de apoderarse de su mente.—Sería posible..! continuó despues de un momento.—Amaría á alguno que no la conoce, que ni siquiera la ha visto, ó que si la ha visto alguna vez lo ha hecho con indiferencia..! Esta, sin duda, sería la peor de todas sus desventuras..!

Al hacer esta reflecsion dolorosa, las lágrimas corrieron por sus mejillas, y en este mismo instante era cuando el mayordomo salía riéndose de la casa de D. Pedro.





Lit. de M. Murguía.

Tomo 1º

Maria

III.

MARIA.

Maria no era bella.

Era hermosa.

Y hacemos esta distincion, porque cremos que no se necesita un color apiñonado y unas mejillas rosadas para ser hermosa.

María no peseía ni los ojos grandes, ni lo blanco del cútis. Su frente era ancha y dibujada por una madeja de cabello negro, sedoso, algo quebrado, y que al juntarse en la parte central donde las mujeres se hacen la *raya,* formaba un pico insensible y gracioso. Sus cejas eran tambien negras y arqueadas; sus ojos de un tamaño regular, de color pardo oscuro y rodeados por unas pestañas largas, suaves y rizadas; su mirada siempre húmeda, fogosa cuando alguna sensacion la dominaba, reposada cuando su corazon estaba tranquilo; su nariz de un tipo griego, perfectamente recortada, y cuyas ventanas se movian muellemente al impulso lascivo de su aliento; su boca regular, formada por dos labios rojos, que cuando sonreían parecian el boton de una rosa que se abre al soplo del aura; su barba lijeramente partida y el resto de su rostro escrupulosamente ovalado; su cuello torneado y bien hecho, desde cuya parte inferior se desprendía la curva perfecta de su pecho; sus bra-

zos ebúrneos, rematados por dos manos algo pequeñas, pero que provocaban siempre á cubrirlas de besos; su talle estrecho y esbelto; unas piernas finas y torneadas y unos piecesitos menudos é inimitables, eran las dotes corporales de María, á las que reunía una gracia indefinible en sus palabras, en sus acciones, y en su modo de andar, que hacía de la hermosa morenita, la mujer mas peligrosa que hayan visto ojos humanos.

Ataviada con el traje á la Pompadour, María hubiera podido representar á una de esas mujeres aristocráticas de la corte de Luis XV. La majestad de su porte, la espresion imponente de su mirada y la gracia inimitable de sus maneras, la hubieran asegurado el respeto de aquellas nobles damas, que si la aventajaban en lo rosado del cútis, todas lo hubieran dado de buena gana por poseer sus lindos y pequeños piés.

Sus cualidades físicas estaban en armonía con sus virtudes. Con esa prevision incalculable de que están adornadas las mujeres de imajinacion ardiente, había ecsaminado las sinuosidades de ese laberinto que se llama mundo, y comprendió sus peligros y sus dolores, sus placeres y sus remordimientos.

Dotada de una naturaleza ecsuberante, había sentido las necesidades de la vida; pero con el tacto fino y delicado que tienen las personas de talento, conoció y despreció las insinuaciones de muchos hombres, que en los bailes y en los paseos, á donde de cuando en cuando concurria, habían intentado seducirla. Buena, honrada, vírjen de corazon y de intelijencia, no esperaba otra felicidad posible en el mundo, mas que la que gozaba al lado de su tierna madre y la que podía gozar casada con el hombre de su eleccion. Sentía su alma henchida de un amor que sin ser el que profesaba á la que la dió el sér, era tan tierno, tan santo como aquel. Necesitaba derramar ese amor en otro corazon que, como el suyo, supiera sentirlo y comprenderlo; y dudando siempre encontrarlo como se lo imajinaba, habia reservado sus tesoros de ternura, conteniéndolos dentro del pecho hasta la edad de veintiseis años.

En esta época, ese afecto por tanto tiempo reprimido, halló por fin en quien fijarse.

Amó, y con toda la fuerza, con toda la violencia de una primera pasion. No habia dado aún el dichoso *sí* al hombre que esclavizó su corazon; pero amaba loca, delirante, frenética.

Si, como sucede por lo regular á todas esas mujeres reservadas, sensibles y apasionadas, se había equivocado en su eleccion, eso lo sabremos en la continuacion de nuestro drama.

María, que había pasado su juventud en los estrechos límites del hogar doméstico, no conociendo ninguna pasion de esas que tienden á lograr una brillante posicion social, no habiendo tenido mas amor que el de su madre, trabajando por ella, sacrificándose por ella, y meciéndose en la esperanza de hallar un hombre á quien amar para llamarle esposo, se entregó con todo su corazon, no al primero que la enamoró, sino al primero en quien creyó encontrar lo que ella poseía: la lealtad, la sensibilidad inagotable, la facultad de amar con todo su vigor, con todos sus encantos.

Antes de ese momento muchos habían paseado su calle, muchos la habían pedido una mirada: el cínico mayordomo intentó engañarla finjiendo una pasion volcánica, pero ella había resistido á todas las seducciones y visto con desprecio todas las promesas.

Tal era el estado moral de María cuando la vimos retirarse impaciente del balcon, despues de haber dirijido á la calle miradas inquietas é indagadoras.

Ahora, nos esplicaremos.

El hombre á quien amaba, era un jóven dependiente de almacen, quien todos los sábados, cuando salia á cobrar los créditos de su principal, pasaba en punto de las diez por la calle de Vergara, y saludaba á la hermosa jóven. Hubo un momento en que ésta creyó verle, y por eso lanzó la esclamacion que llamó la atencion de la respetable viuda.

Aquel dia era sábado: habian dado las diez y luego las diez

y cuarto, y el jóven no pareció: esto causó la impaciencia de María, quien se retiró del balcon, despechada y colérica, porque el jóven descortés no había pasado á saludarla.

Sigámosla á su recámara.

Muda é inmóvil como una estátua, con la mano derecha apoyada en la cabecera de la cama, el codo izquierdo sobre la mano y la mejilla en la mano izquierda, resaltaba sobre la pintura opaca de la pared, como del fondo oscuro de su cuadro resalta la Vírjen de la Soledad, que el pincel del jóven Gutierrez ha dejado en el Beaterio de Toluca (1).

Sombría y pensativa, con la mirada fija en el suelo y en su boca la sonrisa de la amargura, se figuraba ver á su amado entretenido, no en los deberes de su destino, sino gozando de la presencia de otra mujer que le robaba su amor.

Los celos, crudos é implacables, atormentaban á la hermosa morena, sin que una sola reflecsion prudente pasara por su pensamiento para tranquilizarla.

Esto no es estraño. Los corazones que no han amado nunca y que aman por la primera vez, se entregan sin reserva al sér que elijen, y tan egoístas como enamorados lo quieren todo para sí. No les gusta hacer concesiones, ni perder un dia, ni una hora, ni un minuto. Siempre inquietos y suspicaces, en todas partes ven engaños é infidelidades, y de este modo su amor se convierte en un suplicio contínuo. Pero ese suplicio

---

(1) Si algunos de los benévolos lectores llegan á ir á la ciudad de Toluca, si van á la iglesia del Beaterio, y si dirijen una mirada al altar mayor, sin duda se quedarán admirados al ver á una mujer atrevida, que sale de un callejon oscuro que está encima del Tabernáculo. Pero si suben al presbiterio y se acercan al altar, se sorprenderán al mirar que aquel callejon oscuro y aquella mujer, cuyo atrevimiento les admiró, no son mas que un cuadro, que representa á la Vírjen de la Soledad volviendo del Gólgota, la noche que siguió al dia del sacrificio del Redentor. Pues bien, ese cuadro en que todo es vida, poesía y relijion, es obra del jóven *pintor mexicano D. N. Gutierrez*, quien con la aplicacion y el estudio incesante que le caracterizan, puede llegar á ser un artista. Pero.... somos unos nécios. Qué cosa buena puede hacer *Gutierrez*, si es *mexicano*...?

es su dicha; sin él son desgraciados, sin él la vida es un desierto árido y seco, donde abundan los abrojos y en el que no hay una flor.

Mas de media hora habia pasado, y María no cambiaba de postura. En sus ojos habia dos lágrimas pendientes, que parecían indecisas de abandonar las rizadas pestañas de su dueño.

Al cabo de esa media hora y al tiempo que la viuda lloraba por el amor desgraciado de su hija, dos golpes apresurados sonaron en la puerta de la calle.

La fisonomía vivaracha de Manuela se asomó tras de la reja de la ventana del piso bajo, y retirándose inmediatamente la criada, fué á levantar el pestillo.

La persona que esperaba entró y la puerta se cerró.

Un momento despues la señora contestaba al saludo que le dirijía un jóven de diez y ocho años.

=Buenos dias, Agustin. Siéntese usted. Qué es lo que trae á usted tan temprano por acá..?

=Temiendo abusar de la confianza que me dispensa usted, pasé á descansar un momento, porque he andado mucho y estoy muy fatigado,—contestó el jóven dejándose caer en una silla que había acercado al balcon.

Pero al mismo tiempo que hablaba, jiraba su vista en todas direcciones como buscando alguna cosa que no estaba allí. Esas miradas no se escaparon á la viveza de la viuda, la que si hubiera podido contemplar el rostro de su hija, le habría visto risueño, bañado de alegría.

Al oír el nombre del jóven que acababa de llegar y al sentir en su oído el metal de su voz, el corazon de María palpitó con violencia, la nube que oscurecía el brillo de sus ojos se disipó, su sonrisa no era de amargura, y un suspiro hondo y dilatado desahogó á su pecho de la angustia que lo oprimía.

El primer impulso de la jóven fué salir á la sala; pero se contuvo, no porque guardaba rencor ácia el que aquella mañana se había dilatado en saludarla para hacerlo en su propia

casa, sino por ese *qué dirán*... por ese... no sabemos por qué, pero lo cierto es que no quería salir.

Cosa estraña..! Cinco minutos antes estaba despechada porque no había pasado, y entonces, que le tenía allí, á dos pasos de distancia, se negaba á verle.

=Con que ha andado usted mucho..?—dijo la viuda observando incesantemente las miradas errantes del jóven.

=Sí señora,—contestó éste;—primero fuí á la calle del Puente del Fierro, luego retrocedí hasta la de los Rebeldes, y ahora voy á la de la Perpétua. Hace un calor insoportable, y vengo tan cansado, que no pude menos de tomarme la libertad de entrar un momento...

=Ha hecho usted bien, Agustin. Ya sabe usted que de las pocas personas que nos visitan, usted es una de las que apreciamos mucho.

=Gracias, D.ª Doloritas; creo corresponder á ese afecto con toda la sinceridad de mi carácter. Pero continúe usted su costura; mi presencia no debe interrumpir sus ocupaciones... ó de lo contrario... tendré el sentimiento de marcharme.

Agustin recalcó esta última frase, porque imajinó que debía oírla una persona que no estaba en la sala.

La viuda notó el acento marcado del jóven y acabó de persuadirse de lo que había sospechado; esto es, que él era el amante de su hija.

Ese convencimiento la disgustó; no porque Agustin fuera indigno de obtener la mano de María, sino porque era mas jóven, mucho mas jóven que ella; y por mas que la amara, había de llegar un tiempo en que podía acabarse su amor; porque consumiéndose la naturaleza de las mujeres mas temprano que la de los hombres, María debía envejecer cuando Agustin hubiera llegado á la edad en que el hombre rebosa vida, salud y fuerza.

Agustin estaba en ese período en que las ilusiones de la vida son el alimento de la imajinacion; en esa época en que se

siente, pero no se mide la influencia de las pasiones casi siempre perniciosas á los diez y ocho años; en esa edad de oro en la de hierro, en que cree uno en una felicidad que no ecsiste, y que solo deja muchos pesares y muchas lágrimas.

Así es que la viuda temía, y temía con razon. Los jóvenes se deslumbran con los fantasmas de ventura que crea su pensamiento, porque todos son poetas á los diez y ocho años; viven en ese mundo ideal y fantástico que se desvanece con la edad; sueñan, no con la hermosura, sino con las virtudes del corazon; y cuando ya ha pasado ese tiempo, cuando la edad se ha desarrollado y con ella el conocimiento del mundo que para todo es interesable, el desencanto sigue á la ilusion, y abandonan desdeñosamente á la mujer virtuosa humillándose delante de la belleza corporal.

Ademas, estaba convencida de que su hija era hermosa, pero solo para esos caracteres superiores tan raros en la tierra. Era hermosa, pero para los poetas, para los pintores, para los artistas; no para esos elegantes del gran mundo, que buscan siempre un cútis blanco y sedoso, una boca provocativa, unas mejillas purpúreas, unos ojos negros, ardientes, bulliciosos, perversos; y un coquetismo que es lo que ellos llaman gracia, elegancia, franqueza, y tambien virtud.

Todas estas reflecsiones se apoderaron de la mente de la viuda en menos tiempo del que hemos empleado para referirlas.

Mientras tanto, María luchaba despiadadamente entre el deseo de ver á su amante y el amor propio que la contenía.

Agustin quería continuar la conversacion; pero le era absolutamente imposible, porque su corazon no estaba en armonía con su pensamiento, así es que se había quedado en silencio. La señora continuaba meditabunda y reflecsiva.

De repente, el ruido leve de unos piés que apenas tocaban el suelo y el roce suave de un vestido, llamó la atencion del jóven y de la viuda, y ambos volvieron la vista á la puerta de la recámara.

El orgullo había sido vencido por el amor.

María, vestida con su bata de balsorina blanca sembrada de pequeñas rosas, semejante á una de esas hurís que el profeta promete á los musulmanes, se destacó del fondo de la puerta, hermosa como un encanto, radiante como una vision.

Una sonrisa espansiva y graciosa contraía las puras líneas de su boca, su mirada estaba tranquila como su conciencia, y su pecho se elevaba por intervalos impulsado por la suavidad de su respiracion.

El jóven se animó al verla, y la viuda, á pesar de lo que había adivinado, se quedó admirada viendo la fisonomía casi resplandeciente de su hija.

Agustin se levantó para saludarla, y María le volvió el saludo con un ademan de adorable coquetería, indicándole al mismo tiempo que se sentara.

La conversacion volvió á anudarse: entonces se habló sobre el tiempo, las flores, las ocupaciones, y esas nimiedades de que se habla cuando no se tiene de qué, ó cuando se encuentra uno embarazado para hablar de otros asuntos.

Durante esa conversacion monótona y uniforme, los jóvenes cambiaron mas de una mirada, que la madre sorprendió al soslayo. En esas miradas, leyó la buena señora hasta el fondo del corazon de nuestros amantes, y adquirió la triste persuasion de que el amor de su hija, era una de aquellas pasiones que nacen y no mueren, que viven siempre, que jamas se agotan.

Respecto de Agustin, ya había formado su opinion. Desconfiaba, y tenía razon. Cuando una madre piensa en la suerte de sus hijos, no vé solo el presente, piensa en el porvenir, y si pudiera, analizaría todos sus incidentes, todos sus pormenores.

Ahora, hablemos de Agustin.

Jóven, ardiente, sin esperiencia ninguna y creyendo que para vivir en el mundo no se necesita mas que una mujer á quien amar, se había dejado seducir por las gracias de María, sin me-

dir la edad que le separaba de ella. Su pasion no era reflecsiva; era un volcan hirviente que desbordaba su corazon y cuyo fuego le había deslumbrado. No era un amor apacible y tranquilo, pronto á sacrificarlo todo por la felicidad del bien que posee; era un prisma brillante que pasando por su imajinacion, había cegado su entendimiento. Mejor dicho; no era un sentimiento, era una ilusion.

Lijero, como todos los jóvenes de su edad, se dejó sorprender por el fantasma de una felicidad romántica é ideal; y sediento de los goces ficticios de una ecsistencia sin pesares, creyó que amaba á María y se lo dijo con entusiasmo.

No la engañaba. Si en los instantes en que pasaba lo que escribimos, le hubieran pedido un sacrificio, el mas grande, el mas imajinable, la vida, en fin; si se la hubieran pedido, repetimos, no hay duda que la habría dado por dejar satisfecha á la señora de sus pensamientos que él creía ya dueña de su corazon. No la engañaba, no; creía que la amaba y se lo había dicho; y si es que hay en esto algun engaño, el culpable en todo caso, no sería el corazon, sino el pensamiento de Agustin. No era el perverso que quiere burlarse de una mujer y desgarrarle despiadadamente el alma: era el jóven iluso y creído, que si engañaba era con lo mismo con que vivía engañado.

Su vida, entonces, estaba dividida entre sus ocupaciones y ese amor imajinario que le robaba la mayor parte de su tiempo.

Inquieto y celoso, aprovechaba todas las oportunidades para pasar por la calle de Vergara, y cuando esas oportunidades no se presentaban, él sabía proporcionárselas. El cobro de una libranza, el pago de una cuenta.... cualesquier negocio á que tuviera que salir del almacen, todo le servía de pretesto para ir por la dicha calle, y ver aquel balcon, y algunas veces un rostro morenito y gracioso que se asomaba detras de la vidriera.

Visitaba la casa; pero como sus visitas no eran frecuentes, y como él deseaba ver continuamente á María, las noches que

no iba las pasaba paseándose por la calle, *haciendo el oso,* como se dice hoy en México, para ver una sombra que al atravesar la sala se dibujaba en las cortinas. De ahí es, que todos los concurrentes al teatro, que por precision tenían que entrar á la calle por las esquinas de S. Andrés ó de Santa Clara, podían dar fé de que un enamorado se paseaba en ella desde las ocho hasta las once de la noche, aunque afortunadamente para el Adónis, las muchas accesorias que hay, impedían á los curiosos saber quién era la dama á quien se dirijía.

Tal era el estado que guardaban ambos amantes en la época que referimos. Agustin había declarado su amor á María: ésta lo amaba, pero aún no se lo había dicho, contenida por ese *qué dirán,* que evita tantos escándalos y acaso muchos crímenes.

Pero la jóven estaba desasosegada cuando por casualidad dilataba Agustin el dia ó la hora de sus visitas, y se mordía los lábios de despecho, si las noches que no iba no le veía paseando por su calle. Se dormia pensando en él, soñaba con su amor, se despertaba con su imájen.

Desde que amaba, cosía menos, hablaba menos y pensaba mas, aunque procuraba disimular la situacion de su alma, para que su madre no sorprendiera su secreto.

Este es un pecadillo perdonable, que todas las mujeres cometen, por virtuosas y francas que sean, engañando á los que las dieron el sér.

Un cuarto de hora despues de la salida de María, Agustin creyó conveniente retirarse, y se despidió cortesmente de las dos señoras. En aquella despedida vulgar é indiferente para los malos observadores, y para los que no estuvieran instruidos del amor de nuestros jóvenes, había miles de promesas de constancia, y muchos placeres y felicidad. Cada palabra, cada modulacion de la voz, cada mirada, eran un juramento.

La viuda observó todo eso con una minuciosidad imperturbable; pero nuestros jóvenes, demasiado ocupados de sí mismos

para poder cuidarse de lo que los rodeaba, no notaron las miradas fijas é investigadoras de la buena señora, ni la espresion que tomaba su fisonomía á cada una de las palabras que pronunciaban.

Engreidos en la dicha de verse, daban á su voz el acento de una ternura inmensa; y sus ojos apasionados, llenos de fuego, publicaban sin saberlo los secretos de sus corazones.

Hay circunstancias en que por mas que quiere uno reprimirse, le es absolutamente imposible; y una de ellas es, sin duda, cuando despues de la inquietud mortal se goza un manantial de alegría.

Esto era cabalmente lo que había sucedido á nuestros jóvenes.

María había esperado, Agustin no pasaba y esto la había ofendido.

A su vez, Agustin esperó y María no parecia. El jóven se había disgustado.

Despues se vieron y fueron felices; un momento, pero lo fueron.

Por fin, Agustin bajó la escalera y salió á la calle.

La madre *aflijida* y la hija *risueña*, prosiguieron su costura.



IV.

UNA SEÑA Y MAS ACTORES.

Un poco antes de las doce del dia, estaba parado el mayordomo en el dintel de la puerta de una accesoria, situada en el cenagoso callejon del Monstruo.

Despues de dirijir una mirada en torno suyo para asegurarse de que nadie le veía, sacó las manos de debajo de su capa, y con una rapidez estraordinaria, pegó en la puerta una jara de papel que había recortado con los dedos y untado con goma de boca uno de sus lados.

Hecha esta operacion, que duró menos de un segundo, abandonó el sitio en que estaba y se dirijió al centro de la ciudad.

Despues de hora y media de camino, llegó á la calle del Cuadrante de S. José, entró en el número 2 y subió á la vivienda principal.

Introduciremos á los lectores en esa casa para que conozcan mas á fondo las costumbres del mayordomo.

Acabando de subir la escalera y torciendo dos veces á la derecha, se entraba á la cocina, que por su posicion quedaba absolutamente independiente del resto de la casa. En esa cocina había dos puertas, una á la izquierda que conducía al inte-

rior, y otra formando ángulo con la anterior por la que se entraba á la azotehuela. Por la puerta de la izquierda se pasaba á una pieza de regular tamaño que servía de comedor, la que tenía al frente una puerta que conducía á la recámara que habitaba el ama de llaves, y á la derecha otra que llevaba á dos piezas pequeñas, de piso un poco mas alto que las demas, y á las que se subía por dos escalones de ladrillo. De la recámara del ama de llaves, torciendo á la izquierda, se pasaba á la antesala ó asistencia. Los muebles con que estaba ajuarada, eran unas sillas de madera de bálsamo; sus respaldos altos y rematados con molduras; sus asientos de forma semi-oval, y la base de los piés figuraban cuatro patas de leon. En el centro, en frente de la puerta que daba para el corredor, estaba una cómoda, obra del mismo carpintero que fabricó las sillas, y encima de ella se hallaba un nicho magnífico, en el que había una Trinidad de bulto. Al derredor de la pieza, en lugar de tapetes ó alfombra, estaban estendidos unos petates de Puebla, fina y curiosamente tejidos. De la asistencia se pasaba á la sala, la que con poca ó ninguna diferencia estaba amueblada como aquella: de la sala se entraba al gabinete por una puerta situada á la izquierda, y del gabinete se pasaba á la recámara del mayordomo que tenía dos roperos embutidos en la pared, y en cuya pieza no había mas muebles que un buró, algunas sillas y un petate á cada lado de la cama.

El gabinete estaba rodeado de estantes llenos de papeles, libros y legajos con rotulones: en el centro, enfrente de la ventana, había una mesa grande de madera de sabino, encima de la que se veían esparcidos algunos inventarios. Entre la mesa y la pared estaba colocado un sillon con los brazos, asiento y respaldo forrados de cuero, algunas sillas antiguas puestas en órden, y un tintero de laton que ocupaba el centro de la mesa, formaban todo el adorno de aquella pieza, en la que el mayordomo pasaba una parte del dia ocupado en el desempeño de su destino.

Cuando entró D. Jacinto á la antesala, se encontró con una persona que le esperaba.

Era un jóven de veinte años, de facciones pronunciadas y modales agradables, alto y bien formado de cuerpo, simpático de carácter, aunque de un talento demasiado mediano para conocer cuando trataban de engañarle.

El mayordomo, al ver al desconocido, dió á su fisonomía el aire santurron que le convenía siempre que se hallaba delante de personas estrañas; y con una bondad que hubiera honrado infinitamente al caritativo y benéfico S. Juan de Dios, saludó al jóven que se había puesto en pié, y le hizo seña de que se sentara.

=Dios guarde á usted, caballerito.

=Para servir á usted,—contestó el jóven.—Usted es el señor D. Jacinto Enriquez..?

=Un criado de Dios y de usted.

=Mil gracias, caballero.

=Podré saber el motivo que me proporciona la honra de conocer á usted..?

=Sí señor,—respondió el jóven.—Pasaba casualmente por aquí, y ví en la puerta del zaguan un rótulo en el que se advierte que hay una vivienda interior...

=Y que se alquila,—dijo el mayordomo.

=Eso es.

=Y la ha visto usted..?

=Sí señor. La he visto y me conviene para mi familia; pero como usted debe suponer, necesito saber cuánto es de renta, y...

=Veintidos pesos.

=Veintidos pesos...—repitió el jóven quedándose pensativo.

=Fiador, y mes adelantado,—continuó el mayordomo, viendo fijamente al jóven desconocido.

=No es eso lo que me detiene, caballero; es, que la renta me parece mucha cantidad para lo que yo puedo pagar.

=Ya... pero usted habrá visto que la casa es amplia, que tiene bastante luz, y que... es muy cómoda para una familia. A propósito,—continuó D. Jacinto con la hipocresía mas refinada del mundo;—hay alguna jóven entre su familia de usted..?

=Sí señor. Una hermana mia,—contestó el jóven, quien á pesar de su poco talento, no pudo menos de estrañar la pregunta.

=Bonita..?—preguntó el mayordomo.

=Sí señor,—volvió á responder el jóven.

=Qué edad tiene..?

=Pero...

=Oh..!—dijo modestamente D. Jacinto, para tranquilizar al jóven y salirse con indagar lo que se había propuesto.—No estrañe usted que le dirija estas preguntas. Soy un hombre de edad y de esperiencia, para que pueda usted tener desconfianza de mí; y si quiero saber algunos pormenores de su familia, es porque conozco los riesgos del mundo, y creo que, en conciencia, estoy obligado á apartar de ellos á los jóvenes. Las mismas preguntas que he hecho á usted, se las he dirijido á todos los que han habitado la vivienda que usted quiere tomar para su familia, porque siendo yo un hombre temeroso de Dios, me creería gravado ante él, si, aunque indirectamente, contribuyera á que en la casa que habito, sucediera una desgracia á alguna jóven hermosa y sin esperiencia.

=Ah..!—esclamó el jóven, tranquilizado con el lenguaje hipócrita de su interlocutor.

=Con que, francamente,—continuó D. Jacinto.—Es bonita la hermana de usted..?

=Oh..! mucho,—esclamó el niño con entusiasmo.

=Ah..!—dijo el mayordomo, y finjió limpiarse el sudor de la frente, para ocultar con este movimiento el relámpago de alegría que pasó por sus ojos. Despues continuó.—Qué edad tiene..?

=Diez y ocho años.

=Y cómo se llama..?

=Antonia.

=Bonito nombre. Me parece inútil preguntar á usted nada sobre su carácter, porque supongo...

=Mi hermana es virtuosa; caballero. Mi madre la ha dado una educacion enteramente cristiana: oye misa todos los dias, frecuenta los sacramentos y no vá á teatros ni á paseos.

Estas palabras las dijo el jóven con una sencillez, que inundó de placer al mayordomo.

=Así,—dijo con finjida religiosidad;—así me gustan las familias, caballerito. Ahora, hablemos con franqueza. Esta casa no pertenece al convento de que soy mayordomo, pero la tengo arrendada toda, y subarriendo la vivienda interior. Esto parecerá á usted estraño, pues no necesitando yo mas que una sola habitacion, no se concibe por qué motivo he tomado las dos; pero voy á esplicarme con usted para dejarle satisfecho. No queriendo gravar al convento ocupando una de sus casas, y precisado por asuntos particulares á vivir en este barrio, me ví en la precision de alquilar ésta; pero conociendo que la vecindad era inevitable, me resolví á tomar tambien la vivienda interior para que todas las familias que la habitaran fueran como la de usted, que lleva una vida como Dios manda. Así ha sucedido siempre. Cuantas personas han vivido en ella, han sido virtuosas y cristianas, de manera que nunca me he arrepentido de su intimidad, porque para alquilar la casa he indagado sus costumbres, y las he impuesto ciertas condiciones, que han cumplido relijiosamente.

=Condiciones..?

=Ah..! muy sencillas. Escuche usted. El zaguan se cierra á las nueve y media, y á esas horas todos debemos estar recojidos... la llave la guardo yo para evitar que suceda alguna desgracia, porque como hay tantos ladrones... y como estamos en unos tiempos en que es necesario desconfiar hasta de los criados... y, se lo diré á usted tambien, como hay algunas jóve-

nes sencillas que se dejan seducir por esos libertinos que abundan en México, creyendo que han de ser dichosas con ellos, y fiándose en promesas lisonjeras que nunca se realizan, se me hace cargo de conciencia... ó mejor dicho, no quiero tener escrúpulo de que por un descuido mio se pierda una alma... por los mismos motivos, no me gusta que haya muchas visitas en la casa de mis vecinos, y sobre todo, si son jóvenes de esos que se llaman elegantes.

=Todo está bien, caballero,—contestó el inesperto jóven;—pero la renta es lo que...

=En cuanto á eso, hablaré á usted francamente. Yo no pago por la vivienda mas que quince pesos de arrendamiento, y si la he subido á veintidos, es solamente para las personas que pueden pagar esa cantidad sin perjuicio de sus intereses, y los siete pesos que me sobran los doy de limosna á los pobres; pero á otras familias como la de usted, que no puede hacer ese gasto, se la arriendo en los mismos quince pesos, porque si no les hago un beneficio, á lo menos no las gravo. Mas todavía; no les ecsijo fiador, pues estoy convencido de que las personas que frecuentan los sacramentos, son incapaces de cometer una mala accion. Con que bajo este supuesto, y si le acomoda á usted la renta y las condiciones, puede usted disponer inmediatamente de la vivienda.

=Caballero,—dijo el jóven engañado;—avisaré á mi madre todo eso y la buena disposicion en que está usted para servirnos, por lo que doy á usted muchas gracias; y si mi madre admite, como creo, esta misma tarde...

=Cuando usted guste, caballerito. Si por casualidad no estoy aquí, dejaré órden de que entreguen á usted las llaves. Y al efecto, cómo se llama usted..?

=Ignacio Gallardo.

El mayordomo sacó su cartera, y escribió en ella el nombre del jóven.

Este último se despidió prometiendo volver la misma tarde.

D. Jacinto se dirijió á su gabinete, y en sus facciones estaba pintada una alegría infernal.

Sentóse en el sillon, y se quedó pensativo.

Los sucesos de aquella mañana eran de grande importancia para un hombre que, como él, no conocía en la vida mas placeres que los que proporciona la posesion de las mujeres; pero lo que mas le preocupaba, lo que había escitado sus pasiones de una manera inesplicable, era la hermosura de María.

La seductora morenita había opuesto una firmeza invencible á las promesas deslumbradoras del mayordomo; y éste, no acostumbrado nunca á semejante resistencia, sintió profundamente herido, no su amor, porque no lo conocía, pero sí su orgullo, su envidia, sus impuros deseos demasiado alimentados, demasiado comprimidos.

En el vértigo devorador de la imaginacion de ese hombre, había un mundo de delicias con la posesion de María; en su alucinacion nerviosa y abrasadora, se creía dueño de aquella mujer formada por las gracias; creía verla obedecer á su menor palabra, á su mas leve insinuacion; y seducido, ébrio con ese placer imajinario, se movía en el sillon de su gabinete, como una serpiente que pugna por desembarazarse de las breñas que la rodean. Entonces sus ojos parecían de fuego, el sudor corria por su frente, sus labios se llenaban de espuma, sus dientes rechinaban horriblemente, un temblor soporífero se apoderaba de su cuerpo, clavaba la vista en la ventana que tenía enfrente, y se le figuraba ver el gracioso rostro de María sonriendo como una Vénus....

Y acosado por su eretismo, se ponía en pié é intentaba acercarse á aquella imájen que lo provocaba... daba un paso adelante, y cuando se hallaba detenido por la mesa interpuesta entre él y su deseo ficticio, era cuando despertaba de su alucinamiento...

Entonces se dejaba caer en su sillon...

Sus facciones lívidas y desencajadas revelaban un profundo

abatimiento, y su respiracion trabajosa mas bien parecía el bulto de aire que arroja un fuelle, que no el aliento de un hombre.

Despues, cuando el acceso de su delirio había pasado, se quedaba pensativo y cabizbajo, arrugaba el entrecejo, y meditaba tranquilamente en su situacion.

Estas transiciones despiadadas eran demasiado frecuentes para resistirlas, así es que el mayordomo, profundizando lo desesperado de su posicion, llegó á convencerse de que la posesion de María era para él una necesidad, y la mas poderosa de las necesidades.

Obcecado é infatigable como todos los hombres de naturaleza ecsaltada, buscaba las ocasiones de ver á la mujer que aguijoneaba su pasion; y había llegado á identificarse tanto con esa imájen, deseaba tanto poseerla, que cuando la veía se le figuraba tenerla entre sus brazos...

Claro es que la realidad seguía muy pronto á la ilusion; y entonces la rabia se apoderaba del corazon del mayordomo, y pensaba vengarse de María causándola una muerte prematura y espantosa.

Esta última idea era la que le preocupaba, cuando el ama de llaves entró á decirle que la mesa estaba puesta.

D. Jacinto se levantó pausadamente y se encaminó al comedor.

No crean los lectores que van á asistir, aunque sea con el pensamiento, á una de esas comidas suculentas que acostumbran por lo regular los hombres que tienen lo necesario para las necesidades de la vida. El puchero, una sopa, algun dulce y un vaso de agua, eran los manjares cotidianos que el mayordomo usaba en su casa, sin que ni un solo dia se hiciera innovacion alguna en el réjimen, ni aun en la hora de servirlos.

Hemos dicho *en su casa,* porque nada mas en ella se veía esa sobriedad casi proverbial. D. Jacinto comía mal, pero cenaba bastante bien. Si algun curioso hubiera querido seguirle la pista á las ocho de la noche, le habría visto entrar á la

fonda de la Gran Sociedad, sentarse en el rincon mas oscuro, y con un apetito desmedido, comer los potajes mas sustanciales de la cocina francesa, y beberse una botella de vino de Champagne.

El ama de llaves se mantenía en pié sirviendo á D. Jacinto, mientras que éste apenas tocaba los platillos que aquella le ponía.

=Este caldo está salado, señora Gervasia.

=Salado..!

=Sí señora.

=Pero creo que...

=Acaso miento yo..!—dijo el mayordomo, que deseaba desfogar en alguno la cólera que le atormentaba.

=No señor, yo no digo eso... pero me parece...

=Le parece á usted..? Pero qué es lo que le parece..?

La anciana dió un sorbo de caldo, y continuó diciendo:

=Por lo menos... para mí no... no me sabe.

=Porque tendrá usted la boca tan salada como el caldo... y este arroz... vamos, la comida está hoy insoportable..!

El ama probó la sopa, y tampoco le supo salada.

=La carne dura..!—continuó D. Jacinto mas impaciente, de ver la calma de su criada.—Señora Gervasia, es necesario que cuide usted de lo que se hace en la cocina, porque de lo contrario me veré precisado á despedir á usted de mi casa.

=Dios mio..!—dijo la criada, asustada con esta amenaza; —pero si yo... no tengo la culpa de... me fuí á misa, y mientras... la cocinera...

=Ah..! Eso es otra cosa...—replicó D. Jacinto, que se acordó del papel que desempeñaba en la sociedad.—Siendo así... pero para otra vez, escoja usted otra hora mas á propósito para ir al santo sacrificio...

Y continuó comiendo con mas gana.

El ama tranquilizada le servía mas empeñosa, y el mayordomo tomó el caldo y la sopa que antes le sabían horriblemente

salados, y mascó á dos carrillos el carnero que le pareció tan duro.

Acabada la comida, el hipócrita cruzó los brazos y murmuró una oracion, concluyendo con un sonoro: "Bendito sea Dios..!" al que la criada respondió con un *amen,* no menos sonoro y retumbante.

Esta última dió á su amo un puro de á ocho encendido, y él se puso á fumarlo tranquilamente.

=Ha venido alguno á buscarme esta mañana..?

=Esta mañana los cobradores, y al medio dia el niño que vino á ver la vivienda interior.

=Nada mas..?

=Nada mas.

=Es muy estraño que no haya venido...—pensó el mayordomo.—Le estoy esperando desde ayer, y no ha parecido... Tal vez esta tarde... viendo la jara que he pegado en la puerta de la accesoria... Pero ese diablo de hombre, adónde estará metido..? Siempre que le busco le encuentro, y estos dias... Demonio..! ni si fuera un alfiler... No hay remedio, debe haber sucedido algo estraordinario... Lo cierto es que lo necesito, y que aunque sea en el infierno le he de encontrar...

=Está usted enfermo, señor..?—preguntó el ama, viendo la fisonomía pensativa del mayordomo.

=No señora... tengo un poco de sueño, y nada mas... Voy á dormir la siesta, y si viene alguno á buscarme, le dirá usted que espere á que me despierte, escepto el sujeto que trae amarrada la cabeza con un pañuelo blanco.

=El que ha venido otras veces..?

=El mismo, señora. Si por casualidad viniese, le dice usted que pase á mi recámara y que me despierte.

=Está bien, señor.

=Ah..! se me olvidaba encargar á usted, que esté dispuesto mi chocolate á las cinco en punto, porque tengo que salir y probablemente volveré tarde.

=Así lo haré.

El mayordomo fué á su recámara y se tendió en el lecho: el ama de llaves se sentó á comer.

Era esta una mujer de cincuenta años, preocupada de entendimiento, pero buena de corazon. Vivía sin inquirir ni la conducta ni las acciones de los demas, porque estaba plenamente convencida de que Dios la había enviado al mundo para vivir, servirle y amarle.

Su tiempo lo tenía escrupulosamente dividido entre sus devociones, sus obligaciones de ama de casa, y las visitas que de vez en cuando hacía á una parienta, monja del convento de las Inditas.

Hacía mas de veinte años que estaba al servicio del mayordomo, el que la conservaba á su lado porque le servía perfectamente para aumentar la fama de santidad que con tanto trabajo se había formado. La buena señora, engañada como todos por la hipocresía de D. Jacinto, publicaba por todas partes sus prendas y sus virtudes, y se vanagloriaba de haber enflorado el servicio de chocolate cada vez que su amo volvía de comulgar, siendo seguramente mas de cien veces durante los veinte años que le servía. El mayordomo procuraba mantener en el ánimo de la señora la opinion favorable que le merecía, y todos los sábados la daba tres pesos en cobre, para que los repartiera entre los pobres en nombre de la Santísima Trinidad.

El ama de llaves al hacer la donacion, decía á los mendígos:

=Bendigan ustedes al señor D. Jacinto que es el que les dá la limosna, y ruéguenle á Nuestro Señor para que le dé mucha vida y salud.

Y los mendígos se marchaban besando el *tlaco* que les daba el ama y bendiciendo al mayordomo.

Al mismo tiempo que se retiraba D. Jacinto á dormir la siesta y que el ama se sentaba á comer, un hombre de estatura pequeña, flaco y derecho como una espada, vestido con una

cotona y *calzoneras* de gamuza, embozado en un *zarape del Saltillo,* con la cabeza envuelta en un pañuelo blanco y cubierta con un sombrero poblano *apilonado,* dió vuelta de la segunda calle de la Verónica y entró en el callejon del Monstruo.

Llegó á la accesoria donde se había parado el mayordomo, y se disponía á abrirla con la llave que llevaba, cuando notó la jara de papel que estaba pegada en una de las hojas de la puerta.

=Diablo..!—dijo hablando consigo mismo;—á lo que parece, Jacinto tiene necesidad de mí... La jara está colocada diagonalmente, lo que entre nosotros significa: "Vuela á verme..." El recorte está hecho con los dedos, y esto quiere decir que el negocio es urjente y repentino, y...—añadió asegurándose de que nadie le veía y acercando mas la vista á la jara;—en la puerta hay una marca hecha con la uña... "esto es interesante..." Pero... calla..! ya está perfectamente seca... Lo menos hace cuatro horas que vino el mayordomo... Es preciso ir á verlo.

Y en lugar de abrir la puerta se volvió por donde había venido y se internó en la ciudad.

A las cinco de la tarde, el jóven Gallardo entró á casa de D. Jacinto, acompañado de su madre y de su hermana.

Esta familia, que vivía con el sueldo de cuarenta y cinco pesos que disfrutaba Ignacio como cobrador de casas, aceptó sin titubear las ofertas del mayordomo. Halagadas con la relacion que el jóven las había hecho pintándoles el carácter del hipócrita, las dos mujeres quisieron darle las gracias por su bondad y su filantropía; porque, en efecto, para ellas era un beneficio positivo el que les hacía evitándoles la molestia de buscar fiador, y dándoles la vivienda en una renta tan moderada.

El mayordomo, que se disponía á salir, se detuvo al ver llegar á la familia y no pudo menos de admirarse al mirar el rostro verdaderamente hermoso de la hermana de Ignacio.

Era una jóven alta y esbelta, de rostro ovalado, frente regular y tersa como el mármol, delineada por dos bandas de cabe-

llo castaño cuyas puntas eran naturalmente rizadas; dos cejas negras y arqueadas coronaban sus ojos, tambien negros, rasgados y fogosos; su nariz aguileña y cuyas ventanas estaban lijeramente rosadas, su boca pequeñita y color de granate con el labio superior provocativamente arremangado, y sombreado por un bozo negro y finísimo; su barba perfecta, sus mejillas teñidas de carmin, su cuello nímiamente dibujado, su pecho mórbido y su talle flecsible como una culebra, daban á conocer á primera vista un temperamento ecsaltado.

Toda esa hermosura descansaba sobre dos piés pequeños y tan blancos como el marfil.

Aquella tarde vestía una bata de linon blanco ceñida en la cintura con un cordon de seda, de manera que los hechizos de su pecho podían adivinarse sobre los anchos pliegues del cuerpo de su traje.

El mayordomo, con su perspicacia estraordinaria, conoció el tesoro que le traían, y olvidó por aquel momento á la hermosa morenita que tantos malos ratos le hacía pasar.

Con su voz pausada y melosa, y con sus modales hipócritas y engañadores, saludó á las dos mujeres y dió la mano á Ignacio. Este, encantado con aquella prueba de afecto, no pudo menos de oprimir amigablemente la mano que le tendían, diciendo al mismo tiempo:

=Mi madre y mi hermana...

Las dos mujeres inclinaron la cabeza.

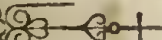
=Ya, ya,—dijo el mayordomo.—Esta señora es...

=Mi madre; y ésta jóven...

=Su hermana de usted. Oh..! no me ha engañado usted... en efecto es muy hermosa...—añadió D. Jacinto, fijando los ojos en Antonia.

La jóven resistió aquella mirada con admirable sangre fría.

=Caballero,—dijo la señora;—nosotras hemos querido tener el honor de conocer á usted, y de darle las gracias por la



bondad con que ha tratado á mi hijo, y por la buena disposicion en que está de hacernos un servicio, sin que siquiera nos háyamos conocido.

=Señora,—replicó modestamente D. Jacinto;—he hablado con franqueza á su hijo de usted, el que creo le habrá dicho cuáles son mis sentimientos, y cuáles las condiciones con que alquilo la vivienda. Yo, como hombre de edad y de esperiencia, conozco todos los riesgos y los escollos que hay en este mundo, y en cuanto me es posible, trato de evitar las desgracias que rodean á mis prójimos; así es, que prevengo á ustedes, para que no haya despues motivo de disgusto, que no ocuparán la casa, á no ser bajo los preceptos que he dicho á su hijo de usted.

=Tiene usted razon, caballero,—replicó la señora.—Yo, por mi parte, acepto esas condiciones, y me felicito de haber hecho conocimiento con usted, y de haber encontrado una casa propia para resguardar á mi hija de las maldades y perfidias con que esos hombres sin Dios y sin ley, seducen á las mujeres incautas que se dejan engañar por ellos.

=Ah..! señora. Es usted una verdadera cristiana, una señora respetable por sus virtudes y su relijion...—dijo el mayordomo, finjiendo un enternecimiento ecsajerado, y luego continuó.—Si todas las madres fueran como usted, cuántas desgracias, cuántas lágrimas, cuántos crímenes y cuántos remordimientos se evitaran en el mundo..! Pero desgraciadamente no es así. Las madres de hoy educan á sus hijas en los placeres de la sociedad... las llevan á bailes, á teatros y paseos... las permiten el trato frecuente con los hombres; y en lugar de hacerlas leer el *Flos Sanctorum* ó el *Electo y Desiderio,* las dejan que lean las novelas mas inmorales, como *El Judío Errante, Los Misterios de Paris,* y qué sé yo cuántas otras, que debian arder con sus autores en las hogueras del santo tribunal de la *Inquisicion...* Oh..! Esto es incomprensible... es un castigo de Dios... es el fin del mundo..!

=Tiene usted mucha razon,—dijo pausadamente la señora. —En estos tiempos, ya no se puede vivir en la tierra, porque no mas se encuentra uno con jentes irrelijiosas y escomulgadas.

=Sí, sí señora... Esos republicanos, esos liberales condenados, son los que han dejado á la iglesia sin armas para castigar la herejía y la impiedad..! Oh..! Si ecsistiera todavía el *tribunal de la fé,* probablemente no estariamos en el triste estado en que nos vemos... Pero Dios lo quiere, y no hay mas que conformarnos con lo que ordena su divina omnipotencia... Bendito sea él..! Bendito sea..!

=Amen..!—esclamó la ama de llaves, que estaba de pié en la puerta de su recámara.

=Ah..! Está usted ahí, señora Gervasia..?

=Ya lo vé usted, señor.

=Tráigame usted las llaves de la vivienda interior, y disponga usted chocolate para estas señoras.

=Oh..! señor,—dijo la madre de Antonia;—doy á usted las gracias por el cariño que nos dispensa, pero...

=Tenga usted la bondad de aceptar, señora,—dijo D. Jacinto.—Ni es gasto ni es molestia ninguna la que me ocasiona esto, así es que espero no me hará usted un desaire.

=Oh..! de ninguna manera.

La señora Gervasia trajo las llaves y se fué á disponer el chocolate; y el mayordomo, precedido de la familia de Ignacio, pasó á la vivienda interior.

Antonia iba por delante acompañada de su hermano, y D. Jacinto, que se quedó atras con la señora, finjió que el porton de su casa no se podía cerrar, para dar tiempo á que Ignacio y su hermana subieran la escalera que estaba enfrente, y ver de esta manera los piés de la hermosa muchacha, que por lo largo del traje, era imposible mirárselos de otro modo.

Así que hubo logrado su objeto, bajó de su vivienda, subió á la otra, abrió el porton y precedió á la familia para enseñarles la casa.

Esta operacion duró cosa de un cuarto de hora, pasado el cual, volvieron á la vivienda de D. Jacinto.

La señora Gervasia avisó que el chocolate estaba pronto, y el mayordomo acompañó á sus huéspedes al comedor.

Serían las cinco y media de la tarde: el cielo se había nublado y la lluvia no tardaba en caer.

El comedor de la casa de D. Jacinto, oscuro desde temprano por la posicion que guardaba con el resto de la vivienda, estaba alumbrado por dos velones de á medio, puestos en dos candeleros de cristal que se hallaban encima de la mesa.

En un costado de ésta se colocó la familia de Ignacio: Antonia estaba entre éste y su madre, y el mayordomo se sentó enfrente con el objeto aparente de servir mejor á sus convidados, pero en realidad con el designio de estar contemplando á la oveja, que un pastor ignorante y descuidado ponía entre las garras del lobo.

Antonia estaba fascinadora.

Los rayos de luz de las bujías iban á morir sobre su rostro, y rielaban en los globos de sus ojos; la sombra que su barba proyectaba sobre su seno, hacía resaltar mas la blancura mate de éste, que se levantaba dulcemente al suave esfuerzo de su respiracion; el movimiento de sus labios dejaba ver dos hileras de pequeños, brillantes y afilados dientes, y su silencio y la inmovilidad de su mirada, la hacían parecer una Galatea, apenas animada por el fuego del Olimpo.

Todos los que están educados á la antigua, tienen la costumbre de no hablar á la hora de comer; costumbre, que el que la observa en nuestras mesas de moda, es calificado de *gloton* y de *descortés*; pero sea como fuere, lo cierto es, que los huéspedes del mayordomo no modularon una sola sílaba mientras estaban tomando el chocolate, y éste pudo á sus anchuras contemplar la belleza de Antonia, figurándose en su imajinacion las seducciones inimitables de la hermosa criatura.

Un observador se habría reído con ganas, si hubiera visto

las muecas tan ridículas que hacía D. Jacinto en aquel momento.

Unas veces, dejándose llevar por su fantasía, fijaba en Antonia miradas preñadas de fuego, movía los labios como saboreándose en un placer infinito, y su aliento ardiente y ruidoso inflaba horriblemente sus narices; pero cuando recordaba que podían verle, procuraba tomar su aire hipócrita y santurron, y entonces sus facciones eran un espectáculo verdaderamente risible y burlesco.

Concluido el chocolate y despues de un momento de descanso y de conversacion, la señora y sus hijos se despidieron del mayordomo, ofreciendo que á otro dia ocuparían la casa, y repitiéndole las gracias por lo que llamaban el beneficio que les hacía.

Cuando se hubieron marchado, el ama de llaves cerró el porton; y D. Jacinto, devorado por el demonio de su apetito, volvió á su gabinete y se arrojó en el sillon.

Con los codos apoyados sobre la mesa y la cara entre las manos, ese hombre alucinado y frenético, se atormentaba con los fantasmas de su mente.

Allí tenía á Antonia, allí estaba María...

Aquellas dos criaturas de hermosura absolutamente diferente, aristocrática la una, popular la otra, se presentaban á su imajinacion, provocándole con sus hechizos...

Oía que le llamaban, creía acercarse á ellas, é imprimir sus temblorosos labios en aquellas manos lindas y torneadas...

A las dos las abrazaba, á las dos las besaba, las dos eran suyas, á las dos las poseía...

Las dos se lo disputaban como los niños riñen por un juguete...

Y acosado por su torpeza, gruñia como un perro rabioso y bufaba como un toro...

De sus ojos chorreaba un licor espeso y caliente, su boca se contraía espantosamente y todo su cuerpo se estremecía...

Aquel suplicio era inaudito...

Por fin, abrumado por tantas sensaciones, cayó en un estado de atonismo, del que le sacó la voz de la señora Gervasia, que entrando al gabinete con una luz en la mano, y poniéndola sobre la mesa, dijo:

=Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar..!

=Por siempre sea alabado y bendito su santísimo nombre; —contestó el mayordomo, haciendo un esfuerzo.

=Buenas noches dé Dios á usted, señor D. Jacinto.

=Buenas noches, señora Gervasia.

El ama de llaves salió, y la campana del porton sonó al tiempo que las de las iglesias tocaban al *Angelus*.



V.

EN LA NOCHE.

La señora Gervasia abrió la puerta y el hombre de la cabeza amarrada se dirijió al gabinete.

=Buenas noches, Jacinto,—dijo saludando al mayordomo.

=Al fin te veo, hijo del diablo..! En qué mazmorra te has estado escondido, que no he podido dar contigo..?—dijo D. Jacinto, animándose con la presencia del enzarapado.

=Chito, chito,—contestó éste último.—Olvidas que tu ama de llaves, á quien el infierno se trague, puede oírnos..?

=Tienes razon, gormijo del infierno, tienes razon. Acerca una silla y siéntate, que tenemos cosas muy interesantes que contestar.

=Ya, ya me figuro lo que puede ser,—replicó el de la cabeza amarrada, acercando la silla y sentándose junto al mayordomo.—Siempre eres tan antojadizo, eh..?

=Vamos, calla y escucha. Esta mañana he visto á María.

=Puf..! Siempre la misma cancion..! María, María... El diablo cargue con esa costurerita que te ha quemado la cholla..! No te parece, buen hombre..?

=Es que antes que se la lleve el diablo, pienso traérmela yo, entiendes, alma de condenado..?

=Qué, qué..? Hablas de veras, querido santurron..?

=Como lo oyes, amigo Simon; y es necesario que busques los medios para que logre mi objeto.

=Malo, malo...—refunfuñó el de la cotona.—Sabes que tu manía es una de las mas perras que puede tener un hombre..?

=Eso no te importa. Me sirves y te pago; esto último te interesa, lo demas es cuenta mia.

=Ola, ola..! Mírate que concluyente estás en tus razones. Pues digo..! Seguramente crees que estamos en los tiempos de la lójia, y que tú eres el venerable de la órden... "Me sirves y te pago; esto último te interesa, lo demas es cuenta mia.." Canario..! Pareces un sultan.

=Acabarás de charlar, pedazo de demonio..!—dijo coléricamente D. Jacinto.

=Con toda mi alma, con tal de que no te incomodes.

=Lo que me interesa,—continuó el mayordomo,—es que dés traza de traer aquí á María; y si no lo haces por dinero, lo harás á fuerza, entiendes..?

=Eso sí que sería divertido..! A ver, á ver... ensaya esa fuerza, querido Jacinto. Nunca me han obligado á hacer nada contra mi voluntad, y quisiera saber lo que es eso. Vamos, ensaya.

=Por vida del infierno..!—esclamó D. Jacinto, mas encolerizado con las chocarrerías de Simon.—Quieres obligarme á que te delate á la justicia..?

=Ja, ja, ja, ja..! Sabes que habíamos de hacer dos ahorcados muy feos, mayordomo de mi alma..?

=Dos ahorcados..! Te atreves á pensar que...

=Dices bien, chico, dices bien. No me atrevo, sino que aseguro como si lo viera, que te ahorcarían sin remedio, y morirías con el sentimiento de que yo me quedara vivo.

=Estás loco..?

=No, sino muy cuerdo. Escucha. Si tú me delataras, yo cantaría de plano...

=En ese caso, á los dos nos ahorcarían.

=Cá..! Ahora sí que estás loco. El ahorcado serías tú; yo no, porque demasiado sabes que no pueden...

El mayordomo dió un salto en su sillon como si le hubiera picado un escorpion.

Lo que acababa de escuchar le hizo recordar una circunstancia que le espantaba.

Aquel hombre pequeño y flaco, á quien todo el mundo podía despreciar, era invulnerable para él. Ninguna arma, ninguna asechanza era bastante poderosa para perderle... Desde la época de los clubs, era su compañero de maldades y habían cometido juntos muchos crímenes; pero Simon estaba escudado de una manera prodijiosa, y el mayordomo se veía precisado á sufrir la especie de yugo que le imponía; porque delatándole se perdía irremisiblemente, y aunque arrastrara á Simon en su pérdida, éste viviría mientras que aquel perecería en manos del verdugo.

Viendo el del pañuelo blanco la impresion que habían hecho sus palabras en el ánimo de D. Jacinto, continuó diciendo con su tono irónico y burlon.

=Vamos, vamos, atrévete á delatarme; alma de zángano; atrévete y verás como te encapillan, y te vendan los ojos, y te llevan paso á paso, y... atrévete, anda, atrévete.

=Simon..!—esclamó dolorosamente el santurron.

=Eres un pobre hombre y me das lástima. Vamos, dime qué es lo que quieres, narices de cernícalo..?

=Quiero á María..!—esclamó el mayordomo, lanzando un suspiró.

=Quieres á María...—dijo Simon pausadamente, viendo que D. Jacinto no hablaba ya.—Y qué diablo..! Desde que llegué me recibiste con el estribillo, y hasta ahora no me has dicho mas. Vamos, continúa, continúa, porque si no...

E hizo ademan de levantarse.

=Espera, espera,—dijo el mayordomo deteniéndole;—voy á decirte lo que hay, para que veas de qué modo...

=Pues acaba, con una lejion de demonios..! Tengo mucho que hacer, y me estás quitando el tiempo: con que, si no hablas, me marcho.

=Escucha. Ya sabes que enamoré á María, y...

=Y que no te quiso. Seguramente adivinó que siempre andas de máscara.

=Sabes que la quiero mucho, que la adoro...

=A tu modo. Quieres que te dé un consejo..?

=Cuál..?

=Que hagas lo que Ovidio. Escribe un arte de amar.

=Acabarás de chancearte..?

=Sí, sí; ya te escucho. Continúa, continúa.

=Esta mañana he hecho un descubrimiento muy importante.

=Para tí, ó para la chica..?

=Sé,—continuó el hipócrita sin contestar á la pregunta de Simon.—Sé que esa familia, que como sabes, se compone de tres mujeres...

=La madre, la hija, y la criada.

=Eso es. Pues bien; hay dias en que se ven precisadas á empeñar uno de sus trajes para tener que comer.

=Malo, malo...—murmuró el del jorongo.

=Por qué..?

=Porque conozco muchas mujeres de esas, mas pacientes y virtuosas que Santa Rita de Casia.

=No importa. Yo quiero á María..!—gritó D. Jacinto.

=Dale con las boleras..? No tienes mas qué decirme..?

=Sí, sí; escucha. Antes la hice muchas promesas, la ofrecí alhajas, dinero... y me resistió. Ahora que sé su indijencia, quiero volver á tentarla...

=Bah..! Eres un zote de cuatro suelas..! Si antes no te quiso, ahora tampoco te querrá; ahí lo tienes todo.

=Pues entonces, qué hago, Simon, qué hago..?

=Una cosa muy sencilla. Robar á la chica.

=Ah..! Pero cómo..?

=Me gusta la pregunta..! Como se roba una mujer. Se la sorprende, se la empaqueta en un coche, y negocio hecho.

=Pero eso sería dar un escándalo, y ya ves...

=Que no quieres perder la opinion de santidad con que tienes engatuzado al vulgo, no es esto..?

=Sí, Simon; eso es lo que me ha detenido.

=Pues introdúcete en la casa.

=Nada lograría yo. María me conoce, y sospecharía los fines con que iba á visitarla.

=Entonces...—dijo Simon, quedándose pensativo.

=Qué..?

=Sabes quién es el cobrador de esas accesorias?

=No.

=Pues indágalo.

=Para qué..?

=Escucha. Cuando una familia se vé apurada para comer, claro es que debe estarlo mas para pagar el arrendamiento de su casa. Indaga quién es el cobrador, y como todo México te conoce por caritativo, no estrañará el hombre que le pagues los recibos, diciéndole que la familia está pobre y que tú le haces el favor de pagar la renta de la casa. Cuando tengas los recibos, me los das y voy á cobrar el arrendamiento. Probablemente no tendrán con que pagarlo, las amenazo con un juicio, me ruegan que no las pierda, transo el negocio, continúo visitándolas, y despues... lo demas corre de mi cuenta.

=Ah..!—esclamó el mayordomo lleno de alegría.—Eres un sabio, Simon, eres un sabio..!

=Gracias, por el cumplimiento.

=Pero, hombre...—dijo pensativamente D. Jacinto.—Y si, como debe suceder, te desconocen..?

=Les diré que el cobrador se enfermó, y que me encargué de sustituirle.

=Pero si él vá, y...

=Irá, si tú lo dejas.

=Cómo..?

=Si le dices que no descubra á la familia de María, ni á ninguna otra persona, que tú haces esa caridad; y si le pagas cinco pesos mas por cada recibo, te aseguro que se esconderá debajo de la tierra y que callará como un muerto.

=Magnífico, querido Simon, magnífico..!—dijo el mayordomo, á quien no le importaba el dinero, como se saliera con la suya. Luego continuó.—Pero dime, adónde llevaremos á María..?

=Cómo..! Todavía no la tienes, y ya quieres donde esconderla..! Qué violento eres..!

=Hombre, el que se previene...

=Ah..! Tú eres como el jabalí de la fábula, eh..?

=Sí. Con que adónde la llevamos?

=Toma..! A la vivienda interior.

=Imposible..!

=Y por qué..?

=Porque la he arrendado.

=Y á quién..?

=A una señora que tiene un hijo...

=Y una hija jóven y bonita, no es verdad..?

=En qué te fundas para...

=Era necesario que no te conociera yo. Con que es bonita, eh..?

=Mas que una Vénus.

=Y por supuesto la quieres, la amas, la adoras... siempre á tu modo, pero te supongo apasionadísimo como Abelardo; no es verdad, quinta esencia de Satanás..?

=Sí, hombre, sí. Con que dime, adónde llevamos á María..?

=Ya buscaremos una madriguera á propósito para ese conejito.

=Bueno, bueno. Otra cosa. La madre de Hipólito está muriéndose, si es que no ha marchado ya al otro mundo...

=Y tú quieres cojerte sus riquezas...

=Nunca me dejas acabar las frases.

=Es, que antes que las concluyas las entiendo.

=Pues bien; quiero apoderarme de sus bienes; pero para que eso sea de una manera...

=Que parezca legal.

=Es necesario que el heredero...

=Se muera.

=No; porque su muerte podría imputárseme, y...

=Entonces, qué..?

=Que no pueda administrar sus bienes.

=Es decir, que se vuelva loco.

=Y para eso...

=Se le dá un bebedizo.

=Y tú...

=Que fuí boticario en un tiempo, soy el que debo hacer la tisana. Ya sabes que todo eso cuesta muy caro, porque están los tiempos muy malos.

=Estafador..!

=Ladronazo..!

=Dejémonos de reproches. Ve preparando tus yerbas y ténlas prontas para cuando yo te avise.

=Te obedeceré al pié de la letra.

=En cuanto á María...

=Ya quedamos. Consigue los recibos, y yo te respondo de ella.

=Los conseguiré..! oh..! sí, los conseguiré, Simon. Esa mujer es mi delirio, mi locura. A todas horas la tengo presente... creo verla tan graciosa, tan provocativa, llamándome á sí, atrayéndome como el imán al acero, como Satanás á los pecadores... Oh..! su posesion es necesaria para mi dicha, y la poseeré, á pesar del mundo, á pesar de todo lo que se interponga entre ella y yo..! Simon, Simon..! Si no me traes á

esa mujer, moriré sin remedio, y tú no has de querer que muera tu amigo, no es verdad, Simon..?

El del pañuelo blanco se asombró de ver á Jacinto. El rostro del mayordomo estaba cárdeno, y sus ojos parecían dos brasas de lumbre.

=Cálmate, Jacinto, cálmate. Puede verte D.ª Gervasia, y ya sabes que no te conviene... No seas niño... qué diablo..! te he prometido que María será tuya, y lo será.

=De veras..?

=Aunque se oponga el infierno..!

=Entonces, me calmo, me calmo. Pero no me engañas..?

=Con mil diantres..! Acaso te he engañado alguna vez..?

=Es verdad... eres un hombre honrado, Simon.

=Ja, ja, ja, ja..!

=Te ries..? Lo digo como lo siento. Eres un hombre honrado y no me engañarás, porque sería un pecado mortal.

=Hablas como un predicador..! Estupenda comedia..! El diablo dando lecciones de moral..! Por vida de...

=No te burles, Simon, no te burles..!

=Pues no digas tonterías. Si me vuelves á repetir tu leccioncita, me meto á buen vivir y te dejo sin María.

=Simon..!

=En ese caso, tú habrás tenido la culpa, porque tu doctrina me convertiría. Con que déjame en paz y no trates de darme consejos, porque... allá te las hayas.

=Pero me prometes que María...

=Y dale con que ha de arder..! Te digo que fies en mí y que no me impacientes, porque si no...

=Bueno, bueno... ya no te digo nada.

=Estás asquerosamente feo y tiemblas como un azogado... Cáspita..! Eres una pólvora, querido mio; y te prevengo que si no tomas tus providencias vas á irte al otro barrio lo mas pronto posible..! Vamos, modérate: estás muy ajitado y...

El mayordomo no respondió.

Había caido en uno de los alucinamientos que le atormentaban al mismo tiempo de deleitarle, y no oía ni veía nada mas que las imájenes diabólicas de su fantasía.

=Jacinto, Jacinto,—continuó el enzarapado viendo que el mayordomo no le respondia.—Si no procuras divagarte y alejar de tu pensamiento esos fantasmas fascinadores, vas á quedarte flaco como un morillo y verde como una breva; y te aseguro que entónces no estarás bueno ni para perros..! Eh..! no me respondes..? Demonio, demonio,—continuó diciendo para sí y viendo la inmovilidad de D. Jacinto.—Se habrá quedado muerto este pelagatos..? Bah..! Que niño soy..! Acaso hay muertos que resuellen..? Pero por qué diablos no se mueve..? Jacinto..! Jacinto..!

El mayordomo continuó inmóvil.

=Ola, ola..! Yo te haré menear y responderme. Aguarda, aguarda...

Y tomando un vaso de agua que había sobre la mesa, vació el líquido en la cabeza del mayordomo.

Este, al sentir la impresion del frio, se enderezó en su sillon, abrió la boca hasta las orejas, llevó las manos á la cabeza, y dijo con un acento semejante al gruñido de un marrano:

=María..! Antonia..!

=Con que Antonia se llama la otra, eh..?—dijo el de la cabeza amarrada.—Pues si tu Antonia es como la de cierta novelita, ya estás aviado.

=María..! Marí...

El mayordomo no pudo concluir su palabra, porque Simon le tapó la boca con la mano.

=Quieres callarte, condenado..? No ves que si te oye la señora Gervasia, das al traste con tu reputacion y tu camándula..? Por vida de... Te creia yo un hombre, pero me voy convenciendo de que cuando se trata de ciertas cosas, no eres mas que un chiquillo..! El dia menos pensado te pones á dar sendos gritos en medio de la calle, sin reflecsionar que todos te

oyen... Vamos, vamos, santurroncito mio, cálmate y domina un poco tu imajinacion, porque de lo contrario te prevengo que eres hombre al agua...

=Pero me traerás á María..?

=Volvemos á las andadas..? Ya me vas impacientando, y si no fueras mi amigo... si no tuvieras dinero que darme, te aseguro que te dejaba abandonado.

=Oh..! No, no... Quieres dinero..? Dime, dime... cuanto quieres... quinientos... mil... diez mil pesos... los que quieras; sabes que nada me detiene y que soy muy franco.

=Ya, ya... como que no te cuesta... por eso eres pródigo.

Esto era cierto.

El mayordomo no tenía el pecado de la avaricia; y aunque hemos visto su casa amueblada tan á lo antiguo, y la parsimonia con que se trataba, todo esto no era mas que el complemento de su máscara de santidad. Los que entraban á visitarle y los que asistian á su mesa alguna vez, se confirmaban en la opinion favorable que habían formado de él, viendo los muebles viejos y casi apolillados que ajuaraban su habitacion, y la comida parca que acostumbraba. Pero ese hombre daba mucho dinero cuando quería saciar sus placeres; y deseaba el oro, no por poseer riquezas, sino para tener con que proporcionarse los deleites de la vida.

=Conque, responde...—continuó diciendo á Simon.—Quieres dinero... pide, pide... pero ya sabes... Me cumples tu palabra...

=Por ahora no quiero nada. Nada mas que no seas tan imprudente... Si sigues como vas, lo pierdes todo, entiendes..? todo...

=Sí, sí, me moderaré. Pero no quieres dinero..?

=Te repito que por ahora no. Ya sabes que no necesitas ofrecérmelo, porque cuando se me antoja sé venir á pedírtelo sin que sea necesario que me busques. Me marcho, querido Jacinto. Van á dar las ocho y tengo mucho que andar aún.

Estoy amasando un proyecto que nos puede producir honra entre los amigos y provecho á nuestros bolsillos.

=Siempre tan pícaro..!

=Ya me vas á dar otra leccioncita..? Cáspita con el hombre..! Mas vale que me marche yo, porque si no, acabamos mal esta noche. Con que adios, mayordomo de mi alma. No dejes de oír tu misa acostumbrada por el alma de los amigos, eh..? Ja, ja, ja, ja..!

Y revistiéndose de un aire hipócrita y compunjido, salió del gabinete y se dirijió á la escalera.

El mayordomo, así que se quedó solo, limpió el sudor y el agua de su rostro; sacó del cajoncito de la mesa un puñal muy curioso, se lo guardó en el bolsillo y se dispuso á salir.

Mientras pasaba en el gabinete la escena que hemos referido, el ama de llaves, arrodillada al pié de la Santísima Trinidad que estaba en la antesala, rezaba devotamente su rosario.



VI.

EL CAFE DEL PROGRESO.

Simon bajó muy de prisa la escalera, salió á la calle, y tomando por la derecha llegó á la esquina de Victoria.

Allí se detuvo un momento viendo al interior del billar; y cerciorado de que se encontraba dentro la persona á quien buscaba, dió dos golpes compasados en el vidrio de la puerta, atravesó rápidamente las calles de Victoria, Ortega, 1.ª de las Damas y el Colejio de las niñas; entró al café del Progreso por la puerta de la calle del Coliseo, y se sentó en la primera mesa de la derecha.

=Ola, mozo..! Una copa de ajenjo.

El mozo que oyó esto, fué á traer lo que le pedian.

Simon, cuyo objeto no era tomar ajenjo sino esperar á una persona y observar á otras en aquel sitio, se colocó de modo que pudiera ver todo lo que pasaba á los dos lados de la sala, sin que ninguno maliciara sus intenciones. La posicion en que estaba le ayudó perfectamente, pues la columna en que está el reloj, proyectaba su sombra en el lugar en que Simon se sentó, é impedía ver de lleno sus facciones.

El mozo volvió con el ajenjo y el enzarapado se puso á tomarlo neglijentemente.

De cuando en cuando echaba un sorbo, sin cesar de dirijir su vista al derredor del salon. Por fin, la detuvo fijamente en un lugar.

Lo que llamó su atencion fué un hombre como de treinta y cinco años, de fisonomía bondadosa y vestido de negro, que estaba leyendo el Siglo XIX, sentado en una mesa de la izquierda.

=Ola, ola..!—Pensó Simon, tomando un trago de su ajenjo; —conque estás en México..? Y cuándo llegaste que yo no lo he sabido..? A lo que parece, ocultaste mucho tu marcha, ó te veniste repentinamente, porque de lo contrario era imposible que yo no supiera tu viaje desde el momento en que lo pensaste... ó... Demonio..!—añadió arrugando las cejas.—Si ese empleado del correo no me servirá como debe, y me estará estafando mi dinero..? Ese sí que sería un chasco... pues; pero para él, porque le costaría muy caro... Sea de ello lo que fuere, lo que es ahora no te escaparás... oh..! Hace mucho tiempo que tenemos pendiente cierto negocio, y lo arreglaremos mal que te pese...

=A cuatros..!—gritó la voz chillona de uno, que acompañado de otros tres, jugaba al dominó en una mesa de la derecha.

Simon, al oir aquella voz que conocía perfectamente, volvió la vista ácia el lado de donde venía, y la fijó en un hombrecillo grueso y colorado, que hacia bailar una ficha en el mármol de la mesa.

=Ah bergante..!—dijo el del pañuelo blanco, hablando para sí.—Tú tambien estás aquí y te entretienes en jugar al dominó, mientras que el otro se encajona en la dilijencia y anda treinta leguas en un dia sin que me avises, eh..? Bueno, bueno... Pero qué diablos estás mirando..? Calla..! A lo que

parece, finjes estar jugando y lo que haces es observar, no es esto, querido mio..?

Simon no se engañaba.

El hombrecillo aquel, que desde las cuatro de la tarde estaba en el Progreso, se puso á jugar al dominó, nada mas por no fastidiarse de estar sentado. Desde la hora que llegó hasta las ocho de la noche que entró el del jorongo, había perdido mas de sesenta juegos, que importaban la cantidad de ocho pesos poco mas ó menos. El motivo de esa pérdida era, porque el personaje de que hablamos no atendia á su juego, y muchas veces se veia precisado á hacer de nuevo las jugadas, pues ponía un dos junto de un cinco ó un as al lado de una blanca. Otras veces perdia porque cerraba á doses teniendo el juego á cuatros ó á seises, y todo esto provenia de que no veía las fichas, sino que no cesaba de echar ojeadas por el salon buscando alguna cosa que esperaba en vano.

Esa distraccion llamó fuertemente la atencion de Simon; y como la llegada del desconocido que leía el Siglo XIX había enjendrado en su pensamiento la sospecha de que el hombrecillo, que era el empleado del correo, no le servia de buena fé, no cesó de observar á este último, y se resolvió á esperar á que se levantara de jugar para indagar á toda costa la conducta que tenía para con él.

=A treses..!—chilló el empleado dando un fichazo en la mesa, mas bien de impaciencia que de costumbre.

=Un as,—dijo la voz grave del que jugaba á su derecha.

=Paso..!—dijo el que seguía á éste, dando una patada de cólera.—Van cinco veces que paso; reniego del demonio..!

=Calma, calma,—dijo el que estaba á la izquierda del empleado.—El tres cinco...

=Un seis..!

=A seises..!

=Paso..! y van seis veces..! Señores, no pago este juego, porque no he puesto una sola ficha.

=El seis doble y á cuentas,—dijo el empleado.—Yo tengo el dos as.

=Yo pierdo.

=Yo tengo el as blanca.

=Yo tengo mas tinta que una imprenta..!—dijo el que había pasado en todo el juego, arrojando las fichas con mal humor y dando el real al que dominó.—Esta es mucha suerte, señores: he perdido sesenta y cuatro juegos.

=Y yo otros tantos y no me quejo;—dijo el empleado poniéndose en pié y yendo ácia la puerta de la calle del Coliseo.

=Ahora es la mia,—murmuró Simon entre dientes.

Y cuando el empleado se halló enfrente de su mesa, dijo dirijiéndose á él:

=Aquí, hijo del mismísimo diablo, aquí..!

El hombrecillo volvió la vista, y reconociendo al que le hablaba fué á sentarse á su lado.

=Al fin te encuentro, Simon. Toda la tarde te he estado esperando, y no se te ha antojado venir.

=De veras..?

El modo estraño con que el del jorongo hizo esta pregunta, llamó la atencion del empleado, quien fijó los ojos en su interlocutor.

=De veras,—le contestó con una voz firme aunque delgada.

=Me estabas esperando y te marchabas sin verme; eh..?

=Porque me había fastidiado de aguardar.

=Pues ya me tienes aquí. Qué es lo que se te ofrece?

=Solamente entregarte estas cartas que han llegado hoy... Una es de Puebla y otra de Toluca.

=Véamos. Pero ante todas cosas, dime, por qué me sirves tan mal..?

=Yo..?

=Sí, tú.

=No sé por qué me lo dices; pero si fuera cierto, seguramente no te entregaría esas cartas, á riesgo de...

=De que te lleve el diablo, si se le antoja, eso no me importa. Pero, respóndeme, por qué me sirves tan mal..?

=Te repito que ignoro por qué me lo dices.

=Pues escucha. Ves aquel hombre que está allí leyendo el periódico..?

=Cuál..?

=Aquel vestido de negro.

=Sí.

=Pues ese hombre estaba en Puebla y ahora está aquí sin que yo sepa cuando ha llegado, ni...

=Pero yo te lo diré.

=De veras..?—dijo burlescamente el del pañuelo.

=De veras,—contestó algo amoscado el empleado.—Ha llegado en la dilijencia de esta tarde.

=Cómo lo sabes..?

=Porque fué á saludar á uno de los que estaban jugando conmigo al dominó, y le dijo que acababa de llegar.

=Ah..! Eso es otra cosa. Pero de todos modos, si tú hubieras estraido del correo las cartas dirijidas á D. Francisco Loaza, yo sabría hace tiempo la venida de ese hombre, y no hubiera concluido su viaje.

=La carta que te acabo de dar de Puebla, trae el sobre para la persona que dices.

=Es verdad,—dijo el del jorongo viendo la carta;—pero cuándo llegó..?—añadió mirando fijamente al hombrecillo.

=En el correo del juéves.

=Y hasta ahora me la entregas..!

=Pues cómo querías que te la entregara, si ahora es cuando te veo..?—replicó el empleado algo impaciente por el reproche de Simon.

=Tienes razon, hijo mio, tienes razon. Léamos ahora las epístolas.—Abrió el sobre de una, y añadió haciendo una mueca.—Demonio..! Esto es mas largo que el evanjelio del domingo de Ramos. Léamos.

"Puebla, 16 de Julio.—Querido hermano. En la última "que me dirijiste te quejas otra vez de que no te escribo, cuan- "do sabes que nunca dejo de hacerlo. El estravío contínuo "de mis cartas me hace sospechar, que alguno las saca de la es- "tafeta, y no sé por qué me parece que se trata de hacernos al- "gun mal; pero gracias á Dios ya he concluido el asunto que "me detenia en ésta, y el sábado en la tarde tendré el gusto de "abrazarte. Por fin, despues de muchos esfuerzos, he logrado "obtener del viejo Roque las pruebas irrecusables del asesinato "de nuestro padre, muerto el 7 de Marzo de 1825. Sus ase- "sinos fueron dos miembros de la lójia de *** llamado el uno "Jacinto Enriquez, y el otro Simon Latorre, conocidos en "aquella época, el primero con el nombre de Pedro Suarez, y "el segundo con el de Ambrosio Iriarte. Ya recordarás que "en esa hay un mayordomo de monjas, que se llama Jacinto "Enriquez, y tengo fuertes sospechas, ó mejor dicho, casi ten- "go certeza de que es él uno de los malvados que asesinaron "á nuestro padre. Cuando la disolucion de la lójia, los miem- "bros de ella intentaron hacer desaparecer el archivo para des- "truir los testimonios de sus crímenes; pero Roque, por una "casualidad que yo juzgo Providencial, guardó gran parte de "esos papeles, y entre ellos las pruebas de que te hablo. Ya "sabes, querido hermano, la promesa que hicimos á nuestra "madre moribunda. La juramos que vengaríamos la sangre "de nuestro padre, entregando á la justicia á los que tan vil- "mente le asesinaron; y este juramento debemos cumplirlo su- "ceda lo que suceda, hoy que tenemos en las manos los hilos "de aquella trama horrible que causó tantas lágrimas á nues- "tra familia. El sábado que marcho para esa capital, llevaré "conmigo los documentos que te he dicho, y no me separaré "de ellos hasta depositarlos en la caja de ébano que está en tu "gabinete. Vé á esperarme á la casa de dilijencias, porque no "sé adonde vives ahora, pues se me perdió la carta en que me "lo avisabas; y si por casualidad no puedes ir á esperarme, yo

"te aguardaré en el café del Progreso. Sin mas por ahora, re-"cibe el afecto de tu hermano que te ama y ver desea.—Juan "Loaza."—Y en el sobre de la carta decia.—"México. Al "señor D. Francisco Loaza. Franca de porte."

=Pues señor,—dijo Simon guardándose el pliego que acababa de leer.—Pues señor, segun esto, ese zángano espera á su hermano... Bueno, bueno... Todo lo sabes; pero justamente ignoras que yo tengo tus cartas, y sobre todo, ésta que me descubre tus perversas intenciones... Tienes los papeles y los traes sobre tí... Eso quiere decir tanto como que debo matarte... pero... y si los has dejado en tu equipaje, qué logro con quitarte la vida si tu hermano se queda con los documentos..? Le mataré... pero... es enteramente inútil mientras no tenga yo los papeles..! Demonio..!—añadió rascándose las narices...—Qué haré en este caso..? Ah..! Pondré quien te siga la pista; y cuando sepa yo donde vives, asalto tu casa, te doy un pinchazo y me robo los pliegos..! Eso es, eso es..! Ahora, léamos esta otra carta,—dijo rompiendo el lacre de la que tenía en la mano.—Puf..!—añadió con un jesto.—Esta es por el estremo opuesto... qué concision..!—"Toluca, 17 de Ju-"lio.—Querido Hipólito. El mártes de la semana que entra "tendré el gusto de abrazarte, y veré si puedo encargarme de "los negocios de tu casa. Ignoro los motivos por qué quieres "que el mayordomo deje de ser tu tutor, cuando es un sujeto "de tan buenas prendas; pero ya se vé, él está educado á la "antigua, y tú eres un poeta que detestas á esa clase de jen-"tes. Como quiera que sea, el mártes nos veremos y hablare-"mos sobre el particular.—Tu amigo.—Rafael Rodriguez."—"México. Al señor D. Hipólito Romero."

=Ola, ola..!—dijo Simon plegando la misiva.—Qué diablos quiere decir esto..? Habrá maliciado algo ese chiquillo..? Pues sería divertido que se le escapara la herencia á D. Jacinto..! Pero dime tú, pedazo de hombre,—añadió, dirijiéndose al empleado.—Qué diablos te dió por interceptar esta carta..?

=Porque el nombre del sobre está en la lista que me diste.

=Ah..! Ya caigo,—dijo Simon.—Jacinto fué el que lo puso... sí, ahora recuerdo... me dijo que el licenciado Rodriguez le causaba recelos por su intimidad con Hipólito, y cuando supo que estaba en Toluca quiso interceptar sus cartas para saber lo que se escribian. Si no anda vivo Jacinto, indudablemente se pierde... Yo no encuentro mas que dos recursos para salir de este atolladero... O matar al licenciado, ó dar el bebedizo á Hipólito antes de que venga su amigo, y de este modo... En fin, ya veremos.

=Estás contento ahora..?

=Sí, por vida mia. Pero escucha,—añadió Simon echando una ojeada al salon.—Quién es aquel que está sentado en aquella mesa de la derecha... allá, junto al mostrador.

=Es un vagamundo jugador de dominó, que pasa el dia tomando copa y bebiendo café.

=Tiene de qué vivir..?

=Sí: de trampas.

=Demonio..!

=Por qué me lo preguntas..?

=Porque hace algunos dias que le ví pasar por el callejon del Monstruo: iba muy de prisa y muy descolorido... creo que había hecho alguna fechoría leve... un hurto...

=No lo creo difícil... cuando tú y yo lo hacemos...

=Oh..! sí; pero nosotros robamos al gobierno lo mismo que le damos; eso no es maldito el pecado.

=Y tambien robamos á los particulares.

=Pero de una manera que salva las apariencias.

=Sí: abriendo las puertas y saltando por las azoteas.

=Y añade, horadando las paredes; todo esto es cierto; pero en todo caso, la culpa es de la policía que nos deja hacer nuestras maldades sin decir oxte ni moxte. Pero dime, por qué está tanta jente agrupada á aquella mesa..?

=Están jugando á la veintiuna con dominó.

=Ah..!

=Y es necesario confesar, que ese juego es muy fuerte, pero no siempre muy legal.

=Por qué..?

=Porque pueden conocerse las fichas, y entonces el mas *pico largo* es el que gana.

=Bueno, bueno... esos son otros pollos á quienes consiente la policía.

=Con que, me marcho.

=No, hombre. Está esto muy divertido. Mira qué cuadro. Hay mas de veinte sujetos jugando al dominó, otros á las damas y otros al ajedrez... de todos los juegos, es el que me gusta mas, porque requiere combinacion é inteligencia. A propósito, ves á aquel individuo que está allí sentado viendo jugar á las damas..?

=El del frac azul á la inglesa..?

=El mismo.

=Sí.

=Pues á ese lo conocí con un sombrero de *petate* y unas *calzoneras rotas,* vendiendo cerillos en la puerta del Bazar... es un guanajuateño... Le cayó en gracia al rayador de los billares, y le proporcionó el destino de portero en una casa rica... como sabe leer, escribir y contar, logró que su amo lo colocara en el almacen, con veinte pesos de sueldo, y ahora ya se viste de moda, usa reloj, zapatos de charol, fistol, y etc. etc... y se vive las tardes enteras jugando carambola ó ranfla... No gana mas que cinco reales diarios, él viste con elegancia y tira mucho dinero... con que...

=Pero cómo sabes todo eso..?

=Me gusta la pregunta..! No sabes que ignoro muy poco de lo que pasa en México..? Y ademas, lo que te digo, todo el mundo lo conoce.

=Oh..!

=Y si te lo refiero, es para que veas que tambien hay ladrones de casaca; lo que sucede que son como los ratones. La-

drones domésticos, que viven comiéndose impunemente el queso de la despensa.

=Y conoces á aquel otro que está cabizbajo..?

=Cuál..? El de la levita raida y el sombrero viejo..?

=Sí.

=Vaya si lo conozco..! Es un carpintero que trabaja incesantemente en su ejercicio, y apenas gana para mantener á su familia, y eso todavía no lo logra completamente.

=Y por qué..?

=Porque es hombre de bien.

Esta confesion en boca de un bandido, como Simon, es la mas espantosa de todas las ironías, el mas sangriento de todos los sarcasmos...

Pero así es la sociedad.

Hay hombres que sin oficio ni beneficio conocido, gozan de todas las comodidades de la vida y tienen hasta lo supérfluo, mientras que el hombre honrado, el hombre de bien que se sacrifica y derrama el sudor de su rostro, obtiene con muchas angustias y con mucho trabajo lo necesario para alimentar á su familia.

Y á esos hombres de bien, dignos de toda consideracion, los desprecia esa turba de necios que se llama mundo, solo porque no los vé con un pantalon á la inglesa y unas botas de charol. Perdidos entre la multitud, nadie los conoce, nadie sabe las amarguras que padecen para dar pan á sus hijos, nadie mas que los ladrones; porque como éstos indagan adonde hay dinero para robar á su dueño, saben tambien de precision donde ecsiste la miseria, y consideran á los hombres honrados, á quienes la inhumanidad ó indolencia de los demas, deja perecer sin ausiliarlos.

=Levántate, y vé qué hora es;—dijo Simon á su compañero.

Este obedeció, y mientras que se acercaba al reloj, el del pañuelo blanco tomó otro sorbo de ajenjo.

=Las ocho y cuarto,—dijo el hombrecillo, volviendo al lado de Simon.

=Por lo visto, hace cerca de media hora que estoy aquí, y ese alma de condenado no parece...

=Esperabas á alguno..?

=Sí; y le necesito como el comer.

=Para qué..?

=Para que haga una cosa que harás tú en su lugar, si no llega dentro de un cuarto de hora.

=Qué cosa..?

=Seguir á ese hombre.

=Al que lee el Siglo XIX..?

=Sí.

=Y para qué..?

=Me gusta la pregunta..! Para saber dónde vive. Qué, ya no te acuerdas de lo que acabo de leer..?

=Es verdad.

=Pues bien, si la persona que espero no viene... Pero calla..! Ahí está Jacinto.

En efecto; el mayordomo acababa de entrar al café.

=Ola..! Eh..!—gritó Simon, dirijiéndose á D. Jacinto.

Este volvió la vista, y viendo al del jorongo, se acercó adonde estaba.

=Toma, buen hombre, y mira qué bien te quieren,—dijo Simon al mayordomo, alargándole las cartas que le habia dado el empleado.

D. Jacinto las leyó rápidamente y se las guardó en el bolsillo.

=Y qué piensas hacer..?—preguntó despues al del pañuelo blanco.

=Respecto del que llegó hoy de Puebla, quitarle los papeles aunque sea con la vida; respecto del licenciado... eso... tú meditarás lo que se debe hacer.

=No dejarle llegar á México.

=Es decir, matarle en el camino.

=Cabalmente.

=No sería mejor dar el bebedizo á Hipólito antes de que llegue el otro..?

=Y si no lo toma..?

=Como no corre de su cuenta, sino de la tuya...

=Pero...

=Bueno, bueno; yo estoy por lo que quieras... sabes que no me paro en pintas; pero como para eso se necesita apostar jente que asalte la dilijencia, si es que viene en ella...

=Y si no..?

=Sabes que el negocio es difícil..?—contestó Simon, quedándose pensativo.—Ah..!—dijo de repente como inspirado.—Ya todo está arreglado de una manera que no fallará el golpe.

=Y cómo..?

=Escucha. Mañana mismo sale nuestra jente para Toluca, á las órdenes de Benito Manos Largas, que conoce perfectamente al licenciado. Le encargamos que no le pierda de vista mientras esté allí, y sobre todo, que vea si saca boleto de la dilijencia, ó que indague si se viene á caballo. En el momento que sepa una de las dos cosas, le tomará la delantera. Si viene á caballo, no le dejará pasar del cajon de Lerma, y si se viene en la línea le esperará en el Cuernito. Comprendes, mentecato..?

=Perfectamente.

=Pues ahora, hazme favor de marcharte porque me estás incomodando.

=Me voy, me voy.

=Ah..! Espera. Necesito algun dinero para la espedicion.

=Cuanto quieras.

=Pues allá voy mañana á las ocho.

=Te espero. Adios.

=Adios, querido mayordomo.

D. Jacinto se marchó por la puerta de la calle del Coliseo viejo, al mismo tiempo que otro personaje entró por la otra puerta.

El traje de este último, era un sombrero forrado de hule, camisa de indiana azul, chaqueta y pantalon de paño del mismo color y zapatos color de yesca. Su cuerpo era regular, su musculacion fornida, su color trigueño y su barba poca.

=Ahí está mi hombre..!—esclamó Simon al ver al recien venido.—Ola..! acércate aquí, Macedonio.

El interpelado se acercó.

=Ves á aquel sujeto que está leyendo el periódico..?

=Sí.

=Pues á ese me le vas á seguir hasta donde vaya, aunque sea el quinto infierno, entiendes..?

=Sí. Nada mas..?

=Y despues me vas á avisar...

=Adónde..?

=A la fonda del Arquillo.

=Está bien.

=En cuanto á tí, pedazo de hombre,—añadió Simon dirijiéndose al empleado,—puedes marcharte adonde quieras, con tal que no sea á lugar donde te vea el diablo, porque cuenta con que te lleva entero y verdadero.

El hombrecillo salió del Progreso.

Macedonio se colocó en la puerta interior de la calle del Coliseo, y se puso á vender fósforos y cerillos para ocultar el verdadero objeto con que estaba allí.

Simon siguió tomando sorbo á sorbo su ajenjo, y se puso á recapitular todo lo que tenía que hacer en esos dias.

=Primeramente,—dijo para sí,—despachar diez hombres á Toluca, para que me dén cuenta del abogado... en seguida, preparar el bebedizo para Hipólito... Luego... esto es lo mas difícil... buscar los medios de robar á esa María, á quien el infierno se trague, por lo mucho que nos dá qué hacer... Si ese cuadrúpedo de Jacinto quisiera prescindir de esa mujer..! Pero, cá..! si está alucinado, frenético... Vamos, es necesario confesar que es un chiquillo por los cuatro costados... Dejarse

dominar por una morena uraña, cuando hay tantas muchachas lindas y coloradas como unas amapolas..! Decididamente Jacinto es un estrafalario... Yo no sé qué le ha visto á la costurerita... Diablo, diablo,—continuó diciendo y meneando la cabeza,—es que en efecto, la tal trigueña es muy graciosa... Aquella sonrisita... aquella barba partida... aquel piecesito... *Vade retro*..! Lo cierto es que el mayordomo está perdidamente enamorado de ella, y que no hay escape, ó la posee, ó comete la mas tonta de las tonterías que puede cometer un tonto como él... Lo malo es, que... no encuentro mas medio que lo de los recibos... porque de otro modo no veo como... Reniego de Jacinto y de sus antojos..! Pero ese hombre es insaciable..! La hija de D. Pedro... María... la futura vecina, Antonia... no sé por qué, pero me parece que ésta y la trigueña van á perder á ese hombre... Y por mas que lo pienso... Bah..! aunque me matara, no le quitaría de la cabeza ninguno de estos malos pensamientos... Uf..! y qué espantoso estaba esta noche..! Y lo peor es que en una de esas...

El reloj dió las ocho y media.

El hombre que leía el periódico se levantó y se dirijió á la calle.

El fosforero despues de un momento, salió en seguimiento del desconocido, observando antes que nadie le mirara.

Simon apuró el vaso de ajenjo, y se fué á parar en la puerta por donde habian salido los otros.

Allí se encontró de nuevo con el mayordomo.

=Qué diablos haces aquí..? le preguntó.

El mayordomo no contestó.

=Jacinto, eres incorrejible.

=Adónde vas..?

=A ver á Manos Largas,—respondió Simon.

Y echó á andar ácia la esquina del Correo.

VII.

LA TERTULIA.

A las ocho y media de esa misma noche, se hallaban reunidas varias personas en la sala de la casa número 4 de la calle de la Moneda.

Luisa, la hechicera Luisa, acababa de ejecutar en el piano las variaciones de la Violeta de Caraffa, y recibia los cumplimientos de las visitas que la rodeaban.

Cuando la rubia concluyó de tocar, se levantó del piano y fué á sentarse en el estrado al lado de una señora como de veintiocho años de edad, mujer hermosa, cuyo carácter cautivaba desde el momento en que se la dirijia la palabra.

Esta era la señora de San Leon.

Llevaba un traje negro, pues pocos meses antes había perdido á su marido, y el color de su vestido hacía resaltar de tal modo la blancura de su cútis, que cuando no se movía se asemejaba á un hermoso busto de mármol colocado encima de un pedestal de ébano.

=Muy bien, Luisa,—dijo, tendiendo su mano blanca y torneada á la jóven que se acercaba;—muy bien. Tocas con una dulzura, con una pureza inimitables.

=Lo cree usted así, querida tia..?—dijo Luisa bajando la vista.

=Sí, replicó la señora bondadosamente.—Tienes una espresion tan sensible, pulsas el piano de una manera tan leve, que te escucha una embebecida. Oh..! Con el tiempo serás una gran música, una verdadera artista.

=Es una de las cosas que ambiciono, querida tia. Me gusta mucho la música..! Algunas veces, cuando estoy tocando, me poseo tanto de lo que ejecuto, que se me saltan las lágrimas... siento mi corazon profundamente enternecido... las melodías cristalinas del piano resuenan en mis oídos como la voz de los ánjeles... y me creo trasportada á un paraiso..! Oh..! Qué hermoso es todo eso..! La fascinacion de mi corazon y de mis oídos, se comunica á mi vista, y me figuro habitar en un jardin lleno de flores, entre las que vagan piando mil hermosos pajarillos..! Pero cuando acabo de marcar la última nota, cuando las últimas vibraciones mueren entre el murmullo y los cumplimientos de los que me rodean, entonces todo se acaba... Se desvanece mi jardin, y me encuentro en medio de mi sala.

=Eres todavía muy jóven, Luisa, y por eso te alucinas tan fácilmente. Pero con todo, esos delirios te servirán de mucho, porque contribuirán poderosamente á perfeccionarte en la música y en el canto.

=De veras, querida tia..?

=De veras, Luisa mia. Tienes disposiciones inapreciables, y posees una alma llena de sensaciones. Te lo repito, serás una artista.

=Es verdad, Luisita. La señora de San Leon dice bien... pulsa usted el forte-piano de una manera sorprendente, y llena usted de entusiasmo á todos los que la escuchan. Si Euterpe... no, no... si *Melpómene* estuviera aquí, se avergonzaría de tocar delante de usted.

Algunos de los circunstantes no pudieron menos de sonreir, y la misma Luisa, á quien iba dirijida la alabanza, se cubrió la boca con su pañuelo de cambray, para ocultar el movimiento algo burlesco de sus labios.

La persona que acababa de hablar, era un jóven de veinte años, delgado de cuerpo, frente regular, pelo castaño, ojos garzos, y rostro redondo. En sus movimientos, en su modo de hablar hinchado y majestuoso, se conocía inmediatamente á uno de esos séres fátuos, fastidiosos, é insoportables en todos tiempos y en todas sociedades.

Era un aprendiz de poeta, que se creyó sabio porque en un baile le aplaudieron el bríndis que llevaba estudiado y que finjió improvisar.

=De seguro,—prosiguió diciendo con aire importante y creyendo que la sonrisa de las visitas era un signo de aprobacion. —Si *Melpómene* viniera á hacer duo con usted, al escuchar las armonías de sus dedos de usted.. temblarían los suyos y no podría marcar ni una sola nota.. ni una sola corchea.. ni una semifusa..

=Mil gracias, caballero,—dijo Luisa, conteniendo la risa que retozaba en su garganta.—Creo que no merezco un elojio tan..

=Mucho mas, Luisita, mucho mas,—continuó el importuno.—Es usted acreedora á mil encomios, á mil laureles.. Si los antiguos griegos hubieran oído á usted, seguramente que no hacen á *Melpómene* la diosa de la armonía, y á usted la hubieran divinizado.

=Oh.!—dijo otro de los circunstantes que empezaba á fastidiarse y trató de divertirse á costa del presuntuoso.—Pero Luisita no necesita de los griegos para que la encomien, cuando está usted aquí, usted que es poeta; y el mejor, el primero de los poetas mexicanos.

=Es verdad,—continuó el fátuo.—Pero mi talento es demasiado indigno para que intente levantarse hasta el pináculo

de la gloria de Luisita: hay otros que podrán encomiarla como merece.

=Yo creo,—contestó el otro,—que usted no se negará á improvisar una cuarteta.. octava, ó.. cualesquier estrofa, en honor de la señorita que ha tocado tan bien.

=Oh.! Ahora estoy sin musa.. no me siento inspirado, y estoy seguro de que diría una barbaridad.

=No lo dudo.

=Cómo.? Qué dice usted.?

=Digo que no dudo tenga usted la bondad de hacer lo que le he dicho; sobre todo, cuando se trata de obsequiar á una señorita.

=Usted me compromete, caballero; y aseguro á usted que hiciera lo que me pide á no ser por hallarme, así.. pues.. sin inspiracion.

=Pero en estos casos,—dijo una jovencita tomando parte en la conversacion.—En estos casos se hace un esfuerzo, y...

=Ah.! señorita,—contestó el presunto poeta.—Cuando está uno sin musa no hay esfuerzos que valgan, porque el jénio se encuentra aprisionado en un calabozo de prosa.

=No hay escape, señor mio,—dijo el que había puesto al fátuo en el potro.—Es preciso que haga usted el verso, porque de lo contrario nos creeriamos desairados.

=Por favor, señores,—dijo Luisa.—Tengan ustedes la bondad de no insistir. El señor no querrá prodigar su talento en una persona que, como yo, no merece que la elojien; y es preciso confesar que tiene mucha razon.

=Lo oye usted.?

=No es eso, Luisita,—replicó nuestro héroe.—Si me he resistido ha sido porque, como dije antes, mi talento es demasiado poco para poder elevarlo á la altura de su jénio de usted: pero porque no se crea que no quiero hacerlo, voy á improvisar una quintillà, aunque estoy seguro que no ha de salir como usted merece.

Dichas estas palabras se quedó como pensativo; y los demas, que le observaban atentamente, se prepararon á decir: "Muy bien.!" mientras se reían en su interior de la fatuidad del repentista.

Despues de algunos instantes, el jóven se puso en pié, apoyó la mano izquierda en el respaldo de la silla, levantó orgullosamente la cabeza, y con una voz hinchada y retumbante, recitó la siguiente cuanto disparatada quintilla.

=“Si *de Caraffa* escuchara
“*la Violeta su* obertura,
“como *poeta* te aclamara
“y tu nombre eternizara
“la voz de la fama pu...ra.”

=Perfectamente..!—esclamaron todos, y Luisa añadió:

=Mil gracias, Hilarioncito.

=Ya lo vé usted.?—continuó diciendo el despiadado, que fué causa de que los demas escucharan tan bárbara quintilla.—Ya vé usted como el jénio puede hacer muchos.. esfuerzos.?

=Es verdad,—replicó el desdichado.—Pero no siempre esos esfuerzos salen bien.. es una verdadera casualidad que..

=Pues lo que es usted,—dijo la jóven que había hablado antes.—Usted se ha salido con la suya.. El verso que acabamos de oír.. yo no lo entiendo; pero me parece que es muy bueno. No es verdad Luisa.?

Y al acabar la frase finjió estornudar para que no notaran su risa.

=Es cierto,—contestó Luisa haciendo lo posible para no reírse, y oprimiendo lijeramente la mano á la señora de San Leon para hacerla advertir el aire vano de Hilarion.

=Oh.! Luisita,—contestó el último.—Esa quintilla traida de los cabellos de mi fantasía, es demasiado prosaica para el mérito indisputable de usted; pero yo la ofrezco escribir en su album una *Odisea* como la del *Dante*.

=Y estará magnífica.!—dijo el autor de la comedia.

=No tanto como debía serlo,—contestó Hilarion;—pero lo que puedo asegurar es, que será mejor que la quintilla.

=Ya.. ya lo creo.. cualesquier otra cosa.. que usted haga con calma y con inspiracion, debe salir mucho mejor.

=Ah.! de seguro,—continuó diciendo Hilarion.—No ha leido usted la oda trájico-heróica que publiqué hace pocos dias en el periódico *** dedicada á la batalla de Churubusco.?

=No he tenido ese.. gusto.—*Disgusto* iba á decir, pero se contuvo por no privarse de la diversion.

=Oh..!—dijo enfáticamente Hilarion.—Allí sí hay poesía, imájenes, figuras y retórica.

=De veras.?

=Sí señor. Yo se la daré á usted..

=No lo permita Dios.!

=Qué, qué.?

=Digo que no permita Dios que me quede sin leerla,—replicó el verdugo del fátuo, para disimular el sentido de la frase que involuntariamente se le había escapado.

=Yo se la daré á usted, para que vea el heroismo con que pinto á los nacionales.. en ella encontrará usted versos como éstos:

=“Y oigo el son retumbante y campanudo
“De tus tiros, fusiles y cañones.”

=Bravo, jóven, bravísimo.!

=No es verdad que esa pintura está llena de enerjía.?

=Oh.! sí, es magnífica.! Ya me parece estar oyendo las campanas de los tiros, y de los fusiles, y de.. Cuando digo que es usted el mejor de los poetas que han nacido en México.! —Y luego añadió para sí.—Por qué no te ahogó tu madre.?

Los ojos de Hilarion brillaban de orgullo y de alegría.

Con la frente levantada, la mano sobre el pecho y la sonrisa

en los labios, dirijía su vista á todos los circunstantes como para decirles:

="Lo oyen ustedes.? Soy poeta, un gran poeta. Vean ustedes mi altiva frente.. Yo soy Hilarion Fernandez.. Autor del poema á la batalla de Churubusco.. y de la magnífica quintilla improvisada en honor de Luisita.!"

Las visitas le veian haciendo un verdadero heroismo para no reírse, y él volvía la cabeza á todos lados para que le miraran mejor.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio, hasta que por fin la señora de San Leon continuó la conversacion.

=Vamos,—dijo dirijiéndose á la jóven que había contribuido á que Hilarion compusiera el verso.—Vamos, Rosita, qué no cantas alguna cosa.?

=No dudo que tendrá la bondad de hacerlo así, no es verdad, señorita.?—dijo Hilarion.

=Sin duda,—contestó el eterno antagonista del poeta.—Rosita cantará algo; y como lo hace bien, usted la dedicará otra quintilla, porque no creo justo que solamente á Luisita...

=Oh.! en cuanto á eso,—dijo el fátuo;—tendré mucho gusto en hacerlo, porque á las dos las aprecio y las dos lo merecen.

=Mil gracias, caballero,—dijo Rosa.

=Pues anda, querida,—dijo la señora de San Leon.—De este modo nos alegraremos algo, porque nos hemos quedado como unos muertos.

=Tenga usted el gusto de aceptar mi brazo para ir al piano.

Rosita se levantó, y conducida por Hilarion fué á sentarse enfrente del instrumento.

Sus dedos blancos y afilados recorrieron el teclado, y con una voz suave y aflautada comenzó la cancion llamada *El Celoso*, cuyos primeros versos dicen así:

="Tal vez, oh Luna..! la estarás mirando
"Asida al brazo de un feliz rival."

Era una cosa verdaderamente estraña ver aquella fisonomía *bonita*, alegre y maliciosa, tomar el aspecto sentimental que requería la cancion; y era mucho mas estraño que de aquella boquita de coral en que tenía su asiento la risa, se desprendieran notas tan sensitivas y apasionadas.

A cada palabra, á cada armonía, la voz flecsible de Rosa daba la espresion amarga y sensible de una alma enamorada y celosa; y los circunstantes la escuchaban con la mas solemne atencion.

Pero de todos los que se hallaban en la sala, había una persona cuyo corazon padeció cruelmente al escuchar la cancion.

Esta era Luisa.

La hermosa boquirubia había estado esperando dos horas una visita prometida, y ésta no llegaba. Antes estuvo distraida, ó aparentó estarlo con motivo de la quintilla y de la presuncion ridícula de Hilarion; pero desde que Rosa comenzó á cantar, ya no fué dueña de sí misma, y se dejó llevar por los recelos que la inquietaban. Su rostro tomó una espresion notable de disgusto, y su vista se dirijía sin cesar á la puerta de la sala.

Concluida la cancion, Hilarion condujo á Rosa á su asiento, las visitas la cumplimentaron, y el implacable censor del presuntuoso le pidió el verso para la bella cantora.

Hilarion, en la misma postura y con la misma voz que antes, recitó la siguiente cuarteta:

=“Tu voz dulce y floreada
“es cual la de los ánjeles;
“si la oyen los arcánjeles
“se pierden en la na...da...”

=Bien pensado y mejor dicho..!—esclamó el Cabrion del poeta.

=Muy bien,—repitió un coro de voces.

=Mil gracias,—dijo Rosa sonriendo irónicamente, cuya accion interpretó el sacrílego versista por un premio á su talento.

=No es verdad,—dijo á su antiguo interlocutor;—no es verdad que esa redondilla está perfecta, señor D. Cenon.?

=Tan perfecta,—contestó el interrogado;—tan redonda como una.. rodilla,—dijo en voz baja, é inmediatamente añadió; —como una redondilla, que es cuanto hay que decir.

=Así lo creía yo,—dijo Hilarion sentándose y volviendo á tomar su posicion *espositiva.*

=Cuando digo que tiene usted mucho talento.!—añadió el despiadado D. Cenon, adulando el amor propio del fátuo.—Si todos los mexicanos fueran como usted, seguramente que México podría llamarse la pátria de los poetas.

=Oh.!—dijo la maliciosa Rosita.—El señor debe ser apreciado y bien recibido en todas partes.

=Yo, Rosita.?

=Sin duda. Es usted un hombre de imajinacion, un jóven de talento; y los jénios son acreedores á todas las consideraciones del...

=Señorita...

=Y por eso digo que debe usted ser apreciado. No es verdad, señor D. Cenon.? No es verdad, Luisa.?

=Indudablemente,—respondió D. Cenon.

=Sí,—dijo Luisa, sin saber ni á lo que respondía, porque estaba completamente distraida, y no hacia caso de la conversacion.

Sentada en el sofá al lado de su tia, la impaciente jóven pellizcaba incesantemente la orilla de su visita de terciopelo negro, al mismo tiempo que golpeaba con la planta de su piececito la alfombra acolchonada de la sala. Sus ojos azules estaban fijos en la puerta de la entrada, y de vez en cuando mordía con sus brillantes dientes la orilla carminada de sus lábios. Cuando recordaba la conversacion que tuvo en la mañana con su amante, y la promesa que la hizo y que no cumplia, su frente se arrugaba y sus facciones espresaban una cólera infantil.

=Qué tienes, querida sobrina.?—la preguntó la señora de San Leon.

=Yo.? Nada, absolutamente nada, tia.—contestó Luisa queriendo disimular su preocupacion.

=Te veo distraida.? En qué piensas.?

=Pienso.. en que papá no parece todavia, y ya son las nueve.

=Habrá ido á ver á alguno de los que llegaron de Puebla, para saber de tu tio Juan.

=O se habrá entretenido jugando al ajedrez en el Progreso.

=Sí.. sí; eso puede ser.. se habrá entretenido..—contestó Luisa dando á sus palabras otro sentido que el que las dió su tia.

=Pues déjate de niñerías,—esclamó Rosa.—Todavia es temprano, y ya sabes que las noches que no hay funcion en el teatro, viene tu papá hasta despues de las diez.

=Sí; pero esta noche...

=Qué sucede esta noche.?

=Que ya debía estar aquí.

=Y por qué esa precision.?—preguntó la señora de San Leon.

=No recuerda usted, tia, que esperábamos una visita.?

=Ah.! Tienes razon. Ahora debía presentarnos Cárlos á su hermana, segun nos dijo esta tarde. Pero por qué no habrán venido.?

=Qué sé yo.?—contestó Luisa ahogando un suspiro.

=Tal vez,—dijo Rosa,—encontraría á tu papá y le habrá dicho que no venía esta noche, y por eso se ha dilatado.

=Puede ser,—replicó Luisa, aparentando indiferencia y procurando ocultar su despecho.

El silencio volvió á restablecerse.

Rosa deshojaba un ramillete que tenía entre sus dedos; la señora de San Leon acariciaba la mano de su sobrina; ésta estaba pensativa; D. Cenon veía atentamente al versista, é Hilarion se dejaba ver sin pestañar siquiera.

Habíase llegado al término en que la conversacion se agota, y todos los que estaban en la sala, pensaban.. no sabemos en qué, pero podemos asegurar que pensaban.

Solo de Luisa podemos decir algo mas.

Esta pensaba en que su amante le había prometido llevar en la noche á su hermana; en que esa promesa se la había ratificado en la tarde que estuvo en casa de Luisa, para.. cierto negocio muy urjente.. Y lo que verdaderamente molestaba á la bella jóven, lo que la incomodaba hasta un grado indecible, era que Cárlos había faltado á lo pactado. Así es que Luisa pensaba mucho y pensaba en poco. Esto parecerá incompatible; pero no lo es, porque el asunto que la hacía cavilar tanto era uno de esos muy sencillos, uno de esos que se encierran en esta frase: *Mi amante quedó en venir y no ha venido*; y los pensamientos que esta pequeña idea agolpaba á su mente, eran muchos, muchísimos; unos de celos, otros de cólera, otros de.. no sabemos, pero eran innumerables. Por eso dijimos que Luisa pensaba mucho y pensaba en poco.

Como hemos dicho antes, ninguna de las visitas movía los labios para decir una palabra; pero en cambio comenzaban á bostezar, y hubieran acabado por dormirse, sin un incidente que volvió á animar la conversacion y que llenó de alegría á tres personas.

Dos jóvenes entraron en la sala.

Eran Cárlos y su hermana.

Los estraños de la casa se pusieron en pié para saludar á los que acababan de entrar; y Luisa, la pensativa Luisa, lanzó una esclamacion de alegría, y se adelantó á recibir á la hermana de su amante. Esta tambien apresuró el paso, y las dos se encontraron en medio de la sala.

Un abrazo muy estrecho fué el saludo que se hicieron las nuevas amigas; y Clara, que así se llamaba la hermana de Cárlos, tomó la mano de Luisa y deslizó en ella un papelito curiosamente doblado. La bella rubia comprendió lo que con-

tenia, y entonces no solo volvió á abrazar á Clara, sino que la dió un beso en la frente. A su vez la tomó por la mano, y se adelantaron á la cabecera de la sala.

=Querida tia,—dijo Luisa, cuyo rostro brillaba de contento.—Tengo el gusto de presentar á usted á mi nueva amiga, á mi amada Clara, y espero que la querrá usted tanto como á mí.

=Señorita,—dijo la señora de San Leon, poniéndose en pié y abrazando afectuosamente á Clara.—Me felicito sinceramente de conocer á usted, y espero que nuestra amistad durará para siempre.

=Señora,—contestó Clara:—agradezco á usted mucho sus espresiones, y la aseguro que aprecio como debo el honor de haber venido á esta casa.

Despues de estas palabras, volvieron á abrazarse.

=Eso es, así, así,—dijo Luisa.—Abrázala tú, Rosa. Creo que han de ser buenas amigas.

Clara y Rosa se abrazaron: Cárlos saludó á la concurrencia, y Luisa sentó á la hermana de éste entre ella y su tia.

Clara era una linda trigueñita, pequeña de cuerpo y de piés, de talle estrecho, pecho elevado, cabello negro y ojos grandes. Su carácter afable y simpático, sus maneras finas, su educacion esmerada y su talento despejado. Sin ser completamente bella no dejaba de ser hermosa, y las personas que la trataban se sentian arrastradas á ella por un afecto invencible.

=Creí que ya no venian ustedes,—dijo Luisa.

=Por qué,—preguntó Clara.

=Como es tan tarde.!

=En efecto, ya dieron las nueve,—dijo la señora de San Leon.

=Y como viven tan lejos,—añadió Luisa viendo á Cárlos,—ya no los esperábamos.

=Pero lo que verdaderamente nos detuvo, fué un negocio muy urjente que tuve que hacer;—dijo Cárlos viendo tambien á Luisa.

=De veras.?—dijo la jóven picada.

=Sí, Luisita; y para venir acá, he dejado solo á mi amigo Hipólito, cuya madre está moribunda.

=Ah.!—dijo Luisa bajando los ojos, y conociendo su injusticia.

=Pobre jóven.!—esclamó la señora de San Leon.

=Me mandó llamar esta tarde para que le acompañara, porque como no tiene amigo de mas confianza que yo..

=E hizo usted bien en ir, Cárlos,—continuó Luisa, cuyo corazon era bondadoso.—En semejantes casos, se deja todo por servir á un amigo.

=Aseguro á usted, que no le hubiera dejado un momento; pero como prometí á ustedes venir esta noche; y mas que todo, como me esperaban..

=No quiso faltar á su palabra, y fué por mí hace media hora,—dijo Clara, oprimiendo la mano de Luisa.

Esta dirijió á su amante una mirada de gratitud, la que Cárlos pagó con otra de ternura.

=Y de qué enfermedad padece la madre de Hipólito.?—preguntó la señora de San Leon, con su acostumbrada amabilidad.

=De un fuerte ataque de nervios.

=Pobre señora..!—replicó la de San Leon.

=Hacia mucho tiempo que padecia; pero parece que esta vez será la última.

=E Hipólito se queda completamente huérfano. Afortunadamente, es un jóven de juicio y de talento.

=Sí señora. Y de un carácter como hay pocos,—continuó Cárlos.—Lo he visto compadecer y socorrer á los desgraciados, porque él es desgraciado..

=Es posible.!—dijo admirada la señora de San Leon.

=Sí señora. Hombre de imajinacion enérjica y poeta de corazon, no encuentra nada que le agrade, y su vida es triste y monótona.. Muchas veces le he visto llorar al aspecto de la naturaleza, y estremecerse al oír los acentos de un pajarillo...

=Entonces,—dijo Hilarion,—efectivamente es poeta.

=Lo cree usted así.?—preguntó D. Cenon.

=Vaya si lo creo,—continuó el fátuo.—Los poetas todo lo vemos al traves de un espejo ustorio que nos deslumbra; los árboles, las plantas, las flores, todo es para nosotros de diverso color que para los demas.. Las mujeres son unos séres ideales, unas hadas, unas ninfas, unas hurís.. Vemos en ellas nuestra salvacion, nuestros ídolos.. y por eso padecemos, porque no hay quien nos comprenda, porque el mundo no tiene alma y nosotros tenemos mucha...

=Guasa:—dijo D. Cenon para sí.

Cárlos miró de soslayo á Hilarion; la señora de San Leon hizo un jesto de disgusto; Clara arrugó el entrecejo; Rosa se cubrió la boca para que no la vieran reír, y Luisa sonrió irónicamente.

=Vamos,—dijo D. Cenon.—Es preciso distraernos algo. Luisita, obsequie usted á su nueva amiga tocando alguna cosa.

=Oh.! Con mucho gusto,—dijo Luisa.

Y se dirijió al piano, conduciendo á Clara de la mano.

La sala quedó en silencio, y el preludio con que comenzó Luisa hirió los oídos de los circunstantes.

La cavatina de Casta Diva, fué la pieza que ejecutó la jóven; y el sentimiento de su corazon se comunicaba por sus lindos dedos á las cuerdas del instrumento.

Allí no había una mujer que tocaba: era una artista que llenaba de sensibilidad á los que la estaban oyendo.. era una poetiza que arrebataba de entusiasmo con las melodías que formaba en el teclado.

Cuando llegó al *alegro,* la sensacion se hizo muy visible.

Los circunstantes oían estasiados aquellas notas cristalinas, que semejantes á un concierto celeste, arrullaban sus corazones; y las armonías apasionadas de la amante de *Polion,* comunicaban á sus almas una tristeza melancólica y espansiva...

Los dedos de Luisa, suaves como el soplo del favonio, acariciaban las teclas haciendo sonar las cuerdas del piano con la misma dulzura que el gorjeo de las aves, y los ojos de la hermosa boquirubia dejaban conocer el sentimiento enamorado que dominaba su corazon...

Clara en pié, junto á ella, miraba embebecida aquel rostro de ánjel, cuya postura era tan majestuosa, cuya espresion era tan tierna; y la linda trigueñita se felicitaba de haber tenido la suerte de que Cárlos hubiera escojido una jóven tan preciosa, á quien ella debia llamar *hermana*.

Su alma, sencilla como la de un niño y cariñosa como la de una madre, se embriagaba ya con la dicha de conocer á Luisa, á la que acababa de unirse con los dobles lazos del amor de su hermano y de ese *no sé qué*, de esa simpatía inesplicable é irresistible, que une á dos séres desde el momento en que se ven por la primera vez, y que es el oríjen de muchos placeres, de muchos sacrificios y mucha felicidad.

Es tan hermosa la edad de las ilusiones.!

Cuántos, andando el tiempo, sienten haber perdido sus ensueños, y haber conocido la verdad dolorosa, de que en el mundo todo es materialismo.!

Luisa continuaba tocando.

Todos la escuchaban atentos; pero el que mas sentia, el que se identificaba con la hermosa música, era Cárlos, que seguia con la vista las manos de Luisa deslizándose dulcemente sobre el piano.

Hilarion tambien estaba atento, y llevaba el compás con el pié.

Esta costumbre no es muy cortés; pero la usan *los elegantes,* no solo en las tertulias, sino en los teatros y los conciertos.

Por fin, Luisa concluyó la pieza, y Clara besó aquellas dos manos que tan bien sabian espresar las melodías de Bellini, y las dos jóvenes se dirijieron al sofá.

En aquel momento hubiera querido Cárlos cambiarse por su hermana.

Las felicitaciones y los cumplimientos se siguieron á la música, é Hilarion deseaba con toda su alma que le pidieran un verso, decidido á *hacerse del rogar*, mientras podia componerlo.

Despues siguió la conversacion siempre variada y acaso insulsa. Se habló de modas, de bailes, de paseos, de teatro, de política, y de otras vulgaridades de que se habla en esas ocasiones en que se reunen algunas personas para pasar el rato.

Solo Luisa y Cárlos conversaban acaloradamente, aunque no con la boca, pero sí con los ojos, cuyo lenguaje es mucho mas espresivo y elocuente que todos los versos del mundo.

Tal era el estado en que se hallaba la tertulia, cuando el reloj de catedral dió pausadamente las diez.

Las visitas se fueron retirando una tras otra, siendo Cárlos y su amable hermana los últimos que salieron.

VIII.

LA MADRE Y EL HIJO.

Volvamos ahora á la casa de Hipólito.

En la misma recámara en que le dejamos en la mañana, y á la cabecera del lecho de su moribunda madre, estaba el jóven, triste y sombrío, mirando que se consumia lentamente aquella vida que era el solo bien que poseía.

Una mariposa colocada en una copa llena de aceite, alumbraba débilmente la pieza, en la que no se oía mas que la respiracion pausada de la enferma.

Las campanas de la ciudad tocaban á las ánimas, y sus vibraciones melancólicas martirizaban cruelmente al pobre Hipólito, y le inspiraban los pensamientos mas lúgubres y dolorosos...

=Mañana,—decia interiormente el afligido mancebo.—Mañana á estas horas tendré que arrodillarme y que rezar por mi madre.. porque mañana á estas horas estaré huérfano y solo en el mundo, sin tener quien me bendiga cuando salga.. ni quien me reciba en sus brazos cuando llegue.. Mañana, el sonido fúnebre de esas campanas se confundirá con mis plegarias y regaré con mis lágrimas este lecho solitario.. Aquí, diré pensando en ella.. aquí la ví padecer, aquí la ví morir.. y con ella

se sepultó mi esperanza.. con ella perdí la vida.. Ella era la única que me amaba, la que sabia comprenderme, la que mantenia aun viva la llama vacilante de mi fé.. Oh..! Madre mia.! Madre mia.!

Y un suspiro hondo y vehemente se escapó del pecho de Hipólito.

La enferma hizo un movimiento, y con una voz lenta y fatigada dijo dirijiéndose al jóven.

=Hijo mio.?

=Madre mia.?

=Por qué suspiras.?

=Por nada, madre mia.. si no suspiro.

La paciente alzó la vista y se quedó mirando á Hipólito.

=No te aflijas,—le dijo con una bondad anjelical.—No te apures.. es verdad que nos vamos á separar.. pero nos volveremos á reunir para siempre.. La vida de este mundo dura poco.. la del otro nunca acaba.. y por muchos que sean los padecimientos que suframos aquí.. nunca son comparables.. no valen nada.. al lado de la felicidad que se goza en el seno de Dios.. Desde allí,—prosiguió mostrando el cielo.—Desde allí, adonde espero ecsistir.. velaré sobre tí.. Este amor inefable que Dios colocó en el corazon de las madres.. jamas se agota.. abandona la tierra, pero va á vivir en el paraiso..

La enferma calló un momento, é Hipólito se enjugó las lágrimas.

En esos instantes supremos, en que la muerte se sienta á la cabecera de un enfermo para reclamar su presa de la vida, no hay nada mas solemne que el silencio sepulcral que sigue á las palabras de un moribundo, ni hay nada mas respetable que el llanto que se vierte sobre la frente del sér que abandona la tierra por la eternidad. Y, si como sucedia entonces, es una madre la que se despide de su hijo, las palabras que aquella pronuncia deben escucharse como la voz de Dios, y sus mandatos obedecerse como deben serlo los preceptos del decálogo.

La enferma se había quedado callada procurando coordinar sus pensamientos, é Hipólito se hallaba dominado por un dolor patético y sombrío.

La luz de la mariposa apenas se trasparentaba por las cortinas de la cama, y bañaba con mústio resplandor aquel cuadro de muerte y de dolor.

=Acércate mas, Hipólito,—dijo lentamente la paciente.—Mas.. todavía mas.. voy á revelarte un secreto.. y no quiero que lo oigan ni las paredes.. Escucha, hijo mio.. Voy á morir.. y en esta circunstancia terrible en que se paga el último tributo á la virtud y á la verdad.. tengo que dar cumplimiento al mandato postrero de tu padre.. Yo no quisiera, pobre hijo mio, hacerte la revelacion tan dolorosa que vas á oir.. no quisiera arrojar en tu corazon.. una gota mas del licor venenoso que has apurado incesantemente.. durante los dias penosos de tu vida.. pero no está en mi voluntad evitarte este tormento, y tengo que resignarme á aumentar mas tu afliccion.. Oh.! bien sabe Dios el trabajo que me cuesta pronunciar la primera frase de mi narracion.! Pero es necesario.!

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual, la enferma haciendo un esfuerzo atrajo junto á su boca el oído de su hijo.

=Tu padre.. fué asesinado.!—dijo con una voz tan apagada, que era necesario estar en la posicion de Hipólito, para poder escucharla.

=Asesinado.!

=Sí.. sí.. Habla bajo, hijo mio; no llegue alguno y nos oiga.

=Asesinado.!—repitió Hipólito temblando y con la faz lívida.

=Calla.. calla..

=Con que me faltaba este tormento.! Con que no era bastante todo lo que he padecido, y me estaba reservado el dolor de saber que mi padre murió como muere un perro.!

=Oh.! Cálmate, hijo mio...

=Pero, oígame usted, madre mia.! Cuando hemos hablado de mi padre, siempre me ha dicho usted que era bueno.. me ha alabado usted su carácter, sus virtudes, su corazon bondadoso para todos los que sufrian.. Me ha dicho usted que era benéfico.. que compadecía á los pobres y que les aliviaba sus necesidades; no es verdad, madre mia.?

=Es verdad, Hipólito.. Jamás he conocido un hombre mas honrado, ni un padre tan tierno.!

=Pues entonces, señora.. por qué consiente Dios que los buenos perezcan á manos de los asesinos.?

=Hipólito.! Porque Dios sabe lo que hace,—dijo la enferma dando á su voz la espresion de una autoridad irresistible.

Hipólito enmudeció.

En el acceso de su dolor, había tenido un pensamiento sacrílego; pero la voz de su madre le volvió á la razon.

No debemos condenar al jóven.

Hay desgracias tan repentinas, tan lastimosas, que la imajinacion mas fatídica se niega á creerlas á pesar de la terrible realidad que la abruma; desgracias que cayendo de golpe sobre el corazon, le hieren mortalmente y ciegan el entendimiento sin dar lugar á la reflecsion. Entonces, y sobre todo, los hombres de intelijencia elevada y de corazon ardiente, son los mas espuestos á cometer errores; y acosados por la pesadumbre que los martiriza, quieren tomar cuentas á Dios de lo que *solo* EL sabe y *solo* puede hacer.

Esto habia sucedido á Hipólito.

Hasta el instante en que estaba, vivió creyendo que su padre habia muerto como merece morir un hombre de bien; pero la revelacion que acababa de oír, desvaneció la imájen tranquila de la muerte del que lo enjendró, y en la ecsaltacion de su pensamiento creyó ver á su padre herido por el puñal de un asesino, y revolcándose en su sangre, como se revuelca un perro lastimado por el chuzo de un sereno.

=Hijo mio,—continuó la moribunda y bondadosa madre. —Dios sabe lo que hace con sus criaturas, y tiene designios que es fuerza que se cumplan... á nosotros, pobres y míseros mortales.. no nos toca mas que reverenciar su poder y obedecer sumisamente los decretos de su Omnipotencia..

=Tiene usted razon, madre mia.. perdóneme usted; pero mi dolor es tan grande.. mi afliccion tan intensa, que no sé lo que he dicho...

=Sí, sí.. hijo mio..—replicó la enferma besando cariñosamente la mejilla de Hipólito.—Te conozco bien.. sé que tus sentimientos son relijiosos, y por eso disculpo esa queja impía que te arrancó el pesar.. Ahora, escúchame.. Tu padre murió asesinado.. ignoro el nombre del que le quitó la vida, pero tú lo sabrás.. La causa de su muerte no fué otra mas que los ódios políticos.. Elejido diputado al congreso jeneral, defendió con teson los derechos del pueblo, y desplegó toda la enerjía de un buen patriota, para combatir al partido que trabajaba por destruir la federacion.. Su ecsaltacion rayaba en delirio.. y como pertenecia á la lójia de ***, sus enemigos le señalaron de antemano como á una de sus víctimas.. En cada sesion de la cámara, dirijía fuertes ataques á sus contrarios, y éstos procuraban sin cesar hacerle la befa de la multitud.. Un dia.. en una sesion en que se trataba de la enseñanza pública.. los antagonistas políticos de tu padre quisieron apoderarse de la direccion de la niñez, y él se opuso fuertemente á ellos, logrando que el proyecto fuera desechado por la mayoría..

=Oh.! Padre mio.!

=Tu padre se gozó en su triunfo, y sus enemigos juraron vengar la ofensa que habian recibido.. Esa noche.. entonces tenias cuatro años cumplidos.. acababa yo de ponerte en tu cama y dormias profundamente.. yo estaba sentada á tu cabecera contemplando la tranquilidad é inocencia de tu sueño, cuando ví entrar á tu padre, pálido, despavorido y con el pecho lleno de sangre.. Al verle lancé un grito de horror, y ha-

bria corrido á la calle pidiendo socorro, si él no me hubiera contenido diciéndome...

=Calla.. Calla.. Soy yo.

=Tú..—esclamé espantada.—Tú.! Pero ¿qué es esto.. esa sangre...

=Calla, no despiertes á Hipólito.

=Dios mio.! Dios mio.! Qué te ha sucedido.?

=Nada.. ya lo ves.. una lijera herida...

=Pero ¿quién ha sido el que...

=Un enmascarado.

=Ah.!

=Sé de dónde viene el golpe, y...

=Y yo tambien.!—le dije llorando.

=Lo sabes tú.!—mereplicó admirado.—Pero cómo losabes.?

=Acaso no tienes enemigos políticos.?

=Es verdad.

=Y hoy, no me contaste lo que pasó en la cámara.?

=Es verdad, Julia.. pero dejémonos de conversaciones inútiles, y hazme el favor de limpiarme esta sangre y de darme otra camisa.

Hice lo que me dijo, y mientras le limpiaba yo la herida, que en efecto era lijera, le rogué que me refiriera cómo habia pasado el lance.. él accedió á mi súplica, y me contestó:

=Desembocaba yo por el callejon de las Damas para el de Lopez, cuando un hombre se paró á pedirme la lumbre.. el que, segun he conocido despues, finjió que no podia encender su cigarro; y de repente, ví doblar la esquina á otro que llegando violentamente, me tiró una puñalada echando á correr con direccion al callejon de Dolores. La rapidez con que venia me libertó de su puñal, y entonces, el que estaba encendiendo su cigarro, viendo que el otro habia errado el golpe, sacó una arma del bolsillo y se echó sobre mí.. Al ver su movimiento quise defenderme.. mas no pude evitar que me hiciera esta herida...

=Pero y qué ibas á hacer por aquellos callejones.?

=Tu padre no respondió.. y yo no insistí, porque adiviné que iba á la lójia, que segun supe despues, estaba situada en el callejon de Sal-si-puedes.. Desde aquella noche vivia en una inquietud mortal.. las horas me parecian largas, y mientras tu padre estaba ausente yo no cesaba de rogar á Dios por él.. Siempre que tenia oportunidad de hablarle, le suplicaba encarecidamente que se separara de aquellas reuniones tenebrosas, y que cesara de atacar tan terriblemente á sus enemigos políticos.. pero él se mostraba inflecsible y acababa diciéndome:

=Yo no puedo transijir con los asesinos del jeneral Guerrero!

=Padre mio.! Padre mio.!

=Escucha, Hipólito.. Tres meses despues de aquella noche fatal.. era el 19 de Julio de 1832...

=Hace diez y nueve años.!

=Sí, hoy hace diez y nueve años.! Eran las nueve y media de la noche, y estaba yo orando al pié de un Crucifijo.. cuando oí que paró un coche á la puerta y despues dieron golpes repetidos en el zaguan.. El portero abrió, y á pocos momentos entraron hasta la pieza en que yo estaba, dos señores decentes y un cochero, que traían en brazos á otra persona bañada en sangre.. Al momento adiviné lo que podia ser.. mi corazon se comprimió de una manera horrorosa y me quedé sin sentido.! Cuando volví en mí, me acerqué á la cama en que estaba tendido tu padre, y le ví descolorido.. desencajado y moribundo.. Tenia las espaldas cosidas á puñaladas.! Uno de los individuos que estaban allí era médico, y declaró que ya no le quedaban mas que algunos minutos de vida.. Tu padre les dió afectuosamente las gracias porque habian tenido la humanidad de recojerlo, y observé que él y los otros dos se daban el título de *hermanos*.. Cuando nos quedamos solos.. mi esposo me llamó á su lado.. me pidió pluma y papel.. escribió algunas palabras en una esquela.. y despues de haberla sellado, me la entregó diciéndome:—"Para mi hijo.. cuando tenga

"veinticinco años.. ó antes, si te encuentras en artículo de "muerte.."

=Y esa esquela, adónde está, madre mia.?—dijo Hipólito, queriendo levantarse con una ansiedad inesplicable.

=Espera, hijo mio.. aguarda aún.. "En esta esquela.."—continuó tu padre..—"están escritos los nombres de mis asesinos.."

=Oh.! madre mia.!—volvió á esclamar Hipólito.—Déme usted esa carta.. que sepa yo quiénes son esos infames.!

=Escucha aún, Hipólito..—"La manera con que me han "herido.. es la mas vil que puede imajinar el pensamiento hu-"mano.."—prosiguió mi esposo..—"En el mismo callejon de "las Damas.. me sorprendió un hombre.. me oprimió los bra-"zos dejándome sin movimiento.. y otro se me quedó mirando "fijamente..—"No hay duda.."—dijo..—"éste es.."—"y pa-"sando tras de mí.. me dió de puñaladas.! Pero esta vez no "llevaban caretas y pude reconocerlos.."

=Oh.! La carta.! La carta, madre mia.!

=Espera.. espera.. Tu padre espiró.. y yo me quedé abismada en el dolor.. Su muerte dejó un vacío en mi coraron, y como no podia yo pensar en nada que no fuera en mi desgracia, encargué los negocios de nuestra casa al bueno y honrado D. Jacinto Enriquez, quien en calidad de tutor ha dirijido tu educacion.. Ignoro, hijo mio, los motivos que tienes para privar á D. Jacinto de ese cargo, dándoselo á tu amigo Rodriguez; pero consiento en el cambio, porque.. en primer lugar, de aquí á un año entras en la mayor edad.. y porque el sujeto á quien has elejido merece toda mi confianza...

=La carta, madre mia.!—volvió á decir Hipólito, cuyo pensamiento se había fijado en esta circunstancia.—Déme usted esa carta.! Quiero saber cuáles son los asesinos de mi padre, para conocerlos y vengarle.!

La enferma vió fijamente á Hipólito, y le dijo con un acento profético y solemne.

=Dios ha prohibido la venganza.!

=Es verdad, madre mia,—contestó Hipólito.—Ha prohibido la venganza pero no el castigo.. Ha prohibido la venganza, pero no ha querido que se queden impunes los crímenes espantosos de los hombres.. No seré yo, señora, el que tiña mis manos en la sangre de mis semejantes.. pero hay una justicia.. hay una ley; y yo acudiré á esa ley y á esa justicia para lavar la mancha ensangrentada, que el asesinato de mi padre ha dejado en mi familia.. y cuando lo logre, madre mia, me gozaré en los tormentos de esos infames, como ellos se habrán gozado en los de usted.!

=Hipólito.! Eso que estás diciendo es inhumano.. El que se goza en los tormentos de sus semejantes, se burla de la vida.. y el que se burla de la vida es indigno de vivir.! Escucha, hijo mio..

=Oígame usted, querida madre. Acaba usted de referirme una historia sangrienta y tenebrosa.. acaba usted de torturar mi corazon de una manera inesplicable.. Oh.! yo no la culpo á usted.. Al referirme esa historia y al atormentar mi alma, ha cumplido usted con un deber sagrado acatando la postrer voluntad de mi padre.. Pues bien.! Este suplicio necesita una reparacion; y mi padre, al imponer á usted la obligacion de referirme su catástrofe, seguramente quiso que la sangre de sus asesinos se vertiera en cambio de la suya.!

=Hipólito.!

=Sí, madre mia. Yo no creo que mi padre quisiera vulnerar mi corazon por vulnerarlo.. y sí creo que lo que quiso fué, que un dia sus enemigos recibieran lágrimas por lágrimas, sangre por sangre, desesperacion por desesperacion.! Quiso que yo le vengara.. y le vengaré.!

=Oh.! no.. no.! Tu padre no quiso eso.. era demasiado bueno para vengarse.. te amaba demasiado para esponerte á las viles asechanzas de sus enemigos.. Tal vez por eso fué por lo que no quiso que lo supieras, sino á los veinticinco años..

porque acaso entonces no debían ecsistir, como no ecsistirán ya los viles que le mataron.!

=Pero y si ecsisten, señora.?

=Si ecsisten.. oh.!

=Si ecsisten.. le vengaré.!

=Hijo mio.! Yo te perdono esa ecsaltacion hija del cariño que profesas á la memoria de tu padre.. Creeme.. Cuando se rebosa vida y salud, se piensa en la venganza; pero la hora de la muerte es la hora del perdon.! y tú.. aunque estás lleno de vida, perdonarás porque yo te lo pido. No es verdad, hijo mio..?

=Jamás.! Jamás.!—dijo el jóven delirante.

=Jamás.!! Esa palabra es cruel.. es la eternidad.. la nada.. la condenacion.! Dios no la ha dicho al hombre.. un hijo no puede decírsela á su madre.! Escucha, hijo mio..—continuó la enferma, dando á su voz un acento de ternura indecible.—Yo sé.. yo conozco tu corazon.. eres bueno y jeneroso.. y las palabras que profieres son la consecuencia precisa del dolor que te abruma por el desastroso fin de tu padre.. tienes razon.. Hay acaso alguna cosa que aflija mas á un hijo, que la muerte trájica de los que le dieron el sér.? No.. yo lo considero y por eso te disculpo.. pero la razon tambien debe abrirse paso en medio de las ideas atropelladas del pensamiento.. Dime.. Negocias algo en perseguir de muerte á los que asesinaron á tu padre.? Resucitará porque ellos perezcan en un suplicio.? No.. y por mas que me digas que deben ser castigados.. este castigo tendría todas las apariencias de la venganza.. Y te lo repito, Dios ha prohibido la venganza en la tierra, reservándose el derecho de castigar en el cielo.!

=Señora.! Madre mia.!

=Ademas de todo eso.. qué diria el mundo viendo que vengabas un crímen cometido hace diez y nueve años.?

=Y qué me importa el mundo.? Qué le debo yo al mundo.? Dolores, lágrimas, tormentos y nada mas. Diria que

soy vengativo, que tengo mal corazon.. y qué me importa, repito.? No es al padre del mundo, sino al mio á quien asesinaron.!

Si la enferma é Hipólito no hubieran estado tan entretenidos, probablemente habrian visto á un hombre, que habiendo abierto la puerta iba á entrar á la recámara, y se detuvo al oír las últimas palabras del jóven, quien acalorado con lo que le sucedia, se habia olvidado de hablar en voz baja.

=Escucha, hijo mio,—prosiguió la enferma.—Hace diez y nueve siglos que los judíos crucificaron á un justo; y éste, desde lo alto de la cruz imploró el perdon de sus enemigos.! Ese justo era el Hijo de Dios.. era Dios mismo hecho hombre, que vino al mundo para redimir á los pecadores.. Y si perdonó ese Dios que derramó su sangre por nosotros, por qué no has de perdonar tú á los asesinos de tu padre.?

El hombre de quien hemos hablado escuchó con mas atencion, é Hipólito humilló la frente al oír las palabras de su madre.

El recuerdo de ese drama moderno á fuerza de ser antiguo; de ese drama grandioso que comienza en Bethlem y acaba en el Gólgota; recuerdo que la enferma habia invocado en una hora tan solemne como aquella, conmovió profundamente el corazon del jóven.

Su imajinacion poética le representó esa peripecia magnífica de la cristiandad, en la que Jesucristo tuvo una gota de sangre para cada sér, y una palabra de bondad para sus verdugos.

Se figuraba ver al Hijo del Hombre vendido por Júdas, aprehendido en el monte de los Olivos, llevado, ó mas bien, arrastrado de la casa de Anás á la de Caifás, y de ésta á las de Herodes y Pilatos.. Creía mirarle azotado, befado y escarnecido por aquellos mismos á quienes vino á redimir.. Creía verle caminar para el Gólgota con la cruz á cuestas, cayendo de debilidad, seguido de una multitud sacrílega que se mofaba de sus padecimientos.. Despues miraba su cuerpo desnudo y

llagado clavado sobre la cruz.. y en medio de su intuicion escuchó aquellas palabras sublimes, que no tienen iguales en la historia sagrada, ni menos en la profana:

PERDÓNALOS, SEÑOR, QUE NO SABEN LO QUE HACEN.!

A estos recuerdos, el alma de Hipólito se enterneció de una manera inesplicable, y dos lágrimas ardientes y consoladoras se deslizaron por sus mejillas.

La enferma sintió correr estas lágrimas sobre su seno, y se regocijó del cambio feliz á que las atribuia.

=Lloras, hijo mio.?

=Sí.. madre mia.. Lloro.. y perdono.!

=Oh.! hijo mio.!—dijo la paciente oprimiendo la cabeza de Hipólito contra su pecho.—Ya esperaba yo de tí esa palabra que te reconcilia con Dios.. que me hace morir tranquila..

=Sí.. sí.. madre amada.. Tenia usted razon.. Cuando Dios ha perdonado, nadie en el mundo tiene derecho de maldecir.. y qué soy yo delante de Dios.? Una criatura insignificante.. un gusano miserable que se arrastra por el suelo.. Yo debia perdonar, señora, porque la venganza es asquerosa y repugnante.. debia perdonar, porque la sangre que se derramara ahora, no habia de restañar la que derramó mi padre.. Oh.. sí.. Bendito sea Dios, que inspiró á usted esas palabras que me han llenado de consuelo, quitándome del corazon el peso que lo abrumaba.! Bendito sea Dios, que ha consagrado en las pájinas de la Escritura, un ejemplo sublime que imitar.. El perdon de los enemigos.. el olvido de las ofensas.. la resignacion en los sufrimientos.!

=Hijo mio.! Hijo mio.!

Mientras la madre y el hijo *lloraban*, el hombre que estaba escondido tras de la puerta *se reía* burlescamente.

Hipólito y la enferma olvidaban en aquel momento que era la última vez que se veían.

Lloraban á torrentes, y en esas lágrimas habia un manantial de consuelo tan fecundo, que podia confundirse con la felicidad.

Durante algunos minutos, ningun recuerdo funesto, ningun pensamiento melancólico turbó el arrobamiento de sus corazones, y abrazados el uno del otro formaban el grupo mas espresivo con que pudiera representarse la sensibilidad.

Al cabo, la madre fué la primera en despertar de aquel sueño.

Sus dolencias y el amor tan intenso que profesaba á su hijo, la recordaron que iba á morir y á dejar solo en el mundo á su adorado Hipólito. Entonces un dolor acerbo sucedió á la alegría momentánea que habia gozado, y las lágrimas de la amargura sustituyeron al llanto de la ternura...

Deseó vivir, no por vivir, sino por no abandonar á su hijo en medio de los escollos de la vida.. Deseó vivir para acariciar aquella frente, para besar aquella boca, para velar por esa vida.. Deseó vivir, porque conocia demasiado á su hijo, y sabia que muerta ella, no le quedaba á Hipólito mas que una ecsistencia de pesares...

Pero la hora de su muerte habia sonado, y esta hora es tan inmutable como la voluntad de Dios que la señala.

Hipólito, que tambien habia olvidado, recordó su situacion y abrazaba mas estrechamente á su moribunda madre...

El dolor del jóven era tan inesplicable, tan supremo como el de la enferma...

Tambien él perdia lo único que le hacia amar la vida, el solo sér á quien acariciaba, los solos brazos que le abrazaban, la única boca que le hablaba con bondad...

En este estado duraron algunos minutos, hasta que el reloj colocado en un estremo de la alcoba dió las nueve.

Entonces la enferma se incorporó un poco, y pidió á su hijo las gotas que le habia recetado el médico.

Hipólito obedeció, y la enferma tomó con trabajo la medicina que le presentaba la mano de su hijo.

=Ahora, hijo mio,—dijo la paciente hablando con algun trabajo.—Me juras no vengarte jamás de los asesinos de tu padre.?

=Lo juro, madre mia.

=Entonces, mira.. pasa tu mano por debajo de la almohada.. Eso es.. Busca una llave que está entre la sábana y el colchon...

=Es ésta, señora.?

=Sí.. esta es.. ahora...

El escondido escuchó sin pestañear.

=Vé á tu gabinete.. y en el cajoncito de abajo.. del bufete que está junto del balcon.. encontrarás la carta de tu padre.. que contiene los nombres de los que.. le mataron...

Hipólito hizo un movimiento para salir; pero la enferma le volvió á llamar antes de que hubiera llegado á la puerta.

Entonces el escondido abandonó su puesto, fué al gabinete de Hipólito, y con un cuchillo que llevaba en el bolsillo, forzó la cerradura del bufete, abrió el cajoncito indicado por la enferma, sacó un papel doblado en forma de esquela, y riéndose sórdamente bajó la escalera con precaucion.

Todo lo que hemos dicho, pasó mientras el jóven colocaba bien á su madre, pues de resultas de la escena ajitada que referimos, se hallaba en una postura muy incómoda.

Despues de que Hipólito cumplió con el ruego de la paciente, salió de la recámara con direccion á su gabinete.

Cuando se encontró en él, se quedó asombrado al ver el bufete abierto, la cerradura forzada y el cajoncito vacío y arrojado en el suelo.

Dirijió su vista en derredor y rejistró escrupulosamente el gabinete, para cerciorarse de que ninguno estaba en él: despues pasó á la sala, á su recámara, al corredor y á la escalera, pero sus pesquisas fueron inútiles, pues en toda la casa no habia mas habitantes que él, la enferma y una portera que habia salido en busca de un sacerdote de San Camilo.

Convencido de que nadie mas estaba en las habitaciones, volvió al gabinete y rejistró los cajones del bufete uno por uno, pero no halló lo que deseaba tanto encontrar.

Despues se puso á rejistrar la cerradura, y la veía tan fijamente, como si quisiera indagar de ella lo que habia sucedido, ó como si esperara la revelacion de aquel acontecimiento tan inesperado como misterioso.

Queriendo cerciorarse de que en efecto alguno habia entrado, bajó hasta el zaguan y encontró el pestillo levantado y la puerta emparejada.

Entonces ya no le cupo duda ninguna.

Era evidente que álguien se introdujo en la casa y escuchó lo que él y su madre habian hablado.

Pero con qué interes.? Y cómo adivinaron lo que la enferma tenia que revelar á su hijo.? Ecsistirian acaso los asesinos de su padre.?

Estos fueron los pensamientos que asaltaron á Hipólito; y cuando procuraba descubrir la verdad ó algun indicio que lo iluminara, el mayordomo, sentado en una mesa del café de Manrique, leía la carta que sacó del cajoncito del bufete, la que solo contenia estos dos nombres:

"Pedro Suarez. Ambrosio Iriarte."

Cuando el jóven desesperó de poder salir de sus dudas, volvió al lado de su madre, quien sintiendo acabarse su vida deseaba abrazarle por última vez.

=La encontraste, hijo mio.?—dijo al verle llegar.

=No señora,—respondió Hipólito.

=No.!—dijo la enferma con voz desfallecida.

=No, madre mia.. La cerradura del bufete está hecha pedazos, el cajoncito en el suelo, y la carta ha desaparecido...

=Pero, cómo.. eso no es posible.. Quién puede haber sido.?

=Lo ignoro, señora.. pero alguno nos ha escuchado, é in-

teresado sin duda en destruir esa prueba, la ha estraido de donde estaba.

=Oh.!

=Acaso,—añadió Hipólito con una voz sombría.—Acaso es uno de los que asesinaron á mi padre.!

=Hipólito.!

=No tema usted, señora. He jurado que no me vengaré, y cumpliré mi juramento, aunque alguna vez se me presenten delante los asesinos.. Viva usted tranquila, madre mia.!

=Que viva yo.!—dijo la enferma con acento moribundo.—Que viva yo, cuando estoy cerca de la tumba, cuando ya voy á dejarte para siempre.! Cuando ya voy á espirar.!

=Para siempre.!—dijo Hipólito con tristeza.

=No.. no para siempre.. un dia vendrá en que nos reuniremos para no separarnos ya.. y entonces, hijo mio.. á los piés del trono de Dios, bendeciremos sin cesar su Omnipotencia.. mientras tanto.. yo rogaré por tí.. y cuando los trabajos te persigan en el mundo.. piensa que tengo mi vista fija en tí.. y que mis bendiciones te siguen á todas partes.. no te quedas solo, no.. si me amas, como siempre he creido, como lo creo ahora.. mi recuerdo te servirá de consuelo en las tribulaciones de la vida.. él te dará fuerza para resistir á las injusticias de la suerte.. Haz bien, hijo mio.. ama á tu prójimo, y no esperes en la tierra la recompensa de tus acciones.. Vas á padecer.. vas á sufrir mucho.. pero no te dejes dominar por el dolor.. en las circunstancias aflictivas que te encuentres, recurre á la oracion, que es el supremo recurso abierto á los mortales.. en todas partes hay un asilo para la piedad.. en todas partes hay un consuelo para el infortunio.. Ama á Dios y adórale, porque á él es á quien debes la vida.. porque él es el que debe castigarte si obras mal, ó premiarte si obras bien.. y cuando te agobien las desgracias, súfrelas con paciencia y venera resignado los decretos del Señor.. No llores, hijo mio, no desesperes.. Valor, Hipólito.! En las desventuras de la ecsistencia.. el alma

debe permanecer impasible para arrostrarlas.. y el espíritu debe dirijirse á Dios como al oríjen de todos los bienes, para implorar su bondad y su misericordia.! Ven, hijo mio.. ven por última vez á reclinar tu cabeza sobre mi seno.. la vida se me acaba ya y quiero besar tu frente.. No llores.. no llores.. esas lágrimas guárdalas para derramarlas sobre mi sepulcro.. pero que no te las vea yo verter.. porque moriria mas aflijida.. Calla.. oh.! calla.. porque tus jemidos me rompen el corazon.!

Hipólito derramaba un manantial de lágrimas.. la enferma lo oprimia suavemente contra su pecho y besaba la frente del jóven, el que se estremecia al sentir el helado contacto de sus labios...

Despues de algunos instantes, la enferma con voz mas moribunda, dijo á su hijo.

=Arrodíllate, Hipólito...

El jóven obedeció.

La paciente colocó la mano derecha sobre la cabeza de su hijo, y con un acento de inesplicable bondad, murmuró:

=En el nombre del Padre.. del Hijo.. y del Espíritu Santo.. yo te bendigo.. hijo mio.! Adios.. adios.! No olvides mis consejos.. ten valor y paciencia para sufrir.. hasta el dia en que nos reunamos para siempre.. Levántate, Hipólito.. siéntate aquí.. á mi cabecera.. eso es.. pon mi cabeza sobre tu corazon.. que lo sienta yo palpitar.. por última vez.. así.. así.. quiero morir en tus brazos.. para que te acuerdes de mí..

Hipólito habia colocado la cabeza de su madre encima de su corazon, y veía su respiracion cada vez mas apagada.

La enferma tenia los ojos fijos en el semblante de su hijo; pero sus miradas eran ya demasiado débiles, y sus párpados se cerraban insensiblemente.

La mariposa, que era la única luz que habia en la recámara, despedia un resplandor lívido y vacilante...

La campana del reloj dió las nueve y media...

Hipólito clavó sus labios en la boca de su madre...

La moribunda lanzó un suspiro...

Y todo se acabó.!

El jóven, convencido de que ya habia concluido el drama, estendió cuidadosamente el cadáver de su madre; encendió cuatro bujías de cera que colocó en las esquinas del lecho; enjugó sus lágrimas, cruzó los brazos, levantó la frente, y dijo con una tranquilidad mas espantosa que la misma muerte:

=Aquí estoy solo.. que el mundo haga de mí lo que quiera.!

Luego se arrodilló y oró con fervor...

....

En los momentos en que la madre de Hipólito revelaba á éste el fin sangriento de su padre; en los instantes en que la enferma daba á su hijo los consejos que una madre cree deber inculcarle al partir para la otra vida; en los momentos en que la muerte cerraba sus párpados y hendia el corazon del pobre Hipólito; en los instantes en que éste encendia las hachas mortuorias que debian alumbrar por última vez el cadáver de su madre, era cuando Luisa y Cárlos se dirijian miradas de amor y de felicidad.

Esto es una ironía.



IX.

LA FONDA DE LOS ONCE MIL VIEJOS.

Cuando Simon se separó del mayordomo en la puerta del Progreso, echó á andar ácia la derecha, dió vuelta por la segunda calle de San Francisco, siguió hasta la segunda de Plateros, torció á la Alcaicería, despues á la calle del Arquillo, entró en el número 17, subió el primer tramo de la escalera y desapareció por una puerta situada á la derecha.

El local adonde entró es una pieza pequeña que sirve de locutorio á la fonda que el vulgo llama: *La fonda de los once mil viejos,* sin que sepamos nosotros la razon por qué la han bautizado con este nombre.

En dicho locutorio no hay mas que tres mesas; una colocada enfrente del balcon que dá para el patio, al lado de la puerta que conduce á la cocina, otra frente de ésta y á la derecha de la entrada, y otra precisamente enfrente de la misma entrada.

En esta última mesa fué á la que se sentó nuestro hombre, con el loable é inocente objeto de esperar á Manos Largas y á Macedonio, y de observar á todos los entrantes y salientes.

Las otras dos mesas estaban ocupadas por abogados, escribanos, tinterillos, ministros ejecutores y otras jentes de justi-

cia, que son casi los que por saciar su apetito con manjares bien condimentados y al uso del pais, han contribuido con sus bolsillos á enriquecer á la dueña de la fonda, que sea dicho de paso, disfruta de la mejor robustez y salud de que puede gozar una mujer.

=Ola, muchacha.!—dijo Simon dirijiéndose á la criada, que era una india con enaguas de indiana amarilla y zapatos de tafilete.—Ola, dame de cenar.

=Qué quiere su *mercé.?*—dijo la criada.

=Veremos. Qué hay.?

=*Mole de ternera, chiles* reyenos, *asado de* poyo, *mole de huajolote..*

=Bueno, bueno. Traeme el *huajolote* y un vaso de pulque, eh.?

=*Del blanco, ó del curado.?*

=Blanco,—respondió Simon.

La criada se marchó, y el del pañuelo blanco quitó la luz que tenía delante porque le impedía ver de lleno á la puerta.

Poco tiempo despues volvió la muchacha con lo que se le había pedido, y Simon se puso á comer pausadamente, echando de cuando en cuando un trago de pulque y una ojeada á la puerta.

Ninguno de los que estaban en el locutorio decia una palabra; pero en cambio todos comian con un apetito que daba á conocer á primera vista la posicion social que ocupaban, y las disposiciones gastronómicas que poseian.

=Muchacha,—dijo al fin un hombre gordo y chaparro como un poste de esquina.—Muchacha.! Traeme un plato de *chiles reyenos* y un vaso de *pulque curado* con su correspondiente *tostada,* entiendes.?

=Sí, *siñor amo,*—respondió la criada yendo á desempeñar su cometido.

=Cáspita.! D. Nicasio.. con éste van tres platillos que se toma usted, y creo que cuatro vasos de pulque.

=Señor mio,—contestó el D. Nicasio.—Cuando yo digo á comer, cumplo esactamente lo que digo.. Lo mismo que cuando digo á..

=A cenar.?

=No.. á trabajar.! Hoy, verbi-gracia.. He andado casi todo México recojiendo firmas, espedientes y.. bien á verdad que esto me ha producido algo.. muy poco, porque como algunos quedan á deber..

=Vamos,—dijo otro de los presentes.—Cuánto ha ganado usted hoy.?

=Hombre.. Muchacha.! Esos chiles.!

=Ya voy *siñor*.. ya voy *ayá.!*

=Y bien.?—volvió á preguntar el que habló antes.

=Pues señor.. seis rebeldías.. cinco con tres dilijencias.. otras dos rebeldías.. sí.. sí.. eso es.. habré ganado cosa de.. cualquier cosa.. diez y ocho pesos..

=Y á eso llama usted cualquier cosa.? Demonio.! Pues si yo pudiera ganar en un dia lo que usted..

=Vamos, qué es lo que haría usted.?

=Viviría como un marqués.

=Cómo.? Con tan poco.?

=Le parece á usted poco.? Pues con cuánto se conforma usted diario.? No es usted casado, y creo que..

=Escuche usted.. me conformo con tener diariamente.. tres veces mas de lo que he tenido hoy..

=Jesucristo.! Qué avaro es usted.!

La criada se acercó á la mesa y puso delante de D. Nicasio el plato y el vaso correspondientemente habilitados.

=Ca.!—continuó diciendo el gastrónomo.—Si fuera yo avaro no gastaría ni en comer.. pero ya vé usted qué bien engullo..

Y acompañando las palabras con la accion, devoraba los chiles que acababa de llevarle la criada, y bebía sendos tragos de pulque.

Todo volvió á quedar en silencio.

Simon no apartaba los ojos de la puerta, y sin hacer caso de lo que pasaba á su derredor, seguía cenando lentamente con la cabeza inclinada, para que los demas no echaran de ver el cuidado con que observaba la entrada.

De repente se presentó en el locutorio un jóven largo y flaco como un bejuco, y se fué á sentar al lado de D. Nicasio.

=Cómo vamos, mi viejo.? Siempre tan gordo, eh.?—dijo el recien venido, dando á D. Nicasio unos golpecitos en el abdómen.

=Siempre, siempre,—contestó el agredido con aire jovial, porque los humos del pulque vagaban por su cabeza.—Y usted, que tal, *Cochinilla.?*

=Yo.. bueno, ya sabe usted.. aunque muerto de hambre porque..

=En efecto, vienes muy tarde,—contestó otro de los circunstantes.—Adónde diablos te has estado tanto.?

=Hombre.. ya me venía yo para acá, cuando.. Muchacha.! Traeme *un asado de pollo.. y un plato de chanfaina..*

=Y á mí, traeme mis *frijoles* y otro vaso de pulque,—dijo D. Nicasio.

=Pues señor.. Me venía yo á cenar,—continuó Cochinilla, —cuando.. no sé si decir desgraciada ó felizmente.. me encontré con Cendejas..

=El escribano.?

=Pues quién quieres que haya sido.? Me gusta la pregunta.!

=Vamos, vamos,—dijo D. Nicasio.—Continúe usted, continúe usted..

=Me le encontré en la esquina de la calle del Refujio, y sin decirme una palabra se apoderó de mi brazo, me condujo á la plaza de la Constitucion, me incrustó dentro de un coche, y echamos á andar por esas calles de Dios.

=Y adónde fueron.?

=A casa de un bendito, que se le puso marcharse al otro barrio, dejando en éste veinte talegas de pesos..

Simon escuchó atentamente.

=Nada mas.?

=Y una chica mas linda que el sol.

La criada puso en la mesa los platillos que le pidieron y el pulque de D. Nicasio, quien apuró de un sorbo todo el vaso.

=Hombre, hombre,—dijo D. Nicasio balbuciente ya por efecto de las libaciones.—Conque veinte mil pesos.. y una muchacha.. bonita, eh.?

=Ola, ola.!—dijo Cochinilla.—Miren al viejo verde, y cómo se alegra.

=Pues hombre.. si á todos nos gusta lo bueno..

=Ya; pero no se hizo la miel para la boca del asno.

=Qué quiere decir eso.. mi viejo.?

=Quiere decir que está usted beodo.

=No hombre.. si apenas.. me he tomado cinco vasos..

=Como ese último.?

=Sí..

=Cuerpo de tal.! Cinco cuartillos.?

=Deja de charlar con ese mostrenco; y dime, á qué fuiste á casa de ese á quien se le puso morirse.?

=A que hiciera testamento.

=Ah.! Y hasta dónde vive.?

El del pañuelo blanco procuró no perder ni una sílaba.

=En la calle del padre Lecuna.

=Qué número.?

=Ola, ola.! Qué, tratas de casarte con los veinte mil pesos.?

=Y por qué no.?

=Tambien tienes razon.

=Con que, en qué número.?

=No lo sé.

=No importa,—dijo entre sí el de la cotona.—Mañana se aposta un hombre, se vé de adonde sacan á un muerto, y..

=De veras no lo sabes.?—preguntó el aspirante al dinero.

=Como lo oyes..

=Tiene balcones la casa.?

=No.. El difunto es uno de esos hombres que atesoran para los yernos.. ó para los queridos, y que se dan una vida insufrible viviendo en casa de vecindad.. en un cuarto bajo..

=Malo, malo,—pensó Simon.

=Lo cierto es,—continuó Cochinilla,—que yo he ganado esta noche cinco duros; y que gracias á ellos tendré con que vivir estos dias, pues si me atengo á las pagas.. ya saldré de ahogos.

=Como que hace cinco meses que no nos dan un centavo.

=Es que nos están guardando el dinero, para que el dia de la Asuncion lo pasemos como unos millonarios.

=No hombre,—dijo D. Nicasio.—No es eso..

=Pues qué.?

=Es que nos quieren tener á dieta.. porque como el gobierno.. es nuestro padre.. no quiere que nos desmandemos en comer.. y nos vayan á dar las viruelas..

=Diablo.! Pues tiene razon este bípedo..—dijo Cochinilla, comiendo con una prisa que daba á conocer su hambre.

=Qué es eso de.. de bípedo.. mi viejo.?

=Un animal en dos piés.

=Ya.. como yo no conozco la arquitectura..

=Por eso no sabe usted qué cosa es *bárbaro*,—dijo Cochinilla, no pudiendo contener la risa; y despues añadió.—Pero oiga usted, D. Nicasio; si no manda usted traer un coche para irse, indudablemente le llevan en triunfo los serenos.

=Y hará usted un espectáculo muy curioso.!

=Ya se vé.. un barrigon llevado á cuestas.! Parecerá cuero de pulque encima de una mula.

=Bueno.! eso sí que es hablar,—dijo otro de los presentes.—La comparacion no puede ser mas esacta, porque D. Nicasio lleva el pulque hasta el cogote.! ja, ja, ja, ja, ja!

Y un coro de risotadas, en el que tomó parte D. Nicasio,

atronó los oídos de Simon, quien no cesaba de ver para la puerta.

Los gastrónomos se fueron retirando, llevando cada uno de ellos el estómago bastante habilitado para pasar ocho ó diez horas sin probar bocado.

Simon y la criada se quedaron solos en el locutorio; el primero impaciente porque no llegaban los que esperaba, y la segunda dormitando sentada en una silla que se hallaba junto á la puerta de la cocina.

=Reniego.!—decia Simon para sí.—La mayor de todas las diabluras que le puede suceder á uno, es la de tener que hacer un cuarto de centinela, esperando á alguno que no llega.. y á quien es necesario ver.. Hace media hora que estoy aquí, y nada.. Sin embargo, no he perdido enteramente el tiempo.. Veinte mil pesos y una muchacha bonita.! Lo que es esta última, se la mandaré á Jacinto para que se entretenga un poco el pobre chico.. Está tan triste.! En cuanto al dinero, será para mí y para esos zánganos.. Pero por vida de Satanás.! Esos imbéciles no llegan y ya me estoy fastidiando de esperar.. Si habrán caido en las garras de los *cuicos.?* (1) No es muy dificil.. Se les antojaría hacer algun juego de manos y los habrá sorprendido.. Pues no.. no me salia bien la cuenta.. Sin Manos Largas se nos escapa el abogado, y sin Macedonio corro riesgo de.. Y no me agrada la diversion.! Por vida de.. Si esos bribones no vienen esta noche, no sé como arreglar el estofado.. y lo peor es que ya se vá haciendo tarde.. Reniego.!

Y al decir esta última palabra dió un puñetazo en la mesa.

La criada despertó sobresaltada, volvió la vista á donde estaba Simon, y sin levantarse de su lugar le preguntó:

=*Mande usté.?*

=Que no te duermas, bribona.! Hace mas de media hora que estoy esperando los frijoles, y ni siquiera te has movido.

---

(1) La policía.

=Voy á *trairlos, siñor.*

=Espera,—dijo Simon acabando de apurar el vaso.—Traeme mas pulque y una tostada.. pero pronto, picaronaza.!

La criada obedeció, y Simon volvió á quedarse pensando.

Las velas que había sobre las mesas tenian el pabilo largo, y alumbraban opacamente el locutorio.

A poco rato volvió la criada, puso sobre la mesa en donde estaba Simon los frijoles y el pulque que le había pedido, y volvió á sentarse en el mismo sitio en que se hallaba.

Simon se puso á tomar los frijoles uno por uno, pinchándolos con el tenedor; y estaba renegando de toda la corte celestial, cuando se abrió la puerta.

=De cenar.!—gritó un hombre de estatura regular, enjuto de carnes y con unas manos que le llegaban mas abajo de las rodillas.

La india dió un salto en su asiento, abrió tamaños ojos y se puso en pié, mirando azorada al recien llegado.

=De cenar, india cuatro orejas.!—repitió éste viendo que la criada no daba un paso del lugar en que estaba.

=Qué cena *usté, siñor.?*

=Ya no lo sabes, condenada.?

La india se restregó los ojos y entró á la cocina.

=Acércate aquí, bribon.!—dijo Simon dirijiéndose á Manos Largas.

=Ah.! Con que eres tú.?

=Sí, por todos los diablos.! Hace cerca de una hora que te aguardo, y hasta ahora se te antojó llegar. En qué infierno te has estado.?

=Hombre, me he estado con los amigos jugando al rentoy.

=Y mientras yo haciendo el tonto.! Pues me gusta.!

=Pero qué es lo que se te ofrece.?

=Una cosa muy urjente.

=Produce.?

=Sí.

=Vamos, dime, dime; en habiendo *medios,* estoy conforme.

=Espera un poco,—replicó Simon viendo entrar á la criada con un platillo de *chile verde con carne de puerco frita,* y un vaso verde y largo, lleno de pulque hasta los bordes.—Espera á que esa india vuelva á dormirse para que no nos oiga.

La criada colocó en la mesa lo que traia en las manos, y volvió á su silla en la que muy pronto se quedó dormida.

=Con que,—dijo Manos Largas,—de qué se trata?

=Estás dispuesto á salir mañana para Toluca.?

=Y á llegar en el mismo dia..

=Pero no irás solo..

=Por qué.?

=Porque necesitas llevar quien te ayude. Escucha. Escojes diez de entre tus compañeros, que sean...

=*Muy sombreros* (1).

=Te marchas con ellos á Toluca.. Cuando sepas que está para venirse el licenciado Rafael Rodriguez, á quien conoces.. pero yo te lo diré porque lo sé. El mártes de la semana que entra debe volver á México.. Así es que no te quedan mas que dos dias disponibles.. Pues bueno.. Cuando sepas que se viene, le tomas la delantera; y si hace el viaje á caballo, no le dejas venir mas acá del Cajon de Lerma, pero si viene en la dilijencia, le esperas en el Cuernito, asaltas el carruaje, y..

=Sabes que no me parece muy bueno eso.?

=No.? Pues cómo quieres que...

=Mira. Voy solo á Toluca mañana mismo.. yo sé la casa en que vá á parar el licenciado.. es.. en el segundo callejon de Jácome.. y como esos malditos callejones son muy oscuros.. estoy seguro de poder esconderme en una puerta sin miedo de que me vean.. Allí le espero á que salga de la Sociedad, y

(1) Muy hombres.

cuando esté cerca de mí, me echo sobre él y *le hago decir la culpa* (1), entiendes..?

=Sí, pero no me parece muy bien, porque si sale mal.. Mejor es que hagas lo que te digo.. de ese modo es mas seguro que del otro.

=Bueno, bueno; es lo mismo; lo haré así.. Pero ya sabes que necesito monedas, para mí y para los otros.

=Ya, ya lo sé. Espérame aquí mañana á las nueve, y te daré doscientos cincuenta pesos, y otro tanto..

=Cuando el licenciado no resuelle. No tengas cuidado.. te prometo que le he de dar un *chincharrazo* (2) tan bien plantado, que no ha de saber ni por donde le vino.

=Convenido, convenido.

=Pues entonces, déjame cenar. Eh.! India.! mis frijoles.

La criada se levantó, y bamboleándose de sueño trajo los frijoles.

=Otro vaso de *maguey* (3); pero pronto, que tengo mucho que hacer y ya es tarde.. Anda.! *meniàte.*

=Tengo tambien otro negocio que proponerte; pero será cuando vuelvas de la espedicion,—dijo Simon á Manos Largas.

=Dará pesetas.?

=Veinte talegas..

Manos Largas brincó sobre su asiento y sus ojos brillaron de codicia.

La criada puso el pulque sobre la mesa y volvió á dormirse en su silla.

=Veinte talegas.!—esclamó Manos Largas, cuando oyó roncar á la india.—Y adónde están, Simon.?

=Eso yo lo sé.. y tú lo sabrás cuando me dés cuenta del licenciado.

---

(1) Le asesino.
(2) Una puñalada.
(3) Pulque.

=Y la cosa es de *coscorron, ó de zoquetazo.?* (1)

=Todavía no lo sé; pero espero que pronto no me quedará duda ninguna acerca de todo ello.

=Bueno, bueno.. Sabes que esto me *cuadra* mas que el *cuero* del licenciado.? De buena gana haria primero lo de las talegas, y despues..

=Ya.. mas para lo de las talegas, faltan muchas cosas que saber y que arreglar, y lo de Toluca precisa á mas no poder.

=Está bien,—dijo Manos Largas apurando el vaso de pulque que tenia delante, y dejándolo caer pesadamente sobre la mesa.—Está bien. Con que quedamos en que mañana nos vemos aquí á las nueve para que me dés el dinero, no es esto.?

=Cabalmente. Y ya sabes: lo demas despues.

=Mañana mismo llegamos á Toluca, y el mártes á mas tardar me tienes aquí de vuelta con la noticia..

=De que el licenciado está en los infiernos·

=No tengas cuidado. Si puedo, te traeré las orejas y la cola de ese tinterillo, que mal rayo lo abrase.!

=Bueno. Para entonces ya tendré los informes necesarios con respecto á lo de las veinte talegas, y veremos si les echamos garra.

=Arreglado. · Con que hasta mañana.

=Hasta mañana.

Manos Largas salió del locutorio y Simon se recargó de codos sobre la mesa.

La criada dormia á mas no poder.

Habria pasado un cuarto de hora cuando la puerta se volvió á abrir y entró por ella Macedonio.

=Por fin veniste, hijo del diablo,—esclamó Simon.—Creí que te habian sorprendido los *cuicos* en alguna maniobra.

=No; pero vengo de muy lejos,—dijo Macedonio dejándose caer en una silla y resollando con una fuerza estraordinaria.

---

(1) Es necesario agujerar el techo, ó forzar la cerradura de la puerta..?

=Pues hasta dónde te llevó el del luto.?

=Hasta la calle de la Buena muerte.

=Qué número.?

=Ocho.

=Pues ya puede rezar tres sudarios por su alma, y rogarle al santo de su nombre que le dé una *buena muerte.* No malició que le ibas siguiendo.?

=No.. porque siempre me iba yo de la *cera* contraria.. así es que no *oservó* que yo le *ispiaba..*

=Bueno.! Eso se llama tener viveza.! Ahora, escucha. Mañana vas á la calle del Padre Lecuna, procuras esconderte en alguna parte, y aunque te estés allí todo el dia y toda la noche, no te me separas hasta que no veas de qué parte sacan á un muerto.

=Pero es que.. aquello está.. así.. con poca jente, y si *oservan* que yo ando rondando, quién sabe..

=Diablo, diablo.. dices bien..—Simon pensó un momento, y luego añadió.—Mira.. mañana vas á comprar un escapulario de la Vírjen de la Soledad, despues te dirijes á la calle, indagas adonde está el muerto, diciendo que tienes la devocion.. por una promesa que hiciste, de echar escapularios á todos los difuntos. Te alaban tu piedad, te dicen cuál es la casa, entras en ella, y la observas.. así.. como si quisieras robar, comprendes.?

=Vaya si comprendo.

=Supongo que tendrás hambre. Eh.! Muchacha.! Muchacha.! Reniego de tu alma.! Muchacha.! Eh.!

La criada despertó azorada y se puso en pié.

=Trae un plato de mole de huajolote, frijoles y pulque; pero pronto, hija del demonio.!

La india llevó la cena, y Macedonio la despachó á su estómago con una violencia nunca vista.

Despues, los dos bandidos salieron de la fonda.

Macedonio dió vuelta por la Alcaicería y Simon desembocó por el Empedradillo.

Eran las diez de la noche.

X.

EL DOMINGO.

Entre nueve y diez de la mañana del 20 de Julio, salieron por la garita de Chapultepec diez hombres, divididos de dos en dos para no llamar la atencion de los caminantes; y casi á la misma hora se situó el mayordomo en la puerta que conduce á la sacristía del convento de Santa Clara.

La campana de la iglesia llamaba á los fieles á misa; y éstos acudian en multitud, aunque no todos con la sana intencion de asistir á la representacion del sacrificio del Redentor.

En la esquina, y mirando hácia la calle de Vergara, estaba Agustin *conversando acaloradamente* con un amigo; y esperando el momento de.. que empezara la misa para cumplir concienzudamente con las obligaciones del cristiano.

Un poco antes de que la campana dejara de llamar, atravesó María la calle de Vergara, é iba á entrar á la iglesia por la puerta de la sacristía, cuando reconoció á D. Jacinto; entonces continuó su camino y entró al templo por la calle de Santa Clara.

En la esquina saludó á Agustin, quien á pesar de lo *entretenido que estaba en la conversacion,* vió perfectamente á la hermosa morenita y correspondió á su saludo con la mas fina galantería.

Poco tiempo despues entraron á la iglesia, Agustin por la misma puerta por donde entró María, y el mayordomo por la otra en que se habia situado.

Agustin se arrodilló enfrente del lado del Evanjelio, María en el opuesto, y D. Jacinto se colocó delante del centro del altar y en medio de nuestros dos amantes.

Hay cosas debidas á la casualidad, si se quiere, pero que no por eso tienen menos influencia en el pensamiento humano: tal es, por ejemplo, la situacion en que se habian colocado los personajes de que hemos hablado.

El contraste no podia ser mas notable.

Era el demonio en medio de dos justos; y este demonio era el que se daba mas golpes de pecho, el que tenia la frente mas humillada, el que hacia mas actos esteriores de devocion.

Pero tambien, el hipócrita era el que llamaba mas la atencion de todos los fieles.

Los jóvenes, que no van mas que á ver á las muchachas bonitas, á burlarse de los desfiguros de las viejas y de la cuidadosa compostura de las feas, se reían despiadadamente de la relijiosidad del mayordomo, creyéndole *un viejo antiguo,* como ellos dicen; y sin conocer que aquel hombre, lejos de ser un devoto, no era mas que un impío.

Concluido el sacrificio, los elegantes fueron los primeros que abandonaron el templo, y se situaron formando valla á los lados de la puerta, para ver salir á las *niñas* y decir *una flor* á las hermosas, y *un epigrama* á aquellas á quienes la madrastra naturaleza negó los adornos físicos.

Agustin, para no confundirse con aquella turba de mal educados, y para evitar que sus oídos escucharan las palabras atrevidas que podian dirijir á su amada, fué á ocupar con su amigo la esquina de la calle, persuadido de que María debia pasar por allí.

La jente salió de la iglesia, y bien pronto no quedaron en ella mas que algunas personas, entre las que estaban María y

el mayordomo: el segundo, *dizque* dando gracias á Dios, por haberle permitido asistir á la misa, y la primera.. dando tambien gracias al Señor, porque la habia hecho feliz.

No lo estrañemos: los corazones verdaderamente sensibles lo esperan todo del cielo; y cuando sus deseos se cumplen alguna vez, no es al mundo, sino á Dios á quien pagan el tributo sincero de su gratitud.

Así que María acabó de orar, se puso en pié y se dirijió á la calle por la misma puerta por donde habia entrado.

El mayordomo se levantó tambien, y adelantándose á la jóven, llegó á la puerta, mojó sus dedos en el agua bendita y se la ofreció á María; pero ésta, sin alzar la vista, pasó por delante del hipócrita, tomó el agua de la fuente y salió de la iglesia.

El mayordomo la siguió, disgustado de la repulsa muda y majestuosa que acababa de recibir.

La jóven dió vuelta á la calle de Vergara, saludó segunda vez á su amante, llegó á su casa, y aunque el sol daba de lleno en la acera, y eran los tres cuartos para las once, hora no muy á propósito para asomarse al balcon, María salió á él, para ver.. el cielo, porque.. estaba tan hermoso.! Y ademas, la pobre jóven, siempre ocupada en coser para alimentarse, gozaba muy pocas veces de la vista de la calle, y menos aún de la del cielo, así es que cuando volvia de misa, le gustaba contemplar al sol.

El mayordomo atravesó la calle paso á paso, y Agustin hizo lo mismo, seguramente porque le dolian los piés. Se habia estado parado tanto tiempo.! Pero esto no le impidió levantar la vista al pasar frente del balcon de María, y dirijirla un saludo, que fué correspondido con una sonrisa anjelical.

Cuando el jóven dió vuelta por la segunda calle de S. Francisco, María se retiró del balcon y cerró las vidrieras, porque.. ya se habia fastidiado de ver el cielo, y tambien porque hacia un calor tan terrible, que era absolutamente imposible soportarlo.

Cuando D. Jacinto acabó de andar la calle del Coliseo y la del Colejio de las Niñas, dió vuelta por la de Zuleta, y caminando con una presteza estraordinaria, se dirijió á su casa.

El motivo de la carrera y de la ajitacion que lo arrastraban, era uno, que acaso los lectores habrán adivinado ya.

Habia visto á María.!

La habia visto, y corria á encerrarse en su gabinete para gozar á solas la imájen seductora de la morenita, á quien acababa de contemplar en la iglesia, arrodillada delante del altar como una vírjen hebrea delante del sepulcro del Señor.

Agustin, por su parte, despues de haber visto al objeto de su amor, se fué á esperar al portal de Mercaderes la hora en que concluyera la misa de once en catedral, para divertirse á su vez con las innumerables fisonomías y trajes de los devotos cristianos.

Esa costumbre *de hacer los arbolitos de los cementerios*, como se dice vulgarmente, es la condicion *sine qua non* de los *elegantes* mexicanos.

El viajero que quiera conocerlos y observar los diversos tipos de todos esos *falderillos* que se complacen en perseguir al bello secso, fastidiándolo con sus requiebros y galanterías, no tiene mas que concurrir los domingos y fiestas de guardar, á la misa de diez en las iglesias de San Francisco, Santa Clara, San Agustin, la Profesa y catedral; á la de once en dichos templos, á la de doce en la Profesa y á la de doce y cuarto en el Sagrario.

Ademas de estos sitios, hay otros en los que tambien se puede estudiar el carácter de nuestra sociedad, y uno de ellos es el portal de Mercaderes, que semejante á la desembocadura de un rio, está vomitando jente desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde.

En esa concurrencia heterojénea, en la que el pobre y el rico, el niño y el anciano, el hombre de bien y el pillo se disputan el paso, no es dificil distinguir todas las clases de la poblacion,

desde la degradacion del crímen hasta la miseria honrada, desde la medianía de la decencia hasta la profusion de la riqueza.

En esos momentos presenta el portal el aspecto mas animado y singular.

En la parte interior de cada uno de los intersticios de los arcos, hay una alacena llena de muñecos, santos, pitos, vasos, botellas y toda clase de juguetes para los niños, fabricados en el país y colocados con una simetría maravillosa: enfrente de estas alacenas hay otras que tienen efectos de mercería y joyería, estranjeros y nacionales, y que están puestos en los aparadores de manera que llaman la atencion. En las dos alacenas que hay á los lados del arco que une los portales de Mercaderes y de Agustinos, se ponen en esos dias dos mercaderes de libros viejos para vender á precios muy cómodos multitud de obras truncas y completas, *comedias antiguas, calendarios, números sueltos del Quijote, de la Abeja etc. etc.* Despues, siguiendo la marcha y al llegar á la esquina opuesta, se encuentra uno á su izquierda con los cafés del *Cazador* y de la *Independencia*, ambos concurridos á esas horas por personas decentes y tahures de profesion, por artesanos que descansan y vagamundos sin ley, todos ellos sériamente ocupados, unos en leer *el Monitor, el Universal,* ó *el Siglo,* otros decidiendo de los negocios políticos, proyectando reformas, arreglando la hacienda, castigando á los ladrones, salvando al país; y todo esto recargados en una mesa, sin necesidad de asistir á las cámaras, ni de ser ministros ó gobernadores; y lo que es mas asombroso, sin reclamar por ello ni un centavo de dietas sobre los productos del erario, y mostrando que no las necesitan, pues tienen delante una copa de cognac ó de catalan, sin que la nacion pierda ó gane con que la tomen ó la derramen.

En medio de las dos hileras de alacenas de que hemos hablado, es por donde transita esa multitud de jente que se cierra y se abre, y se encoje ó alarga como una culebra que se arrastra.

Por aquí se vé una señora que compra á su chiquillo algu-

nos juguetes, que no llegan á salir del portal sin una rotura mas y un pedazo menos; por allí se vé un *elegante de dia de fiesta,* comprando una varita de ballena ó de bejuco, ó un baston de *tlaxistle,* que puede servir mas bien para atrancar una puerta, que para usarlo en la mano; mas allá un enamorado, que compra una cigarrera de miniatura sin haberla menester, y solo porque abajo de la pintura tiene el nombre de *Conchita,* que es el nombre de su amada; mas acá en los puestos de libros viejos, algun anciano que con las gafas caladas está pasando revista á las carátulas de las obras, por si acaso encuentra alguna que le acomode, como la *Coleccion de decretos de las córtes de España,* ó *la Historia de la vida de S. M. D. Fernando VII el Deseado;* del otro lado una niña púdica que se ruboriza delante de una Vénus de cera, y que se cubre la boca con el pañuelo, porque le da risa.. de vergüenza; acullá, cerca de una alacena, está una reverenda tia muy entretenida en contemplar una imájen de Guadalupe, mientras que la viva de la sobrina cambia un apreton de manos y otro papelito con un chico barbilampiño; por otra parte, algun pobre cuitado á quien tiran el sombrero y se lo pisotean, obligándole á entrar á una sombrerería para que se lo compongan á costa de descompletar los *seis reales* de la entrada del teatro; allí, parado en un arco, un pisaverde que se entretiene en jugar con el baston mientras pasa la señora de sus pensamientos, para hacerle *la escolta de honor;* y en fin, en las esquinas de la 1ª calle de Plateros y del Empedradillo, una masa de individuos leyendo los carteles de teatros, circo, maroma, &c. &c.

Y en medio de esa multitud de yentes y vinientes, de chicos que gritan y de grandes que regañan, de pobres y de ricos, de billeteros y de fosforeros, de dulceros y de empanaderos, se deslizan como unos reptiles los individuos de esa asociacion industriosa que se llama *La lisa* (1), jente de bien y de conciencia,

---

(1) Los rateros.

piadosa y humanitaria, que se emplea en el loable objeto de alijerar el cuerpo del prójimo estrayendo de los bolsillos ya la *mascada* (1) ó el pañuelo, el dinero ó el reloj; ó que corta un hilo de perlas ó de corales, con la cristiana idea de que las personas que llevan materias *tan pesadas,* no se vean precisadas á llamar al médico de resultas de una pulmonía; y mientras que estos individuos caritativos ejercen su oficio filantrópico, aunque industrioso, hay un diurno en cada una de las esquinas, con el fin de vijilar por la seguridad de los individuos que concurren á los sitios públicos..!

Tal es, poco mas ó menos, el aspecto que presenta el portal de Mercaderes las mañanas de los dias dedicados al descanso y á la relijion; pero todo ese baturrillo inesplicable, cesa enteramente cuando acaba la misa que se celebra á las doce y cuarto en la parroquia del Sagrario.

Entonces, muchos de los jóvenes que se hallaban en el portal, se dirijen á las cadenas, y *montan sus baterías* al pié de los árboles, y en los bancos de piedra que están colocados entre las dos aceras.

Allí, el amante pretendiente busca los ojos de su futura adorada; el amante correspondido cambia una mirada con su novia; el amante celoso vijila á cierto rival furibundo; el amante desdeñado suspira; y el mas feliz de todos, es decir, el que no se vé forzado á *hacer el oso,* porque tiene la entrada franca á la casa de su *Filis,* éste, decimos, espera á que pase su familia *in fieri,* y cuando la vé venir, se levanta, descubre sus rizados cabellos, y:

=Cómo está usted, D.ª Bibianita.?—dice, dirijiéndose á la mamá.

=Bien; y usted.?—contesta la buena señora.

=Bien, gracias; y usted, Lupita, cómo está.?

=Buena, Juanito, mil gracias.

(1) En México se les llaman *mascadas* á los pañuelos de seda.



Entonces la mamá quiere seguir su camino; pero la alhaja de su hija, que no desea dejar á su Adónis, continúa la conversacion, diciendo:

=Cómo está su mamá de usted.?

El amartelado, cuyo pensamiento es análogo al de la chica, responde mintiendo con la mayor serenidad y desfachatez del mundo:

=Mamá está un poco mala.

=Es cosa de cuidado.?—pregunta la futura suegra, con muestras de verdadera inquietud.

=No.. no..—responde balbuciendo el Juanito, que teme se descubra la mentira.—No.. no es cosa.. una fuerte *jaqueca* que tuvo esta mañana, y.. nada mas.

=Ah.!—dice D.ª Bibiana.—Si hubiera *olido* inmediatamente los espíritus de *cuerno de ciervo,* no le hubiera durado mucho tiempo.

=En efecto.. creo que eso fué lo que *olió..* pero ustedes se están soleando.. vamos, sigan ustedes andando, yo las acompañaré.. al fin no tengo qué hacer...

=Mil gracias, Juanito,—dice la niña.—Cómo se ha de molestar usted.!

=No, no,—responde el otro, que comprende perfectamente.—Si no es ninguna molestia.. al contrario, me servirá de mucho placer el.. Vamos, tome usted mi brazo, D.ª Bibianita.. y usted el otro, Lupita.. eso es.. Ahora daremos una vuelta por el portal, y despues..

Y echan á andar por esos mundos de Dios.

Los concurrentes que llenaban las cadenas y el portal, se dispersan en todas direcciones; unos van á la Bella-Union, otros á la Gran Sociedad, al Bazar ó el Progreso, á tomar una limonada ó á jugar una tregua, mientras llega la hora de comer. Otros, mas enamorados ó mas tontos, van á visitar á unas jovencitas *á quienes aprecian mucho,* ó van con la firme resolu-

cion de quedarse á comer en cierta parte, aunque no los hayan invitado.

Pasada la hora del refectorio, los comerciantes, los viejos metódicos que acostumbran no desvelarse, los que viven en los barrios de la ciudad ó en casa de vecindad, van á pasar la tarde en el teatro de Santa-Anna, mientras que parte de la clase pobre se dirije á los teatros de *El Progreso* y de *El Pabellon Mexicano,* donde se destrozan sin compasion los hermosos versos de Rodriguez Galvan y de Calderon, de Breton y de Zorrilla. Otra parte de la clase pobre, que no tiene un gusto muy decidido por el teatro, concurre en bandadas á los paseos de *la Pradera* y de *la Retama,* y á los espectáculos y equilibrios del *puente del Santísimo* y de la *calle del Reloj.*

A las cinco de la tarde, cerca de quinientos carruajes, que semejantes á otras tantas conchas marinas sirven de asiento á la hermosura, atraviesan la ciudad con direccion al *Paseo-Nuevo,* al que se dirijen tambien muchos *dandys* montados á caballo; algunos con el objeto de pasear, los mas con el de lucir un soberbio corcel y una silla vaquera profusamente guarnecida de plata; y otros con el proyecto de dirijir un saludo á cierta señora que se pasea en su carretela, acompañada de una hermosa jóven.

Las familias que no concurren al teatro y que no tienen carruaje ni tampoco dinero, ó que no lo quieren gastar en alquilar un simon para ir al Paseo-Nuevo, se dirijen á ocupar las gradas de *la Alameda;* mientras que los chiquillos juegan al *toro* ó á los *soldados,* y mientras que las niñas, frescas y rozagantes como una rosa de Abril, corren acá y acullá desesperadas de no poder cojer á una inocente mariposa que vuela de flor en flor, ó á un pajarillo que burla sus afanes.

El cuadro que á esas horas presenta el bosque, es verdaderamente pintoresco. Multitud de señoras vestidas con toda la sencillez que requiere un paseo en el campo, andan por aquellas calles de árboles, testigos del gobierno colonial, de los ani-

versarios de nuestra independencia, de nuestras guerras civiles y de la humillacion nacional.

Allí, bajo aquellos fresnos frondosos que se levantan desafiando á las injurias del tiempo, se ven de trecho en trecho algunas vendimieras que espenden *atole de leche y tamales;* y alrededor de ellas, las criadas, cuidando á los niños antojadizos que se ensucian los vestidos y las manos, por querer apurar de un sorbo la taza de la sustancia de maiz, ó por estar riñendo para poseer un trocito de *tamal.*

Tambien, por la calle que comienza del lado del puente de San Francisco y desemboca á la de San Hipólito, se ven transitar varias parejas de estranjeros que se dirijen al jardin de *Tívoli,* situado en la *Ribera de San Cosme,* mas allá de la antigua garita de ese nombre, á donde tanto las señoras como los hombres, van á jugar á los bolos y á apurar algunas botellas de cerveza, de Burdeos ó de Champagne.

El espectáculo que presenta la parte occidental de la ciudad á las seis y media de la tarde, es el mas imponente y animado.

A esas horas, una hilera no interrumpida de coches desemboca por el rumbo de San Francisco; una multitud de jente ocupa las dos aceras de la calle, y viene á confundirse con la que sale del Gran teatro de Santa-Anna. Parecen dos rios caudalosos, que naciendo en puntos diferentes, vienen á reunirse en un lugar, para derramarse por él en ese océano viviente que se llama México.

A esas horas tambien, es dificil hallar un asiento vacío en el café del Progreso, porque allá va á dar gran parte de esa multitud animada, de cuyos individuos, unos van á esperar las ocho para ir al teatro ó la *retreta,* entreteniendo mientras el tiempo en tomar chocolate, café ó algun helado; y otros se disponen á pasar allí la noche jugando *al dominó* ó á *la veintiuna.*

A las ocho hay un movimiento jeneral.

Los unos van á casa de ciertas familias *muy apreciables*, para llevar á las niñas á *las cadenas*, desde donde pueden disfrutar de las delicias de la música. Los hijos de familia se retiran á sus casas, porque no los regañe su mamá; los *leones*, si es que ecsisten *leones* en México, van á cambiar su traje para entrar al teatro á la mitad del segundo acto, pisando mas récio y pesadamente que un dragon, y llamando la atencion del pacífico abonado que paga su dinero por divertirse, y no por oír los taconazos y la charla de *los elegantes* y de *los cócoras*.

A las nueve, el teatro está bastante concurrido: los saludos se cambian de palco á palco y los jemelos se dirijen de la luneta á los palcos y de éstos á la luneta.

En medio de la representacion, cuando los actores están apelando á todos los recursos del arte para conmover á aquel público; mientras que los poetas comprenden y sienten las inspiraciones del autor y del actor; mientras que los *zoilos*, que abundan en todas partes, critican un buen rasgo y aplauden un defecto, *los cócoras*, esa falanje charlatana é insoportable, *afila las tijeras y corta* despiadadamente el traje de fulanita y las maneras de zutanita; y los *Lovelace*, incomodando á los desdichados que tienen á sus lados y á su espalda, dirijen *miradas fascinadoras*, no á la anciana, sino á la niña que ocupa el delantero de cierto palco, y que lleva en uno de sus dedos una hermosa sortija de brillantes.

El humo de los puros habanos, las toses correspondidas, las risotadas y las burlas, incomodan sin cesar á la parte pacífica del público que concurre á divertirse; y las salvas de aplausos ó las gritas inmerecidas que les dan á ciertos actores, solo porque no son *primeras partes*, ó porque desempeñan en la comedia *un papel ingrato*, completan aquel cuadro de inconsecuencia y de fastidio.

Y en tanto que pasa esto en el templo de Melpómene, de Talía y de Terpsícore, los chicos que pasean á las bellas en *el portal, las cadenas y la retreta*, oprimen dulcemente las manos

de sus amadas, escudados con la sombra de *los arbolitos* ó con la discrecion de una romántica; y murmuran frases de amor y de fidelidad, que no llegan á oídos de las madres, gracias al estruendo del bombo ó á la voz atronadora de los bajos.

Hé aquí México; es decir, la vida superficial de la capital de la República mexicana.

Véamos ahora si esta vida superficial se parece en algo á la íntima.

XI.

INÉS.

A la misma hora en que el mayordomo entraba á su casa, el padre Anselmo, á quien hemos conocido en San Fernando, salió de su convento y se dirijió al centro de la ciudad.

La fisonomía respetable del anciano revelaba la preocupacion mas profunda, y en su modo de andar apresurado, se conocia que algun negocio urjente le llamaba á la parte adonde se dirijia.

Despues de una hora de camino, el sacerdote llegó á la calle de Montealegre y entró á la casa de D. Pedro.

En ella no se hallaban mas personas que Inés y el ama de llaves, porque el anciano y su consorte habian salido ese dia á cumplir con sus deberes relijiosos.

En la sala, que ya conocen los lectores, se encontraba la desgraciada criatura víctima de D. Jacinto, sentada junto al balcon, segun tenia de costumbre; y al ver aparecer al padre Anselmo, no pudo contener una esclamacion de sorpresa y de alegría.

=Buenos dias, padre mio;—dijo Inés levantándose de su asiento, y besando la mano del venerable apóstol de Jesucristo.

=Buenos dias, querida hija,—contestó el anciano.—La bendicion del Señor sea contigo y te libre de todo mal.

=Gracias, padre mio.

Despues de estas palabras tomaron asiento, y el padre Anselmo continuó la conversacion.

=Podré saber, hija mia, el motivo por qué me has hecho llamar con tanta urjencia.?

Inés guardó silencio.

=No me respondes.?—continuó bondadosamente el anciano.—Es acaso alguna falta grande, que no te atreves á confesarla.?

=Padre mio.!

=Lloras, hija mia.? Vamos, habla. Yo no soy un verdugo; soy un sacerdote.. Dios no me ha dado el derecho de maldecir, sino que me ha impuesto la obligacion de perdonar.. Habla, hija mia; por grande, por feo que sea el pecado que hayas cometido, yo puedo absolverte de él con tal que tu arrepentimiento te abra el camino de la expiacion.

=Yo no soy criminal.! Soy desgraciada.!

=Pues entonces, hija mia, por qué te obstinas en guardar silencio.?

=Porque lo que tengo que decir, padre mio, es una de aquellas desgracias cuyo solo recuerdo espanta, cuya memoria atormenta.. Es uno de aquellos infortunios que desgarran lentamente el corazon, sin dejar ninguna esperanza de consuelo.. Es uno de aquellos males que manchan la frente de quien los sufre.. porque no tienen reparacion.. porque no tienen remedio.. porque es la deshonra.. el envilecimiento.!

Al escuchar esas palabras y la manera tan dolorosa con que hablaba la pobre Inés, el padre Anselmo, cuya alma sensible y piadosa lloraba los infortunios ajenos como si fueran los propios, sintió una compasion irresistible ácia aquella criatura que

no se atrevia á revelar ni aun al sacerdote de Jesucristo, el infortunio que la agobiaba.

El buen anciano comprendió perfectamente lo que Inés queria decir con las últimas frases de su discurso; al escucharlas, recordó la conversacion que la víspera habia tenido con el mayordomo, y una sospecha lastimosa le hizo estremecerse involuntariamente, porque previó el abismo en que habia caído Inés.

=Habla, hija mia,—dijo con ternura.—Todas las desgracias, todos los males de esta vida tienen una esperanza y un consuelo. Dios, que es el Padre de las criaturas, ha colocado en sus almas la conmiseracion y la induljencia, para hacer menos penosos los padecimientos que nos abruman.. Habla; yo te escucharé como un relijioso, cuya mision es de paz.. te escucharé como el legado de la misericordia infinita del Redentor.!

=Pues bien, padre mio..—dijo Inés sollozando.—Estoy deshonrada.!

=Ya lo sabia yo.. lo habia comprendido en tus palabras.. pero lo que es preciso que sepa y forzoso que me digas.. son las circunstancias que te condujeron á tu pérdida...

=Todo lo sabrá usted, padre mio,—dijo Inés.

Calló un instante, y luego continuó con recojimiento.

=Usted sabe, padre, toda mi vida pasada.. Mis padres me han dado una educacion puramente relijiosa; y creyendo libertarme de los riesgos del mundo, no me hicieron conocer ni sus maldades ni sus perfidias.. criada en los estrechos límites de mi familia, no ecsistian para mí mas relaciones, que las de los ancianos benéficos que frecuentan mi casa, ni conocia yo mas sol que el que penetra por las ventanas y los balcones de mi habitacion.. Ocupada incesantemente en los deberes de una hija para con sus padres, y en rezar delante de las imájenes de Dios y de sus santos, ignoraba que el mundo tiene otros placeres, y.. tampoco sabia que tiene lágrimas.. Mi ceguedad era tan estrema, que no imajinaba yo otros afectos superiores

al amor filial, y cifraba toda mi ventura en amar á los que me dieron el sér.. Mis padres, por su parte, me han tratado siempre con un cariño inmenso, y todos sus preceptos los reducian á decirme que amara á Dios y le adorara.. me hablaban del mundo como de una cosa desconocida, y de Dios como el único fin de mi ecsistencia.. así es, que hasta la edad de treinta años, no supe mas que vivir rezando y rezar para morir.. Todo lo demas lo ignoraba yo completamente, y esta ignorancia funesta es la causa de mi perdicion.. Oh, padre mio.! no sé cómo proseguir...

=Continúa, hija mia, continúa...

=Hasta esa edad, ningun deseo, ninguna zozobra habia hecho palpitar mi corazon.. mi vida era tranquila y sedentaria, y mis ojos no habian vertido todavía mas lágrimas, que las que me hacian derramar los recuerdos de la pasion del Salvador.. Ahora que conozco algo de ese mundo perverso é infame.. ahora que los dolores me han hecho inclinar la frente, echo de menos esos dias pacíficos y sosegados que pasaba yo meditando en un capítulo de la Biblia.. Entonces, padre mio, en medio de mi contemplacion relijiosa y cristiana, creía estar oyendo las palabras de Dios, creía ver sus padecimientos en la cruz, y mi corazon profundamente enternecido hacia brotar las lágrimas de mis ojos, y las sentia yo correr por mis mejillas.. Pero debia llegar una hora, en que todos estos recuerdos de mis pasados dias, habian de servir para mi tormento.. Una mañana.. me hallaba yo como de costumbre, cosiendo cerca del balcon, cuando oí llamar al porton, y despues á la puerta de la sala.. Me paré á abrir, y encontré delante de mí al.. á un caballero que preguntaba por mi padre.. Respondíle que habia salido con mamá, pero que si gustaba podia sentarse á esperarlos.. El aceptó la oferta que le hice, y se fué á sentar á mi lado suplicándome que no interrumpiera mi labor.. Desde el primer momento observé que me veía con mucha atencion; pero esto no me ocasionó ninguna inquietud, porque ignoraba yo com-

pletamente las diversas espresiones que se dan á las miradas.. Durante los pocos instantes que estuvimos solos, hablamos de cosas triviales é indiferentes.. Por fin, llegó mi padre; y el desconocido, despues de los saludos de costumbre, le dijo que queria cultivar su amistad, porque sabia que era un hombre caritativo.. Mi padre, que como sabe usted, ha recibido de Dios una alma buena y benéfica, aceptó gustoso la amistad de aquel sujeto, y bien pronto sus visitas se hicieron diarias y continuas.. Siempre que nos hallábamos reunidos, hablaba él de caridad y de relijion, se lamentaba de las debilidades humanas, y maldecia á todos los que no socorrian á sus semejantes.. Mis padres le escuchaban embebecidos, y yo por mi parte, como que nunca habia oído hablar mas que de Dios y del infierno, respetaba á aquel hombre como á un santo.. El tambien me daba consejos, decia que me profesaba mucho cariño, y me llamaba su *querida hija*.. Con semejante conducta, se granjeó bien pronto el amor y la confianza de mis padres.. apenas habia dia que no comiera con nosotros, y no pasaba una semana sin que hiciera alguna obra de beneficencia.. Entonces mis padres le abrazaban y le bendecian como á un ánjel del Señor, y.. hacian que yo le abrazara tambien, para felicitarle á nombre de los desgraciados á quienes socorria.. En esos instantes, él me oprimia fuertemente contra su corazon, y me besaba la frente deseándome miles de felicidades en el cielo, aunque fuera á costa de sufrir desgracias en la tierra.. Se lo confieso á usted, padre mio; al sentir ese abrazo y ese beso, yo no podia menos de enternecerme.. y me dejaba estrechar todo el tiempo que él queria.. no sé.. pero me conmovia de una manera inesplicable.. sentia un estremecimiento tan estraño.. tan placentero, que le estrechaba tambien fuertemente, y deseaba que se prolongara aquel abrazo.! Así pasaron muchos dias.. él continuaba viniendo á casa, y mis padres dispensándole su confianza.. Me dejaban sola con él.. y entonces.. él me hablaba de la bondad de Dios, del amor del prójimo y de todos los sa-

crificios que está uno obligado á hacer por consolar á sus semejantes.. Esto último me lo repetia siempre con un entusiasmo sin igual, me ponderaba los bienes que se gozan en el cielo en cambio de esos sacrificios; y cuando estaba enternecida, cuando ya lloraba yo, él me estrechaba horas enteras entre sus brazos, y besaba repetidas veces mis mejillas.. Oh.! Yo no sé lo que sentia entonces.. pero lo cierto es, que no me movia y que le dejaba besarme y abrazarme.!

=Pobre criatura..!—dijo el sacerdote.—Tu ceguedad te perdió.!

=No me interrumpa usted, padre mio, porque tal vez no tendria valor para continuar.. Yo nada de eso decia á mis padres, porque como tambien lo hacia delante de ellos, me parecia una cosa muy lícita y honesta.. Ademas, no sé por qué, pero creía que eso debia callarlo á todo el mundo; me gozaba en silencio recordando esos instantes, deseaba quedarme á solas con él, y cuando no venia, estaba yo inquieta y desazonada. El, muy rara vez dejaba de venir á las horas en que no estaban mis padres, y nunca se iba, sino dos ó tres horas despues de que habian llegado.. Un dia, en esos momentos en que me tenia entre sus brazos, me dirijió esta pregunta con una amabilidad estraordinaria.

=Escucha, Inés,—me dijo.—Has pensado casarte alguna vez.?

=Yo.?—le respondí con estrañeza.—Nunca.

=Y no querrias casarte.?

=Quién sabe.? pero creo que no.

=Es decir que no has amado.?

=Sí; amo á mis padres.. amo á usted..

=Oh.! Pero no es eso lo que te pregunto; porque tú amas á tus padres como á los que te dieron la vida, y á mí como á tu prójimo. No es cierto.?

=Sí.

=Pero quiero que me digas, si no has sentido jamás otro amor, mas grande, mas tierno, que el que sientes por tu padre y por tus prójimos..

=Yo.. no sé si..

=Cómo.? Que no sabes.?

=Escuche usted.. Yo amo á mis padres porque debo amarlos, y á usted porque visita mi casa.. y le quiero á usted tanto, que cuando no le veo estoy inquieta, y creo que hasta disgustada.. no sé por qué, pero...

=Ah.!—esclamó él con alegría abrazándome fuertemente y besándome repetidas veces..—Ese es.. ese es el amor que yo te decia, el sentimiento que yo queria inspirarte.. sí, tú me amas, me amas sin haberlo conocido.. pero me amas, Inés, y serás mia.!

=Yo le escuchaba sorprendida: era la primera vez que oía yo semejantes palabras: era la primera vez que me hablaban de un afecto desconocido para mí; la primera ocasion que escuché de los labios de un hombre la palabra *amor*, dirijida de un sér á otro sér.. Me dejaba yo abrazar y tambien me estrechaba contra él.. Sentia yo arder mis sienes y latir mi corazon de una manera nueva, verdaderamente estraña, inesplicable.. Desde aquel dia conocí que amaba á ese hombre, y desde entonces pude considerarme perdida...

El padre Anselmo lanzó un suspiro.

Inés se enjugó las lágrimas, y luego continuó haciendo un esfuerzo:

=Una noche del mes de Marzo.. el cielo estaba oscuro, llovia incesantemente y el hipócrita estaba con nosotros.. Como mis padres le querian tanto, no consintieron que se fuera mojando, á pesar de los finjidos empeños que él hizo para que no le detuvieran.. y como yo le amaba, tampoco le dejé partir.. Llegó la hora de cenar, y contra su costumbre, él fué el primero que se dirijió al comedor, y observé que cuando llegamos ya se habia puesto su plato, sin esperar á que nosotros lo hicié-



ramos. Mi padre estrañó esa franqueza, pues aunque era cierto que tenia bastante confianza con mi familia, nunca habia hecho lo que esa noche.

=Qué milagro es éste.?—dijo mi padre.

=Usted perdone, señor D. Pedro,—contestó el perverso;—pero, hablando francamente, tenia yo mucha hambre, pues esta tarde no tomé chocolate, porque tuve muchísimo que hacer..

=Ah.! sí,—contestó mi madre.—Alguna de las buenas obras que...

=No señora..—replicó él bajando los ojos..

=Oh.! sí, seguramente. Eso ha de haber sido, porque usted es un varon santo, un escojido de Dios para socorrer á los que padecen..

=Señora,—dijo él.—Yo no hago mas que cumplir con el deber de hombre y de cristiano.. Dios no me ha enviado al mundo para ver con indiferencia las desgracias de mis semejantes: al contrario; me ha enviado para socorrerlos, para libertarlos de la miseria, para alimentar á los hambrientos, para enseñar al que no sabe.. Yo lo bendigo por haberme dado los medios necesarios para remediar tantas necesidades, y por haberme concedido la amistad de ustedes, para que me ayuden en esa mision piadosa y caritativa.

=Mis padres le vieron enternecidos, y yo no pude contener el llanto. Cuando acabamos de cenar, dijo que tenia la costumbre de rezar el rosario antes de acostarse, y nosotros nos ofrecimos gustosos á acompañarlo. Cualesquiera que le hubiera visto en ese momento, le habria creído uno de esos hombres verdaderamente justos y relijiosos, ó como él decia, cuando alababa las virtudes de mi padre:—"Un santo desterrado "del cielo, que espera en la tierra el momento de volver á su "pátria, que es la pátria de Dios."—Tanta era la devocion con que rezaba.! Concluido el rosario, nos retiramos á dormir; y al otro dia, cuando desperté... Padre mio, padre mio.!

Inés no pudo continuar: los sollozos ahogaban sus palabras.. La desdichada mujer estaba pálida como la cera, y su cuerpo se estremecia convulsivamente.

Habia en aquella afliccion una amargura inmensa, y en aquellas lágrimas un desahogo supremo.

El padre Anselmo contemplaba á Inés como á una mujer desgraciada y no culpable, víctima de la imprevision de sus padres y de la perversidad de un hipócrita.. comprendia todos aquellos tormentos y aquella desesperacion inaudita, que ecsalta aún á los temperamentos linfáticos y estóicos.. Veía á Inés educada con todas las preocupaciones y la ignorancia de los antiguos tiempos, criada en la nécia ceguedad de las costumbres de esos padres, que hacen de sus hijos los esclavos sumisos y serviles de su voluntad, y los mártires indefensos de las asechanzas del mundo. La veía despues, deslumbrada por la revelacion de un sentimiento nuevo para ella, y de las afecciones materiales de la vida, caer en el lazo infame que le habia armado un seductor, arrastrada al precipicio por una fuerza desconocida é irresistible, y perdida, deshonrada, sin haber podido evitar su desventura.. La veía, en fin, atormentada por una falta que no era suya, acosada por un remordimiento que no la pertenecia, y orillada al abismo del crímen para evitar la vergüenza del deshonor...

Por fin, Inés levantó la cabeza y se quedó mirando al padre Anselmo.

Buscaba en las facciones del anciano, la sentencia de su suerte; y al ver la espresion de ternura que animaba el rostro del sacerdote, la pobre mujer se consoló, y le dijo:

=Me comprendió usted, padre mio.?

=Sí, hija mia; continúa, continúa...

=Cuando observé el estado en que me encontraba, una desesperacion dolorosa se apoderó de mí.. salí de mi recámara despavorida y me dirijí á la de mis padres, resuelta á pedirles esplicaciones sobre aquel acontecimiento que yo no podia com-

prender; pero dormian todavía.. quise despertarles, pero por mas que los moví para sacarles del sueño, mis esfuerzos fueron inútiles.. entonces salí á la cocina para preguntar á las criadas si habia ocurrido algo estraordinario durante la noche, y las encontré durmiendo.. fuí á la recámara del ama de llaves, y tambien estaba durmiendo.. esto me pareció estraño.. volví otra vez á la cama de mis padres, tomé el reloj que estaba en la cabecera.. Eran las diez.! Las diez y todos dormian.! Semejante circunstancia me aterró.. comencé á llamar en alta voz á mi padre, y me disponia á arrancarle de su lecho, cuando ví entrar á mi seductor.. Al mirarle, una idea repentina me iluminó.. sin tener mas antecedentes que el amor que dijo me profesaba, me persuadí de que él habia sido el autor de mi desgracia. Creí confundirle cuando se lo dije, pero me admiré al oirle decir:

=Sí, sí; es verdad, yo he sido; pero te amo tanto.!

=Me ama usted, y me ha hecho infeliz.!

=Al contrario,—me respondió el infame.—Te he hecho muy feliz.. de hoy en adelante no será para tí la vida una ecsistencia sin placeres.. será un tesoro fecundo de delicias.. tu hermosura marchita volverá á rejuvenecerse, y el brillo de tus ojos se animará de nuevo.. serás dichosa porque me amarás mas aún...

=No, no..—le respondí anegada en llanto.—Es verdad que le amo á usted.. pero es cierto que seré desgraciada.. Me ha arrebatado usted lo mas precioso que poseia, y solo me queda una vida llena de disgustos y de lágrimas.!

=Este lenguaje le parecerá á usted estraño, en boca de una mujer que, como yo, estaba educada en la ignorancia; pero todos poseemos un instinto previsor que nos hace adivinar el bien y el mal, por pobres que séamos de entendimiento, y por espesa que sea la venda que cubre nuestra vista. Esto sucedió conmigo. Desde el instante en que me sentí perdida, conocí lo tristísimo de mi suerte, y ví el abismo profundo que se

abrió bajo mis piés.. Cuando él escuchó mis palabras, me replicó con entusiasmo:

=Serás feliz.! serás feliz.! Yo te amo.! Te adoro.! Lo oyes.? No puedo.. me será imposible vivir sin tí.!

=Y me abrazó, y me cubrió de besos.. yo al principio resistí.. pero despues.. me dejé dominar por él.. el contacto de su boca me quemaba.. su respiracion me abrasaba.. y.. Oh.! aquello era imposible.. Padre mio, padre mio.!

Al pronunciar estas palabras, Inés se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas delante del padre Anselmo... su ajitacion era estrema, y su pecho, fuertemente impulsado por su aliento, dejaba escapar unos jemidos sordos y lastimeros...

El padre Anselmo la levantó del suelo y la invitó á proseguir.

Inés, despues de algunos minutos de descanso, siguió el hilo de su narracion.

=Esa vida continuó por algun tiempo. Aquel hombre logró dominarme de tal modo, que me era imposible resistir á ninguna de las ecsijencias que me pedia.. su menor palabra, una indicacion cualquiera, el menor de sus deseos era para mí una órden.. Le amaba yo con delirio, con locura.. me mandó que callara, y callé, y me entregué á él ciega y desinteresada.. Por fin, sentí en mi seno el fruto de mi desgracia.. Este fué un martirio para mí, porque es una criatura inocente de mi falta, y que sin embargo, vá á soportar toda la vergüenza de mi situacion.. Conociendo que llegaria un tiempo en que seria absolutamente imposible ocultárselo á mis padres, comuniqué mis temores á mi seductor, y el infame me dijo, que lo que yo llevaba en mis entrañas no podia pertenecerle.! Este fué el colmo de mi desventura.!

=No,—me dijo finjiendo una indignacion increible.—Ese no es mi hijo.. tú te habrás prostituido con otro como lo hiciste conmigo; y ahora quieres hacerme cargo de una criatura que no me pertenece.. Hipócrita.! Sufre las consecuencias de tu crímen.!

El padre Anselmo no pudo menos de lanzar una esclamacion de horror, al oír la relacion de tanta infamia.

Inés continuó:

=Cuando escuché esas frases, sentí saltárseme el corazon.. Jamás habia yo imajinado tanta perfidia, tanta maldad.. Caí de rodillas, lloré, supliqué, me humillé.. pero el malvado estaba impasible y nada conseguí.. Estas escenas dolorosas, estas luchas desesperadas se renovaban diariamente, hasta que un dia, finjiendo compadecerse de mi situacion, me propuso darme una bebida, para arrojar á la criatura antes de que se conociera mi embarazo.!

=Oh..! Oh..!—esclamó el padre Anselmo.—Ese es un monstruo..!

=Yo resistí horrorizada.! Semejante proposicion me dejó helada de terror y la deseché con espanto.! Entonces comprendí que estaba yo absolutamente abandonada, que pronto se conoceria mi deshonra; y en el vértigo de mis sufrimientos, en los accesos del dolor que me desgarraba el alma, resolví envenenarme.!

=Desventurada.!

=Sí, padre mio. Desde que despertaba hasta que dormia, pensaba yo sin cesar en esto.. y la idea de la muerte llegó á familiarizarse en mi mente de tal manera, que ya me habia identificado con ella.. Deseaba el descanso eterno en compañía de mi hijo, para que no se quedara á padecer en el mundo.. queria llevar conmigo el triste resultado de mi desventura, para que mis padres no se avergonzaran de su hija.. pero anoche.. soñé que ya tenia en mis brazos á este niño.. veía su rostro inocente sonriendo como los ánjeles; y de repente, acordándome de mi suerte, iba á arrojarlo por una ventana, cuando le oí llorar espantado de la muerte que le esperaba.! Entonces desperté.. y prorumpí en llanto.! Desde aquel instante, ya no tuve valor para pensar en el suicidio.. Me resigné á vivir para mi hijo, á soportar la deshonra con él.. á padecer á su

lado.. Por eso, padre mio, es por lo que he hecho venir á usted.. para pedirle un consuelo y un consejo, que hagan menos penosa la situacion en que me hallo y la vida que me espera...

Inés prorumpió en llanto al acabar su narracion, y con la cabeza inclinada esperaba á que hablara el padre Anselmo.

Este pareció sumerjido en una profunda meditacion.

Lo que acababa de referirle Inés era tan sério, tan grave; el tormento de aquella mujer desgraciada tan hondo é incisivo; su posicion tan dificil; y todo esto, tenia tal relacion con lo que el mayordomo le habia referido la víspera, que no podia menos de cavilar íntimamente sobre las circunstancias de aquellas dos entrevistas.

=Escucha, hija mia,—dijo por fin.—Yo te ruego, te suplico encarecidamente, que me respondas á las preguntas que voy á dirijirte.. te repito que mi mision es de paz.. que he venido al mundo para bendecir y no para maldecir.. No me he compadecido.. he sentido tus pesares, como un padre siente el infortunio de sus hijos.. y por lo mismo te suplico que me respondas.. Soy tu confesor.. El abismo en que has caido es insondable, y para hacerte menos desgraciada, es necesario que me abras completamente tu corazon.. Acaso, hija mia, puedes rehabilitarte delante del mundo, y esto es un principio de expiacion á los ojos de Dios.. Vamos, dime.. Conozco que no debia preguntártelo, pero el deseo de hacerte bien, es acaso ahora mas poderoso que mi deber.. Con que, dime, quién es el hombre que te perdió.?

Inés se estremeció al oír esta pregunta, porque recordó la terrible amenaza del mayordomo; así es que guardó silencio.

=No me respondes, Inés.? Escucha.. Has tenido otro confidente.. has comunicado á alguno todo lo que acabas de decirme.?

=A nadie.

=Recuérdalo bien, hija mia,—dijo el padre Anselmo, en

quien la respuesta de Inés acrecentó las sospechas.—Recuérdalo bien, Inés, porque ayer me han referido una historia igual á la tuya...

=Es posible.!

=Sí, hija mia; y la persona que me la contó, es una á quien siempre he creido buena, justa y caritativa.. Con que, recuérdalo bien.. No has comunicado á nadie tu desgracia.?

=A nadie, padre mio.. Dios, yo, y el malvado, somos los únicos que sabemos esa infamia, que conocemos ese crímen.!

=Pero entonces..—dijo el sacerdote, cuyo semblante iba poniéndose torvo.—Entonces.. Escucha, estás haciendo pesar una acusacion terrible sobre la cabeza de un hombre que.. Oh.! Esto no es creible.. y sin embargo.. No puedo menos de.. Vamos, vamos, dime el nombre de ese monstruo.!

=Oh.! Es imposible.! Me ha amenazado con vengarse en mi hijo.! Y yo.. no quiero.. tengo mucho miedo.!

=Te ha amenazado con vengarse en tu hijo.! Dios mio, Dios mio.! Pero es posible que ecsistan en la tierra semejantes hombres.? Yo no sé, Inés.. no puedo esplicarme la coincidencia tan estraordinaria que hay en cuanto acabas de decirme, y lo que me refirió ayer el mayordomo D. Jacinto Enriquez.!

=D. Jacinto Enriquez.!!—esclamó Inés poniéndose en pié, pálida y desencajada como un espectro.—D. Jacinto Enriquez.! El.. él mismo.! Pero ese infame no teme á Dios.!

El padre Anselmo conoció en la ajitacion y en el espanto de Inés, que el mayordomo era quien la habia deshonrado...

La frente del sacerdote se arrugó, é impulsado de una santa indignacion murmuró con acento lúgubre y severo.

=Hé aquí á los hombres.. hé aquí al mundo.. Creed en los actos esteriores de relijion.. fiaos en el hombre que se arrodilla delante del altar, y que clava la frente en tierra al contemplar la imájen del Crucificado.. Creed en los actos de beneficencia que ejercen.. fiaos en los consuelos que prodigan á los desgraciados.. bendecid la mano con que socorren al nece-

sitado.. y para probarles vuestro respeto y vuestra veneracion, llevadlles al hogar doméstico y mostrádselos á vuestra familia.. Allí os hablarán de Dios.. os predicarán la fé, la esperanza, la caridad.. maldecirán al mundo, y darán á vuestras hijas lecciones de virtud.. Pero cuando menos lo espereis, el pastor se convertirá en lobo.. el justo en condenado, el santo en demonio.. Destrozará el honor de vuestra familia.. prostituirá á vuestras vírjenes.. llenará de amargura vuestra vida.. y orillará á vuestras hijas al borde de un abismo espantoso é inevitable.. El suicidio.. el infanticidio.. La sangre, que segun las preocupaciones del mundo, lava las manchas de la sangre.. La muerte, que segun esas mismas preocupaciones, cubre la vergüenza de la deshonra.. Y mientras que estas catástrofes abruman á vuestras familias, el monstruo que ha causado todo eso, se arrodillará delante de Dios y con sus labios blasfemos bendecirá su Omnipotencia.. Oh.! No hay en la tierra ningun reptil mas inmundo y venenoso que el hipócrita.! Esos hombres merecen un castigo que solo debe hallarse en el infierno.! El asesino.. el ladron.. todos esos criminales, sin duda que son acreedores á una pena que los purgue de sus maldades.. Pero cuál es la que debe imponerse al hipócrita.? Cuál es la ley en que la sociedad señala ese castigo.? No ecsiste.! Y con todo, el hipócrita es el mas criminal de todos los malvados, porque su conducta es el oríjen de multitud de delitos.. El sacrilejio para con Dios.. El engaño para con el mundo.. La deshonra de una mujer.. el robo, la fuga, la prostitucion del cuerpo y la perdicion del alma.. el suicidio.. y el infanticidio.! Y todos esos crímenes pasan desapercibidos, y los que los cometen son tratados con consideracion, queridos y respetados por la sociedad.. Oh.! Esto es una ironía.. un sarcasmo sangriento de la humanidad.. Es un escupitajo que el criminal impune arroja al rostro del Señor.!

Inés escuchaba al padre Anselmo con cierta especie de respeto mezclado de temor.

Las facciones del sacerdote estaban animadas, y su aspecto era imponente y amenazador.

Algunos segundos de silencio se siguieron á las palabras del anciano, el que despues de un instante de meditacion, preguntó á Inés con su acostumbrada dulzura.

=Dime, hija mia; y cuando despertaron tus padres de aquel sueño fatal, no estrañaron el haber dormido tanto tiempo.?

=Sí; pero el mayordomo, con quien hablaron sobre el particular, atribuyó ese desarreglo en las costumbres, á que en la noche se habian acostado mas tarde de lo regular; y mis padres se mostraron convencidos con esa reflecsion.

=Pues escúchame, Inés: el mayordomo ha ido ayer á mi convento á referirme tu historia, sin decirme tu nombre, y atribuyendo á otro tu deshonra.. El motivo aparente con que me la contó, fué el de pedirme un consejo para manejarse contigo, diciéndome que queria ausiliarte en tu desgracia; y el consejo que oyó de mi boca, fué el que debia darle.. Le dije que confesaras tu falta á tus padres, y que puesto que habias gozado, era preciso que expiaras...

=Oh.! Por eso él me lo dijo ayer cuando vino á verme...

=Te imputó tambien el proyecto de tomar la tisana, para apresurar tu alumbramiento, y me refirió que querias envenenarte.. No tiembles, Inés. Todos esos pensamientos criminales, solo son hijos de tus padecimientos...

=Ayer tambien, viendo que yo insistia en quitarme la vida llevando en mi seno á mi hijo, me propuso que me fugara con él, y resistí.!

=Oh.! Malvado.! Malvado.!

=Resistí.! Y él me dijo que confesara yo á mis padres mi desgracia; pero sin decirles que él era quien me habia deshonrado, porque asesinaria á mi pobre é inocente hijo.!

=Infame.! Ese no es un hombre.. es un monstruo.! Y ahora, hija mia, es necesario que te resuelvas á arrodillarte delante de tus padres.. á revelárselo todo, y á reclamar su perdon.

=Padre mio, padre mio.! Me falta el valor para dar semejante paso.. Al ver los semblantes de mis padres, que han cifrado siempre, que cifran en mí su única felicidad, mi frente se humilla, mi corazon se comprime y quisiera no ecsistir.! Un remordimiento inecsorable me atormenta el alma, por haber engañado á esos ancianos que besan mis mejillas, que me llaman *su hija, su querida, su virtuosa hija.* Oh.! Esa confianza, esas palabras, esos cariños son la mayor tortura, la mayor reconvencion que pueden hacerme de mi falta.. Se me figura que al confesársela, me arrojan de sí y me maldicen, y esto me abruma de temor.. ó, si por el contrario, pienso que al referirles esa vida de delitos, los veo que lloran, que me perdonan y que me abrazan, entonces mi suplicio es mas cruel, porque me digo:—"Yo no debia haber burlado la confianza de "estos ancianos, y el mayor de todos mis crímenes, el único "verdadero, es el haber engañado la fé de los que me dieron "el sér.!"—Y entonces tambien, padre mio, la desesperacion mas intensa se apodera de mí, y...

=Y acaso en uno de esos instantes, pensaste en morir.!

=Es verdad, padre mio, es verdad.!

=Y lo piensas todavía, Inés.?

=No.. ya no.. Siento en mis entrañas el sér de mi sér, la vida de mi vida.. Desde anoche he comprendido lo que es ser madre; y el pensamiento de la muerte ha huido de mí, dándome el amor maternal la fuerza necesaria para arrostrar todos mis infortunios.! Si mis padres me arrojaran de su lado, yo iría á pedir por caridad un rincon adonde depositar á mi hijo, y un pedazo de manta con que cubrirlo.! Y viviré por él, con él y para él.!

El rostro de Inés, descolorido y enfermizo por los padecimientos, se animó al proferir las palabras que hemos relatado, y el amor de madre brilló en sus miradas regularmente mústias y apagadas.

El padre Anselmo no pudo ocultar su emocion, y la alegría mas pura se reflejó en su semblante y pareció rejuvenecerlo.

=Bien, hija mia,—dijo á Inés dejando correr sus lágrimas. —Ese afecto maternal que te conmueve, puede algun dia conducirte al camino de la expiacion.. Padecerás, es verdad; pero en medio de tus padecimientos tendrás á tu hijo que te consolará, y que con su inocencia te mostrará la senda del bien.. y cuando ya hayas expiado.. cuando la justicia del Señor esté ya satisfecha, entonces, hija mia, podrás vivir tranquila, acaso ser dichosa en compañía de ese inocente que Dios te ha dado, para evitar que consumaras el suicidio que imajinaste.. Entonces, rehabilitada ante Dios, llorarás mucho; pero tu llanto será el de la gratitud, ácia ese Sér Supremo que habrá cauterizado las llagas de tu corazon.. Espera y confia.. La bondad de Dios es inefable, su misericordia sin límites.. y su Omnipotencia santa y consoladora, nunca deja sin asilo al desgraciado, y perdona siempre al pecador arrepentido.! Espera y confia, que aun te queda la otra vida donde podrás ser feliz.!

Inés estaba arrodillada, y bañaba con sus lágrimas los piés del apóstol del cristianismo...

Era el dolor fúnebre y melancólico, que buscaba un consuelo en el seno de la relijion...

Era la Magdalena arrepentida, que imploraba el perdon de sus pecados.!

=Oye, hija mia,—continuó el sacerdote.—Puesto que no te hallas con valor para descubrir á tus padres la situacion en que estás, yo lo haré por tí.. Pero antes, quiero ver al malvado que te violó, echarle en cara su crímen y obligarle á una reparacion, haciéndole contraer contigo el sagrado yugo del matrimonio...

=Oh.! No.. no.. padre mio.!

=Resistes.? Y tu deshonra.?

=Mi deshonra.! Todavía me es menos horrorosa que la ecsistencia que pasaria yo con ese hombre si fuera su esposa.!

Prefiero la vergüenza y la humillacion al lado de mi hijo, y no la reparacion unida á D. Jacinto.. La vida que entonces tendria seria un martirio.. un suplicio incesante y continuo, porque el mayordomo es un verdugo y no un hombre.. Y si no siendo su esposa me ha tratado de una manera tan atroz.. casada ya con él, con esos derechos indisputables que tiene el marido sobre la mujer, seria el monstruo mas feroz.. y por vengarse se complaceria en acabar mi vida de una manera lenta.. inconcebible y cruel.!

El anciano guardó silencio.

Lo que acababa de decir Inés era una verdad indisputable.

Aquel hipócrita, que con tanta sangre fria se introdujo á la casa de la desventurada mujer; aquel buitre, que disimulando su ferocidad habia acechado el momento de arrojarse sobre su presa; aquel infame, que con el reloj en la mano estuvo esperando minuto por minuto y con una paciencia implacable, la hora en que habia de hendir sus garras en las entrañas de su víctima, no podia menos de inspirar horror á la desgraciada Inés; y hacerla esperar, en caso de que se casara con él, una vida insoportable que seria un tormento inecsorable, un potro sangriento, una muerte continua...

Y en semejante estado, qué sucederia con la desdichada madre, forzada á vivir bajo el dominio de aquella esfinje.?

¿No era posible que acosada por el sufrimiento cayera en la desesperacion, y de ésta en el crímen, en el suicidio, en el infanticidio que ya habian asaltado su pensamiento, y que por un sueño providencial se desvanecieron en él sin borrársele del todo.?

Acaso sí; y tal vez entonces esa idea renaceria con mas fuerza, y la resolucion que tomara la desesperada Inés, seria tan inflecsible, que ningun poder humano tendria bastante fuerza para cambiarla.

Esto era tan evidente, que el sacerdote estaba perplejo sin poder encontrar un medio para salir de semejante laberinto.

Queria salvar á Inés; queria dejarla honrada para con sus padres y para con el mundo, imponiéndola la amargura de sus recuerdos y los remordimientos de su conciencia, como una expiacion á los ojos de Dios; pero tambien conocia que obligarla á enlazarse con el mayordomo, seria imponerla un castigo sin nombre, seria dejar de ser juez y convertirse en verdugo; y por otra parte, aun suponiendo que ese castigo fuera justo, era tambien evidente que al imponérselo, se ecsijia á la débil naturaleza humana un esfuerzo superior á ella, que acabaria por aniquilar la fuerza de esa naturaleza y por conducirla á su completa perdicion.

Tales fueron las reflecsiones que se agolparon á la mente del padre Anselmo, y las que le habian sumerjido en la perplejidad.

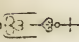
Inés esperaba sollozando los resultados de la meditacion del sacerdote.

Al fin éste se dirijió á ella, y la dijo:

=Esperemos algun tiempo, hija mia.. En la soledad del claustro, meditaré sobre tu suerte y buscaré un remedio para tu mal. Yo sé, comprendo íntimamente todos tus padecimientos, y procuraré hacerlos menos crueles. Eres mas inocente que culpable. Has sido violada, y despues arrastrada á un precipicio abierto de antemano, por tu funesta ignorancia y por los vicios de tu educacion.. Esperemos, hija mia; veré á tus padres; les revelaré este secreto; y cuando lo sepan, cuando tu conciencia se haya descargado algun tanto del peso que la oprimia, depositando en el seno de los que te dieron el sér la confesion de la culpa á que te impelió tu ceguedad, te sentirás mas aliviada y con mas valor para sufrir.! Mientras tanto, recurre á la oracion y Dios te consolará.!

=Sí, sí, padre mio.. oraré.. me dirijiré á Dios y le pediré que me perdone, mientras que consigo la gracia de mis padres.

El padre Anselmo se levantó y se dispuso para salir.



Inés se arrodilló, y con una voz suplicante y llena de lágrimas:

=Padre mio,—dijo:—aquí tiene usted una pecadora arrepentida, que acaba de confesar sus culpas al sacerdote del Señor, y que implora humildemente su perdon.. Bendígame usted, padre mio.. y si lo cree usted justo.. si cree usted que merezco la gracia del Criador.. absuélvame usted de mis pecados é impóngame la penitencia que merezco.!

=Sí,—dijo el padre Anselmo profundamente conmovido. —Sí, hija mia.. Yo te bendigo y te absuelvo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.. En cuanto á la penitencia que mereces, era necesario que no la llevaras en tu corazon, para que yo pudiera imponerte otra; y que no te durara toda la vida.. que no te hiciera verter muchas lágrimas, para que yo ecsijiera mas de tu naturaleza.. Levántate, Inés.. Espera y confia en Dios.!

Inés se puso en pié, besó la mano del sacerdote, lo condujo hasta la puerta de la sala, y volvió melancólicamente á su lugar.

El padre Anselmo bajó la escalera y salió á la calle, pensando en lo que habia pasado, y buscando un medio para hacer menos desgraciada á la pobre é interesante Inés.



XII.

BENEFICENCIA.

A las once del mismo dia, se paraba en la puerta del meson del Chino un coche del sitio que traia el rumbo de la calle de Alfaro.

El cochero abrió la portezuela, y D. Pedro y su esposa bajaron del carruaje y entraron á la posada.

Despues de saludar al huésped y de socorrer á algunos mendigos que se hallâban en la puerta, subieron á la parte superior del edificio, y entraron en uno de los cuartos adonde se alojan los pasajeros.

En el rincon de ese cuarto, á la izquierda de la entrada, se hallaba una mujer de edad algo avanzada, y en cuyo semblante se notaban aún las huellas de la fiebre que habia padecido. Enfrente de la puerta, en el banco de madera que en compañía de la mesa y de la cama forman todo el ajuar de esas habitaciones, estaba sentado un muchacho como de doce años, de color atezado, ojos vivos y semblante halagüeño.

Cuando D. Pedro y su consorte entraron en el aposento, el muchacho dió un salto y un grito, y la convaleciente hizo una esclamacion de aquellas que dan á conocer la gratitud.

=Buenos dias, señora Tomasa,—dijo D. Pedro.—Cómo sigue usted de salud.? No hay ya ningun peligro.?

=Ninguno, *siñor* D. Pedro, gracias á Dios y á su *mercé*, que se compadeció de mí y que me ha hecho la *caridá de*...

=Dios nada mas, y no yo, señora Tomasa; porque si su Divina Majestad no hubiera querido, no habria yo encontrado á su hijo de usted, y no los hubiera socorrido.

=Es verdad, señora,—dijo D.ª Ricarda.—Dios es el que lo dispone todo, y á él solo debemos agradecer los beneficios que recibimos...

=Con que, vamos,—continuó D. Pedro.—Qué dice el médico.? Ya está usted en disposicion de salir.?

=Me dijo que *agüinó* podia yo, sino hasta pasados algunos dias, porque *ansí* podia yo aliviarme y no *recair* otra vez.

=Bien, señora Tomasa. Dejaremos pasar otros ocho dias, y volveré por usted. Y, dígame usted, qué es lo que piensa hacer cuando se halle completamente aliviada.?

=*Pos* trabajar para mantenerme.

=Trabajar.? y en qué.?

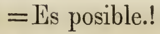
=*Sigun*.. Unas ocasiones en *ribetiar* zapatos que me dá un compadre mio, que vive en el barrio de D. Toribio.. otras, en hacer los mandados que se ofrecen en la *vecindá*, y...

=Pero, y le produce á usted eso lo necesario para vivir.?

=Sí.. Me levanto á *lalba*, barro las puertas de la tienda, de la pulquería y de la *vecindá*.. con esto tengo tres *tlacos* para pan y vela.. despues me pongo á *ribetiar* zapatos hasta cosa de las ocho.. á esas horas voy al *rastro*, y recojo las menudencias que dejan tiradas los carniceros.. vuelvo á mi jacal y las pongo á cocer.. cuando no tengo sal, pido tantita en la tienda, y con eso sazono mi comida.. mientras dan las doce, sigo *ribetiando*, y á medio dia, como mis menudencias.. mi hijo y yo, porque, como su *mercé vé*, no puede trabajar todavía y vive conmigo...

=Y el desayuno.?

=Si no nos desayunamos.



=Es posible.!

=Sí *siñor*. A las doce es cuando comemos.

=Y la cena.?

=Es de lo que nos sobra de la comida.

D. Pedro y su mujer se miraron asombrados.

La relacion de la señora Tomasa acababa de descubrirles una de esas miserias inauditas, increibles é ignoradas.

Les parecia imposible que un sér humano pudiese vivir con *tres tlacos*, y con los desechos que los carniceros quitan de los carneros y de las terneras que matan por las mañanas...

Y no tan solo nuestros personajes, sino tambien los que lean ésto, se resistirán á creer, que en medio de la populosa y magnífica ciudad de México, ecsista tanta hambre y tanto abandono.

Y sin embargo, por mas que nos neguemos á dar crédito á semejantes lástimas, nos es necesario ceder delante de la evidencia mas terrible cuanto menos imajinable.

No nos lo han contado; lo hemos visto.

Hemos penetrado en esos zaquizamíes inmundos, propios para que engorde un marrano, y no para que habite un hombre.. hemos visto aquellas paredes negruzcas y apestosas, deterioradas y llenas de telarañas.. hemos contemplado con el corazon oprimido aquellos chiribitiles, cuyos techos de *tejamanil* podrido y agujerado chorrean agua, mientras que del suelo brota un manantial pútrido é insoportable.. hemos visto á aquellos séres, que hablan, que se mueven, que sienten, que viven, cubiertos de andrajos, súcios, asquerosos como un animal que pulula en el lodo, con las huellas del embrutecimiento pintadas en las facciones, y con las señales de la ignorancia en sus palabras y en sus acciones.. Hemos descendido hasta lo íntimo de la ecsistencia doméstica de esos séres desventurados, y los hemos visto alimentarse con manjares dañosos, como esas *menudencias del rastro*, que acaso están allí desde la víspera, y tan repugnantes y miasmáticas que ni los perros se atreven á comerlas.. los hemos visto comer pan duro y *tortilla dura;* men-

drugos prietos que se encuentran tirados en las puertas de la jente mas acomodada.. y las mas veces, pasarse dias enteros sin probar bocado, porque no han podido ir al *rastro* á la hora acostumbrada, y otros se han adelantado y llevádose todos los pellejos.! (1)

Eso respecto de la vida física; y qué diremos de la intelectual..?

Seguramente que nada hay tan lastimoso.

Esas criaturas, á quienes Dios ha criado á su imájen y semejanza, y á quienes ha dotado con la chispa de su fuego divino que se llama vida, yacen amontonadas en esos muladares, sin conocer de la decantada civilizacion de la sociedad, ninguno de los beneficios morales de que blasona...

Saben que hay Dios, porque al nacer se los dicen; le adoran porque se los han dicho; pero no conocen, no saben quién es ese Dios que recompensa y que castiga, que condena y que perdona.

Su relijion no es una creencia del corazon, sino un servilismo de la voluntad: creen porque les mandan que crean, y ellos obedecen creyendo.

Educados en el fondo de una zahurda, no conocen los deberes que tienen que cumplir en la sociedad en que viven, ni saben distinguir la satisfaccion del bien de los inconvenientes del mal.. Viven por vivir; pero no saben para qué han de vivir; y abandonados á ciegas en el torbellino del mundo, no saben buscar sus beneficios ni mucho menos evitar sus riesgos.

La intelijencia, ese don precioso que Dios concedió al hombre, está envilecida en ellos; y la razon, esa palanca poderosa contra los caprichos del pensamiento, está degradada en ellos:

---

(1) Para creer tanta miseria, es necesario verla; y nosotros la hemos visto. Si hay alguno que dude de lo que decimos, y quiere convencerse por sus propios ojos, no tiene mas que hacer, sino visitar los barrios de la ciudad, y en ellos encontrará el espectáculo doloroso que acabamos de referir y que comprime el corazon de los amigos de la humanidad.

todos sus placeres son cínicos, todos sus deseos brutales; y como la ceguedad en que ecsisten no les deja conocer lo justo ni lo injusto, y como creen y viven en el fango del mas deplorable abandono, sus inclinaciones se dirijen á satisfacer sus goces sin pararse en los medios de lograr su objeto.

Desde niños aprenden en las *pulquerías* el descaro y la desvergüenza del vicio; cuando jóvenes, practican el vicio y caen en el crímen; y un hombre que podia haber sido honrado y útil á sus semejantes, se vé proscrito por la misma sociedad que con tanta indolencia le abandonó en el camino del mal.

Así es que, aun cuando esa sociedad egoísta le imponga una pena *para satisfacer la vindicta pública*, (vaya un sarcasmo.!) y para *reprimir* en el individuo el desarrollo del crímen, ya ese castigo es inútil, porque la intelijencia del sujeto está prostituida, y porque halagado con la perspectiva de una vida ociosa y regalada, le gusta pasear y gastar dinero sin trabajar aunque tenga oficio...

Sin duda que estas reflecsiones son muy tristes; pero desgraciadamente son una verdad dolorosa.

En el estado actual en que se encuentra nuestra sociedad; en la poca fé con que se ejerce la justicia; en la indolencia criminal de nuestro gobierno, es en donde ecsiste el oríjen de todas estas miserias y de todos estos crímenes.

Es imposible que no ecsistan ladrones ni asesinos en donde abundan vagamundos y viciosos...

México debe á un ciudadano pobre y honrado (1), el establecimiento de muchas escuelas gratuitas para la instruccion de la niñez desvalida; pero por grandes que sean sus esfuerzos, esa instruccion no producirá los bienes que debe, si el gobierno, valiéndose de sus ajentes, no hace que concurran á las escuelas todos los niños de los barrios pobres, á quienes la ig-

(1) D. Vidal Alcocer. Oportunamente daremos una noticia de los esfuerzos que ha hecho ese ciudadano, en beneficio de la niñez desvalida.

norancia de sus padres priva de los conocimientos necesarios para distinguir el bien del mal, y para apartarlos de la senda del vicio. De lo contrario, el número de los malvados aumentará sin cesar, y el ciudadano honrado se verá precisado á velar por su propia seguridad sin tener esperanza de remedio; porque esos niños que crecen en la miseria, pasarán su juventud en la ignorancia, su edad viril en el crímen y su vejez en los remordimientos, si no es que una muerte afrentosa les liberta de este suplicio de la conciencia.

Esto es muy penoso; pero no por eso menos evidente.

La raza humana, débil por naturaleza á pesar de su razon y de su intelijencia, se halla espuesta á caer cuando menos lo piensa en los abismos impenetrables de que está rodeado el mundo; y como todas las cosas no quieren mas que un principio, nada es mas fácil que comenzar por un desliz para acabar en el cadalso.

Perdida la razon, no hay freno que baste; viciada la intelijencia, no hay reflecsion que la contenga.. Y entonces, el desdichado que ha sucumbido, corre desenfrenado por la carrera del crímen, á cuyo fin se encuentra la deshonra y la muerte. . . . .

Y no es demasiado lastimoso que todas esas catástrofes sucedan por descuido y por abandono.?

¿No es una ironía sangrienta contemplar en manos del verdugo á un sér hijo de Dios, que sin duda no vino á la tierra á morir de ese modo, despreciado por los hombres de bien, befado por la sociedad, sirviendo de escarnio al populacho y de espectáculo *inútil* al criminal, que despues de ver aquella muerte vuelve á su madriguera y cavila nuevos delitos y nuevas infamias.?

Nosotros no creemos que deje de haber criminales en el mundo, porque esto es verdaderamente imposible; pero sí *creemos*, que en cuanto alcanza al esfuerzo humano, se pueden evitar y prevenir esos males sin número que aflijen á la humanidad.



La instruccion de la clase pobre que, entre nosotros sobre todo, ha estado siempre abandonada, nos parece uno de los medios saludables para curar las llagas gangrenosas de que adolece nuestra sociedad.

La índole del pueblo de México es dócil, y como lo hemos visto en las guerras civiles, está pronto á seguir á quien le guia.

Y siendo esto así, por qué no se ha de procurar conducirle á la senda del bien, en lugar de tenerle en el completo y doloroso abandono en que vive.?

Por qué no se le enseñan sus derechos y sus deberes, en vez de mantenerlo en el pupilaje en que está.?

Porque la sociedad egoísta y el gobierno indolente no se cuidan de lo que sufre el pueblo, sin ver que estos sufrimientos vuelven criminales á los pacientes; porque no conocen que esos criminales vejan á la sociedad y al gobierno que los desdeña; y porque, obstinados hasta la ceguedad, no vé el gobierno ni tampoco la sociedad, que en ellos refluye el resultado preciso de su indiferencia y de su egoísmo.

Pero.. somos unos ilusos.

A qué nos cansamos en hacer reflecsiones inútiles, que tal vez ni siquiera las leerán.?

El mundo es mundo y es como es: vivamos en el mundo dejándole tal como está hecho. . . . .

Pasado algun tiempo de silencio, continuó D. Pedro:

=No volverá usted á esa vida, señora Tomasa; yo me encargo de proporcionar á usted otra manera menos aflictiva para alimentarse. El domingo que viene, estaré aquí para llevarla á usted á una casa que pertenece á cierto pariente mio, y en la que se quedará usted de portera.. Tendrá usted ocho pesos cada mes, comida y las horas libres para que las emplee usted en lo que quiera, con la sola obligacion de no abandonar la casa.

De veras, *siñor.?*—preguntó la pobre mujer, creyendo apenas lo que escuchaba.

=De veras, señora Tomasa,—dijo D.ª Ricarda.—Mi marido quiere hacer todo lo que pueda por usted.

=Y por ese niño tambien,—continuó D. Pedro.—En cuanto esté usted colocada, le llevaré á una escuela adonde le enseñen á leer, á escribir, á contar, y la doctrina cristiana, para que aprenda á conocer á Dios, á servirle y á adorarle como debe hacer un cristiano.

=*Munchas* gracias, *siñor*,—dijo llorando la señora Tomasa. —*Dios le dé asté la gloria*, por la *caridá* que hace con nosotros.!

=Vamos, vamos, no llore usted. Adios, hasta el domingo que viene. Cuídese usted mucho para que pueda salir. Adios.

=Adios, *siñor; María Santísima de Guadalupe* libre *asté* de todo mal y le pague su *caridá* en el cielo.!

D. Pedro y su esposa desaparecieron por la escalera, y algun tiempo despues subian al coche que les esperaba.

Del meson del Chino se dirijieron á la calle de la Victoria, y apeándose del coche entraron á una accesoria.

Aunque el aspecto esterior de aquel aposento tenia la apariencia de la mas completa miseria, su interior era bastante aseado y curioso.

Las paredes estaban perfectamente blancas, el suelo limpio y los muebles colocados en órden y simetría.

Habitaba aquella accesoria, un matrimonio con dos hijos pequeños todavía, los que se hallaban en las rodillas de su padre, que estaba sentado cerca de su mesa, mientras que la madre, jóven y no mal parecida, disponia en el brasero el almuerzo frugal de la familia.

Cuando paró el coche en que iban D. Pedro y su mujer, el padre puso á sus hijos en el suelo y corrió á recibir á sus huéspedes; y así que entraron á la habitacion, la madre se apartó del brasero y se dispuso á hacerles compañía, y los chiquillos corrieron á ellos y les besaron las manos.

Todo el afecto que mostraba esta familia á D. Pedro y á su esposa, era hijo de una gratitud justa y sincera. Les debian favores, beneficios hechos en circunstancias difíciles; y por lo regular los pobres son los que no olvidan, los que no son ingratos, los que todo lo agradecen.

Despues de los primeros saludos y cuando todos se hubieron sentado:

=Cómo vá de vida.?—preguntó D. Pedro.

=Bien, señor, siempre bien. Desde que usted nos socorrió por la primera vez, no hay ninguna desgracia en mi casa.

=Oh.! sí señor,—dijo la mujer.—Desde que ustedes entraron á esta su casa, todos son bienes los que nos suceden. Por eso todos los dias rogamos á Dios por ustedes; porque les debemos mucho y les deseamos muchas felicidades.

=Mil gracias, señora; pero no es tanto lo que...

=Sí, sí.. es mucho.! Quién fué el que alimentó á nuestros hijos, el que los vistió, el que nos sacó de tantos apuros cuando mi marido estaba enfermo del cólera.. cuando no teniamos ni para médico ni botica, y yo estaba muriéndome del tifo.? Quién, sino ustedes, fueron los que nos dieron para los medicamentos, para las visitas del médico.? quién se llevó á nuestros hijos á su casa, donde no les faltó pan.? Por todos estos beneficios, es por lo que rogamos á Dios por ustedes, por lo que les deseamos mucho bien.

=Y durante la convalecencia de mi mujer, cuando me faltó el trabajo, ustedes me ausiliaron.. me mantuvieron á mí y á mi familia, sin que yo haya hecho nada para que ustedes me trataran de una manera tan...

=Todo eso es cierto,—dijo D. Pedro.—Pero si lo hemos hecho, ha sido porque la relijion nos lo manda, y porque los cristianos debemos cumplir con los preceptos del Señor.

=Pero no todos lo hacen, señor D. Pedro.

=Eh.! vamos, dejemos eso; y díganme ustedes. Cuándo mandan á los niños á la escuela.?

=Todavía no es posible.. El trabajo está tan escaso, que...

=Pues entonces, yo me encargo de pagar su enseñanza...

=Otro beneficio.!—esclamó entusiasmada la mujer.—Y así dice que no merecen las bendiciones que les dirijimos y las felicidades que les deseamos.? Qué bueno es usted.!

=Vamos, vamos, déjeme usted hablar. Yo me encargo de pagar su enseñanza, mientras ustedes acaban de arreglar sus gastos, y mientras que su marido de usted tiene suficiente trabajo para que pueda pagar la escuela.

=Oh.! señor.! señor.!

=Mañana que es lúnes, pasaré yo mismo por ellos, y ustedes me acompañarán á llevarlos. Con que, hasta mañana.

Y el buen anciano, seguido de su esposa, salió de aquella casa, en la que cuatro séres felices se quedaron bendiciéndoles.

D. Pedro y su mujer, seguidos del cochero que conducia el carruaje, se dirijieron á casa del mayordomo.

Cuando llegaron, estaba D. Jacinto en su gabinete sumerjido en uno de sus alucinamientos, y la señora Gervasia disponiendo el almuerzo de su señor, quien en ese dia tenia el humor mas negro del mundo.

Luego que los dos consortes llamaron al porton, el ama de llaves salió de la cocina, y viéndolos por el corredor, se apresuró á levantar el pestillo para no hacerlos esperar.

=Dios guarde á usted, señora Gervasia,—dijo D. Pedro.

=Y venga con ustedes.

=El señor D. Jacinto, está ahí.?

=Sí señor; pero pasen sus mercedes á la sala, mientras voy á avisarle.. está en su gabinete, y creo que algo enfermo.

=Válgame María Santísima.!—esclamó D.ª Ricarda.—Qué será cosa de cuidado.?

=Yo creo que no, porque salió á misa, y ya ven ustedes.. Pero siéntense sus mercedes, mientras que le aviso.. siéntense, siéntense, siéntense...

Y el ama de llaves entró al gabinete.

Al oír D. Jacinto que la señora Gervasia le anunciaba una visita, no pudo contener su inpaciencia, y lanzó una esclamacion que podia confundirse con el mujido de un toro.

=Es posible, señora, que no me dejen descansar ni un momento.? No ha conocido usted que estoy desazonado.?

=Es verdad.. pero yo creía.. y como su merced no me advirtió que no estaba para recibir visitas...

=No le hace, señora; pero cuando uno está enfermo...

=Y..—continuó el ama de llaves.—Como los que desean ver á su merced, son el señor D. Pedro y su esposa.. la señora D.ª Ricarda ..

Los nombres de las personas que le esperaban, fueron un aguijon para el mayordomo, quien bien á su pesar moderó su cólera.

=Entónces es otra cosa. Dígales usted que allá voy.

El ama de llaves salió á cumplir lo que le mandaban, y el mayordomo compuso su semblante como acostumbraba en tales ocasiones.

Un instante despues se presentó en la sala.

=Señor D. Jacinto.!

=Señor D. Pedro.. señora...

=Con que le tenemos á usted enfermo.?—dijo D.ª Ricarda.

=Un poco.. un fuerte dolor de cabeza que me atormenta.

=En efecto,—dijo D. Pedro.—Tiene usted los ojos muy encendidos, y las facciones muy trastornadas.

=Y se ha hecho á usted algun remedio.?—dijo D.ª Ricarda.

=Ninguno. Afortunadamente esto me pasa pronto.

=Oh.!—continuó D.ª Ricarda.—Pero de todos modos es preciso que se cure usted; la salud es muy preciosa, y sobre todo, la de un hombre como usted, tan benéfico, tan caritativo.

El mayordomo se inclinó modestamente.

=Vamos, vamos, señor D. Jacinto. Cúrese usted, cuide de sus interesantes dias, porque tendremos un pesar inmenso si usted...



=Sí, sí; y si mi *esposo y señor* lo permite, yo le aplicaré á usted algun remedio que calme sus dolencias.

=Oh.! Yo sí lo permito y aun lo quiero.

=Gracias, mil gracias; pero es inútil.. no es el mal tan...

=Pero por lijero que sea,—dijo D. Pedro.—Por lijero que sea, usted debe curarse, porque siempre es un mal, y..

=Oh.! señor D. Pedro. Todos estos padecimientos tan pequeños, los sufro con paciencia en pena de mis muchas culpas.

=Pero quebrantan la salud de usted, y...

=Y qué importa mi salud.?

=Un hombre relijioso,—continuó D. Pedro;—no debe decir eso.. Y aun cuando usted tuviera poco apego á la vida porque este mundo es tan malo, debe usted cuidar de su salud porque no le pertenece á usted, sino á aquellos á quienes socorre.. Sí, amigo y señor D. Jacinto; la vida de los hombres como usted, es toda de los desgraciados; y aun cuando se aburran en la tierra y deseen ir á habitar el cielo, deben sufrir con paciencia su destierro del paraiso por amor de Dios y del prójimo.. Si usted muriera, cuántos infelices perecerian de hambre y de sed.! Cuántos desdichados se verian perseguidos por los malos sin tener quien los defendiera.! No, respetable amigo. Usted debe vivir para dar de comer al hambriento, para consolar al triste, para enseñar al que no sabe, para dar de beber al sediento.! Usted debe vivir para enjugar las lágrimas de sus semejantes, que yacen oprimidos por el peso del infortunio.! Si usted muriera, muchos infelices quedarian desamparados en la tierra, muchas familias perderian á su padre y moririan en medio de la miseria. Es fuerza, amigo mio, es fuerza que viva usted.. Conozco que para almas como la de usted, es una desgracia la vida, porque sus pensamientos se dirijen á otro mundo mejor; pero Dios ha recomendado la paciencia como una de sus virtudes, y usted que las posee todas en un grado tan eminente, debe tener esa paciencia hasta el dia en que su Divina Majestad sea servido de llamar á usted á su

presencia.. Entonces recibirá usted el premio de sus buenas obras, que su ánjel de guarda ha escrito ya en el libro del bien; y dichoso entre los dichosos, alabará usted en el cielo al Dios que lo crió para bien y consuelo de la humanidad.! Quién fuera usted, D. Jacinto, quién fuera usted.?

El hipócrita aparentó conmoverse con el discurso de D. Pedro; y finjió limpiarse los ojos como si llorara, mientras se reia en su interior del engaño en que vivia el respetable anciano.

=Con que, vamos, señor D. Jacinto,—dijo D.ª Ricarda.—Puesto que lo permite mi marido, voy á curar á usted.

=Pero, señora, es una molestia y...

=No, no es ninguna. Señora Gervasia.! señora Gervasia.!

El ama de llaves entró á la sala, y D.ª Ricarda la dijo.

=Tráigame usted un poco de vinagre y unas obleas para curar al señor mayordomo, que está algo malo de la cabeza.

La señora Gervasia obedeció.

=Y,—dijo D. Jacinto;—podré saber el motivo de la visita que ustedes se han tomado la molestia de hacerme.?

=Cuál ha de ser,—respondió D. Pedro,—sino el deseo de ver á usted, por una parte, y por otra el de invitarle á que nos ayude en una obra de beneficencia..?

=Oh.! Ya sabe usted que siempre estoy dispuesto...

=No es necesario que lo diga usted, pues si no lo supiera, no vendria con tanta confianza y seguridad, á manifestarle mis proyectos y á pedirle su respetable ayuda.

=Al contrario, señor D. Pedro. Usted es el que me guia en ese sendero escabroso en que es necesario tener tino para no fomentar el vicio y aliviar á la miseria.. á usted debo el placer de haber hecho muchas obras de beneficencia, porque usted es el que ha sabido elejir las personas dignas de consideracion y verdaderamente necesitadas.

=No lo niego del todo; pero tambien, su ausilio de usted me ha sido muy eficaz en muchas ocasiones, y siempre he respetado la superioridad de las virtudes de usted.

=Señor D. Pedro, si tengo esas virtudes, es porque las he aprendido de usted y de su respetable esposa.

=Siempre modesto.. como un virtuoso.

El mayordomo bajó los ojos.

=Pero vamos, de qué se trata ahora.?

=Recordará usted, respetable amigo, que ayer le referí lo que me pasó con una pobre enferma á quien socorrí...

=Sí, sí; y que la llevó usted al meson del Chino.

=Eso es. Pues hoy he estado á verla, y ya está convaleciente, tanto, que dentro de ocho dias podrá salir á la calle.

=Y ese alivio se lo debe á usted. Qué feliz es usted.!

=Dejemos eso. Yo le he proporcionado el destino de portera en casa de un pariente mio, cuya colocacion le producirá ocho pesos cada mes, amen de la comida y del tiempo libre para que lo ocupe en lo que quiera; por supuesto, cumpliendo con sus obligaciones que son bastante sencillas.

=Ya se vé, cuidar de la puerta y nada mas.

=La pobre mujer ha aceptado con gratitud, pues la vida que tenia antes.. Ay amigo mio.! Figúrese usted que comia los desperdicios que tiran los carniceros.!

=Jesus.! Qué pobreza.! qué miseria.!

=No hables de eso, hijo, no hables de eso,—dijo D.ª Ricarda.

=Tienes razon, esposa mia. Pues señor, como dije á usted ayer, esa mujer tiene un niño de doce años...

=Al que quiere usted poner en la escuela.. Pero eso me toca á mí. Ya sabe usted que en todas esas obras de caridad, cada uno tenemos nuestra parte. Usted restituyó la salud á la madre y á mí me toca educar al hijo.

=Consiento, consiento. He quedado con la señora Tomasa, (así se llama la pobre mujer); he quedado con ella, en que cuando esté en su destino, que será de hoy en ocho dias, pondremos á su hijo en la escuela para que aprenda sus deberes.

=Bien pensado y mejor hecho, amigo mio. Doy á usted muchísimas gracias por haber obrado de esa manera.

=Tambien tengo otros dos niños que educar. Son hijos de un artesano honrado á quien socorrí en tiempo del cólera, y que no tiene los medios suficientes para mandarlos á la escuela.

=Pero yo debo pagar la educacion de uno de ellos...

=Oh.! amigo mio. Ruego á usted que me deje á mí todo el cargo.. me servirá de tanto placer.!

=Cómo.! Quiere usted que yo le ceda mi parte en hacer la felicidad de una familia.? Eso es imposible.!

=Oh.! Yo se lo suplico á usted.. se lo ruego. Es un favor muy grande al que viviré muy reconocido.

=Consiento,—dijo el mayordomo, finjiendo ablandarse.—Porque al fin.. haciéndolo usted, es como si yo lo hiciera. Aunque le aseguro á usted, que me cuesta trabajo ceder; porque ya estoy tan acostumbrado á dividir con usted la satisfaccion de hacer bien, que no puedo prescindir de ella sin gran esfuerzo.

=Ah.! Lo considero, señor D. Jacinto,—dijo D.ª Ricarda, mirando al mayordomo con cierta especie de respeto y de admiracion.—Lo considero, porque usted es uno de esos hombres que se desviven por ausiliar á sus semejantes. Tal vez en el mundo no hallará usted la gratitud de aquellos á quienes socorre; pero en el cielo recibirá usted el premio de todos los beneficios que ha hecho en la tierra.

=Gracias, señora, gracias; así lo espero.

D. Jacinto dijo estas palabras lanzando un suspiro, y dando á su fisonomía la espresion mas completa de resignacion.

El bueno de D. Pedro, cuyo corazon franco y leal no podia creer que le engañaban, veía al mayordomo con un interes verdadero, y la señora Ricarda se enjugó una lágrima de ternura, que la hicieron verter las últimas palabras del hipócrita.

Este último se quedó con la cabeza modestamente inclinada, y un silencio que nada interrumpia se siguió á la filantró-

pica conversacion que acabamos de referir; conversacion sincera de parte de unos, mofa sangrienta y sacrílega de parte del otro.

En esta situacion se encontraban, cuando entró la señora Gervasia.

=Bendito sea Dios que vino usted.!—dijo D.ª Ricarda.

=Me dilaté, porque no habia obleas y fueron por ellas.

D.ª Ricarda recortó unos *chiquiadores* de oblea, los empapó en vinagre, y se los puso en las sienes á D. Jacinto.

=Ah.!—dijo el ama de llaves.—Se me olvidaba esta carta para su merced.

Despues de haber curado á D. Jacinto, D.ª Ricarda y su esposo salieron de casa del mayordomo, montaron en el coche y se dirijieron á su morada.

La carta que la señora Gervasia entregó al hipócrita, era de Hipólito, en la que le avisaba la muerte de su madre.



XIII.

DUELO.

Hipólito pasó la noche á la cabecera del lecho de su madre.

Sus ojos estaban secos y su frente tranquila, porque la intensidad del dolor enjugó sus lágrimas, hendiéndole el corazon.

Solo en aquella casa y al lado del cadáver, habia contado las horas de la noche y contaba las de la mañana, viendo aprocsimarse á cada minuto el instante en que habia de separarse para siempre de aquellos restos preciosos, su único bien sobre la tierra...

Su memoria, embotada por el dolor, habia perdido los recuerdos de lo pasado y los temores del porvenir, para entregarse enteramente á los pensamientos de lo presente...

Cerca del lecho de la muerte, el pobre jóven contemplaba las facciones enjutas de su madre, y se inclinaba sobre aquel rostro helado, queriendo comunicarle la vida con su aliento...

Cuando alguna ráfaga de aire suave hacia vacilar la llama de las velas y movia levemente las cortinas, la oscilacion de la luz que daba sobre el semblante de la muerta, la comunicaba un reflejo de su animacion; é Hipólito, seducido por las apariencias, se quedaba inmóvil esperando que su madre hablara para obedecer prontamente sus mandatos.

Pero las cortinas y las llamas de las bujías volvian á quedar tranquilas, y la muerta no habia salido de su impasibilidad...

Estas escenas se repetian á menudo; y el jóven, á pesar de todos los desengaños, volvia á creer y á esperar.

Hay en el dolor agudo é incesante una especie de inocencia, que confunde al niño con el hombre: la fuerza incisiva del sufrimiento ahoga á la reflecsion madura, aniquila las facultades del buen juicio, y arroja al que padece en un atonismo tan profundo, que lo hace dar un paso ácia la infancia...

Entonces el hombre mas despreocupado se preocupa, el mas incrédulo se alucina, el mas desesperado espera; y en la vehemencia insaciable que tiene de consuelo, la menor apariencia le seduce, y le hace creer en la realizacion del suceso mas imposible de la creacion...

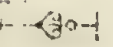
Desea no sufrir; y para no sufrir quiere que desaparezca la causa de su dolencia, aunque para ello se necesite un milagro: desea ser feliz; y para lograrlo espera que Dios haga un prodijio.. y crédulo como un niño, aguarda incesantemente que su deseo se efectúe; y se figura que es fuerza que Dios haga ese milagro, ese prodijio, para aliviarle su pesar, para hacerlo feliz.!

En semejante estado, los hombres de alma vigorosa son los que padecen mas, porque sostienen un combate tremendo entre el pensamiento y el corazon; y porque acostumbrados á resistir con desden todos los dolores de la vida, cuando llegan á caer en el desaliento se postra su valor, se aniquila su enerjía...

Tal era la situacion en que se hallaba Hipólito.

El poder del sentimiento habia terminado demasiado temprano en este jóven, y no encontró nunca á quien hacer partícipe de su amor: su ternura, inmensa como la bondad de Dios, no halló jamas un corazon en donde reposar, y se agolpó en el suyo desbordándose de su seno.

De ahí es que, no hallando quien lo comprendiera, amaba á su madre con un entusiasmo que rayaba en delirio; porque era



la única que habia sondeado la úlcera mortal de aquella alma, y prodigado á su hijo todos los consuelos de que es susceptible el corazon de una madre.. Y no por esto se crea que antes no la amaba; pero todas las criaturas necesitan otro afecto á mas del que profesan á los que las dieron la vida; y este afecto es un amor inefable, puro y santo, que desea dividirse con otro sér para sentir sus dolores y gozar sus placeres, para pasar á su lado en medio de ese mar de lágrimas en que Dios ha colocado la ecsistencia.

Hipólito buscó quien comprendiera ese amor; creyó encontrar una mujer capaz de apreciar sus sentimientos, y esto lo perdió.

Desengañado ya de que los corazones que han nacido para amar no llegan á entenderse nunca, porque una fatalidad incontrastable los separa, echó una ojeada en derredor de sí, y no halló mas que una sola persona capaz de amarlo, sin el interés con que aman los amigos y lo jeneral de las mujeres.

Esta persona era su madre.

Voló á sus brazos y lloró en su seno...

Asi es que cuando la muerte apagó aquella vida, Hipólito se encontró solo en el mundo. No tenia mas que un amigo; Cárlos; pero Cárlos era dichoso, y por mucha ternura, por grande que fuera la amistad que profesara á Hipólito, probablemente le dejaria aislado, porque las lágrimas del desgraciado vuelven amarga la sonrisa del que es feliz.

Tampoco tenia una amante...

Ah.! Si la tuviera..!

Su dolor seria menos acerbo porque habria una mano adorada que enjugara su llanto, y que contuviera los latidos violentos de su corazon..!

Pero Hipólito no tenia ni un amigo ni una amante...

Estaba completamente solo...

Por eso, al ver espirar á su madre se entregó sin defensa á los caprichos del mundo, dejándole hacer de él lo que qui-

siera.. Enjugó sus lágrimas porque no habia ya quien las recojiera, y las guardó en su corazon para que fueran el alimento de su vida...

Ninguna queja; ningun jemido se escapaba de su pecho...

Su dolor era mudo; su resignacion sombría...

Se sometió á su destino como las antiguas víctimas de la inquisicion iban á la hoguera.

Con el silencio en la boca y la conformidad en el alma...

Nada temia ya en la tierra: la muerte de su madre era el mas terrible, pero el último de sus tormentos.

Estaba, pues, el jóven, á la cabecera del lecho mortuorio sumerjido en las mas tristes ideas, cuando el ruido que hizo una persona al entrar en la recámara le despertó de su ensimismamiento.

=Buenos dias, Hipólito.

=Cárlos.!—esclamó el jóven con tristeza.—Qué vienes á hacer aquí.? Quieres acaso entristecerte á la vista de mi dolor..?

=Vengo á cumplir con el deber que me impone la amistad; vengo á acompañarte en tu soledad, y á consolar si es posible.!

=A acompañarme.! Pobre amigo mio.! La novedad del sentimiento es lo que te hace hablar así, y creer que tendrás toda la resolucion que se necesita para acompañar á un desgraciado.! Pero cuando pasen algunos minutos, cuando veas lo melancólico del sitio en que te encuentras, te arrepentirás de haber venido y desearás abandonar un lugar en donde todo respira luto.!

=Hipólito, Hipólito.. el dolor te estravia..!

=No, amigo mio; lo que te digo es cierto.. No te ofendas.. no consiste en tí.. Consiste en mi desgracia y en tu felicidad.. porque el dolor es lúgubre y la dicha egoísta.. consiste en esa ironía despiadada y continua.. en ese contraste inflecsible entre el que se deslizan las horas de la vida humana.. El pesar y la alegria.. el luto y las galas.. la ventura que grita y el infortunio que calla..!

=Tienes harta razon.! Los hombres, arrebatados por el huracan de la vida superficial, no saben que ecsiste otra vida íntima, llena de pesares y de amarguras.. ven el rostro, pero no el corazon.. y cuando por una casualidad llegan á entrever ese abismo profundo y oscuro en el que se encuentra un sin número de desgracias, vuelven la vista con disgusto y buscan el sol que alumbra la superficie de la tierra, sin que penetre su luz en sus entrañas.. La dicha brilla siempre para ellos porque no sienten, solamente ven.. y si alguna nubecilla se interpone entre ellos y su felicidad opacando la lumbre que los guia, buscan un placer en que entretenerse mientras se disipa la oscuridad, y vuelven risueños á gozar del mundo.. Pero tambien, entre esa multitud indiferente y helada, hay algunos, cuyos corazones comprenden los enigmas de la vida, y que rebosan bondad y conmiseracion.. Para esos corazones, Hipólito, no hay nunca una felicidad completa.. porque si gozan alguna, encuentran en el fondo la gota de acíbar, que se desprende del manantial contínuo de los padecimientos de la humanidad.. Yo, Hipólito, soy uno de esos séres.. yo, con todo y que soy dichoso, no lo soy enteramente, porque los jemidos de mis amigos suenan dolorosamente en mis oidos, me hacen comparar mi estado con el suyo, y deseo con toda mi alma prodigarles las consideraciones y los consuelos que ecsije su sensible situacion..!

=Consideraciones.. consuelos.! Tú ignoras, pobre amigo mio, que hay infortunios que no tienen remedio.. que no admiten consuelo..!

=Hipólito, Hipólito..!

=Consuelos.! Mira,—continuó el aflijido jóven llevando á su amigo cerca de la muerta.—Mira; ves ese cadáver.? Lo ves.? Ves ese rostro inmóvil y yerto.. esa frente descolorida, y esa boca cárdena y muda.? La ves.? Pues escucha.. Ese rostro inmóvil y yerto, esa frente descolorida, se animaban.. no hace mucho.. doce horas solamente, al verme pisar los umbra-

les de esta alcoba.. y tambien hace doce horas que esa boca cárdena y muda me llamaba—*"Hijo..!"*—porque ese cadáver era mi madre.! Mi madre.! Y sabes tú, lo que mi madre era para mí.? No era nada mas la mujer que me dió el sér.. no era nada mas aquella á quien se debe amar porque Dios lo manda, porque la naturaleza lo ecsije.. Era mi madre.! Era la única criatura viviente que me hacia dulce la vida, porque fué la sola que supo amarme y comprenderme.. En su seno recliné muchas veces mi cabeza.. en sus brazos se adormecieron muchas veces los dolores impíos que me atormentaban.. sus palabras eran las que derramaban sobre mi corazon un bálsamo santo y consolador.. Era el ánjel que me arrebató del precipicio adonde me habia conducido la desesperacion.. Era mi madre.! El único tesoro que tenia yo en la tierra.! Y ahora.. ahora que la muerte hizo enmudecer sus lábios y apagó la luz de sus miradas.. ahora, Cárlos.! ya estoy solo en el mundo.! Ya no tengo que temer ni que esperar de la vida.. Anoche, en los momentos supremos en que mi madre abandonaba la tierra para ir á vivir en el cielo.. en los instantes en que con su cabeza apoyada sobre mi corazon, veia yo su respiracion cada vez mas débil y apagada.. cuando veia yo consumirse lentamente la llama de aquella ecsistencia tan identificada á la mia.. en esos momentos, Cárlos.! comprendí que muerta mi madre ya nada me quedaba en el mundo.! Cuando la veia morir conocí que aquel era el último de los golpes del destino, el último de los dolores que tenia yo que sufrir.. era mi última flor que se marchitaba.. mi última ilusion que se desvanecia.! Pero mírame.. no lloro.. mi frente está sosegada.. mi mirada tranquila.. Nada hay en mi semblante que revele la pena que sufro.. Las jentes me creerán feliz, y yo procuraré mantenerlas en su creencia.. Ninguna mirada profana penetrará en el asilo sagrado en que oculto mi sufrimiento.. Padeceré solo.. y para que el mundo no se mofe de mí, para que no viole mi dolor.. haré reir á mi boca, aunque mi corazon se deslía en lá-

grimas.. Esto es una ironía.. pero la vida es así, y es preciso vivir como viven todos.. No es verdad, amigo mio.? Respóndeme, no es cierto..?

Cárlos contempló espantado á su amigo, quien se quedó mudo é imperturbable al lado del lecho de la muerta, como una cruz de piedra encima de una tumba.

El estatuario que hubiera querido representar al dolor con todo su estoicismo y con toda su majestad, no habria tenido que hacer, sino copiar esactamente las facciones y la postura de Hipólito.

Su frente ancha y soberbia estaba impasible, su mirada serena, su cuerpo inmóvil; pero en su boca, en la que habia una sonrisa amarga é irónica, se dejaba ver la revelacion de un sufrimiento profundo, tanto mas vivo cuanto mas reconcentrado.

En los personajes que habitaban aquel aposento, estaban representadas de una manera evidente las fases de la vida humana.

Cárlos, cuyo corazon latía violentamente, representaba á la animacion de la ecsistencia;

Hipólito, con el alma enferma y desgarrada, era la imájen palpitante del padecimiento;

La muerta, cuyo espíritu se habia hundido en la eternidad, era la representante del desenlace del drama.

El silencio que reinaba en la recámara era tan lúgubre, que se escuchaban perfectamente los latidos del corazon de Cárlos, conmovido por el espectáculo doloroso que tenia delante.

Lo que acababa de oír de la boca de su amigo le habia aterrado, y no encontraba una sola palabra con que poder sacar á Hipólito de su abstraccion.

Herido tambien por la afliccion del jóven, considerándolo siempre desengañado y siempre amante, sabia que en efecto, su pesar no tenia límites, ni tampoco podia tener consuelo... Habia padecido mucho para que ningun recuerdo de lo pasa-

do ni ninguna esperanza del porvenir, pudiese servir de lenitivo á su infortunio, y se representó con tristeza la vida aislada y melancólica que le quedaba.

=Hipólito,—dijo por fin procurando decir algo que distrajese al pobre jóven.—En qué piensas, amigo mio..?

=En nada.—Respondió Hipólito con indiferencia.

=En nada..!

=Lo estrañas..?

=Sí; te veo tan inmóvil, que creia...

=Que pensaba yo en algo.? Pues te equivocabas.. Hay circunstancias en que el pensamiento se paraliza y se pierde la memoria; y entonces, amigo mio, ni se siente.. ni se piensa...

El acento de indiferencia con que hablaba Hipólito, heló la sangre de Cárlos, el que sorprendido por aquella transicion tan repentina, dijo para sí:

=Va á volverse loco..!

Asustado con tal imájen y queriendo convencerse, continuó en voz alta:

=Tengo una idea, Hipólito.

=Cuál..?

=Es un favor que voy á pedirte, y creo que no lo negarás á mi amistad, que siempre ha sido sincera.

=Cuál es ese favor.?

=Uno muy sencillo y que no te costará nada.

=Dilo.

=Quiero que en lo de adelante vivas con mi familia.

=Gracias, Cárlos; pero es imposible.

=Imposible.! Y por qué.?

=Porque tu familia es alegre, porque tú tambien lo eres, y yo seria un estorbo para que ustedes gozasen de la vida.

=Ni ahora ni nunca, Hipólito, puedes ser oneroso en ninguna parte; y mucho menos en mi casa, que sabes que te aprecian y que han sentido tanto la muerte de tu mamá; y si el no irte á vivir conmigo lo haces por...

=Lo hago porque soy desgraciado y en tu casa son felices.. lo hago porque solos como están pueden divertirse, mientras que estando yo allí se verian precisados á encerrarse, por guardarme consideraciones de que no soy digno, y...

=Todos esos argumentos, Hipólito, no valen nada para mí. Conozco tu delicadeza y no puedo menos de aplaudirla; pero es inútil conmigo, porque soy y me glorío de ser tu amigo. En casa vivirás mas distraido que en cualquiera otra parte.. Allí habrá momentos en que se adormezcan tus recuerdos, y gozarás algunos instantes de tranquilidad; en casa...

=Imposible.!

=Te niegas, Hipólito.?

=Perdona, amigo mio; pero no puedo...

=Es decir que no me aprecias tanto como yo á tí.?

=Oh.! sí; pero...

=Entonces...

=Escucha, Cárlos. Cuando alguno padece como yo, en ninguna parte está bien, si no es en la soledad. En ella, el corazon se alimenta con los pensamientos de tristeza, y sufre cierto placer melancólico al recordar sus dolores. Huye del mundo, porque su bullicio le ofende, le martiriza; y quisiera no ver ni oír á nadie mas que á las imájenes lastimosas de lo pasado, y á la incertidumbre desconsoladora del porvenir.. La voz humana rompe el tímpano de sus oídos, y busca su tranquilidad en el aislamiento y en el silencio...

=Hipólito.!

=No te ofendas, amigo mio, no me culpes. A cualquier parte adonde fuera yo, seria mas desgraciado aún.. porque tendria que disimular mis sufrimientos, mientras que solo y en mi casa puedo dar rienda suelta á mi dolor.. Aquí recordaré á mi madre.. veré los lugares en que se sentaba.. el balcon adonde se asomaba.. los libros en que leía.. Veré su lecho de muerte adonde padeció tanto tiempo.. desde donde me dió su bendicion y me aconsejó lo que debia hacer para vivir tranquilo..

Su lecho, adonde ahora yace su cuerpo helado y sin vida.! Veré todo eso, Cárlos; y se me figurará verla, oír su voz.. sentir sus brazos que me oprimen.. su corazon que palpita.. su boca que besa mi frente.. la oiré llamarme:—"Su Hipólito, su hijo muy amado.!"—y yo la responderé:—"Madre mia, adorada madre.!"—Sí, amigo mio.! Veré, oiré todo eso, y se aliviará algo mi mortal quebranto.! Tú no sabes todavía la uncion consoladora de estos recuerdos fúnebres y tétricos.! Otras veces recordaré que ha muerto, y traeré á mi memoria sus últimas palabras:—"No olvides mis consejos,—me dijo;—ten valor y "paciencia para sufrir.. hasta el dia en que nos reunamos para "siempre.. Levántate, Hipólito.. siéntate aquí.. á mi cabe- "cera.. eso es.. pon mi cabeza sobre tu corazon.. que lo sienta "yo palpitar.. por última vez.. así.. así.. quiero morir en tus "brazos.. para que te acuerdes de mí.."—Despues espiró.! Y todo esto, amigo mio, me dará valor para vivir.!

=Hipólito.! Hipólito.!

=Cárlos, no te aflijas y convéncete. El dolor,—añadió Hipólito irónicamente.—El dolor necesita de la soledad para consolarse.!

=Oh.! Por Dios.! Escu...

Cárlos no pudo proseguir, porque un nuevo personaje entró pausadamente en el aposento.

Era el mayordomo.

Habia leído la carta que le escribió Hipólito, y ocultando su alegría se dirijió inmediatamente á la casa del jóven.

Al pasar el dintel de la puerta de la recámara, se descubrió la cabeza, sacó el rosario de su bolsillo, y sin decir una sola palabra, se arrodilló á los piés de la muerta, y comenzó á rezar en voz baja y con mucha devocion.

Cárlos é Hipólito le contemplaban en silencio, y el segundo le dirijia unas miradas nada favorables. No sabia por qué, pero el hipócrita le inspiraba una repugnancia invencible, sin que este sentimiento estraño y desdeñoso, tuviera una causa

ni siquiera aparente en qué fundarse.. pero Hipólito odiaba al mayordomo; y esta mala voluntad, era puramente uno de esos avisos inesplicables, con que la Providencia previene sus designios.

Mas de una hora estuvo rezando D. Jacinto y los dos jóvenes viéndole sin decir una palabra, hasta que por fin se santiguó el mayordomo, dijo en alta voz un *Requiescat in pace,* puso un escapulario en el cuello del cadáver, besó la mortaja, lanzó un suspiro, se volvió á Cárlos para saludarle, y se dirijió á Hipólito.

=Hijo mio, no puede usted imajinar el sentimiento que me ha causado la muerte de su señora madre de usted, pero...

=Lo concibo, señor,—dijo Hipólito disimulando su repugnancia.

=Pero es tan grande,—continuó D. Jacinto,—que no hallo palabras con que esplicarlo...

=Mil gracias.

=Porque su madre de usted, era una señora cristiana y de buena vida, una señora apreciable por sus virtudes relijiosas y domésticas.. era una providencia para los pobres.. una mujer digna de todo el respeto y cariño, que puede merecer una persona dotada de sus cualidades.. Yo la queria mucho, y tuve el placer de que ella me profesara el mismo aprecio, y de que me dispensara su confianza.. Desde la muerte de su señor padre de usted, me entregó la direccion de los negocios de su casa; y hasta ayer por la mañana que vine á verla, desgraciadamente por la última vez..—Aquí el mayordomo finjió limpiarse una lágrima, y luego continuó.—Hasta ayer, repito, no tuvo queja ninguna de mi conducta.. Por el contrario.. Bien escuchó usted el encargo que me hizo.. que sirviera yo á usted de padre; y yo estoy dispuesto á cumplir con mis deberes, velando por la ecsistencia de usted...

Hipólito iba á responder al mayordomo, diciéndole que despues que él vió á la moribunda, ésta, accediendo á los deseos

de su hijo, habia consentido en reformar el testamento en la debida forma, nombrando tutor de Hipólito á su amigo el licenciado D. Rafael Rodriguez; pero un vago presentimiento le contuvo, y dejó que D. Jacinto continuara.

=Sí, amado hijo mio,—prosiguió el hipócrita.—Yo cumpliré concienzudamente con el encargo de vuestra respetable madre, cuya muerte he sentido tanto como sentí la pérdida de la mia.. yo serviré á usted de padre.. yo le guiaré en este mundo tan malo y tan riesgoso para los jóvenes que, como usted, no le conocen por falta de las luces que dan los años y la esperiencia.. Espero que usted será dócil para seguir mis consejos, y me evitará de este modo el pesar de que le suceda alguna desgracia.. porque yo le amo á usted como á un hijo.. Creo tambien inútil, por ahora, decir á usted lo que debe hacer respecto de mí, porque su buena y santa madre le habrá dicho, que siendo yo el que la sustituye, debe usted tenerme todo el respeto debido á...

=*Mi buena y santa madre,*—dijo Hipólito acentuando la frase,—me dió consejos, y me impuso obligaciones que seguiré ciegamente á despecho de todo el mundo, porque su última voluntad es sagrada para mí.

=Bien, hijo mio, muy bien,—dijo D. Jacinto procurando ocultar la inquietud que le causó el tono con que le respondió Hipólito.—Muy bien; eso es cabalmente lo que debe hacer todo buen hijo.. Apruebo esa resolucion que aumenta mas el cariño que profeso á usted; y viva entendido, que yo seré el primero en recordar á usted que cumpla con su deber; y aun en castigarlo siempre que no lo haga, porque yo soy un hombre de bien y de conciencia.. Por ahora, hijo mio, procure usted resignarse con la voluntad de Dios. Conozco que la pérdida que ha sufrido usted es irreparable, y que su dolor debe ser muy grande. Pero no hay mas que conformarse con lo que Dios dispone.. El manda á sus criaturas, y hace de ellas lo que le place; sus designios son muy altos, y sus juicios ines-

crutables.. El sabe lo que hace; y nosotros, gusanos miserables, debemos venerar sus santos decretos.. Yo no le digo á usted que olvide á su madre, porque esto es imposible; pero sí, que haga usted lo posible por resignarse con lo que Dios ordena.. El ha dicho en los versículos tres y doce del Ecclesiastes,—"que hay un tiempo para llorar y una medida para "las lágrimas, y que la misma caridad que nos hace sentir la "muerte de los fieles, nos hace esperar su resurreccion, y nos "invita á alegrarnos de su felicidad.!"

Espantoso sarcasmo.!

El mayordomo, hipócrita é impío, profanaba las santas Escrituras, cuando se burlaba interiormente del dolor de un hijo que acababa de perder á su madre.. Hablaba de resignacion á la voluntad de Dios, cuando se preparaba en secreto á satisfacer su codicia; y predicaba la virtud y la relijion, cuando se revolcaba como un reptil inmundo en el fango de los vicios y del crímen.!

Hipólito le escuchaba con disgusto; y aun el mismo Cárlos, que era la primera vez que lo veía, no podia comprender cómo de la boca de un hombre, cuya fisonomía era tan fea como repugnante, salian esas palabras de bondad y de relijion.. Se le figuraba mentira, que aquella criatura tan antipática tuviera los sentimientos que espresaban sus labios; y sin saber por qué, desconfió de lo que le escuchaba, y cobró ácia él un sentimiento de horror y hasta de desprecio...

Por fin, Hipólito, deseando que concluyera de hablar el mayordomo, tomó la palabra y le dijo:

=El cadáver de mi madre necesita sepultura.

=Tiene usted razon, hijo mio. Pensando en ella me habia olvidado de ella.. quiero decir, que pensando en su desgraciada muerte, me olvidé de que es fuerza sepultarla...

=Pues bien; quiero que sea enterrada...

=En dónde.?

=En el panteon de San Fernando.



=Y quiere usted que vaya en el carro fúnebre.?

=Sí.

=Y acompañada...

=Por todos los jóvenes del Hospicio de pobres.

=Está bien, hijo mio, se hará así.. Es lo último que se gasta en su madre de usted; y es justo que se hagan sus honores fúnebres lo mejor que sea posible.. Despues, pasados los primeros dias del duelo, haremos honras á su memoria, y mandaremos decir algunas misas por el descanso de su alma.. Pronto vuelvo, hijo mio; voy á disponer lo necesario para el entierro, y vendré yo mismo, aunque con sentimiento, á acompañar al sepulcro los restos de su buena madre.. Adios, hijo mio.

El mayordomo bajó la escalera y salió á la calle, riéndose como de costumbre . . . . . .

. . . .

A las cinco partió el cortejo fúnebre, el que lo formaban todos los jóvenes del Hospicio de pobres, llevando cada uno un cirio encendido; y seguidos del carro enlutado en donde iba el cuerpo de la madre de Hipólito, al que seguia un coche de duelo que ocupaban Cárlos y el mayordomo.

Dos horas despues, volvió D. Jacinto al lado del jóven, y al dar la plegaria le acompañó á rezar por el alma de la difunta; acabado este acto, se fué para su casa, á hacer su primera visita de vecindad á la familia de Antonia, que ocupó en este mismo dia la vivienda interior.

Hipólito se quedó enteramente solo.

. . . .

En el capítulo diez de esta novela, hemos visto la vida pública que se pasa en México;

En los tres siguientes la vida interior.

La vida superficial es *el sainete;*

La vida íntima es *el drama;*

Y todo reunido es una ironía.

XIV.

EL HOMBRE-MOMIA.

El mártes siguiente á las diez de la mañana, se paró Simon en la entrada de la accesoria del callejon del Monstruo; y satisfecho de que nadie le veía, abrió la puerta y desapareció por ella.

Apenas se encontró adentro, cuando encendió un cerillo y con él una vela, cerrando inmediatamente la puerta de la calle, para que nadie de afuera pudiera observar lo que hacia.

Tomadas esas precauciones, se despojó de la cotona, las calzoneras y el zarape, se quitó el pañuelo de la cabeza, y todo ese traje lo cambió por otro muy diferente.

Choclos charolados, pantalon color de flor de romero, chaleco de terciopelo azul, reloj de oro, frac azul con boton dorado, sombrero de felpa de seda perfectamente lustroso, y de forma á la inglesa; formaron el nuevo vestido que transformó completamente á nuestro hombre, quien se cubrió el cráneo con una peluca rubia y peinada á la última moda.

A pesar de todas estas galas no era por eso menos feo; su frente era corta y aplastada, sus ojos pequeñitos y malignos, su ceja poca, su nariz afilada, su boca grande, su barba aguda, sus carrillos enjutos, su estatura pequeña, su color pajizo; y tan pobre de carnes, tan flaco, que mas bien que sér viviente parecia un esqueleto ambulante y forrado de pergamino.

Esa configuracion tan miserable como raquítica, le valió entre sus camaradas el epíteto de *Hombre-Mómia,* y tambien solian llamarle el *Tiñoso,* porque acostumbraba por lo regular llevar la cabeza amarrada.

Despues de haber cambiado su traje, entreabrió la puerta con precaucion; y espió á la calle para ver si pasaba alguno; y seguro de que ninguno podia verle, apagó la luz y salió de la accesoria cerrando violentamente la entrada para que no le sorprendieran.

Concluida esta maniobra se dirijió al centro de la poblacion, y una hora despues entró á palacio por la puerta de la guardia de honor.

En la época en que sucedia lo que relatamos, todavia ecsistia la célebre comisaría (1), cuyas puertas y paredes fueron mudos testigos de tantas apreturas y empellones, de ruegos y de injurias, de maldiciones y de lágrimas, de gritos y de burlas.. en fin, testigos del melodrama joco-sério, representado á menudo por un sin número de mujeres, viejas y jóvenes, viudas y huérfanas, que cuentan entre sus antepasados un soldado valiente que pereció en defensa de la patria; un empleado socarron que pasó su vida cortando la pluma, ó un oficial improvisado que corrió *con honor* delante del enemigo, y que murió en su cama del susto de las balas.. no, no de eso, sino de una fiebre furibunda que le pegó de resultas de las desveladas y de los

(1) Este es un anacronismo que voluntariamente comete el autor, porque la comisaría dejó de ecsistir á fines del año prócsimo pasado.

aguaceros que recibió al marchar á batirse con los hijos del país.. tampoco por eso, sino por ir á reconquistar á Tejas.

La mañana de que hablamos, iban á dar *una octava parte* de paga, en descuento de las muchas que les debian y en cuenta de las otras que les quedaban á deber; así es que las viudas y las huérfanas, que siempre husmeaban la puerta de la comisaría como los zopilotes huelen el caballo muerto, habian acudido en bandadas á recibir *la especie de caridad* que les hacia el gobierno; y estaban agolpadas á la puerta de la oficina, maltratando desaforadamente á los empleados porque no empezaba el reparto, y maltratándose ellas mismas porque todas querian ser las primeras en recibir *la octava parte;* que les venía de molde para alentar un poco sus cóncavos, vacíos y desfallecidos estómagos.

La zambra que armaban esa multitud de pecadoras, atronaba los ámbitos del pátio; y probablemente llegaria á oídos del presidente de la República y de su ministro de hacienda, quienes indudablemente se hallarian ocupados en el interesante proyecto de crear recursos, imponiendo siempre una nueva contribucion al pobre pueblo, que como el asno de la fábula, sufre que le echen la carga, sin dar un rebuzno y sin tirar una coz.

Como dijimos antes, la barahunda que tenian *las limosneras de la nacion,* era tan terrible que se asemejaba mucho al rujido de la tempestad.

Agolpadas á la puerta, ocupaban todo el trecho que hay desde la baranda de la oficina hasta cerca del cuerpo de guardia; y aquella multitud movible y compacta, se abria y se cerraba, se encojía y se alargaba como esos nubarrones cargados que se forman en la atmósfera, y á los que el vulgo llama *culebras ó mangas de agua.*

Los gritos, las maldiciones, los empujones, los pisotones, los pellizcos, las desvergüenzas, las lágrimas, las esclamaciones y hasta los puñetazos se multiplicaban; y aquel baturrillo se parecia á lo que debe suceder probablemente, el dia en que el ánjel

del Señor llame á juicio á los mortales, y éstos se levanten á buscar sus canillas y sus mandíbulas, sus piés y sus manos, sus costillas, y hasta las muelas y dientes que despegaron de sus quijadas, á impulsos del turco de un barbero, arrebatando éste uno de sus tánganos de que se apropió otro, aquel una de sus quijadas que le usurpó éste; este otro una de sus costillas que se acomodó aquel, y éste una de sus canillas de que se apoderó á fuerza su vecino de sepultura.

Mientras tanto, los empleados gritaban llamando al órden á aquella turba de mujeres rabiosas por el esceso de una hambre canina, desaforada; y ellas, por ser las primeras á quienes despacharan, se regalaban sendas injurias y epítetos risibles.

=Arrímese la vieja, que me está apachurrando.!—decia una mujer secsajenaria á otra que tenia al lado.

=Miren la niña.! El comal le dice á la olla.. Vieja.! Seguramente no se ha visto en el espejo, y por eso se cree muchacha.

=Calle la desmolada y déjeme pasar, que yo soy de las primeras que están puestas en lista.

=Pues pase por otro lado; yo no me muevo de aquí.

=Jesus.! Jesus.! Que me deshace usted un callo, señora,—decia otra pobre cuitada, á quien efectivamente aplastaban un pié.

=Lo siento; pero no tengo ojos en los piés; y en estas apreturas, ya vé usted que no hay por donde andar...

=Ay, señora.! Qué codos tan puntiagudos,—decia otra.

=Mi alma, no tengo la culpa; me empujan, y...

=Vamos, niñita,—decia otra viuda á una jóven que estaba á su lado:—vamos, déjeme usted pasar, que yo soy de las primeras.

=Yo tambien soy de las primeras y por eso estoy aquí.

=Bueno; pero ese es el lugar en que me paro siempre que pagan, y ya vé usted que...

=Y qué me importa que sea su lugar de usted.? No estamos en el teatro, y yo me pararé en donde quiera.

=Ay, mi alma.!—decia una anciana, hablando con otra que estaba cerca de ella.—Cuántas penalidades, cuántos trabajos pasamos para poder recibir lo poco que nos dan.. Si nuestros maridos vivieran y nos vieran aquí, seguramente se caían muertos.

=Ay, sí,—contestaba la otra dando un suspiro.—Si mi marido viviera.. Jesus.! No lo querria creer.! El pobrecito que me queria tanto.. aunque no estuvimos juntos mas que un año, porque al año de casados me dejó para ir al ejército del Norte.. y no lo volví á ver, sino dos dias antes de la batalla de Padierna, en la que murió dejándome viuda y con diez hijos, que es lo peor.! Y si viviera y me viera en el estado en que estoy, teniendo que venir cada y cuando se le antoja al gobierno que nos den alguna cosa.. y perdiendo aquí los dias enteros hasta que nos dan lo que quieren.. Ah.! Si yo no fuera una mujer honrada.. seguramente.. no vendria yo á este infierno.

=Dice usted bien, señora.—Esto es un infierno y nada mas, —dijo otra revolucionaria metiéndose en la conversacion.—Pero yo quisiera que en este infierno ardieran los *menistros*, el congreso, el presidente, los empleados y todos esos sinvergüenzas, vagos, flojos, sanguijuelas, que nada mas se están haciendo que hacen, y *jalando* el sueldo por venirse á sentar en sus sillas como unos señorones, y robándonos á nosotras el pan que ganaron nuestros maridos con su sudor y su trabajo.. Como el mio, sí señora, como el mio, que desde la insurreccion *melitó* con el *siñor* D. Hidalgo, y despues con el *siñor* Morelos y con D. Guerrero, y con Iturbide hasta que *sizo* la *independencia*.. Esos, esos son los que merecen que les paguen, y no esos tinterillos, *rotos*, que con la socapa de las *anqueras*, los hacen empleados, diputados y *menistros* sin que sepan el catecismo, y están *mamando* las pagas sin hacer nada.: Si yo fuera gobierno.. no habia yo de dejar vivo uno solo de estos *indinos mamalones*.. los habia de ahorcar á todos con mis propias manos, aunque me condenara despues.. yo.. yo les enseñaria á

estos *gorrones* cómo nos habian de matar de hambre, mientras ellos *jámban* que es un gusto.. A ver.. á ver cuál de ellos ha comido *tortilla dura y totopo* (1), como lo comió mi marido, cuando andaba por la tierra caliente (2), en *compania* de D. Morelos y de *siñor* Guerrero.! Ninguno.. todos ellos no son mas que soldaditos de *ay mamá.!* buenos para pronunciarse, como lo hicieron el año de 47, y para esconderse luego cuando vinieron los yankis.. *Rotos,* polcos sinvergüenzas, que no saben trabajar, y por eso se meten á empleados y diputados...

=Es verdad.! es verdad.!—gritó un coro de voces roncas, cascadas y destempladas, aprobando las palabras de la motinista.

=*Y ya se vé que mucho que sí.!*—continuó la última, electrizada por los aplausos.—Y ya se vé que sí.. Nuestros maridos han ganado el pan y éstos se lo están comiendo.. vaya, vaya; pues estamos frescas.. Nosotras muriéndonos de hambre, y ellos *hartándose* con lo que nos roban.. á que ellos están siempre pagados.? Vaya.! no digo; pero hasta adelantados... bonitos ellos para dejar que les debieran, teniendo el dinero en la mano.. y luego, ya ven ustedes.. el dia que nos dan algo, nos citan á las diez de la mañana, para tenernos aquí emplantanadas, y hacen la reparticion á la hora que se les dá la gana; y algunas veces, despues de tenernos aquí todo el dia, nos van saliendo con que—"hasta mañana no hay dinero; vuelvan mañana.."—y volvemos, y tal vez nos salen con lo mismo, y todo porque les da flojera darnos, no porque no hay.. Si siquiera nos despacharan temprano.. Vamos á buscarles un ruido.. vamos á ver al *menistro* y le decimos que no nos quieren dar todavía, para que *les echen la loa,* y nos despachen temprano.!

=Sí, sí.! A ver al ministro.!—gritaron una porcion, y se dirijian á la escalera, cuando la voz de un empleado las contuvo.

---

(1) Tortilla de maiz de cuatro dedos de grueso.
(2) El Sur.

=Silencio.! señoras, silencio.!—gritó el empleado.—Orden, que ya vá á comenzar el reparto.

La multitud cerró sus filas.

=No se echen encima, que me ahogan.. A cada una le llegará su vez.. vamos, retírense.!

=Aquí tiene usted mi boleta.!

=Aquí está la mia.!

=Y la mia.!

=Y la mia.!

=Pero es imposible que atienda yo á todas, no tengo mas que dos manos.! Vamos, déme usted su boleta,—dijo el empleado, dirijiéndose á una jóven huérfana de no malos bigotes.

=Sí, sí, eso es, eso es; primero á las muchachas. Como nosotras somos viejas, nos deja usted para lo último.

=Ya; como nosotras no hablamos en secreto con el ministro.. ni somos bonitas.. ni jóvenes.. Mal rayo parta á estos empleados enamorados, indecentes, *tapaderas.!*

Y bufaban, y reñian, y se atropellaban; y todo por llegar junto de la baranda y por entregar sus boletas para que las despacharan; y el pobre empleado arrebataba papeles, daba dinero, gritaba, regañaba, se desesperaba por aplacarlas; pero ellas en vez de cesar en su barullo, lo aumentaban mas y mas.

Aquello era insoportable.

Eran las locas que se habian escapado de su asilo.

Eran las furias que se habian fugado del infierno.

En medio de esta conflagracion jeneral, fué cuando entró Simon al palacio; y al momento lo rodearon muchas de aquellas Euménides de nuevo cuño.

=Aquí estoy yo, señor D. Simon.! Y yo.! Y yo.! Y yo.! —decian, queriendo acercarse al Hombre-Mómia.

=Poco á poco, poco á poco,—dijo Simon aprocsimándose á un rincon.—Vamos, qué me trae usted, señora D.ª Eustaquia.?

=Los recibos de mis pagas atrasadas.

=Cuánto importan.?

=Trescientos pesos.

=Y cuánto quiere usted por ellos.?

=Pues usted me dirá.. yo los vendo por necesidad.

=Sí.. sí.. Pero ya vé usted que no pagan.. el erario está pobre.. y luego.. pagas atrasadas que.. Y usted, qué es lo que me trae.?—dijo, dirijiéndose á otra anciana.

=Tambien los recibos atrasados.. Son quinientos pesos; y, como la señora, los vendo por necesidad.

=Y usted, señora, tambien me trae lo mismo.?

=Sí señor; son nada mas cien pesos.

=Los que yo traigo valen seiscientos,—dijo otra mujer, dando sus papeles á Simon.

=Y yo doscientos,—añadió otra;—y tambien necesito dinero, lo mismo que las señoras; porque todas estamos pobres.. tenemos hambre y es fuerza comer...

El bandido cojió todos los papeles y los estuvo revisando con una paciencia inalterable, haciendo de cuando en cuando un jesto de disgusto, que no agradaba nada á las viudas.

=Pst.!—dijo despues de un momento.—Esto no vale nada.. Vales de alcance contra el gobierno.. es lo mismo que tirar el dinero á la atarjea.. no pagan, y...

=Pero señor!—dijeron todas á un tiempo en tono de súplica.

=Con todo.. si ustedes quieren.. yo les pagaré al cinco por ciento.. porque ya ven ustedes que en estos tiempos...

=Al cinco por ciento.! Es muy barato.

=Qué hemos de hacer.?—dijo el bandido.—Es á lo que puedo pagar, por hacerlas un favor, pues voy á embromar mi dinero.. y eso.. al cinco por ciento, y dentro de ocho dias será cuando les pague, porque ahora...

=Dentro de ocho dias.! Pero si nos morimos de hambre.! Es imposible que podamos esperar.

=Paciencia.!=dijo el Tiñoso devolviendo los papeles á sus respectivas dueñas, y haciendo ademan de irse.

Las pobres mujeres se quedaban muy desconsoladas, y una de ellas no pudo menos de detener á Simon.

=Oiga usted, señor. Qué no pudiera usted darme hoy el cinco por ciento.? Necesito dinero, y...

=Y á nosotras tambien,—clamaron las demas.

=Ahora,—respondió el bandido,—me es absolutamente imposible, porque no lo tengo completo.. Si ustedes quisieran..

=Qué.? Qué.?—dijeron ansiosamente.

=Si ustedes quisieran el tres por ciento, inmediatamente se los daria, porque es á lo que me alcanza.

=El tres por ciento.!—esclamaron todas.

=No.. no; yo no las obligo.. Si no quieren no hay caso. Yo compro los vales por hacerlas un beneficio, porque, ustedes mismas lo ven.. No hay dinero.. de cuando en cuando dan una cuarta ú octava parte.. Y yo lo único que consigo es, cambiar dinero por papeles y tenerlos arrinconados hasta quién sabe cuando, pues me lo pagarán en abonos parciales de cinco y de seis pesos.. Ya ustedes lo ven.

Las mujeres se quedaron pensativas, y el Tiñoso las saludó para marcharse; pero todas le detuvieron diciéndole:

=Tenga usted, tenga usted mis vales.. estoy muy pobre.. qué he de hacer.? Tendré con que comer algunos dias.

=Al tres por ciento.?—preguntó Simon.

=Sí, sí;—dijeron todas.

El Hombre-Mómia cojió otra vez los papeles, y fué pagando á cada una de las viudas, segun lo que les pertenecia.

=Trescientos.. quinientos.. cien.. seiscientos.. doscientos.. Bueno,—dijo para sí.—Mil setecientos pesos comprados en cincuenta y uno.! Es un buen negocio, y Jacinto me dará la mitad.. Mañana mismo los pagarán en la tesorería, pues diciendo él que pertenecen al convento de que es mayordomo, el gobierno *soltará la mosca* (1), mal que le pese.

---

(1) Pagará el dinero.

Y salió de palacio guardándose los papeles en el bolsillo.

Lo que acababa de cometer el Hombre-Mómia, no era simplemente un ajiotaje.

Era un robo, y el robo mas infame que puede imajinar el pensamiento humano.

No era simplemente el robo que se comete comprando un efecto en la centésima parte de su valor; era un robo con circunstancias muy agravantes, porque al ajiotaje reunia el abuso, y el abuso mas desalmado, mas inhumano que ecsiste en la tierra.

El abuso de la pobreza, de la miseria, del hambre.

Y este crímen, para el que no encontramos un epíteto bastante vil con que calificarlo, lo cometió Simon á la luz del dia, y en el edificio adonde habitan los majistrados á quienes la República ha encargado la guarda de sus leyes, sin que ninguno de los muchos que transitaban subiendo á los ministerios y á la presidencia, y que vieron y oyeron la conversacion de las viudas y del bandido, tuviera bastante dignidad para castigar al infame, que como un asesino, se reía burlándose de las agonías de sus víctimas.

Acaso esto parecerá increible; pero los hechos hablan mucho y hablan alto. (1)

---

(1) Vamos á referir un caso, que nos ha sido comunicado por una persona fidedigna.

Una pobre viuda, á quien el erario le era deudor de 900 pesos de pagas atrasadas, fué á vender su crédito á un ajiotista, de aquellos que un minuto despues de darse golpes de pecho, van á formar esos contratos *legales*, con los que se enriquecen á costa de la miseria.

La viuda cerró el comercio con su *protector*, vendiéndole su crédito al 5 por 100; y el *caritativo* ajiotista quedó en pagarle al otro dia de concluido el contrato.

La mujer volvió al dia fijado á que le satisfaciera su dinero el usurero; pero éste la aplazó para el siguiente, en el que tampoco le pagó; y despues de haberla engañado algunos mas dias, la citó, por último, para el *palacio nacional*, un dia en que el gobierno *tenia á bien socorrer á los necesitados.*

La viuda concurrió á la hora convenida; su contratante llegó algun tiempo despues, y la dijo que la esperara un momento; hecho lo cual, el usurero entró á la

Hay en México multitud de malvados, que del tugurio inmundo en que vivian, se han elevado á habitar salones alfombrados, gracias nada mas á ese comercio espantoso en que el hambre entra por la mayor parte. Las riquezas que poseen esos hombres, las han amontonado especulando con la miseria y con la angustia: los carruajes en que se pasean son el fruto de su especulacion, y los pesos de que disfrutan son los pedazos de pan que han arrebatado de la boca del pobre.

Esto lo sabe todo México: lo sabe el gobierno, lo sabe la justicia; y esos *ladrones* se burlan de la ley y de la humanidad, sin que el gobierno reclame el cumplimiento de esa ley, y sin que la justicia vengue á la humanidad.

Pero, qué decimos.?

Se podia esperar algo de nuestros gobiernos, cuando todos han sido la causa, y aun tenido parte en esas monstruosas espoliaciones.?

A qué debe la República el desarreglo de su hacienda, la pobreza de su erario, el aumento de su deuda, la miseria en el interior y el descrédito en el esterior.?

Se lo debe acaso á otra cosa, mas que al ajiotaje impune y desvergonzado que ha habido en todas épocas y en todos los gobiernos, disimulado, si no autorizado por ellos, ejercido desvergonzadamente en las cámaras, en los ministerios y en todas las oficinas.? (1)

---

comisaría, donde *le pagaron los* 900 *pesos que importaba el crédito de la viuda,* saliendo luego á ver á ésta, y *pagándole* CON SU MISMO DINERO, *los* 45 *en que le compró los* 900....!

Cuánta filantropía...! Cuánta moralidad...!

El usurero consiguió que le pagaran inmediatamente, y la pobre viuda hacia muchísimo tiempo que cobraba sin obtener un centavo...!

Así como así, la cosa pública progresa. Oh témpora...! Oh mores...!

(1) En honor de la verdad y de la justicia, debemos decir que el señor jeneral Herrera, durante su permanencia en el poder, dió órden de desterrar del palacio á los ajiotistas, para evitar á lo menos los contratos escandalosos que celebraban en el mismo sitio donde habitan los supremos poderes del Estado.

Y como el despilfarro en que ha estado siempre el tesoro público, ha reducido á los gobiernos á la última miseria, se han hallado forzados á recurrir á los ajiotistas, abandonando las rentas nacionales en manos de esos cerberos insaciables, que chupan la sangre del pobre apurando un vaso de vino, y que se levantan sobre montones de oro, mientras que la República, pobre y sin crédito, se hunde en una sima de males incalculables, que la llevan á su ruina con pasos ajigantados...!!!

Pero dejémonos de razonamientos estériles que nada valen, y sigamos al Hombre-Mómia.

Poco tiempo despues de haber salido de palacio, entró el bandido en una fonda situada junto al número 9 de la calle del puente del Correo mayor.

Esa fonda tiene dos puertas á la calle, y otra en el fondo que conduce á una segunda pieza, con otra salida para el patio de la casa á que está contigua.

En la primera pieza, á la izquierda de la puerta interior, está la cantina, servida por una vieja asquerosa y mugrienta, de ojos legañosos, narices chatas, boca arrugada y sin dientes, y cuyo traje se compone de unas enaguas que fueron negras en mejores tiempos, y que marcan visiblemente el volúmen estupendo del estómago de la bodegonera.

En el resto de la pieza se hallaban colocadas cuatro ó seis mesas largas y angostas, á cuyos lados habia dos bancos de madera, tambien largos y angostos, y destinados para que se sentaran los parroquianos, quienes por lo regular eran *liseros* ú *hormiguitas* (1), pero que á pesar de eso nunca habian robado nada.. á la figonera, se entiende.

A la hora que era, se hallaban allí reunidos varios de esos individuos, de caras y manos tiznadas, ojos avinados, carrillos abotagados; y todos ellos almorzando tranquilamente, á

(1) Ladrones jenerales.

despecho de las autoridades que los conocen, y de la policía, cuyo deber es no dejar que esos criminales se burlen de la ley, cometiendo un robo y paseándose despues de haberlo hecho, y vendiendo públicamente lo robado.

Tal era la concurrencia que se hallaba en aquel bodegon, en el momento en que entró el Hombre-Mómia.

Al mirarle hubo un cuchicheo entre los concurrentes; pero él ni siquiera se inquietó por esto, y con su tono lijero y acostumbrado:

=Buenos dias, tia Bernarda,—dijo, dirijiéndose á la cantinera.—No ha venido ninguno á buscarme.?

=Ninguno,—respondió la fondera con una voz gangosa.

=Entonces he llegado á tiempo,—replicó Simon.—Haga usted que me den algo de comer, porque no he almorzado todavía, y ya es muy tarde.

=Ya se vé que sí.. Ya dieron las once.

=Pues con razon estoy hambriento, tia Bernarda. Vamos, que me den de almorzar; pero pronto. Y si viene alguno á buscarme, le dice usted que estoy en la otra pieza.

=Está bien. Martina, Martina.! Dale al señor D. Simon un plato de manitas fritas y un vaso de pulque. Pero vuela, posma, que tiene mucha hambre.!

Simon entró á la pieza interior y se colocó en la mesa que estaba al lado de la puerta, mientras que Martina le servia el almuerzo.

La criada no se dilató mucho, porque sabia que á aquel *siñor,* como ella le decia, era preciso servirlo pronto y bien; asi es que antes de cinco minutos ya le habia llevado las manitas y el vaso de pulque.

El bandido se puso á almorzar tranquilamente; y ya estaba para degustar el tercer vaso de pulque, cuando se presentó delante de él un hombrecillo pequeño y redondo como un tonel, de piel abronzada, mirada de traidor y nariz aplastada.

=Por fin has llegado, depósito de robos.!—dijo Simon al recien venido.—Avisaste ya á todos tus *golosos..?* (1)

=Sí; y todos están dispuestos.

=Bueno. Esta noche antes de ir al *mormollo* (2) van al puente del Pipis, entiendes *capataz..?* (3)

=Sí entiendo. No se te ofrece mas..?

=No. Toma y márchate,—dijo Simon dando á su camarada un puñado de pesos.—Hasta la noche.

=Hasta la noche.

El hombrecillo se fué y Simon siguió almorzando.

Un cuarto de hora despues salió del bodegon, y al pasar por la cantina echó un toston sobre el mostrador, diciendo.

=Hasta mañana, tia Bernarda.

=Hasta mañana D. Simon.

El Hombre-Mómia dió vuelta por la calle de los Meleros, siguió al portal de las Flores; y al llegar á la esquina de la Callejuela echó á andar enmedio de la plaza de armas, y subió á un coche simon pintado de verde.

El cochero, al instante que le vió entrar, fué á la casilla, hizo que le apuntaran la hora, y sin preguntar á Simon adónde habia de ir, se dirijió por la calle del Refujio y pocos minutos despues se paró á la puerta de la casa del mayordomo.

Simon se apeó sin esperar á que le abrieran la portezuela, y desapareció en el pasadizo del zaguan.

La señora Gervasia abrió el porton, y desconociendo al bandido trató de impedirle el paso.

=Déjeme usted entrar, señora Gervasia. Su amo de usted me conoce y es preciso que me vea.

=Pero yo no le conozco á usted, y el señor D. Jacinto no me ha advertido que vendrian á buscarlo.

---

(1) Los que componen la cuadrilla que roba.

(2) Robo.

(3) El que dirije el asalto.

=El señor D. Jacinto es un botarate..!

=Ave María Purísima.! Señor.! Señor.! Señor.!—gritó el ama de llaves escandalizada de oir hablar mal de D. Jacinto, á quien ella veneraba en estremo.

El mayordomo salió á los gritos de la señora Gervasia, y al ver á Simon le desconoció tambien, y le preguntó con disgusto:

=Quién arma este escándalo en mi casa..?

=Qué escándalo ni qué verdolagas.! Tampoco tú me conoces, santurroncito mio..?

=Ah.! sí, sí.. pasa adelante, buen hombre.

El ama de llaves abrió tanta boca, lo que no le costaba gran trabajo, porque la tenia de oreja á oreja.

Simon siguió al mayordomo quien se dirijió al gabinete, y cuando hubieron entrado cerró la puerta.

=Por qué diablos gritabas tanto..?

=Porque la vieja no me dejaba entrar, y ya sabes que no aguanto muchas pulgas.

=Pero debias tener alguna prudencia, porque...

=No me empieces á dar lecciones de moral, porque sabes que es manjar que no dijiero. Escúchame, que estoy de prisa.

=Qué cosa se te ofrece..?

=Esta mañana he hecho una compra famosa. Mil setecientos pesos en cincuenta y uno.! Mira, mira; aquí están los vales del gobierno.. Ahora, ya sabes.. La mitad y la mitad...

=Sí, sí; y el cobro á nombre de mi convento.

=Eres un grande hombre, Jacinto..!

=Y el licenciado..?

=Esta noche sabremos de él.

=Y María.

=Eso en tí consiste. Y tu pupilo..?

=Ayer enterré á su madre, y pronto resolveremos lo conveniente. Ya sabes que cuento contigo.

=Bueno, bueno; pues me marcho porque tengo que hacer. Adios, devoto mio, cuida tu preciosa vida y no dejes de oír misa.

Al tiempo que el Hombre-Mómia iba á bajar la escalera, se admiró al ver á una jóven que regaba las macetas en el corredor de enfrente.

Era Antonia.

El Tiñoso la conoció y bajó la escalera murmurando:

=Diablo, diablo.! Pues es bonita.



XV.

LA CAMPANITA.

Cuando Simon salió á la calle, ya le esperaba el cochero teniendo abierta la portezuela del carruaje.

El bandido saltó al fondo del coche, y el cochero sin preguntarle tampoco esta vez adónde iba, montó en la mula, y despues de haber atravesado la calle de la Victoria, se paró en el número *** de la calle de Ortega.

El Tiñoso bajó del coche, entró á la casa, subió la escalera, y sin ninguna ceremonia se coló hasta la antesala.

En ella se encontraba una mujer como de treinta y cinco años, de aspecto venerable, vestida con elegancia aunque con seriedad.

Hallábase sentada en un sofá de viento, entretenida en leer devotamente un tomo del Nuevo Testamento; y cuando Simon entró, recitaba el versículo 4º del capítulo 19 del evanjelio segun San Juan:

="Y tomaron el cuerpo de Jesus, y lo ataron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbran sepultar."

=Pero si toman el tuyo ó el mio,—dijo el bandido remedando á la lectora.—Si toman el tuyo ó el mio, lo zambutirán en un mal cajon; y en lugar de lienzos y aromas le echarán cisco y cal, y lo arrojarán en el zanjon de Santa Paula.

=Ave María Purísima.!—esclamó la mujer al ver á Simon.

=En gracia concebida,—respondió el Tiñoso sentándose en el sofá.—Cómo te vá, querida *campanita..?* (1)

=Bien, gracias á Dios.

=O al diablo; qué sabes tú de eso..?

=Simon, Simon.. no seas tan irrelijioso.

=Por vida de.! Tambien tú te estás volviendo capuchina, como ese badulaque de Jacinto.? Pues no es peor la cofradía..!

=Simon, Simon.. No hay mujer mala ni ladron que no tenga su devocion; y por eso yo, aunque...

=Gerarda, Gerarda..—replicó el bandido remedando á la mujer.—Yo no vengo á que me salgas con devociones, ni he venido á oír sermones, ni preceptos de moral ni versículos del Nuevo Testamento; bastante los he oído y hasta los sé de memoria, y si quieres que te satisfaga, escucha los que voy á decirte del capítulo 17 del Apocalipsis.

="Y vino uno de los siete ánjeles, que tenian las siete co-"pas, y me habló, diciendo: Ven acá, y te mostraré la con-"denacion de la grande ramera, que está sentada sobre las mu-"chas aguas,

="2. Con quien fornicaron los reyes de la tierra, y se "embriagaron los moradores de la tierra con el vino de su "prostitucion.

="3. Y me arrebató en espíritu al desierto. Y ví una "mujer sentada sobre una béstia bermeja, llena de nombres de "blasfemia, que tenia siete cabezas, y diez cuernos.

="4. Y la mujer estaba cercada de púrpura, y de escar-"lata, y adornada de oro, y de piedras preciosas, y de perlas,

(1) El que ó la que se ocupa en dar aviso de las casas robables.

"y tenia un vaso de oro en su mano lleno de abominacion, y "de la inmundicia de su fornicacion."

=Pero qué diablos.! Sabes, Gerarda, que en esos versículos está tu retrato.? Jesucristo.! Qué ojazos abres.! No hay duda. Tú no estás sentada sobre las muchas aguas, pero estás en un blando sofá, y tienes oro y púrpura, y perlas y piedras preciosas, y.. aunque no usas todo eso, porque el mundo te conoce por la santa y respetable viuda Dª Francisca Velez; pero lo tienes guardado y lo repartes entre tus compañeros, quienes se embriagan con el vino de tu prostitucion. Qué tal.? Qué te parece, *campanita* mia..?

=Me parece que eres un sacrílego.. Te estás burlando de la sagrada Escritura, comparándome á mí, mujer indigna, con lo que dice su leyenda.. y estás cometiendo un pecado mortal..!

=Reniego.! Sabes, querida mia, que te puedes ir como decia Sancho á D. Quijote.? Por vida de..!

=Simon, Simon, ya que hemos gozado del mundo, es preciso pensar en nuestra salvacion.. Hemos cometido muchos robos, hemos dado muchas heridas, hemos asesinado á muchos pobres, hemos.. en fin, hemos perpetrado todos cuantos crímenes hay imajinables; y es necesario que hagamos penitencia en este mundo, para que Dios nos absuelva en el otro.. Yo, por mi parte, estoy decidida á macerarme el cuerpo, á azotarme las espaldas, á hacer obras de caridad, y á entrar á ejercicios para reconciliarme con Dios.. Conozco que soy la pecadora mas mala, la mujer mas pervertida, pero confio en la misericordia de Dios...

=Demonio! Sabes que ya me vas convirtiendo..?

=Sí; ojalá y en tu corazon se despertara la contricion que hay en el mio, para que arrepintiéndote de lo pasado, volvieras á servir y á amar á Dios y á tu prójimo como á tí mismo... para que consagraras el resto de tu vida á la oracion y á la penitencia, para que estés prevenido á la llegada del dia del juicio, porque, San Marcos lo dice en el versículo 33 del capítulo

13 de su evanjelio.—"Estad sobre aviso, velad y orad: porque "no sabeis cuando será el tiempo..."

=Canario.! Sabes, querida Gerarda, que segun lo que estás diciendo, mereces la borla de doctora.?

=Yo no sé mas que una cosa; y es, que no quiero ser como las vírjenes descuidadas, sino estar alerta para el dia en que Jesucristo vendrá con gran gloria y majestad, á juzgar á los muertos y á dar á cada uno segun sus obras.

="A los buenos la vida perdurable, porque guardaron sus santos mandamientos, y á los malos la pena y muerte eterna, porque no los guardaron. Amen."—Continúa, continúa, querida mia. Te estoy escuchando como un muchacho á su preceptor; y el diablo cargue conmigo, si puedes ecsijir mas de un hombre como yo.

=Simon, Simon.. Si no haces lo que yo; si no procuras enmendar tu vida, allá te las hayas.. El dia del juicio es el dia de la justicia eterna; y si no haces penitencia, pobre y empedernido pecador, irás á penar para siempre en el infierno; y entonces, ay de tí.! pobre Simon, ay de tí.! Ya no tendrás remedio.!

El bandido se quedó estupefacto al oír las palabras postreras de aquella mujer; y la miraba de hito en hito, y se limpiaba los ojos para convencerse de que no soñaba.

La *campanita* hablaba en un tono verdaderamente místico; y la modestia de sus facciones, no dejaba duda aparente respecto de las palabras que proferia.

Con el libro de los evanjelios en la mano, con la vista baja y con su retórica lenta y grave, Gerarda parecia una de esas señoras virtuosas que pasan su vida entretenidas en los ejercicios relijiosos, sin mezclarse para nada en el bullicio del mundo.

Simon no cesaba de mirarla sorprendido del continente solemne que tenia en aquel momento; y ella, como olvidada de que el Tiñoso estaba delante, siguió recitando el versículo 41 del capítulo 19 del evanjelio segun San Juan.

=“Y en aquel lugar, en donde fué crucificado, habia un “huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no “habia sido puesto alguno...”

El asombro del Hombre-Mómia creció al escuchar á Gerarda, y no pudo ya menos de preguntarla con cierto temor:

=Oye, oye; qué de veras te has convertido.?

La *campanita* ni siquiera alzó la vista, y siguió leyendo compunjidamente el versículo 42.

=“Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, por-“que estaba cerca el sepulcro, pusieron á Jesus.”

=Gerarda, Gerarda, no quieres responderme.?

La *campanita* alzó la cabeza, se quedó viendo fijamente al Tiñoso, y no pudo reprimir una violenta carcajada.

=Ja, ja, ja, ja.! Mírate qué asustado estás.! Tienes la cara mas larga que he visto en mi vida... ja, ja, ja, ja..!

Y el bandido tambien se soltó riendo, porque comprendió perfectamente la comedia que acababa de representar aquella mujer, y que tanto susto le habia causado.

=Demonio, demonio.! Eres una alhaja, querida mia; y puedes tener la gloria de que tú eres la sola que has podido engatuzarme; por un momento, es cierto, pero lo has logrado.

=Ja, ja, ja, ja.! Nunca creí poder engañarte, Tiñoso, hijo del diablo. Con que, desempeño mi papel.?

=A las mil maravillas, Gerarda. Pero de dónde demonios te ocurrió hacerme pasar este mal rato.?

=Supe que debias venir; y en cuanto oí parar el coche, me vine á sentar, tomé este libro que ya tenia prevenido, y comencé á leer donde primero se fijaron mis ojos; y todo esto lo hice por ver qué te parecia la manera con que hago la comedia.

=Pues si es por eso, te aseguro que te has salido con la tuya.. Demonio.! Has hablado como un misionero, y cualesquiera que no te conozca y que te escuche, de cierto que publica tus virtudes y quiere que te canonicen. Pues digo, para engañarme á mí se necesita tener cuatro dedos de frente,

porque yo *me subo á la torre de catedral y bebo agua en la laguna de Chapala;* y tú acabas de dejarme tonto como un toro capoteado.! Vamos, vamos: eres un tesoro; y, por la condenacion de mi alma, que mereces ser esposa del mismo Satanás.. si es que Satanás está tan desesperado que quiera contraer matrimonio, y si es que en el infierno encuentra algun cura que se atreva á casarlo.

Lo que decia Simon era cierto.

Gerarda, que no era mas que una *campana*, es decir, una de esas personas, cuyo único oficio es tomar informes de las casas adonde hay que robar, pasaba en la sociedad por una mujer virtuosa y bienhechora. El modo con que habia alcanzado esa reputacion, y la manera con que se introdujo en el gran mundo, fueron los mas injeniosos que puede calcular una mujer. Desde el momento en que el Hombre-Mómia la destinó á servir de espía, comenzó ella á imajinar cómo serviria mejor á los intereses del bandido, que tambien eran los suyos. Así es que, cuando aceptó su encargo, lo hizo con la condicion de que la habian de proporcionar todos los recursos necesarios para su comision, y Simon se los ofreció con conocimiento de sus camaradas.

Gerarda resolvió entonces elevarse á un estado, que no fuera ni la riqueza ni la medianía; y como su astucia y su injenio suplian perfectamente los defectos de su educacion, calculó pasar por una señora viuda, que habia destinado á la caridad los dias que la quedaban de vida. Pero como su aparicion repentina podia escitar sospechas en México, resolvió aparecer en él de un modo que no pareciera estraño ni sospechoso; y un domingo por la tarde, los vecinos de la calle de Ortega vieron á un coche de camino, que seguido de un carro en el que venia el equipaje, se paró en el zaguan marcado con el número ***.

Gerarda escojió ese dia porque era festivo, y porque la jente que estaba en los balcones debia verla llegar.

Al otro dia, los vecinos curiosos ya sabian que la señora que la tarde antes se habia apeado del carruaje, era una viuda que se llamaba D.ª Francisca Velez, y que venia de S. Luis Potosí á radicarse á México, porque la atormentaba la vista de los lugares en donde fué tan dichosa con su esposo.

Todos los dias se la veía ir á misa de siete al Colejio de las niñas, y despues entrar á varias casas de la misma calle, en las que ecsistian algunos vecinos pobres á quienes socorria.

La fisonomía de Gerarda verdaderamente devota sin ser gazmoña, y en la que se veían aún los restos de una hermosura nada comun, inspiraba confianza á los que la trataban, y era una garantía mas para el papel que representaba. De ahí es, que pronto logró relacionarse con algunas familias de buena posicion social, las que la respetaban de una manera sin igual.

Una mujer virtuosa con puntas de santidad; esto era Gerarda á los ojos del vulgo. Véamos ahora lo que era y lo que valia respecto de sus amigos.

Era una *campana;* pero no una *campana* insignificante y secundaria, sino una *campana* mayor, una *campana* importante, que habia sistemado sus toques de un modo estraordinario.

Más todavía; era una reina, aunque tributaria de Simon; pero era siempre una reina que tenia sus súbditos, quienes la profesaban una obediencia ciega y absoluta; y estos súbditos eran *los compadres y las comadres;* es decir, esa falanje de domésticos que entran á servir á las casas con objeto de proporcionar noticias, y en caso necesario hasta con el de abrir las puertas á los ladrones.

Gerarda era la que tenia á sus órdenes ese ejército de ambos secsos, y los individuos que lo formaban acudian á ella con todos los informes, recibiendo su recompensa en moneda contante, para que en circunstancias aflictivas, pudieran tener *testigos* (1) con que probar á la justicia su honradez y su inocencia.

(1) Dinero con que sobornar á la justicia.

Por todas las manifestaciones que llevamos hechas, Gerarda era la joya de los bandidos; y una joya á quien ellos tenian en gran precio, porque la debian presas magníficas, dinero incontable ganado sin trabajo, y dias deliciosos pasados en medio del fango asqueroso del vicio. Por su parte, Gerarda estaba siempre contenta con que la dejaran gastar á discrecion, y con que no la entregaran nunca en manos de la *cuajada* (1).

Cuando Simon acabó de hacer el elojio de la *campanita,* ésta le dijo riéndose con mucha gana:

=Pobre Tiñoso.! Todavía no te sale el susto.

=Como que ha sido de á fólio.! Te repito, que eres mas astuta que el pecado, y mas viva que un venado.

=Gracias, gracias, querido Simoncito; pero dime qué es lo que se te ofrece. Tu visita es estraordinaria, y...

=Es porque me precisa saber algo hoy. Con que dime, querida *campanita,* qué tenemos de nuevo.?

=Tenemos grandes cosas, hijo mio.

=A ver, á ver, cuéntame eso.

=Espera un momento, voy á traer mis apuntes.

=Pero pronto, porque tengo que hacer.

=La cosa no es tan violenta, pues necesito alzar los ladrillos de debajo de mi cama para sacar las noticias, así es que tengo que dilatarme un poco; pero para que no te enfades, ahí te dejo el Nuevo Testamento: sigue leyendo el capítulo 20 del evanjelio de Jesucristo segun San Juan... Ja, ja, ja, ja..!

Y desapareció por la puerta de la recámara.

Simon se quedó solo algunos minutos, al cabo de los cuales volvió á salir Gerarda, trayendo en la mano un cuaderno de papel.

=Vamos, aquí tienes las noticias.

=A ver, á ver,—dijo Simon queriendo cojer el cuaderno.

---

(1) La policía secreta.

=Espera, hombre, no seas ansioso. Déjame decirte adonde comienza lo que hay de nuevo.

La *campanita* hojeó un poco el cuaderno, y despues se lo dió abierto al Hombre-Mómia. Este empezó á leer:

="*La comadre Francisca.*—Colocada de recamarera en la "calle de la Moneda número 4, casa de D. Francisco Loaza...

=Diablo, diablo.!—esclamó Simon al leer aquel apellido, que le recordó la carta de D. Juan Loaza que interceptó el empleado del correo.—Diablo, diablo.! Esto es interesante.

="D. Francisco Loaza...—continuó leyendo Simon.—Da "la noticia de que el domingo en la tarde ha llegado á México "el hermano de su amo, que estaba en Puebla..."

=Demonio..!—esclamó otra vez el bandido interrumpiendo su lectura.—D. Juan llegó el sábado de Puebla, y segun la carta que leí, no sabia adonde vivia su hermano... Quién demonios se lo diria.? Seguramente se encontraron en alguna parte, y.. No hay duda, eso fué; y debe haber sido en el Progreso...

="Que estaba en Puebla.. de manera que en la casa hay "dos hombres nada mas.. El método de vida que se observa, "es el siguiente. Se levantan á las siete de la mañana, escep-"to la señorita Luisa, quien se levanta á las seis, y con pretes-"to de ir á misa, va á la Alameda acompañada de su camarera "á ver á su novio, que se llama Cárlos. A las ocho se desayu-"nan, á las diez almuerzan, á las tres de la tarde comen, á la "oracion toman chocolate, y cuando vuelven del teatro cenan. "Todo el dia se está sola la niña Luisa, porque el amo sale á "sus negocios; y las noches que no hay teatro, vienen algunas "visitas las que se están hasta las once, que es hora en que por "lo regular viene el amo. Una de las visitas que vienen, es la "señora de San Leon, que vive en la calle del puente de Alva-"rado número ***, y que se va sola en su coche. Segun sé, "esta señora, que es hermana de la difunta madre de la niña "Luisa, hace nueve meses que enviudó; es rica, y vive sola en

"su casa, de modo que cuando sale, deja á los criados cuidan-"do. El domingo en la noche, cuando llegó el hermano del "amo, ví que guardaron en un cajoncito negro que está en el "gabinete, unos papeles que no sé qué serán, pero deben ser "interesantes, segun el cuidado con que me encargaron que no "tocara el cajoncito..."

=Bravo, bravo.!—dijo Simon;—esta *comadre* vale un Potosí.! Da unas noticias magníficas, y por vida de.! que merece una buena recompensa, la que tú le darás en mi nombre.

=Prosigue, prosigue, y verás lo demas.

El bandido siguió leyendo.

="Esta casa tiene unos entresuelos interiores, que no he "podido ver: la entrada del gabinete está derecho del porton: "del gabinete sigue la sala, luego el tocador de la señorita, al "que se entra por una puerta que está á la izquierda, despues "sigue la recámara de la señorita, luego la del amo, en donde "tambien se puso la cama de su hermano: despues sigue el re-"cibimiento que tiene salida para el corredor; luego el come-"dor, donde está la escalera por la que se sube á la azotea; des-"pues sigue la cocina, y de ésta la azotehuela. Todavía no he "podido ver bien lo demas, así es que no me es posible dar mas "noticias por ahora; pero luego que pueda las daré."

=Magnífico.! Le dirás á tu *comadre*, que es una alhaja de mucho valor, que acabe de husmear bien las entradas y salidas de esa casa, porque me interesa mas de lo que te puedes figurar; y que si se porta bien, le prometo un regalo que no la ha de disgustar. Entiendes, Gerarda.?

=Entiendo. Ahora, sigue leyendo y verás qué te parecen las providencias que tomo para servir á los *golosos* en jeneral, y á tí en particular.

=Véamos, véamos,—dijo Simon; y continuó leyendo.

="*La comadre Nicolasa.*—Colocada de cocinera en casa de "la señora de San Leon..."

=Demonio.! Tú no te duermes.

=No te digo que no quiero ser como las vírjenes descuidadas, de que habla el Nuevo Testamento.?

El bandido soltó una carcajada al escuchar la blasfemia; y despues prosiguió su lectura.

="Tiene el encargo de dar los informes necesarios para ver "si es posible *guisar el arroz...*" (1)

=Ah.! Todavía no dice nada,—dijo Simon.

=Cómo, hombre.? Si ayer tarde se fué á su destino.

=Tienes razon, *campanita,* tienes razon. Véamos lo demas.

="*El compadre Plutarco.*—Criado de casa del señor Mendoza, calle de Roldan número 2..."

=Adonde va esta noche el Enano con sus *golosos.?*

=Precisamente.

="Calle de Roldan número 2, avisa que su amo se va el "mártes..."

=Es decir, hoy.

=Entiendo.—"Se va el mártes á Tacubaya; y no volverá, "sino hasta el sábado..."

=De manera,—dijo el Tiñoso,—que los compañeros van á jugar este albur sin ninguno, ó con muy poco riesgo...

=Sigue leyendo.

="El sábado; pero se quedan en la casa dos criados que "han llegado de su hacienda..."

=Diablo, diablo.! Esto es mas sério.

="Que han llegado de su hacienda, así es que no puede "abrir la puerta; pero dejará abierto el balcon, para que por él "suban y hagan el *mormollo...*"

=Oh, oh.! Este sí que es un buen *compadre....* Pues tiene espedientes para remediarlo todo.! Cáspita.! Con una jente como ésta, puede uno ser millonario en un abrir y cerrar de ojos, no es verdad, Gerarda.?

---

(1) Arreglar el robo.

=O tambien puede uno *hacer la oveja* (1) el dia menos pensado, lo que no es muy agradable que digamos.

=En cuanto á lo de *hacer la oveja,* maldito el miedo que le tengo, yo estoy seguro de que...

=De que no la harás; pero te pueden e...

=Calla, calla, *campana* de todos los diablos.! Ya sabes que eso no se dice nunca, entiendes.?

=Sí, sí; no te incomodes por eso, Simoncito mio.

=No tienes mas noticias que darme..?

=Por ahora no; pero ven el sábado y sabrás mas.

=Bueno. El sábado estaré aquí á las siete de la mañana.

=Ni lo permita Dios..!

=Por qué..?

=Porque á las siete voy á misa.

=Pues á las ocho.

=Tampoco. A esas horas estoy haciendo caridades.

=Entonces vendré á las nueve.

=Tampoco, porque el sábado me toca ir á velar á Nuestro Amo á la parroquia del Sagrario.

=Gerarda, Gerarda, eres una...

=Qué, qué..?

=Una santa.

=Eso sí. Creí que ibas á decir otra cosa.

=Pero volviendo á nuestro negocio; á qué horas he de venir el sábado, *campanita* mia..?

=Espera, espera...

La mujer se quedó pensativa, y despues comenzó á decir hablando consigo misma:

=A las siete á misa.. á las ocho á visitar á mis enfermos.. á las nueve al Sagrario.. á las diez voy por D.ª Camila para ir á rezar el rosario al Señor de Santa Teresa.. á las once al hospital de San Juan de Dios á curar á las enfermas...

---

(1) Pueden ahorcar á uno.

=Hombre, hombre,—dijo Simon interrumpiéndola.—Adónde diablos vas á parar.?

=Aguarda y no me interrumpas. A las once.. á las doce á comer con D.ª Faustina.. y me estaré en su casa hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora la acompañaré á ver á Nuestro Amo que está en la iglesia de Jesus María.

=Acabarás por fin.!

=Te digo que no me interrumpas.! Despues á tomar chocolate con ella y á platicar un rato.. á las ocho.. Oye, Simon.. ven el sábado á las nueve de la noche.

=Canario.! Es muy tarde.

=Qué hemos de hacer, lo siento; pero no puedo interrumpir mis devociones, conque así...

=Reniego..!

=De qué, hijo mio.?

=De tus gazmoñerías.!

=Simon, Simon.. no insultes á una mujer virtuosa.

=Volvemos á las andadas.?

=Ya te dije antes lo que decia San Marcos:—"Estad sobre "aviso, velad y orad: porque no sabeis cuando será el tiempo.."

=De que te afiancen los *cuicos* y te manden á las arrecojidas. Tienes razon, zupia del infierno, tienes razon.!

=Simon, Simon.. Eres una alma perdida.. quieres condenarte.. Ay de tí.! Desdichado.! Ay de tí..!

=Quieres callarte, pedazo de demonio.?

=Ruega á Dios por tu alma, porque si no lo haces así, indudablemente caes en las garras del enemigo malo..!

=Pues me gusta.! Quieres callarte y escuchar.?

=Bueno, bueno; no te enojes. Ya te escucho.

=El sábado vengo á las nueve de la noche...

=Bien.

=Y me tienes ya las noticias concernientes á la casa número 4 de la calle de la Moneda...

=Bien.

=Y tambien las de la casa de la señora de San Leon..

=Bien.

=Bajo el supuesto de que todo eso me interesa mucho..

=Bien.

=*Bien, bien, bien, bien..!* Por vida de todos los diablos que ya me vas impacientando con tanto...

=Bien.

=Otra vez..!

=Pero hombre, si estoy consintiendo en lo que dices..

=Pero mujer, si para consentir no es necesario decir tanto *bien*, y *bien*, y *bien* y *mas bien..!*

=El resultado es que tú lo estás diciendo ahora.

=Reniego..!

=No reniegues, Simon, que eso es pecado..!

=Y dale con la moral..!

=No te encolerices, que tambien es malo..!

=Ya, porque si se me derrama la bilis...

=Puedes hacer una mala accion, y cometer un crímen.

El bandido dirijió á Gerarda una mirada llena de mohina.

La *campana* continuó con la mayor calma del mundo:

=Simon, Simon.. Dios ha prohibido la cólera, porque la cólera enjendra el crímen; y ya ves hijo mio, que lo mejor...

=Es irme,—dijo Simon levantándose.

=Adios, Simon..—"Estad sobre aviso, velad y... ja, ja, ja, ja, ja..!

El bandido no pudo menos de reirse y bajó rápidamente la escalera.



XVI.

UN SANTO Y UN DIABLO.

Casi al mismo tiempo que Simon salia de ver á la *campanita,* entraba el padre Anselmo en casa del mayordomo.

En los dos dias que acababan de pasar, el sacerdote habia meditado en la desventura de Inés, y resolvió sondear el corazon de D. Jacinto para tomar una resolucion definitiva.

El buen anciano, á pesar de la realidad y de la revelacion de Inés, no queria convencerse de que hubiera en el mundo hombres capaces de cometer los crímenes del mayordomo; no porque no creyera que por desgracia el jénero humano es susceptible de abrigar almas tan depravadas, sino porque su mismo deseo de que todos fueran buenos, le hacia resistirse á creer lo que veía.

Armado de la fortaleza y de la autoridad que prestan la justicia y la relijion, llamó al porton; y como de costumbre, la buena de la señora Gervasia fué á levantar el pestillo.

=Dios guarde á usted, señora.

=Y venga con vuestra reverencia.

=El señor D. Jacinto, está en casa.?

=Sí, padre mio; pero pase adelante vuestra reverencia, mientras voy á avisarle, porque se halla en su gabinete.

El sacerdote entró á la antesala y se sentó en una silla.

El ama de llaves fué á avisar al mayordomo.

=Señor.?

=Qué se ofrece, señora Gervasia.?

=El reverendo padre Anselmo espera á usted en la antesala.

El mayordomo hizo un jesto de disgusto, inclinando al mismo tiempo la cabeza, para que no lo conociera el ama de llaves.

=Dígale usted,—contestó,—que tenga la bondad de esperarme un momento, que pronto estaré á su lado.

=Está bien, señor.

Y la señora Gervasia salió del gabinete.

D. Jacinto se sorprendió de la visita, porque era la primera vez que el padre Anselmo iba á su casa; de ahí es que no pudo menos de estrañar la llegada del sacerdote.

=Qué me querrá este imbécil.?—dijo para sí.—Nunca ha venido á visitarme por mas que lo he invitado, y ahora viene él solo y sin prevenirme de su visita.. ¿Habrá ido á casa de Inés, y ésta le diria.. Bah.! Es una tontera pensar en eso.. Conozco demasiado á la hija de D. Pedro.. me ama.. me tiene miedo, y es incapaz de decir á nadie lo que ha pasado entre nosotros.. Pero entonces, á qué diablos vendrá este viejo.? Ah.! Alguna obra piadosa que traerá entre manos, y en la que quiere que yo le ayude.. Sí.. no hay duda.. Seguramente á eso es.. Me creen tan caritativo.! Bárbaros.! No saben esos autómatas con quién están tratando.. ja, ja, ja, ja.!

Cuando el mayordomo se burlaba así de la humanidad, el sacerdote, que segun hemos dicho, estaba en la antesala, reflecsionaba profundamente.

Al ver aquella pieza, cuyos muebles eran sin duda una herencia de familia, y mirando que no habia allí otra cosa sobresaliente mas que la Santísima Trinidad colocada sobre la cómoda, sin que se notara por ninguna parte el menor vestijio

de las comodidades y del lujo del siglo actual, el padre Anselmo no podia creer que un hombre, cuya vida devota y austera se dejaba conocer aun en el ajuar de su casa, tuviera un corazon tan perverso.

=Es imposible,—decia;—es imposible que un hombre, cuyas costumbres son tan metódicas, sea capaz de dejar en ese estado á la pobre Inés.. La habrá seducido.. la haria desgraciada impulsado de una de esas pasiones.. de uno de esos deseos contra los que no tiene fuerza la naturaleza humana.. pero no creo que tenga una alma tan indigna, que abandone á su mala suerte á aquella desventurada criatura.. No.. y si fuese así.. aun cuando en efecto no la quisiera.. los sentimientos paternales conmoverán su corazon, como apartaron de la mente de Inés la idea del doble y espantoso crímen que habia imajinado.. Sí.. sí.. yo lo espero.. Haciéndole ver que el fruto que ella lleva en su seno, es inocente de las faltas del padre y de la desventura de la madre, conseguiré traerlo al camino del bien, y remediaré en algo los males que han sufrido.. Oh.! sí.. lo espero, lo espero, y confio en Dios para lograrlo.!

El buen anciano se engañaba; y repetimos, que no era porque le faltara la esperiencia necesaria para conocer al mundo, sino porque deseaba que ninguno padeciera, que todos fueran buenos y dichosos.

Sus reflecsiones no eran hijas de su pensamiento: lo eran de su corazon.

Acostumbrado siempre á bendecir, á evitar desgracias, á inspirar el bien y á consolar el infortunio, era para él un suplicio insoportable la imájen de verse precisado á maldecir una vez, como tendria que hacerlo, en caso de que el mayordomo se mostrara insensible á sus persuasiones.

Si en vez de pensar lo que sentia, ó lo que deseaba, hubiera quitado la vista de su corazon y la hubiera dirijido sobre el mundo, indudablemente no habria dado el paso que daba, porque habria conocido que era enteramente inútil, pues un hom-

bre, que como el mayordomo, habia calculado tan friamente su crímen y deshonrado á una mujer de la manera tan infame como lo hizo con Inés, ese hombre, repetimos, es absolutamente incapaz de escuchar la voz del deber y de la relijion, porque su conciencia está ya pervertida, y su hipocresía espantosamente desarrollada.

Pasado algun tiempo de la llegada del sacerdote, salió D. Jacinto á la antesala, con la mirada mústia y el rostro compunjido.

El que le hubiera visto en ese instante, habria reconocido inmediatamente al devoto y respetable D. Jacinto Enriquez, que el sábado anterior ayudó la misa al padre Anselmo en la iglesia de San Fernando.

Tanta era la hipocresía con que habia compuesto su semblante.!

El anciano se levantó al verle salir, y él se apresuró á acercársele tomándole la mano y besándosela humildemente.

=Dios Nuestro Señor guarde á vuestra paternidad.

=El conserve los dias de usted.

=Tome asiento vuestra reverencia.

El sacerdote se sentó, y el hipócrita hizo lo mismo.

=No puedo menos de agradecer á vuestra reverencia, el honor que me hace con su visita, y le aseguro que...

=Yo tambien me alegro de haber encontrado á usted en su casa, señor mayordomo, porque traigo un asunto muy urjente de que hablarle; y me interesa tanto, que hubiera buscado á usted por todas partes, en caso de no haberle hallado aquí.

=Será posible.?

=Indudablemente.

=Ah.! ya comprendo. Alguna obra de caridad que...

=No: escúcheme usted. La edad y la esperiencia me han hecho conocer á los hombres, y sé, que por virtuosos que sean, siempre cometen alguna falta.. porque solo Dios es infalible.. por lo mismo, hijo mio, veo con induljencia los pecados de mis

semejantes, porque sé que la naturaleza humana es débil, y la carne con que estamos revestidos deleznable... Sé que hay circunstancias en que el espíritu, aguijoneado por las pasiones, sucumbe á los ataques de la materia, cegando el entendimiento y haciendo caer á los mortales en un desliz, del que resultan muchos males si no se acude á un medio saludable para impedirlos; y por eso yo, en vez de negar á los pecadores la esperanza y los consuelos que dá la relijion del Crucificado, procuro infundirles el arrepentimiento verdadero de sus culpas, inculcándoles la paciencia en los trabajos de la vida, aceptándolos como la expiacion de sus delitos; y vigorizo su paciencia haciéndoles esperar el perdon de la misericordia de ese Dios bueno y santo, que bajó á la tierra por redimirnos... Yo sé bien que nada es tan sagrado, como la salvacion de una alma; y sé que nada hay tan hermoso á los ojos de Dios, como las lágrimas del arrepentimiento, porque ellas son las que le reconcilian con sus hijos, y las que anudan por toda la eternidad los lazos de esta union sagrada, que el Hijo del Hombre vino á predicarnos al mundo, anunciándola con su palabra, bautizándola con su sangre, sellándola con su cruz..!

=A qué vendrá todo este introito.?—dijo el mayordomo para sí.

=Digo á usted esto, hijo mio,—prosiguió el sacerdote;—digo á usted esto, porque estoy convencido de que usted es un hombre honrado y relijioso...

El anciano hizo una pausa y se quedó viendo fijamente á D. Jacinto, el que se mostró imperturbable.

=Y porque creo,—continuó el padre Anselmo,—que en el alma de usted, si tuvo cabida alguna falta, no la tendrá sin duda la perversidad que se requiere, para negarse á hacer la reparacion de los males de que desgraciada, y aun... involuntariamente ha sido causa.

=Yo, padre mio.?

=Sí, hijo querido.

=Padre.. creo que se equivoca usted.

=Ojalá y fuera cierto.! Pero por desgracia no lo es...

=Pero señor...

=Sí, hermano mio,—prosiguió el reverendo dando á su voz un acento de inesplicable induljencia y de bondad.—Sí; usted ha sido, el que cegado por un deseo impuro, ha deshonrado á la pobre Inés.!

=Yo..!!!—respondió el mayordomo finjiendo un asombro y enojo repentinos.—Yo..!!! Padre, padre, si no fuera porque usted...

El sacerdote tambien se admiró viendo la espresion indignada de D. Jacinto, y no pudo menos de decir para sí:—"Si este hombre no es un santo, indudablemente es el mayor y el mas perverso de todos los hipócritas."

=Hijo mio,—dijo en alta voz.—Yo tambien fuí jóven, yo tambien tuve mis faltas.. tambien conocí la influencia irresistible de las pasiones.. y aun siendo ya hombre y sacerdote, he tenido que martirizar mi carne, para hacer triunfar á la moral sobre las tentaciones del enemigo.. No soy aquí, hijo amado, el juez inflecsible, que con la ley en la mano castiga al ladron y al asesino.. soy el pastor del cristianismo, el representante de la relijion.. el misionero de ese Dios, que cuando padecia clavado en el madero, legó á sus sacerdotes una mision de paz y de esperanza.. Así es, que yo suplico á usted, en nombre de ese Dios que todo lo vé, yo le ruego que me confiese su falta, que me abra su corazon.. El tribunal de la confesion es el tribunal de la rehabilitacion, es el lugar adonde el penitente arrepentido, purifica su alma de las manchas inmundas del pecado.. Confiese usted, hijo mio, confiese usted que es cierto todo lo que me ha referido la desgraciada Inés.. Esa criatura, que ciega y desatinada cayó en el precipicio que una pasion funesta abrió á sus piés y á los de usted, me ha revelado ya todo el arcano de su desventura.. No tenga usted vergüenza de confesarlo.. no es usted el único hombre virtuoso que ha

sucumbido á la tentacion.. David, el santo rey profeta, sucumbió antes que usted, y Salomon, el sabio de los sabios de la tierra, se dejó seducir.. Vamos, hijo mio, no resista usted á mis ruegos.

El mayordomo comprendió que si no confesaba su crímen, era hombre perdido para con el sacerdote y para la familia de Inés; pues ésta, que una vez lo habia dicho todo al padre Anselmo, no seria difícil que lo revelara á sus padres, acusándole á él como autor de su deshonra. Ademas, conoció que si se obstinaba en negarlo, las revelaciones de Inés podian desprestijiarlo con el mundo, á quien le interesaba mucho engañar, y que de este modo perderia todos los goces que aun se prometia; de ahí es que, echando una rápida ojeada sobre su situacion, se resolvió á confesarlo todo al sacerdote, sin dejar por eso de engañarle, y decidido á deshacerse de él en la primera oportunidad.

Hechas estas reflecsiones, el hipócrita finjió avergonzarse y prosternándose delante del anciano, esclamó con compuncion:

=Perdon, padre mio, perdon.!

=D. Jacinto..!

=Oh.! sí; perdonadme.. soy el mas malo.. el mas pecador de todos los hombres.. conozco que no merezco misericordia; pero mi arrepentimiento es tan grande, mi pesar es tanto, que bien necesito compasion.. Ah.! perdonadme.! perdonadme.!

=Luego confiesa usted...

=Sí, sí.. todo.. todo cuanto ha de haber dicho á usted Inés, debe ser la verdad, porque es una mujer inocente, y...

=Me dijo que se introdujo usted á su casa, so pretesto de contraer amistad con su padre, que es un anciano caritativo.

=Es verdad, pero ese no fué pretesto. Deseaba efectivamente conocer á su padre, para unirme á él en sus obras de beneficencia.

=Me dijo tambien, que algun tiempo despues del dia en que usted entró allí por la primera vez, la declaró usted su amor...

=Es verdad.

=Que ella le creyó á usted y le amó; y que una noche que llovió se quedó usted en la casa, y...

=No prosiga usted, padre mio... es cierto..!

=Que al otro dia...

=Sí.! sí.!

=Que despues siguió la misma vida, hasta que sintió en su seno el fruto de su desgracia y de su amor.

=Oh.! Es cierto.

=Que cuando se lo dijo á usted, negó que era su hijo...

=Por favor.!—dijo el mayordomo como suplicando, mientras pensaba para sí.—"Sigue, sigue, viejo imbécil, á ver si lo sabes todo."

=Que usted fué el que le propuso que tomara la tisana...

=Oh.! sí.. sí.!

=Que ella se negó; y que desesperada de su suerte, quiso envenenarse para ocultar su deshonor.

=Es verdad.! Pobre Inés.!

=Y el sábado.. despues de que usted fué á engañarme contándome su historia finjida en parte, la vió usted y la propuso una fuga, diciéndola que se compadecia de su suerte, y que...

=Dios mio.! perdon.!

=Ella resistió; y usted entonces la dijo que revelara á sus padres su falta, pero sin decir que usted era el que...

=Sí, padre mio, todo es cierto...

=Porque si acusaba á usted, se vengaria en su hijo...

=Escúcheme usted, padre mio. Soy culpable, pero no tanto como lo parezco. El deseo de asociarme con D. Pedro para socorrer á los necesitados, fué la causa porque entré á su casa... no fué un pretesto, sino una verdad.. allí la encontré y me sorprendió su presencia, porque yo no sabia que aquel anciano tenia una hija. La ví y la amé... Oh.! Dios sabe que mi amor era puro... pero despues, instigado por un vértigo, que no sé cómo llamar, la violé; y en vez de hacerla mi esposa, como

lo proyectaba y lo deseo, la convertí en mi querida.. Al otro dia de aquella noche fatal, despues de que reflecsioné en lo que habia hecho, me habia decidido á pedir su mano, pero antes quise probar la virtud de Inés.. sucumbió, y esto me resfrió.. Luego he conocido que en efecto me ama; pero acosado yo por los remordimientos, quise sufrir viéndola sufrir, y quise tambien imponerla algun castigo por su lijereza, y poner á nuevas pruebas su virtud.. Por eso negué ser yo el padre de nuestro hijo.. por eso la propuse la fuga.. por eso fuí á ver á usted.. para pedirle un consejo; y despues la ví á ella diciéndola que lo confesara todo á sus padres, que fué el precepto que me dió vuestra reverencia.. Pero todo lo hice, para que la vergüenza de descubrir su falta á sus padres, la sirviera de expiacion, reservándome por mi parte pedir perdon á los ancianos y enlazarme con su hija.. Sí, sí.. padre mio.! Yo amo á Inés.. la amo porque es buena, porque es virtuosa.. porque es la madre de mi hijo.. de mi hijo á quien querré mucho, á quien amo aun antes de que haya nacido.! Ya está hecha mi confesion.. Ya he abierto á su paternidad todos los rincones recónditos de mi alma.. sé que he obrado mal; pero repito á usted, padre mio, que mi arrepentimiento es grande y sincero, y que estoy resuelto... que deseo ansiosamente reparar el mal que he hecho, el único, el solo de mi vida.. Quiero que Inés sea mi esposa, quiero poder estrechar á mi hijo entre mis brazos, hacer su felicidad, y morir con la satisfaccion de que he cumplido con mi deber.!

El malvado calló, y el padre Anselmo se quedó pensativo.

Acababa de oír á D. Jacinto y dudaba de lo que veía y de lo que oía. El mayordomo hablaba de una manera tan sensible, mostraba un arrepentimiento tan supremo, que cualesquiera lo habria creído verdadero. El corazon del sacerdote se conmovió, y esto lo perdió.

Pero no queriendo perdonar tan fácilmente á D. Jacinto, se resolvió á hacerle algunos reproches.

=Creo,—le dijo,—en esos deseos y en ese arrepentimiento; pero es necesario que sepa usted todo el mal que ha hecho. Ha engañado usted á una familia entera.. ha violado usted una de las leyes mas respetables, mas santas que ecsisten en la tierra.. la hospitalidad.. ha seducido usted á una pobre mujer, que aunque ya en edad madura, no tenia los conocimientos necesarios para vivir ni para precaverse del mundo, porque estaba educada con ceguedad é imprevision.. despues, ha seguido usted abusando de la confianza de dos ancianos, haciendo que su hija los engañara.. ha negado usted á esa mujer, que es usted el padre del hijo que lleva en su seno, y de este modo la hizo usted pensar en el suicidio y en el infanticidio.. La ha hecho usted padecer muchos tormentos, muchas amarguras, verter muchas lágrimas, y quién sabe si hasta blasfemar de la divina Omnipotencia.!

=Oh, padre mio.!

=Todo eso ha hecho usted.! Y por fin, para colmar la medida de tanto pecado, me ha engañado usted á mí, contándome una historia en la que habia menos verdad que superchería.!

=Por Dios, padre Anselmo.!

=Y,—continuó el sacerdote.—Y no se ha puesto usted á reflecsionar un momento, en las consecuencias tan terribles de semejante manejo.? Escuche usted. Habiendo abandonado á la mujer á quien violó usted tan infamemente, la condujo usted á la ecsasperacion, é hizo usted nacer en ella la idea del crímen que milagrosamente se le ha desvanecido.. Pero si no hubiera sido eso, y si esa mujer hubiera llevado al cabo su horrible pensamiento, qué habria sucedido de la madre y del hijo.? Adónde estarian hoy esas dos almas.? Qué habria sucedido de toda esa familia que confiada en la virtud y en la relijion, abrió á usted las puertas de su casa, y le ha prodigado hasta lo infinito toda clase de consideraciones y de respetos.? Oh.! Esto es infame.! Nadie puede esplicar todos los males ocasionados por un corazon perverso, por una pasion furiosa y

desenfrenada, por un hombre vil, á quien sin duda ha borrado Dios del libro de oro, adonde tiene los nombres de sus escojidos..!

=Oh.! padre mio.! Perdonadme.! perdonadme.!—dijo el mayordomo cubriéndose el rostro con su pañuelo, inclinando la cabeza sobre las rodillas del padre Anselmo, y finjiendo que sollozaba.

El corazon del sacerdote se conmovió mas, porque, lo repetimos, su alma era toda conmiseracion, toda bondad; así es, que engañado con los supuestos jemidos de D. Jacinto, no pudo contener su llanto, y dijo al hipócrita con mucho cariño:

=Sí.. sí.. hijo mio.. Llore usted, llore usted.. Esas lágrimas que derrama, hijas de su contricion, son las mas preciosas que se vierten, porque Dios las recibe en su seno.. Ellas desahogan al corazon.. consuelan el alma y alivian las congojas del que como usted, se vé precisado por su suerte á sufrir el peso de los remordimientos.. Pero es necesario que sepa usted, hijo mio, que para que Dios perdone completamente, es preciso que el pecador repare en lo posible el daño que ha ocasionado, y que purgue con la penitencia la falta que cometió.. Yo espero.. yo ecsijo de usted que lo haga así.. Cásese usted con Inés.. porque esa criatura merece ser feliz.. porque la debe usted su honor, porque Dios lo manda, y es fuerza obedecer.. El dia en que unido con ella se presente usted al mundo, ese dia será, no lo dude usted, el mas dichoso de toda su vida.. porque si es cierto que los humanos gozamos un placer pasajero al cometer la falta que nos lo proporciona, tambien es cierto que hay una satisfaccion inefable en hacer un bien...

=Padre mio.! Sus palabras de usted me consuelan.!

=Y créame usted, hijo mio. El dia mas grande de mi vida será aquel en que absuelva yo á usted de este pecado y le vea volver la felicidad á la pobre Inés.. la tranquilidad á esa alma abrumada por la desgracia y los remordimientos.. Oh.! En mi vida he maldecido á nadie, y doy gracias al cielo porque

me ha evitado ese dolor.. Sí, sí; gracias, Dios mio.! Vamos, vamos, yo le ofrezco el perdon de sus culpas en el momento en que se una usted con Inés.. De aquí á entonces, D. Jacinto, ecsamine usted su conciencia, prepárese usted para que en su nuevo estado no haya un remordimiento que lo devore y le llene de inquietud.!

Jacinto, que segun dijimos, habia apoyado la frente sobre las rodillas del sacerdote, se mantuvo así un instante mas, durante el cual, gracias á la posicion que guardaba, pudo mojarse los ojos con saliva, para que el padre se los viera húmedos.

Despues finjió enjugarse las lágrimas, alzó la cabeza y dijo:

=Lo haré así, padre mio; y ese dia llegará pronto.

=Bien, bien.—Replicó el buen anciano.—Voy ahora á casa de Inés á darla tan buena noticia.

=Pues si lo haces así, todo se pierde, viejo del diablo.!—dijo para sí el mayordomo; y luego añadió en voz alta.—Es que...

=Qué, hijo mio..?

=Quisiera pedir un favor á vuestra reverencia.

=Cuál es?

=Que no dijera nada á Inés ni á ninguno de su familia.

=Y por qué..?

=Porque quiero reservarme el placer de comunicarle á ella mi resolucion, al mismo tiempo que el tormento y la vergüenza de arrodillarme delante de sus padres, y ser yo el que les confiese mi falta, y les pida su perdon con la mano de su hija.

=Pero hijo mio...

=Padre.! El placer me servirá de consuelo.. la vergüenza de castigo.. de un principio de expiacion.. No me lo niegue usted.!

=Consiento, hijo mio, consiento. Y cuándo volveremos á vernos para concluir este asunto..?

El mayordomo se quedó pensativo, y despues añadió.

=El jueves á las cinco de la tarde.

=Tan lejos.!—Esclamó el sacerdote.

=Es que tengo que ir á Cuernavaca á unos negocios de mi convento, y volveré hasta el jueves.

=Diez dias..!

=Oh.! Creame usted. No puedo diferir el viaje, si no, le juro á vuestra reverencia que lo haria con mucho gusto.

=Está bien, hijo mio. Volveré el juéves, y espero que todo quedará definitivamente arreglado.

=Sí; todo, todo..!

El padre Anselmo se levantó para irse, y ya estaba en la puerta del corredor cuando le dijo D. Jacinto:

=Me deja usted sin su bendicion..?

=No, hijo mio. Arrodíllese usted.

El hipócrita se prosternó, y el sacerdote le bendijo.

Despues el padre Anselmo bajó la escalera y salió de la casa, con la esperanza de haber hecho un bien.

El mayordomo entró á su gabinete riéndose como tenia de costumbre cuando acababa de burlarse de alguno, tomó unas tijeras y se puso á recortar una figura de papel, que representaba á un hombre atravesado por una jara.

Luego se puso la capa, se caló el sombero y se dirijió á la calle, diciendo:

=Padre Anselmo.! Te has llevado un buen petardo.! Me crees un santo y soy un diablo.. Me has prometido la absolucion, eh.? Pues ya puedes buscar quien te la dé á tí..!

Y dió vuelta por la calle de la Victoria cuando comenzaron á dar las tres de la tarde.

A las cuatro y cuarto se paró en la accesoria del callejon del Monstruo, é iba á pegar su figura de papel en la puerta, cuando al hacer la operacion notó que se movia.

Entonces empujó mas fuerte, y por lo poco que se separaron las hojas vió que habia luz en la pieza.

=Simon.! Simon.!—dijo en voz muy baja.

=Quién diablos eres.?—contestó la voz de otro que estaba espiando entre las hojas de la puerta.

=Soy yo, hombre. Yo, Jacinto.

=Ola, ola.!—dijo Simon abriendo la entrada y cerrándola en cuanto Jacinto estuvo dentro.—Qué se te ofrece que vienes á buscarme, mayordomito mio.?

=Un negocio muy urjente.

=Dí cual, dí cual.

=Conoces al padre Anselmo.?

=Hay tantos padres que se llaman Anselmo..!

=El fernandino.

=Toma.! Y qué se te ofrece con ese vejete.?

=Lo conoces.?

=Sí.

=Pues dispon de modo de que se marche...

=Al otro barrio..?

=Sí.

=Y por qué.?

=Yo te lo diré despacio. Pero despáchalo el jueves en la noche precisamente. Debe ir á casa á las cinco de la tarde; yo le entretendré hasta las ocho, y cuando se vaya para su convento, que se irá solo porque no hay quien le acompañe...

=Yo *le completo.* (1) Convenido. Pero ahora, márchate, Jacinto.

=Bueno. Adios, querido Simon.

Y los dos bandidos se separaron.

---

(1) Le mato.



XVII.

LA PULQUERIA DE LA BOLA.

El mayordomo salió de la accesoria y se internó en la ciudad; y Simon siguió cambiándose tranquilamente su traje.

Su nuevo vestido se componia de un pantalon de dril blanco, chaleco y chaqueta de paño azul, corbata encarnada, sombrero aleman galoneado, y un pañuelo de colores conque se envolvió la cabeza.

Hecha esta maniobra y tomadas las precauciones que acostumbraba, cerró la puerta, y despues de pasar el callejon dió vuelta por la segunda calle de la Verónica, y haciendo un pequeño rodeo se dirijió á la plazuela de la Bola.

En una de las accesorias de esta plazuela, cuya puerta baja, estrecha, mugrosa y sombreada por un tejado de *tejamanil* sostenido por dos maderos de encino, servia de entrada á una *pulquería* oscura, se hallaban reunidos muchos hombres de la clase baja, vestidos con *calzon blanco, zarape y camisa de manta, sombreros de falda ancha y copa aguzada;* y todos de fisonomía traidora, cuya profesion se conocia inmediatamente por las señales que atravesaban sus rostros, por las pinturas que tenian

en sus brazos y en sus cuerpos, y por el *puñal, la daga ó el tranchete,* que llevaban escondido entre la camisa y detenido en el *ceñidor.* Toda jente de *tacon y hueso,* malhechores por costumbre, prófugos de presidio y sentenciados á la horca, de que habian logrado fugarse.

El tabernero era un hombre pequeño y obeso como un pipote, de nariz arremangada, brazos cortos y boca grande: tenia la cabeza amarrada con un pañuelo azul para cubrirse la calva, y su traje se componia de calzoneras de pana con botonadura de cobre, y de una camisa de indiana encarnada, cuyos pliegues negreaban por la suciedad que habian cojido.

Este estaba sentado encima del mostrador, mientras que los demas se disponian á jugar albures colocándose detras de las tinas de pulque; para que no los sorprendieran los *padres del agua fria,* como llaman á los diurnos.

=Jarilla.! enciende la *candela* (1),—decia uno de los ladrones á otro alto y seco como una vara de membrillo.

=Voy, hombre. Pero.. si no tengo fósforos.. daca uno tú, Macedonio.!

=Tómalo; pero dame un *prejendil* (2).

=*Ajá.!* tú nunca das nada de *enbalde.*

=Es que no me *cuadra pechar.*

Los bandidos hicieron el cambio, y Jarilla encendió una vela de á tlaco, chorreó un poco de cebo en el suelo, y pegó la vela en él.

=*Ora* sí,—dijo al acabar su faena.—A jugar, *valedores,* á jugar.

Y todos se sentaron al derredor de aquella luz.

El espectáculo no podia ser mas asqueroso y repugnante.

El espacio que habia de las tinas á la pared, no pasaba de tres varas de ancho por cinco de largo; el techo era tan bajo,

(1) La vela.
(2) Un cigarro.

que un hombre de seis piés de estatura no podia estar en él con sombrero, á riesgo de llenarlo de telarañas y de la suciedad de las moscas que lo ennegrecian: las paredes estaban descascaradas, húmedas y llenas de ollin, y el que se sentaba en el suelo se pegosteaba en la mugre que tenia.

Pues bien; en este espacio tan reducido y tan fangoso, estaban apiñados mas de veinte bandidos al derredor de la luz débil y macilenta que despedia la vela de á tlaco.

Era una cosa verdaderamente horrible ver aquella masa de hombres con los cabellos alborotados, los rostros negros, los ojos sanguinarios y los vestidos mugrientos, encajonados en aquel recinto asqueroso, zahurda inmunda que despedia un olor fétido é insoportable; y era tambien insoportablemente horroroso ver la alegría cínica de que disfrutaban, y escuchar las insolencias, los juramentos y las blasfemias que proferian por aquellas bocas, cuyos labios amoratados demostraban claramente uno de sus vicios.

Cerca de la luz y en primera fila, se colocaron seis de ellos; y los demas, parados, sentados, acostados ó como la localidad lo permitia, formaron aquel monton de carne humana, que mas bien que reunion de hombres, parecia una hidra de veinte cabezas que pululaba sobre el cieno del piso.

La llama descolorida de la vela alumbraba sus rostros empapados de sudor, y les daba un aspecto inesplicablemente diabólico.

Aquello era el infierno.

No.

Era mas aún...

Era una befa sarcástica que hacia la vida de la intelijencia con que Dios dotó á los hombres.!

=Aquí traigo *el libro.!* (1)—dijo Jarilla cuando todos se hubieron colocado.—Vamos á ver quién es mano.

(1) La baraja.

=Vamos, vamos,—esclamaron á una voz.

Jarilla empezó á dar una carta á cada bandido, y al llegar á Macedonio, que estaba á su izquierda, éste esclamó:

=El rey de bastos.! Yo soy mano. Presta la baraja, *valedor.*

Jarilla dió la baraja á Macedonio, el que se dispuso á comenzar el juego.

=Espera, espera. *Vendes el cochino.?* (1)

=Sí; cuánto me das por él.?—respondió Macedonio.

=Cinco pesos,—contestó Jarilla.

=No. Dame seis.

=Nada. Cinco pesos si quieres, si no, echa el *chile* (2).

=Venga el dinero.

Jarilla dió los cinco pesos á Macedonio, y éste barajó.

=Tres y cinco,—dijo echando el albur.

Al momento se oyó el sonido del dinero y se vieron porcion de brazos prietos y nervudos, que se estiraban para poner las paradas.

=No corras todavía, *valedor. Quieres ir libre de puerta y segunda.?* (3)

=Sí.

=Cuánto.?

=Una peseta.

=Pues corre la baraja.

Macedonio hizo lo que le decian, y despues de un momento, dijo:

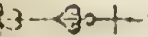
=El tres viejo, y gané.!

---

(1) Este es un convenio que celebran de la manera siguiente: Juan compra el cochino á Pedro, y si éste se lo vende, Juan tiene derecho á tomar lo que quiera de cada albur que gane Pedro, durando el compromiso hasta que el comprador quiere *matarlo,* vendiéndoselo á Juan en el precio en que convienen.

(2) Albur.

(3) Es decir; si el albur viene á la puerta, ó detras de ella, el que gana vuelve á aquel con quien va libre, cierta cantidad convenida.



=Esto para mí,—dijo Jarilla, cojiendo cinco pesos del dinero que acababa de ganar Macedonio.

=Caramba.! Ese es el precio *del cochino.*

=*Quere* decir que lo tengo de *enbalde.* Echa otro *chile.*

Macedonio barajó y echó el otro albur.

=Siete y cuatro.!

Los bandidos volvieron á apostar.

=El siete mozo.!—dijo Macedonio recojiendo el dinero de las paradas. Jarilla volvió á tomar otra cantidad de la ganancia, y Macedonio levantó las cartas y siguió barajando.

=Sota y dos.!

=Ese no sirve. Echa otro de arriba.

=Allá va. Seis y caballo.!

=Al caballo.! Al caballo.!—dijeron los bandidos apostando.

Macedonio corrió el albur, y á la segunda carta apareció el seis.

=El seis mozo.!—Volvió á recojer el dinero y Jarilla tomó otra cantidad.

=Toma tú, *Enano,*—dijo Macedonio tirando una peseta al bandido con quien iba *libre de puerta y segunda.*

=Sigue, sigue.!—dijeron algunos, viendo que Macedonio no barajaba.

=Ya voy, *valedores;* pero antes.. oiga, *vale,*—dijo hablando con otro. Pídale al *Ganso* (1) una *chomita* (2) de *maguey,* porque ya me muero de sed y hace *munchísimo* calor.

El bandido fué á hacer lo que le dijo Macedonio, y éste siguió barajando.

=Rey y cuatro.!—dijo al echar el albur.

Todos los mas malhechores apostaron al rey.

---

(1) *Ganso* es un ladron, que sin esponerse á nada, habilita á los salteadores para gratificar á los criados de las casas ú otros gastos que tienen que hacer; y cuando verifican el robo, le devuelven el dinero que prestó y le dan parte igual de la que tienen ellos; pero si se frustra, pierde el dinero sin que pueda reclamar.

(2) Olla de vidrio.

Macedonio corrió la baraja.

=El rey viejo.!—Perdiste.

=Es verdad,—respondió el bandido pagando las paradas y dando la baraja á Jarilla, quien en esta vez no tomó nada de dinero.

Macedonio se bebió el pulque que le llevaron, y Jarilla siguió echando los albures.

La baraja corrió de mano en mano hasta que llegó á las de un hombre de pelo crespo, ojos bizcos, nariz roma, cachetes abultados y color bronceado; y cuya boca estaba plegada por la cicatriz de una herida, recibida seguramente en algun robo ó quimera de las muchas que arma esa jente prostituida y depravada, cuyo solo placer es el vicio, cuya sola delicia es el mal, cuya única dicha es el crímen, y cuyo fin el cadalso.

El cuerpo del hombre de quien hablamos, era robusto y bien formado; y la fuerza de sus brazos le habia creado entre los bandidos una especie de reputacion, que él procuraba sostener á todo trance.

=*Ora* me toca á mí,—dijo cojiendo la baraja.

Al momento se levantó un murmullo y los demas le abrieron paso, porque era uno de los que se habian quedado atras.

El bandido barajó y echó el albur.

=Sota y cinco.!

=A la sota.!—dijeron todos apostando.

=Quieres *vender el cochino,* Cuatro-labios.?—preguntó Macedonio al que tenia la baraja.

=No,—respondió el bandido; y corrió el albur.

=El cinco de oros.! He ganado *los medios,* y le digo *tecolote.*

=A qué.?

=A sota de bastos de cincos.

=Juega,—dijeron los demas apostando.

Cuatro-labios corrió la baraja.

=El cinco de espadas.! *Se peló,*—dijo recojiendo el dinero.

=Y á mí se me *arrancó*.. Macedonio, quieres *matar el cochino.?*—preguntó Jarilla.

=Sí.

=Dame seis pesos.

=No; quieres dos.?

=*No seas ladron.!* Te dí cinco por él.

=Sí; pero te cojiste lo menos doce de ganancia.

=Pero los perdí.

=Y qué me importa.? No fué conmigo..

=Bueno; pues dame tres..

=Hombre... Vamos, tómalos.

=Caballo y cuatro.!—dijo Cuatro-labios echando el albur. Los *valedores* pusieron sus paradas cargándose al caballo.

=El cuatro á la puerta.! Tecolote.

=A qué.?

=A caballo de bastos de cuatros.

=Juega.!

Y apostaron..

Cuatro-labios corrió la baraja y á poco apareció el caballo de bastos.

=Esto es pegarle.!

=Sigue adelante.

=El cuatro de espadas.! Gàné;—y recogió el dinero.

=Hombre, hombre,—dijo Jarilla,—ya se me volvió á arrancar. Oye, Macedonio, quieres prestarme sobre mi *guiñapo?* (1)

=Cuánto quieres.?

=Dos pesos.

=No; quieres uno.?

=Eres muy sinvergüenza. Pero... venga.

Los dos malhechores hicieron el cambio, y el juego continuó.

Cuatro-labios estuvo ganando sin interrupcion y Jarilla perdiendo su dinero..

---

(1) Frazada.

La frazada, la camisa, el sombrero y el *traste* (1) estaban en poder de Macedonio, y ya no tenia que empeñar mas que los calzones y los zapatos.

Por fin, se resolvió á despojarse de los últimos, vendiéndolos en una peseta á uno de sus valedores.

=Eh.! *Ganso.!*—gritó al recibir el precio de sus zapatos. —Dame medio de *maguey* para que se me caliente un poco el *estógamo*.

El pulquero bajó pesadamente del mostrador en donde estaba sentado, llenó el vaso de pulque y se lo llevó á Jarilla, quien lo apuró de un sorbo.

=Sigue, sigue, Cuatro-labios. Gáname mi real y medio cosa que me marcho con la vieja de mi suegra.

Cuatro-labios barajó y echó el albur.

=As y rey..!

Todos apostaron; Jarilla se quedó pensativo.

Con el golpe de vista tan seguro que tienen los jugadores, y sobre todo, los de la clase á que él pertenecia, habia observado que Cuatro-labios hizo cierta maniobra no muy limpia al descartar el albur.

Mientras que los demas ponian sus paradas, Jarilla observó á Cuatro-labios, y sorprendió el jesto de alegría que hizo al ver que todos se cargaban al as.

=Este está haciendo *trampuchetas* (2)—dijo para sí;—y si es esto, *lo enfermo.* (3)

=Qué sucede.? Apuestas tú, Jarilla..?

=Sí;—respondió el ladron.—Voy medio al rey, y si lo pierdo...

=Qué..?

=Nada; sino que voy el *rial.*

---

(1) El arma.
(2) Trampas.
(3) Lo hiero.

Cuatro-labios miró de reojo á Jarilla, y corrió la baraja.

=El rey viejo.!

=Perdieron todos; solo yo gané,—dijo Jarilla levantando su parada.—Sigue barajando, Cuatro-Labios, ó quieres...

=Lo que quiero es decirle tecolote.

=A qué.?

=A as de bastos de reyes.

=Yo voy contigo,—dijo Jarilla.

=Vas conmigo..?

=Sí; todo el *rial.*

Cuatro-labios se mordió los labios, y los demas apostaron.

=El as de bastos.! Esto es pegarle. Sigue, sigue.

=Y esto es ganar,—dijo Cuatro-labios;—toma tu peseta.

El juego siguió mas acalorado, y Jarilla observó incesantemente á Cuatro-labios, quien efectivamente estaba haciendo *zapotes.*

Las horas se habian pasado y la vela de á tlaco se habia consumido hasta mas de la mitad; de manera, que las sombras de los facinerosos se proyectaban en las vigas negras del techo, y en lo húmedo y negruzco de las paredes.

El asqueroso recinto ecshalaba miasmas sucios y apestosos, emanados de aquellos cuerpos mugrientos, que estaban hacinados uno sobre otro como las sanguijuelas en medio de una rosca de trapos, y cuyo aliento despedia un hedor de pulque y de cebolla.

Las risotadas de los que ganaban, las maldiciones de los que perdian, el ruido del dinero y el roce de la baraja, eran las únicas señales de vida que se descubrian en aquel chiribitil, adonde se hallaban reunidos los crímenes personificados.

Allí estaba representada la depravacion mas inmoral que puede encontrarse en el mundo, la prostitucion mas inmunda en que puede sumirse el hombre, y la degradacion mas espantosa en que puede hundirse la intelijencia humana.

Aquellos hombres, sumerjidos en el fango repugnante del crímen, eran la imájen animada de la desmoralizacion en que se halla nuestra clase pobre;

Eran las consecuencias previas del abandono y de la ignorancia en que se crian los niños indijentes, que no encuentran una luz que los guie en medio de la ceguedad en que nacen; y que cuando llegan á cierta edad, se encuentran en la sima de la noche profunda del vicio, de la que solo salen para subir las gradas del suplicio.

Era la ironía terrible que la humanidad echa en cara á la sociedad, que indiferente y egoísta deja que se prostituyan esos séres desdichados, quienes podian serla útiles si ella hubiera tendido una mirada de beneficencia en derredor de sí, derramando la luz de la instruccion en las masas del pueblo, juguete de las pasiones y víctima inocente de nuestras guerras civiles...

Al contemplar mentalmente este cuadro de dolorosa humillacion, los hombres que consideran las conveniencias sociales bajo su verdadero punto de vista, justo, equitativo y católico, no pueden menos de horrorizarse, considerando á esos séres abandonados, precitos por aquellos mismos que debian abrir un asilo á su indijencia, ilustrando su entendimiento y evitando de este modo la prostitucion lastimosa en que caen...

Y reflecsionando detenidamente en el estado desconsolador con que se le presentan tantas desgracias, compara su situacion presente con la que podian tener, si la sociedad no hubiera dejado prostituir sus intelijencias; y al hacer esta comparacion, aparta la vista espantado del abismo profundo que entrevee;

La depravacion del pobre al lado del rico indiferente, que sin conocer que él sufre las consecuencias de su indolente abandono, atesora sus riquezas sin despojarse voluntariamente de una mínima parte de ellas, con las que podia contribuir á la ilustracion del pueblo, é impedir de este modo el desarrollo fu-

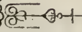
nesto del crímen, en esos corazones que sin duda han nacido para el bien;

El delito multiplicado delante del egoísmo culpable del gobierno, quien deja que se perviertan esos hombres, quienes guiados por un buen sendero podian ser artesanos honrados y tiernos padres de familia, viviendo de su trabajo en vez de ir á encerrarse en esos garitos inmundos, donde juegan el dinero que han conseguido rompiendo una cerradura, escalando una azotea ú horadando una pared, sin que la justicia, tan mal administrada entre nosotros, tenga el poder suficiente para remediar tantos males, cuyo oríjen es el abandono de la niñez desvalida;

Y todas estas consideraciones, todas estas verdades desesperadas, aflijen á los amigos de la humanidad, quienes desgraciadamente no tienen ni la influencia ni los medios necesarios para emprender la instruccion de las masas, cuya obra es eminentemente *cristiana* y rejeneradora...

Un buen gobierno, un gobierno que comprenda en toda su estension los deberes que le han impuesto sus comitentes; un gobierno que sepa que si le han dado el poder, ha sido indudablemente para remover los obstáculos que se opongan al bien de sus gobernados, y de ninguna manera se lo han dado para disimular el mal; un gobierno que conozca que la mision de que está encargado, es altamente humanitaria y civilizadora, debe procurar, valiéndose de todos los resortes de la ley, aliviar á la sociedad por quien vijila, de todas las llagas de que adolezca, moralizando é instruyendo al pueblo á quien gobierna, para que disminuya el número de los malos y aumente el de los buenos; para infundir el bien en esos corazones que anuncian la inclinacion prematura al mal, y para tener derecho de *castigar en nombre de la vindicta pública*, que hasta hoy reclama ese castigo, sin haber procurado evitar en lo posible las desgracias de que se queja...

Pero mientras esto no sea; mientras que se deje á la niñez



indijente crecer en el abandono y educarse en las tabernas; mientras que los ladrones y los asesinos se paseen por las calles insultando á la honradez y mofándose de la ley, y que el gobierno y la sociedad se manifiesten *indiferentes* á las desgracias del pueblo... mientras haya todo esto, decimos, nuestra situacion no mejorará en nada, y nos veremos condenados á presenciar las dolorosas, cuanto *inútiles* ejecuciones que vimos cuando Juan Yañez y Cipriano Márquez.

En vano se nos dirá, que ecsiste un hospicio de pobres adonde se educa á la niñez abandonada.

Esta institucion noble y benéfica, solo está destinada á dar asilo y moralizacion á los huérfanos, y de ninguna manera á los que tienen padres; pero estos últimos tambien necesitan esa moralizacion, porque sus padres ó no tienen los medios necesarios para instruirlos, ó porque educados tambien en la imprevision y la ignorancia, trasmiten á sus hijos toda la ceguedad en que han vivido...

En cualesquiera de estos dos casos, el gobierno debe cortar ese mal en su oríjen para evitar sus funestos resultados, haciendo que todos los niños pobres concurran á recibir las lecciones de moral cristiana en las *escuelas gratuitas*, QUE EL HUMANO CIUDADANO VIDAL ALCOCER, ha planteado en los barrios, ayudado con las *limosnas* que le dan algunas almas benéficas, que han comprendido y que cumplen sus deberes....

. . . .

Volvamos á los malhechores.

Cuatro-labios, gracias á las trampas de que se valia, siguió ganando albur tras de albur; y Jarilla, que le observaba cautelosamente y que siempre iba á la carta del fornido, habia logrado desquitarse.

=Vamos, Macedonio, toma tu dinero y devuélveme mis prendas; pero primeramente mi *traste*.

=Y por qué quieres primero el *traste*.?—le preguntó Cuatro-labios.

=Porque... porque *yo sé mi enredo.*

Macedonio devolvió sus prendas á Jarilla, el que viendo su daga limpia y afilada como una navaja de barba, dijo:

=Ven aquí, ven aquí, que quién sabe qué tendrás que hacer ahora...

=Y por qué.?—volvió á preguntar Cuatro-labios.

=Nada, nada; sigue jugando.

El fornido barajó y descartó el albur.

=Siete y caballo.!

Los demas pusieron sus paradas.

Jarilla observó atentamente, y apostó al caballo.

Cuatro-labios corrió la baraja.

=El caballo mozo.! Gané.

=Ya me lo esperaba,—dijo Jarilla.

=Por qué.?—preguntó el fornido con mal humor.

=Sigue, sigue,—contestó Jarilla.

=Le digo.

=A qué.?

=A siete de oros de caballos.

=Ahora voy *en contra tuya..!*—dijo Jarilla poniendo su apuesta, guardando su dinero en el seno, y empuñando al mismo tiempo el pomo de la daga, que habia metido entre el ceñidor.

Cuatro-labios observó á Jarilla y corrió la baraja.

=Le pegué.!

=Adelante,—dijo Jarilla.

=Esto es ganar.!—dijo Cuatro-labios.

=Eso es hacer trampas,—dijo Jarilla poniéndose en pié, cuyo movimiento siguieron los demas.

=Yo no hago trampas, *valedor.*

=Desde que cojiste *el libro* las estás haciendo.!

=No.

=Ca... nario.! Te digo que es cierto, te he estado *oservando,* y he visto que ves las cartas á que dices *tecolote.*

=*Pos* es mentira; pero si quieres pleito conmigo, no te tengo miedo... yo soy *muy sombrero.*

=Qué *sombrero* ni qué nada, si tú no eres mas que *roncador* (1); y no me estés *ninguniando* (2), porque...

=Qué me has de hacer.? Pst.! Otros mas *sombreros* he visto y no les he *tenido asco* (3); y si quieres la prueba...

=No.. te tendré miedo.. Bah.!

=Pues no me *ronque.. Haga ganas...*

=Ya vienes confesado.?

=Ya. Qué cosa sucede.?

=Te lo pregunto, porque te voy á *completar* (4).

=Pues no me lo diga.

=Pues mira como lo hago.!

Y Jarilla, flecsible como un bejuco, se lanzó sobre Cuatro-labios.

Este evitó el golpe retrocediendo ácia un rincon, y los demas facinerosos se replegaron á las paredes, para abrir campo á los combatientes.

Cuatro-labios y Jarilla volvieron al centro del local; y semejantes á dos perros rabiosos se abrian y se cerraban, se agachaban y se levantaban, defendiéndose ó atacando con una furia inesplicable.

El combate era sordo y contínuo, sin que en todo el tiempo que duró, se escuchara mas ruido que el choque de las dagas, y la respiracion fatigada de los luchadores.

Los demas bandidos los veian inmóviles y silenciosos sin meterse en defender á ninguno de los dos.

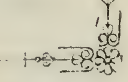
En uno de aquellos choques que se dieron Jarilla y Cuatro-labios, apagaron la luz, y el recinto quedó alumbrado apenas

(1) Baladron.

(2) No me insultes.

(3) No les he tenido miedo.

(4) A matar.



por el crepúsculo moribundo de la tarde que penetraba por encima de las tinas.

=Ya me *rayaste..!*—gritó desesperado Cuatro-labios.

=De eso traba yo..—dijo Jarilla.

Y atacó con mas furia á su adversario.

Cuatro-labios, rabioso por la herida que acababa de recibir, respondió al ataque de Jarilla con otro mas brutal que los anteriores, y los dos bandidos se chocaron bruscamente en medio del recinto.

Jarilla se bamboleó al golpe del cuerpo de Cuatro-labios; y éste, aprovechándose de la debilidad momentánea de su contrario, le abrazó fuertemente hundiéndole dos pulgadas de acero en las espaldas.

Jarilla bufó como un toro, y Cuatro-labios volvió á levantar el brazo para herirle segunda vez; pero Jarilla pudo desasirse gracias al movimiento agresor de su adversario, y se echó sobre él rujiendo como un tigre.

Cuatro-labios retrocedió segunda vez, y resbalándose por las tinas logró evitar el *puntazo* que le asestó Jarilla.

La lucha se hizo cada vez mas sorda y encarnizada.

Los combatientes se reunian y se separaban, y volvian á juntarse de tal modo, que parecian un solo hombre retorciéndose, ajitado por un ataque violento de epilepsía.

De cuando en cuando, alguna maldicion ó blasfemia se escapaba de las bocas de aquellas furias, por las que arrojaban espuma, mezclada con la sangre que se sacaban con los golpes terribles que se daban...

Los demas bandidos les miraban en silencio.

El tabernero, que habia escuchado lo que pasaba, se paró en el dintel de la puerta mirando á todos los ámbitos de la plazuela, para que la policía no fuera á caer de improviso en la taberna.

Mientras tanto, Cuatro-labios volvió á abrazar á Jarilla y lo-

gró echarle en tierra; pero éste, merced á la elasticidad de sus nervios pudo sesgar el cuerpo.

Entonces los dos quedaron de lado, y en esta postura incómoda se disputaban los honores de un triunfo sanguinario.

Cuatro-labios no queria perder su fama de terrible, y Jarilla queria ganar la de haber vencido al temible facineroso.

Por fin, Cuatro-labios se puso en pié, é iba á caer de nuevo sobre su contrario, cuando éste, veloz como el relámpago, saltó sobre el fornido y le atravesó el corazon...

Un murmullo de admiracion se levantó en el recinto, y los demas malhechores felicitaron á Jarilla por su horrorosa victoria.

=Ahora,—dijo uno de ellos.—Los despojos de este *completado* (1) le tocan á Jarilla.

=Sí, sí;—dijeron los demas.

Y desnudaron al occiso dando al flaco cuanto tenia.

A ese tiempo llegó Simon á la puerta de la pulquería.

=Cómo vamos, *Ganso* condenado..?

=Bien, señor Simon.

=Y la jente, adonde está..?

=Ahí adentro.

=Uf.! Ni ruido hacen.

=Es que ya lo hicieron.

=Cómo, cómo..?

=Jarilla y Cuatro-labios se han *peliado.*

=*Y quién le completó al otro..?* (2)

=*Pos quién sabe..?*

=A ver, á ver. Esto ha de ser divertido.

Y entró á la taberna.

=Buenas tardes, hijos del diablo. Ola, ola.. quien fué el...

=Cuatro-labios,—respondió uno.

---

(1) Matado.

(2) Quién mató al otro..?

=Con que le *completó* Jarilla, eh..?

=Sí, tio Simon.

=Hombre, hombre.! Mereces una gala. Toma.

Y dió á Jarilla un puñado de pesos.

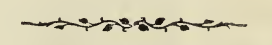
=Dónde pondremos á este.?—preguntó el *Enano.*

=Métanlo debajo de las vigas y mañana lo sacan.

El *Enano,* ayudado de otro, levantó dos vigas del piso, depositó al muerto en el hueco y lo cubrieron despues.

=Ahora, fuera todo el mundo. A sus destinos,—dijo Simon.

Los facinerosos salieron de la pulquería, dirijiéndose unos por Verdeja y los otros ácia el puente de la Misericordia.



XVIII.

LA RUBIA Y LA MORENA.

Eran las cinco de la tarde cuando el coche de Luisa se paró enfrente de la casa de María, al mismo tiempo que el mayordomo dió vuelta por la esquina de Santa Clara.

El lacayo abrió la portezuela; y la hermosa rubia, acompañada de Rosa y de Clara, se apeó del carruaje y entró en la accesoria.

La morenita recibió á sus visitas de la manera mas agradable del mundo, y las cuatro jóvenes se sentaron en el sofá.

=En primer lugar,—dijo Luisa;—tengo el gusto de presentarte á mi querida Clara, la que tenia muchos deseos de conocerte.

=Señorita,—replicó María dirijiéndose á la trigueñita.—No sé cómo agradecer á usted el honor que nos ha hecho á mi madre y á mí, con venir á esta su casa; y en nombre de las dos la digo que si las somos útiles en algo...

=Aseguro á usted francamente,—contestó Clara;—que solo el deseo de obtener la amistad de ustedes, es lo que me ha hecho suplicar á Luisa que me presentara aquí, y no puedo menos de felicitarme por la bondad con que me ha recibido...

=Jesus.! Jesus.!—esclamó Rosa.—Cuántos cumplimientos.! Cuántas ceremonias.! Vamos; no creí que estaba en casa de una amiga mia, sino en una solemnidad diplomática. Levántense las dos, y dénse un abrazo muy sincero y muy apretado.

Y la bulliciosa jóven hizo que Clara y María se abrazaran.

=Así, eso es.. Nada de cumplimientos,—continuó Rosa. —Nosotras desconocemos todas esas ceremonias, porque somos las amigas mas íntimas de la tierra.

=Conque, mira, Clara,—dijo Luisa.—No es verdad lo que te he dicho respecto de María.? Mira ese piquito de pelo, esas onditas, esa boquita tan graciosa.. Decididamente, es necesario confesar que María merece el epíteto que la damos...

=Oh.! sí; indudablemente,—añadió Rosa.

=Porque has de saber,—continuó Luisa dirijiéndose á Clara.—Has de saber que nosotras la llamamos *María la peligrosa.*

=Y por qué.?—preguntó la trigueñita.

=Cómo por qué.? ¿Qué no.. Escucha, María; me haces favor de regalarme una de aquellas rosas que están en el florero..?

=Con mucho gusto, querida Luisa.

María se levantó del sofá y se dirijió á la consola; y las tres jóvenes que estaban sentadas contemplaron admiradas á la hermosa morena, que semejante á una reina que se dirije á su trono, atravesó el espacio que habia del sofá al lugar en donde se encontraba el florero.

Llegado que hubo á él, tomó no una, sino tres rosas, y volvió á ofrecérselas á sus amigas.

=Ves, Clara, ves.?—dijo Luisa.—Ves ese tallecito tan estrecho, tan galano, ese cuerpo tan majestuoso, ese andar de reina, y ese rostro cuyos labios hablan, se rien y hasta hacen dengues con gracia..? Ves todo eso..? Pues te falta mas. Mira,—añadió inclinándose, alzando un poco la falda del vestido de María y descubriendo sus pequeños piés, y el principio de unas piernecitas finamente torneadas.—Mira, mira estos pie-

cesitos tan aseados, tan curiosos.. Qué te parece.? No es verdad que por todos estos dotes merece que la llamen *María la peligrosa.?*

=Oh.! sí; efectivamente,—contestó Clara.—Señorita María, es usted...

=*Señorita María, es usted..*—dijo la picaruela de Rosa, remedando á Clara.—Volvemos á los cumplimientos.! Ya te dije, que entre nosotras no hay ceremonias. Con que, nada de *usted* ni de *señorita..* Vamos.! por qué te quedas callada.? Habla, habla; á ver qué la ibas á decir.?

=Que es muy hermosa,—dijo Clara.

=Vaya una ocurrencia.! Eso ya lo sabe,—dijo Rosa.

María inclinó modestamente la vista.

=Oh.!—esclamó Luisa abrazando á la morena.—No la hagan ruborizar. Ya saben que las alabanzas la mortifican.

=Ruborizarse porque la dicen hermosa.!—replicó Rosa.—Vaya, vaya. Eso es demasiado poco.. Yo te habria dicho algo mas.

=De veras.?—dijo Luisa.—Pues qué la hubieras dicho.?

=Una cosa muy sencilla,—contestó la traviesa jóven fijando sus ojos en María.—Quieren ustedes que la diga.?

=No, Rosa,—dijo María en tono suplicante.

=Toma, toma; pues ahora sí que me oirás, mal que te pese. Escucha. En primer lugar, te hemos puesto el nombre de *María la peligrosa,* porque eres la morena mas hermosa que hay en México; y no hay hombre que te vea, que no se enamore de tí, ni mujer que no se encele al ver tus gracias, y que con todo y sus celos deje de quererte. Como nosotras, María: estamos furiosamente celosas de tí, pero no podemos pasarnos sin verte, porque.. porque te queremos mucho, muchísimo, entiendes.? Y en cuanto á mí, te juro, que de buena gana me convirtiera en hombre, nada mas para casarme contigo.!

=Bien, bien,—dijo Luisa.—Eso se llama hablar bien. Qué dices, María.?

=Digo,—contestó la jóven ruborizándose,—que Rosa es una aturdida.

=Muchas gracias, muchas gracias; pero lo dicho dicho.

=Y muy bien dicho,—añadió Clara.—Jamas habia yo oído un elojio tan bien hecho; y sobre todo, tan bien merecido.

=Tambien tú.!—esclamó Luisa.—Ya lo ves, María. Todas te aprecian, todas te quieren; y aunque yo no quiera, es preciso confesar que tienen razon, y que yo tambien no puedo pasar un dia sin ver á mi hermosa costurerita.. Eres tan buena, tienes un carácter tan atractivo, unas virtudes tan simpáticas, que es imposible verte sin amarte.. Oh.! Y lo que es yo, te amo mucho.

=Y yo.!—dijo la juguetona Rosa.

=No es verdad, Clara, que es preciso quererla.?—preguntó Luisa.

=Indudablemente. No hace mas de diez minutos que tengo el gusto de conocerla; y ya veo que es fuerza dejarse seducir por ella. Es tan afable.!

=Y tan graciosa, y tan... vamos, *María la peligrosa.!*—dijo Rosa.

Y las tres jóvenes acariciaron á la morena.

=Con que,—dijo Luisa despues de un momento.—He venido á dos cosas. La primera, á presentarte á Clara, y la segunda, á que vayas conmigo...

=Ahora es imposible, querida Luisa.

=Imposible.! y por qué.?

=Por dos motivos. El primero, porque me has traido una visita, y es preciso que yo la obsequie...

=Eso no vale nada.!—dijo Rosa.

=Cómo que no vale nada.?—preguntó María.

=Dios mio, Dios mio.!—siguió diciendo la vivaracha jovencita.—Con qué boca las he de decir que entre nosotras no hay cumplimientos.? Qué malo es tratar con jentes que no entienden á una.!

=Es decir que somos unas tontas.?—preguntó María sonriendo.

=Pero de lo que hay poco.!—dijo Rosa.

=Vamos, vamos; dinos el segundo motivo,—añadió Luisa.

=El segundo es, que no está ahí mamá.

=Ese sí que es irremediable.!—esclamó Rosa.

=Pero dilatará mucho.?—preguntó Luisa.

=Quién sabe.?

=Pero de todos modos,—prosiguió Rosa, bueno será que te dispongas para cuando vuelva, cosa que luego luego nos vamos.

=Hay todavía otra razon para que eso no pueda ser.

=Cuál, cuál.?

=Que estoy cosiendo el traje de la rubita, y quiere estrenarlo el domingo.

=Eso no le hace,—contestó Luisa.—Prefiero el gusto de estar contigo al de estrenar un vestido.

=Eso es ser muy buena amiga,—dijo Rosa.—Ya lo ves: ha desaparecido la tercera razon. No quedan mas de dos, y de esas una es la que vale.. la de que no está ahí tu mamá; pero te repito que te dispongas, porque cuando vuelva te vas con nosotras.

=Y adónde.?

=A una parte adonde desean conocerte.

=A mí.?

=Vaya una tontera.! A tí no; á *María la peligrosa.*

=Pero á qué parte.?

=A la calle del puente de Alvarado.

=En casa de quién.?

=Jesus..! María, pareces inquisidor,—dijo Rosa.—Estás pregunta y pregunta... Cuando se te dice que vayas con nosotras..!

=Vamos, vamos; voy á decírtelo. Vamos á casa de mi tia la señora de San Leon, la que no viene á verte, porque la prometí que esta tarde te llevaria yo á su casa.

=Ya estás satisfecha, curiosilla peligrosa,—añadió Rosa.—Ahora, disponte para salir y no nos hagas esperar.

=Pero si no está ahí mamá, cómo quieres...

=Pero cuando vuelva estarás dispuesta, y entonces nos marchamos.

=Pero...

=Otro *pero..!*—dijo la bulliciosa Rosa golpeando con su piecesito el tapete de la sala.—Vamos, anda, vístete.

=Y si tarda mamá y me quedo vestida..?

=Mejor que mejor.

=Ya.. como que tú...

=Que yo qué..?

=Que tú no te incomodas en vestirte...

=Vaya una incomodidad.! Pero para que no se te quiebren las manecitas, nosotras te serviremos de camareras.

=Eso es, eso es.—dijo Luisa.

=Pero eso no es posible..!

=Vamos á verlo, vamos á verlo.

=Sí, sí; vamos á verlo,—dijo Clara.—Yo la peino.

=Yo la mudo el traje,—dijo Luisa.

=Y yo,—añadió Rosa.—Yo le cambio las medias y los zapatos. Manos á la obra, muchachas..!

=A vestirla, á vestirla..!

No hubo remedio.

Las jóvenes se apoderaron de la morenita y la sentaron enfrente del espejo que estaba encima de la consola.

Clara se puso á peinar los suaves cabellos de María, mientras que Luisa y Rosa entraron á la recámara á disponer el traje para ataviar á su amiga.

Clara acariciaba aquella cabeza aristocrática, y se estasiaba mirando las formas seductoras de María, la que semejante á un niño dócil, se dejaba peinar sin decir una palabra.

A poco rato salió Rosa, y se puso á envolver los piés de la morena en unas medias caladas, encajonándolos despues en sus

zapatitos de raso negro, deteniéndoselos en el tobillo con sus cáligas de espiguilla de seda.

Cuando Clara y Rosa acabaron, Luisa se apoderó de María, y conduciéndola á la recámara se puso á concluir su atavio.

Diez minutos despues salieron á la sala.

Las dos amigas se presentaron abrazadas de la cintura, y sus bellezas de un jénero absolutamente diferente, formaban el contraste mas delicioso que puede imajinar el pensamiento de un poeta.

Luisa, con su pelo rubio, su cútis rosado y sus ojos azules, era la viva imájen de la hermosura evidentemente itálico-española, cuya sangre ardiente y jenerosa circulaba por sus venas.

Y María, con la gravedad y el reposo de sus facciones, representaba vivamente á la raza azteco-mexicana, por la pureza de los contornos de su rostro, por su pelo negro y sedoso, y por la finura y el color moreno de su cútis.

Los trajes tambien contribuian á notar mas la diferencia característica de las dos jóvenes que los llevaban.

Luisa tenia ceñido su cuerpo con una visita de terciopelo negro, sobre la que resaltaba el color rosado de su cútis; y debajo de la visita, se dejaba ver la falda de su vestido de gró color de rosa, con cuyos adornos parecia un perfecto trasunto de las bellezas de Nápoles y de Sicilia; y María llevaba un traje de muselina color de paja, debajo del cual se veían las enaguas esquisitamente bordadas, que usan nuestras paisanas.

Las dos eran hermosas, las dos eran amables; y Clara y Rosa, que las esperaban sentadas en el sofá, no pudieron contener una esclamacion de sorpresa al verlas aparecer en la puerta de la recámara.

=Oh.! Oh.!—dijo Rosa.—No esperaba yo ver este grupito tan seductor.! Están admirables, divinas.!

=Ah.!—esclamó Clara levantándose de su asiento y yendo á sus dos amigas.—Estás encantadora, Luisa... y tú, tú estás inimitable.!

Y las cuatro jóvenes se sentaron en el sofá.

Eran las cinco y media de la tarde.

El sol, que ya se iba perdiendo en el ocaso, bañaba con sus moribundos rayos á la ciudad de los motines, que se llama México.

El cielo estaba despejado, y una brisa leve y fresca embalsamaba el aire.

Los rayos del astro del dia herian las vidrieras del balcon fronterizo al de la casa de María, y reproducian sus reflejos en los vidrios de la ventana de la sala en que estaban nuestras jóvenes, derramando una luz débilmente dorada en medio de la pieza.

Las cuatro amigas se quedaron por algunos segundos mirándose en silencio, hasta que por fin se escuchó la voz de Clara, quien dijo:

=Ya ves, querida María, como no te costó ningun trabajo disponerte.? Nosotras te hemos ataviado, y creo que no del todo mal.

=Bien, bien.!—dijo Rosa.—Confianza por confianza, María. Contesta á Clara lo mismo que te ha hablado.

=Lo único que siento,—dijo María dirijiendo la palabra á Clara,—es, que la primera vez que veniste á casa, haya sido para servirme de camarera... Por lo demas, estoy contenta.

=Así me gusta.!—esclamó Rosa.—Nada de cumplimientos, nada de reverencias. En cuanto á lo mal vestida, Clara ha dicho una solemne mentira, porque estás encantadora... Cáspita.! Te aseguro que Diana se avergonzaria de verte.

=Rosa, Rosa,—dijo Luisa.—De adónde has aprendido...

=Qué, qué.? Eso de Diana.? Qué tonta eres, Luisa.!

=Y por qué.?

=Porque no eres como yo. Escucha: todo cuanto oigo hablar respecto de poesía, lo grabo en mi memoria, porque.. qué sé yo; pero lo cierto es, que procuro no olvidarlo.

=¿Pero á quién le has oído decir...

=Bah.! Lo ha dicho tantas veces D. Hilarion Fernandez cuando se ha hablado de... ja, ja, ja, ja.!

=Pero de qué te ries.?—preguntó María.

=Escucha, amiga mia,—dijo la picarezca Rosa.—Has de saber, que tengo un pretendiente.. y que es poeta.! pero un poeta verdadero, de esos que hacen versos improvisados...

=Rosa, Rosa,—dijo Luisa.—Eres muy perversa.

=No me interrumpas.. Pues, sí señor, es poeta, y se llama.. pero no te digo quién es, porque me lo vas á seducir.

=Si ya lo dijiste,—dijo Luisa.

=Es verdad.! Qué lela soy.! Pero oye, María. Si me lo seduces, te prevengo que hasta ese dia somos amigas.

=No tengas cuidado.

=No, no, no,—continuó Rosa, á quien la risa retozaba en la garganta y no la dejaba tomar el tono hinchado que queria. —No, no, no; es que hablo con formalidad.. Si me lo seduces, tendrás que batirte conmigo á pistoletazos.! ja, ja, ja, ja.!

Y las otras jóvenes no pudieron menos de reirse al escuchar la grotesca ocurrencia de la bulliciosa Rosa.

=Pues señor.. Antes de ayer.. no.. sí.. creo que...

=Por fin, qué sucede.?

=Espera, espera.. Antes de ayer en la tarde que fuí á casa de Luisa, estaba él allí; y en un instante que nos quedamos solos...

=Y qué, qué sucedió.?—preguntó Luisa.

=Aguárdate, mujer. Cuando estuvimos solos, se me quedó mirando fijamente, y yo.. yo tambien le ví.. Despues puso unos ojos muy tiernos, y entonces dije para mi sayo:—"Este "anjelito quiere descolgarse,"—esperemos...

Las demas jóvenes se rieron de oír á Rosa, y ésta continuó:

=Me quieren escuchar.? Cuando le ví tan tierno, bajé los ojos y procuré ruborizarme, al mismo tiempo que contener la risa que pugnaba por reventar en mi boca; y así que me vió con la cabeza inclinada creyó seguramente que no podia resis-

tir su *magnético mirar,* como dice él; y poniendo una rodilla en tierra, de buenas á primeras me declaró que me amaba.—"Linda y encantadora Rosita,—me dijo,—desde el feliz ins-"tante en que ví á usted, sentí en mi corazon un *fuego volcá-"nico, férvido* y *abrasador,* que *calcinó* mi alma y *conmovió* las "fibras de mi cerebro, haciendo *delirar* mi pensamiento y *en-"loqueciendo* mi razon.. Oh.! sí; yo amo á usted, la adoro de "una manera *infinitamente elevada,* y en el *sagrario* de mi men-"te está siempre fija la *silueta* de su hermosura de usted.! Yo "la idolatro á usted *como Antony á su Adela, como D. Alvaro "á Leonor,* y *sucumbiré á la fuerza de mi sino,* si no se compa-"dece usted de mí, y me *liberta* del *infierno* que *consume* el *pe-"ricardio* de mi corazon.!"

=Rosa, Rosa,—dijo Luisa.—Cómo has podido conservar en la memoria una relacion tan larga.?

=Si no es ni la cuarta parte.! Yo le dejé hablar hasta que se cansó, y me dió un rato muy cruel, porque no me podia reir; por fin, me suplicó que le contestara; y yo le dije que sentia infinito que el *averno* lo *consumiera,* pero que me era imposible corresponder á su amor. El se levantó, se dió en la frente con la palma de la mano, y me dijo con tono sombrío:—"Rosita, usted *me hunde en un abismo insondable* de infortu-"nios.. *me sumerje en un dédalo espantoso* de desgracias.. *me "arroja en un laberinto inescrutable* de desventuras.. porque "yo la amo á usted, y sin su amor, *la vida es para mí los de-"siertos de la Arabia, la cueva de Cacahuamilpa, el valle de "Josafat.!* Pero no padeceré mucho tiempo, porque antes de "dos dias *me despacharé á la eternidad, apurando hasta las he-"ces de un tósigo.!"*—No,—le contesté yo.—No, por Dios, no se *suicide* usted.! El iba á responderme; pero á ese tiempo salió Luisa, y concluyó el sainete.!

=Pobre D. Hilarion.!—esclamó Clara.—Cómo te burlas de él.!

=Eres una perversa, Rosa,—dijo Luisa.

=Por qué.? Porque las he comunicado el *íntimo secreto de mi pecho.?* Pues no somos amigas.? Ya saben que entre nosotras no hay misterios.. Ademas, yo tengo que pedirlas consejo. Hilarioncito, el poeta mexicano, me ama, me adora, me idolatra, se desvive por mí.. . Tú no le conoces, María, y por eso voy á hacerte su retrato.. Figúrate un muchacho de veinte años, blanco, delgado de cuerpo, pelo castaño, ojos garzos, cariredondo, frente regular.. de voz ahuecada, que habla con reticencias.. que anda tieso como un morillo.. charla mas que un perico, y mira con proteccion, llevando continuamente la mano sobre el corazon, y.. qué tal el retratito.?

=Rosa, Rosa...

=Como decia, ese jóven jénio que les he retratado, es el que me ama, y yo estoy indecisa entre el temor y la pasion, porque.. yo tambien,—añadió la bulliciosa criatura aparentando avergonzarse.—Yo tambien le amo con toda mi alma.. tambien tengo *un infierno que me consume,* que me.. ja, ja, ja, ja.!

=Eres muy pícara, Rosita,—dijo María.

=Pero escucha,—continuó Rosa.—Hay cosas que causan risa por lo ridículas que son; y te aseguro que no hay nada mas grotesco y risible como un poeta enamorado; y sobre todo, en el instante en que declara su amor á la *elejida de su corazon.*

=Vamos, vamos,—replicó Clara.—Deja de burlarte de los hombres y hablemos de otra cosa.

=Pero de qué quieres que hablemos si no hay de...

=María,—dijo Clara interrumpiendo á Rosa.—A donde fué tu mamá que tarda tanto.?

=No sé; se fué á las cuatro y media...

=Y ya son los tres cuartos para las seis.

=No; acaban de dar las cinco y media.

=Nada de eso,—dijo Rosa sacando su reloj.—Faltan diez minutos para las seis.. y la prueba de ello es que ya se acaba la luz.

=Y mi tia debe estar esperándonos.

=Y lo peor es,—añadió María,—que ya es muy tarde, y que seguramente no las acompañaré.

=Pues no faltaba mas.!—esclamó Rosa.—Irás y muy que irás, porque nosotras no te hemos vestido para que te estés sentadita en el sofá. Voy á asomarme al balcon á ver si parece tu mamá, y en cuanto la vea yo venir te hago bajar la escalera.

Y la juguetona jóven abrió la vidriera y se asomó al balcon.

Volvió la vista á los dos lados de la calle, y de repente se metió corriendo y riéndose como una desesperada.

Habia visto al mayordomo, y su fisonomía horrible y caricata fué lo que la hizo reir con tanta gana.

D. Jacinto se paseaba por la acera de enfrente viendo sin cesar á la puerta de la casa de María, delante de la que estaba la calesa de Luisa.

Cuando Rosa abrió las vidrieras llegaba casualmente frente del balcon, y al oír el ruido se quedó parado esperando ver á la morenita; y así que vió que no era ella, volvió bruscamente la cara y continuó su paseo.

Entonces distinguió Rosa las narices del rostro de Jacinto, y no pudo contener sus estrepitosas carcajadas, las que llegaron á oidos del desdichado, quien creyendo que la jóven se burlaba de él, se la quedó mirando con señales de enojo, lo que en vez de intimidar á Rosa la hizo reir con mas fuerza; y se vió precisada á meterse del balcon, porque las gentes que pasaban no podian menos de fijar la atencion en ella y despues en el mayordomo, quien sin saber lo que hacia y ciego de cólera, se quedó parado y tieso como un poste de esquina, con la vista clavada en la traviesa jóven.

=De qué ries, perversa.?

=Ja, ja, ja, ja.!—Oye, María, qué ese es tu novio.?

=Mi novio.? Cuál.?

=Ese.. ja, ja.. Ese de las narizotas.!

=Por María Santísima, Rosa.!—dijo Luisa.

=Pero qué.? Qué hago.? Porque le pregunto á María si un narigudo que está paseando la calle.. ja, ja, ja, ja.!

=Ah.! qué muchacha.!—volvió á decir Luisa.

=Ah.! qué vieja.!—contestó Rosa.—Con que, dime, María, es tu novio el de las narizotas.?

=No sé de quién hablas...

=Que no sabes de quién hablo.? Pues ven á verlo.. ven, ven.. yo te lo enseñaré.. debe estarse paseando.

=Estate sosegada, Rosa,—dijo Clara.

Pero Rosa, lejos de hacer caso de lo que la decian, volvió á acercarse al balcon aunque asomándose con precaucion para que no la viera el mayordomo, y cubriéndose la boca con el pañuelo para no volver á soltar su estrepitosa carcajada.

Esa precaucion fué inútil, porque D. Jacinto ya no estaba enfrente, sino que habia continuado su paseo.

=Ola, ola.!—dijo la picarezca criatura.—El pretendiente ha abandonado su puesto, y eso no me agradaria mucho, porque...

Y acabó de asomarse al balcon.

=No, no.. sigue paseándose.. allí vuelve, vengan á verlo.

Las otras jóvenes, movidas por la curiosidad, se levantaron del sofá y se dirijieron adonde estaba Rosa.

=Aquel, aquel de la capa.. Dejen que se acerque, y verán qué narices.!

María reconoció con disgusto á D. Jacinto, é iba á quitarse del balcon; pero se contuvo por no dar en qué pensar á sus amigas.

El mayordomo llegó delante de la casa, y volvió á quedarse parado.

En sus facciones se veía un asombro infinito, al mismo tiempo que se dejaba ver su pasion dominante.

Queria mirar solamente á María, y se le presentaron cuatro jóvenes, todas hermosas y elegantemente vestidas.

Su vista vagaba incesantemente de la una á la otra, y su imajinacion febril se deleitaba en contemplarlas.

Las delicadas facciones de Clara, la fisonomía juguetona de Rosa, los ojos azules y rasgados de Luisa, y la hermosura severa de María, hacian vacilar á su pensamiento y se disputaban la preeminencia, no en el corazon, sino en la vista del mayordomo...

=La trigueñita..—decia para sí.—La vivaracha.. la rubia.. María.! María.! Oh.! Todas son hermosas, todas.. todas.. Ah.! Si yo pudiera.. si fueran mias.! si lo fueran.. oh.! oh.!

Mientras tanto, las jóvenes aparentaban no verle, como hacen todas las mujeres cuando les conviene disimular; y Rosa, que estaba junto á María, no cesaba de *darla de codo,* para hacerla notar en el malhadado hijo de Adan que las contemplaba.

La morenita deseaba quitarse del balcon, pero no quiso ser la primera en indicarlo; así es, que bien á su pesar, tuvo que estar sufriendo la presencia del mayordomo, á quien aborrecia.

Este seguia mirándolas tenazmente, y gozando su vista en aquellas bellezas que le deslumbraban...

=Efectivamente,—dijo al fin Luisa quitándose del balcon, cuyo movimiento siguieron las demas.—Efectivamente, tenias razon de reirte, porque es bastante feo.

=Qué bastante,—contestó Rosa cerrando la vidriera.—Es.. es.. Cómo diria Hilarioncito.? *Magníficamente feo.!*

Cuando Jacinto vió que cerraban el balcon, se retiró de la calle paso á paso, y diciendo para sí:

=La rubia y la morena.!

Las cuatro amigas volvieron á sentarse en el sofá.

=Pero es posible, María,—dijo Rosa.—Es posible que te hayas enamorado de semejantes narices.?

=Yo no sé por qué te lo has figurado.

=Toma.! Porque ese hombre pasea tu calle, se te queda mirando, y... pero dile que no sea tan imprudente...

=Quita allá.!—dijo Luisa.—Pues quedaba bien María con...

=Y por qué no.? Nosotras las mujeres tenemos los caprichos mas estravagantes del mundo; y la prueba de ello, es que yo estoy loca... perdidamente enamorada de mi Hilarioncito. Ademas; si María se ha enamorado del de las narizotas, no la culpo, por una razon muy sencilla.

=Cuál.?—preguntó Clara.

=Cuál.? Oh.! Es una cosa muy singular, pero que todo el mundo la sabe.

=Escepto nosotras.

=Porque ustedes son unas tontas, y esto proviene de que no tienen un novio poeta, como yo lo tengo. Ja, ja, ja, ja..!

=Otra vez.! Quieres dejar de reirte á costa de ese pobre hombre, y decirnos por qué no culparias á María en caso de que se hubiera enamorado de ese horrible narigudo.?

=Así diria Hilarioncito,—contestó Rosa.

=Y dale.!—dijo Luisa impaciente.

=Te enojas.! Pues tendrás dos trabajos, porque ya sabes que yo tengo mucha, muchísima calma, y así...

=Dices ó no lo que queremos saber.?—dijo Clara.

=Sí señor; escuchen ustedes. No la culparia yo, porque el pretendiente es narigudo; y las narices grandes, en México y en España, son un distintivo.. qué.! son el mejor, el mas seguro título de nobleza..!

=Ja, ja, ja, ja.!—hicieron todas.

=Eres la mas mordaz de todas las criaturas, Rosa;—dijo María.

=Qué quieres.? Pero en todo caso yo no tengo la culpa.

=Pues quién.?—preguntó Luisa.

=Eso por sabido se calla. Mi adoradísimo Hilarioncito.

=Volvemos á las burlas, Rosa..?

=Pero de quien me burlo..? No digo mas que la verdad.

=Vamos, vamos,—dijo María.—Dejen de hablar de eso, y tomemos el chocolate antes de que se enfrie.

=Tienes razon, amiga mia, tienes razon,—contestó Luisa.

Las bellas amigas se acercaron á una mesita én la que Manuela habia servido el de Caracas.

Aun no acababan de tomarlo cuando llegó la madre de María, y despues de los saludos y los cumplimientos de costumbre, la señora consintió en que Luisa se llevara á su hija á casa de la señora de San Leon, á donde la estaban esperando.

Las jóvenes se despidieron de la viuda, y pocos momentos despues, la calesa en que iban dió vuelta por la calle de San Andres.

Sería la misma hora cuando el mayordomo llegó á su casa murmurando:

=La rubia y la morena..!



XIX.

EL PUENTE DEL PIPIS.

Poco despues de las ocho de la noche, entró Simon en la calle fangosa que se encuentra á la izquierda de la calzada del paseo de la Viga, bajó el puente del Pipis, siguió el paredon de la derecha, y desapareció por una puerta medio arruinada que está al fin de la barda.

Aquella puerta servia de entrada á una pieza cuyas paredes de adobe estaban algo derruidas, y cuyo suelo de tierra era húmedo y lleno de hoyancos: en el centro de la pieza habia una mesa grande, sucia y grasienta; y en el rincon que quedaba á la derecha de la entrada, se encontraba un brasero de ladrillo.

En el muro de la izquierda habia otra puerta por la que se iba á un cuarto grande, tan fangoso como el primero; y en las paredes de esta pieza, menos arruinadas que las de la anterior, estaban colgados multitud de *tompeates* llenos de trapos viejos y mendrugos de pan, canastos con botes de ungüentos, vendas ensangrentadas, tortillas duras, pelucas de viejo y estampas

mantecosas. Por otro lado habia tambien colgadas multitud de muletas, chicas y grandes, gordas y delgadas: en un rincon, y cubierta con tierra, estaba una trampa dentro de la que habia un cajon lleno de instrumentos propios para la jente que los usaba, tales como ganzúas, serrotes, berbinquines, cuchillos, dagas, puñales, reatas, cordeles y pistolas, espadas y formones.

En la parte opuesta estaba colocada una alacena de madera que fué blanca, en la que se hallaban encerradas muchas botellas de *chínguere* (1), rompope, y otros licores buenos para emborracharse, para armar una quimera y para despacharse á los profundos infiernos.

De esta pieza se pasaba á otras cuatro, todas tan miasmáticas como las que hemos procurado describir, y en las que solo se veían multitud de *petates* enrollados y colocados en los rincones.

En la última estancia habia una puerta, que los habitantes de la casa cubrieron por la parte esterior con una lijera capa de lodo, para ocultarla á la vista, y poder servirse de ella en caso de que la policía descubriera el asilo inmundo de los bandidos.

La puerta de que hablamos tenia la salida á unos potreros, limitados á la derecha por el canal de Chalco, y á la izquierda se veía una llanura en la que hay algunas casas diseminadas.

Este tugurio cenagoso lo habitaba una vieja, á quien por lo puerco de sus vestidos y por lo enjuto de sus carnes, llamaban la *Lagartija*.

La frente de esta mujer era chata y comprimida; sus ojos los tenia tan hundidos en las órbitas, que apenas se le distinguian; sus narices eran largas y afiladas; sus mejillas descarnadas y llenas de arrugas; su boca grande y sin un diente; su barba pequeña y huesuda y su pescuezo largo y delgado. Sus

---

(1) Aguardiente.

brazos y sus manos parecian dos disciplinas, y sus piés, enormemente grandes, tenian los juanetes demasiado pronunciados.

La Lagartija no podia menos de inspirar un horroroso desvío á todos los que la veían, escepto á los ladrones, que acostumbrados continuamente á su trato, conversaban con ella, y comian sin asco ninguno los guisos que les condimentaba.

La vieja era el único habitante de la zahurda de que hablamos; queremos decir, que era la única que estaba perennemente en ella, porque los bandidos solo iban allí á reunirse ó para pactar un *mormollo,* ó cuando Simon los citaba á ese lugar, ó cuando algunos de ellos se iban á refujiar en él para escaparse de la justicia que los perseguia.

De ahí es, que la Lagartija era allí el ama, y todos la respetaban como tal, porque en mejores dias sirvió de mucho á los malhechores. Habia sido una *campana,* aunque no como Gerarda, porque ésta fué la primera que elevó su destino á la dignidad de reina; pero sí fué una *campana* que enriqueció pródigamente los bolsillos de los ladrones que, como el tonel de las Danaides, echan por el fondo lo que reciben por la boca.

Y cuando la Lagartija ya no se halló en estado de poder servir, porque su edad la hacia incapaz de soportar el trabajo de una cocinera ó recamarera de casa particular, los ladrones, agradecidos á los servicios que les habia prestado, la jubilaron de su empleo, dándole aquel zaquizamí para que viviera, con la obligacion de recibir en él á todos los *hormiguitas,* y de ocultarlos en caso de que tuvieran que evitar las garras de la *cuajada.*

Hicieron mas por ella. No pudiéndola asegurar una pension, porque los vaivenes de la fortuna lo impedian, la dieron una cantidad suficiente, para que comprara licores y los vendiera á los mismos ladrones, los que por su parte estaban obligados á no hacer el gasto en otra vinotería mas que en la cantina de su tugurio.

La vieja estaba contenta, porque decia que habia asegurado

su suerte, y como fué buena *industriosa,* empleaba las utilidades que le dejaba el *chinguirito,* en hacer algunos guisos que vendia á los bandidos hambrientos; y si por casualidad tenia oculto á algun prófugo y éste estaba *sin medios,* ella le alimentaba bajo la promesa de que le pagaria del primer *mormollo* que hiciera, cuando pasara el riesgo en que se encontraba y pudiera asomar las narices.

El bandido que recibia estos beneficios, cumplia esactamente su palabra.

He aquí una hermandad que no se encuentra fácilmente entre los hombres de bien.

Muchos de éstos conocemos, que ven á sus semejantes en la miseria, y no son para darles un ausilio...

Y los bandidos se socorren mútuamente, mientras que los artesanos, que podian formar una asociacion benéfica para aliviar sus desgracias, no se cuidan de lo que sufren sus compañeros...

No es esto una ironía.?

No es demasiado doloroso ver, que unos hombres pervertidos ejercen la caridad que no desconocen, pero que no quieren practicar los que se llaman honrados.?

Y no es tan solo en estas circunstancias en las que los malhechores se ausilian los unos á los otros.

Cuando alguno de ellos cae en manos de la justicia, sus cómplices procuran que nada le falte en todo el tiempo que dura su prision; y acaso alimentan á la familia del preso mientras éste sale en libertad, ya porque logre *embrollar* á sus jueces, ó porque se fugue de la cárcel.

El dinero, los cigarros, el aguardiente, la comida y hasta la ropa, todo les entra en los calabozos y todo se lo deben á sus compañeros de crímenes; en tanto que el hombre de bien, que por desgracia cae en aquel infierno, se vé privado muchas veces aun del alimento, porque su pobre y honrada mujer apenas puede ganar con que mantener á sus hijos; y eso, deshacién-

dose de la herramienta de su marido y aun de la ropa que trae puesta.

Esto último es en el caso de que la mujer sea verdaderamente honrada, y de que tenga todo el valor necesario para combatir la desgracia y la miseria; pero si ese valor le falta, si sucumbe ante las ecsijencias del hambre, qué sucede entonces.?

Que para obtener *pan*, viola los lazos del matrimonio; y esta violacion acaso trae consigo la prostitucion de una hija, y... y el pobre marido que está preso, aplaca los rigores del hambre con el fruto de su deshonra.!

Y todo, por qué.?

Porque la sociedad, cuya civilizacion es tan celebrada, no conoce la beneficencia mas que en el diccionario.

Porque el gobierno cree seguramente, que su mision no es mas que castigar sin prevenir el mal... y porque muchos, cuyo carácter social les impone deberes muy sagrados que cumplir con sus semejantes, solo se ocupan en atesorar procurando evitar los adelantos de la moral y el desarrollo de la ilustracion.

Y entre nosotros, sobre todo; entre nosotros, en que la relijion dominante es el catolicismo; entre nosotros, que el año de 47 tomaron las armas multitud de personas notables para defender á la relijion; entre nosotros, que se derramó tanta sangre por defender las preeminencias de la Iglesia, no es verdaderamente estraño que no se ejerza la caridad que enseña la relijion por quien combatieron.?

Qué han hecho por la humanidad esa *multitud de católicos* que se batieron tras de las trincheras, cargados de reliquias y de escapularios, é invocando al Dios de los ejércitos.?

Cuáles son las casas de beneficencia que han fundado.?

Adónde están las miserias que han aliviado.?

Cuántos son los *desgraciados verdaderos* que bendicen el motin del 27 de Febrero, porque sus resultados les han sido benéficos.?

Adónde ecsisten los establecimientos de caridad que han

abierto á la humanidad doliente, y que son la espresion mas enérgica de la fé del Salvador.?

Qué han hecho, en fin, por sus semejantes.?

La respuesta es tan concisa como dolorosa.

NADA.

Estamos lejos de condenar á los hombres por sus opiniones; así es, que si los que se pronunciaron el 27 de Febrero obraron segun sus creencias, no hicieron mas que cumplir con defenderlas; pero lo que sí sostenemos y sostendremos siempre, es que no es á balazos ni derramando la sangre humana, como se prueba el entusiasmo del cristianismo.

El tiempo de las cruzadas pasó ya; y hoy, la única manera que hay de mostrarse buen católico, es cumpliendo con las virtudes y las obligaciones que Dios impuso á los hombres para con sus hermanos, es ejercitando esa caridad sublime que el Hijo del Hombre bajó á enseñar al mundo.

Y no es demasiado estraño y lastimosamente ridículo, ver que los que turbaron la tranquilidad pública en 847, tengan que aprender de los bandidos ejemplos de beneficencia y de hermandad.?

El hombre de bien que cae en la prision, debe morirse de hambre, ó soportar la deshonra y el adulterio de su mujer ó la prostitucion de su hija, para tener con que alimentarse en el calabozo, porque no le socorren sus semejantes.

El malhechor que se encuentra preso, lo tiene todo de sobra, porque sus camaradas le ausilian...

Espantosa ironía.!

Y por desgracia, estos males en vez de ir en diminucion, se aumentan sin cesar entre nosotros, porque nuestra sociedad está cada dia mas desmoralizada y pervertida.

Los hombres de nuestros dias viven con el *hoy* sin escudriñar las faltas de *ayer* para evitar los males de *mañana;* y satisfechos con salir del *hoy,* ni se cuidan de lo que los rodea, ni se inquietan por el porvenir.

Y como el pueblo está prostituido y abandonado, no comprende sus deberes sociales, ni tampoco sus obligaciones de cristiano; así es, que la depravacion cunde rápidamente, porque hasta cierto modo la miseria y la falta de caridad la traen consigo.

Acaso todas estas reflecsiones parecerán inoportunas; pero cuando un hombre que ama verdaderamente á su pais y á sus semejantes, echa una ojeada sobre la sociedad en que vive y descubre los contrastes tan sarcásticos como el que hemos notado, no puede menos de conmoverse dolorosamente, y de *intentar* desahogar su pensamiento de las imájenes desgarradoras que lo perturban.

Hemos dicho *intentar*, porque para *lograr* ese desahogo, probablemente se necesitaria toda la vida.......

Continuemos nuestra novela.

En la primera pieza de la casa de la Lagartija y alrededor de la mesa, se hallaban reunidos seis hombres y una mujer que tenia en brazos á una criatura quien dormia profundamente.

Algunos platos de barro sucios de chile, una cazuela y varios vasos que despedian el olor del aguardiente, demostraban que los facinerosos habian acabado de cenar, y fumaban tranquilamente sus cigarros.

La mujer tendria unos treinta y tres años, y en sus ojos avinados y en su cara abotagada, se conocia inmediatamente que la embriaguez era su vicio favorito.

La Lagartija estaba sentada cerca del brasero y bostezaba de cuando en cuando, arrojando un tufo fétido é insoportable.

Una vela de á medio puesta en un candelero de barro y colocada encima de la mesa, era la única luz que alumbraba la estancia, cuyas paredes negruzcas opacaban sus reflejos, haciéndola vacilar los chiflones de aire que se colaban por las hendeduras.

El cielo estaba encapotado y la noche lluviosa, sin que nin-

gun relámpago iluminara de tiempo en tiempo la densa oscuridad de que se habia revestido el firmamento.

Los malhechores estaban silenciosos, y la mujer cabeceaba vencida por el sueño y atontada por el aguardiente.

=Caramba.! Cómo llueve, *capataz*.!—dijo uno de los malhechores.

=Y es agua de toda la noche,—contestó el Enano.

=Mejor para nuestro negocio,—replicó otro.

=Pero lo malo es,—dijo el Enano,—que no acaban de llegar los *golosos*, y que ya dió la oracion.

=Ni tio Simon parece todavía.

=Y á ese es necesario esperarlo,—añadió el Enano.

Volvieron á quedar en silencio, y la mujer siguió cabeceando.

La lluvia se desprendia de las nubes causando un ruido ténue al caer sobre la tierra, y el aire silbaba entre los agujeros de la pared.

De repente, la mujer que dormitaba dió con la frente un golpe encima de la mesa, y levantó azorada la cabeza.

=Pascuala.!—gritó el Enano.—No te duermas, porque si se te cae mi hijo te rompo las costillas, entiendes..?

=No.. no..—replicó la soñolienta Pascuala.—No me duermo, no tengas cuidado.. que no se caerá el muchacho...

=El muchacho..! A ver si no llamas muchacho á mi hijo, *Rota* maldecida, porque te va mal conmigo.

=Bueno.. bueno.. no te enojes..—respondió Pascuala bostezando.—No lo llamaré muchacho.. lo llamaré mi hijo.. aunque no es mio sino de no sé qué perra.. que te encontraste...

=Hija del demonio..!—contestó el Enano.—A tí lo que te toca es cuidarlo, porque de lo contrario, verás como te va... debes quererlo, porque para eso vives conmigo y eres mi *piusa* (1).

---

(1) Querida.

=Sí, sí; hombre... no digo que no... no te incomodes.

=Bueno, bueno; pues no te duermas y *callencas* (1).

Otro nuevo silencio volvió á establecerse en la pieza, y durante mucho tiempo no se oyó mas que el chasquido de la lluvia.

Pascuala *la Rota*, cuyo nombre la dieron los bandidos porque pertenecia á una familia decente, seguia dormitando á pesar de las amenazas de su *amasio* (2); y el Enano, preocupado con la tardanza de sus camaradas, se olvidó de su querida y de su hijo.

Los minutos transcurrian y nadie llegaba, lo que empezaba á inquietar á los que esperaban, pues todos debian de ir directamente al Puente del Pipis, despues de haber abandonado la pulquería de la Bola, donde Jarilla mató á Cuatro-labios.

=Ca... nario..!—dijo el *Enano*.—Ninguno llega, y lo que siento es que se hace tarde y no tomamos las disposiciones.

=Pero aunque vengan los otros *golosos*,—replicó otro,—siempre tenemos que esperar al tio Simon; porque sin él no podemos hacer nada... Malditos sean..!

=Eh..! Lagartija,—gritó el *Enano*.—Lagartija..!

=Qué se te ofrece, *compadre*..?—Respondió la vieja.

=Dame un cuartillo *de arriba y abajo*.

La vieja se paró pacienzudamente, y dió al Enano un vaso de aguardiente mezclado de refino y rebajado.

El bandido dió algunos tragos y fué á pararse á la puerta.

Los otros malhechores vaciaron el vaso.

Pascuala seguía durmiendo tan profundamente, que se la habría creido muerta, si no hubiera sido por los estupendos ronquidos que ecshalaba, despidiendo un olor de sentina en cada uno de ellos.

---

(1) Silencio.

(2) Querido.

El Enano que estaba parado en la puerta, daba repetidos golpes con el pié en señal de impaciencia, y de cuando en cuando apretaba los puños y murmuraba una maldicion.

La Lagartija habia vuelto á sentarse cerca del brasero y seguia bostezando.

La Rota, en un movimiento que hizo en medio de su sueño, dió un fuerte cabezazo contra la mesa, el que llamó la atencion de su *amasio,* quien fué adonde estaba Pascuala, y la dió un puñetazo tan fuerte que la arrojó al suelo.

=Ca... nario..! No te dije que no te durmieras..?

=Pero si... yo... no tengo la culpa...

=Que no tienes la culpa..? Mal rayo..! Levanta á ese niño y á ver como lo callas, que me aturde..!

Efectivamente, el niño lloraba fuertemente, pues el golpe que recibió al caer le habia lastimado la cabeza.

Pascuala se levantó, lo tomó en brazos y se puso á pasearlo; pero se bamboleaba al andar porque estaba ébria perdida.

=Siéntate, condenada..!—gritó el Enano.—Te has bebido mas de dos cuartillos y vas á caerte con mi hijo... Siéntate pronto, ó te hago pedazos las costillas..! Vamos..! pronto..!

Pascuala iba á sentarse en la silla; pero el bandido se lo impidió.

=No en la silla,—la dijo.—En el suelo, para que si te duermes no vuelvas á caerte, hija del diablo..!

La Rota se sentó en el suelo y se puso á arrullar al niño.

=Por vida de los infiernos que ya me vas *cargando* (1), y estoy por dejarte y buscar otra *amasia..!*

=Vamos, vamos, Enano,—dijo uno de los camaradas.—Cállate y deja á Pascuala... lo que importa es lo que importa... deja de *peliarte* con la *Rota,* que para eso te sobra tiempo, y...

---

(1) Fastidiando.

=Pero hombre, no ves que esta *chupaguindas* (1) va á matar á mi hijo..? A ver si te limpias la sangre de la frente..!

Pascuala se enjugó la sangre con la punta de su rebozo, y siguió arrullando al hijo del Enano.

Este último volvió á pararse en la puerta.

Hacía algunos minutos que estaba viendo ácia el Puente, cuando vió que lo bajaban tres hombres montados á caballo.

=Allí vienen unos,—dijo hablando á los demas, los que se levantaron de la mesa y se acercaron á la puerta, al mismo tiempo que los de á caballo saludaban al Enano.

=Buenas noches, Chaparrito,—dijo uno de ellos.

=Buenas noches, Manos-Largas. De donde llegas que vienes en pies ajenos..?

=Vengo de Toluca.

=Y á qué fuiste..?

=A *dormir á uno,* y de paso á robar la dilijencia.

=Y estuvo bueno el *mormollo..?*

=No mucho... Importará trescientos pesos.

=*Es una baba...!* (2) *Ya no se dejan* (3) los pasajeros. Dentro de poco van con lo que llevan encima. Y adonde la *atajates..?*

=En las Maromas.

=*Y no quisieron hacerse sombreros..?*

=Uno no mas; pero á ese lo amarré codo con codo, lo acosté boca abajo y le puse una piedra encima. Pero déjennos entrar, no vaya á pasar un *brujo* (4) y nos quiera quitar los caballos y llevarnos á la *Tlalpiloya* (5).

Los facinerosos entraron y condujeron los caballos al corral.

---

(1) Borracha.

(2) Eso no vale nada.

(3) Ya no son huajes.

(4) Sereno.

(5) La cárcel.

Otros bandidos llegaron sucesivamente, entre los que se encontraban los que fueron con Manos-Largas á Toluca.

Cuando ya estuvieron reunidos, el que los habia capitaneado hizo que la Lagartija les diera de cenar; y la asquerosa vieja puso sobre la mesa una enorme cazuela de *tlemole,* otra de frijoles, una porcion de pan y de tortillas frias, y muchos vasos llenos de aguardiente, de rompope ó de licores.

Los malhechores se rodearon de la mesa, y en dos por tres devoraron la cena que tenían delante, y vaciaron los vasos que les puso la Lagartija, haciendo que se los llenara de nuevo, y bebiendo el líquido á tragos, interrumpidos por las fumadas que daban á sus cigarros.

Pascuala, sentada en un rincon seguia durmiendo; y el Enano, entretenido con sus compañeros, volvió á olvidarse de su *amasia,* á quien un momento antes había golpeado.

La Lagartija recojió los trastos, llenó los vasos otra vez, y se fué á sentar junto del brasero.

Los malhechores siguieron fumando, bebiendo y hablando de sus *mormollos* hechos y por hacer, figurándose los dias tan buenos que tenían que pasar con el dinero robado.

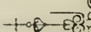
=A ver aquí mis *golosos,*—dijo Manos-Largas.—Vamos á repartir lo que les quitamos á los de la dilijencía.

Cada uno de los que acompañaron á Manos-Largas, fué sacando de los bolsas, del seno y de otras partes, el dinero y las prendas robadas á los pasajeros, sin que ocultaran ninguna cosa de todo cuanto habian cojido.

Manos-Largas contó el dinero, y se puso á hacer la distribucion de la manera mas equitativa del mundo.

=Trescientos cinco pesos en plata,—dijo.—Nos tocan á... treinta pesos á cada uno... vayan cojiendo.

=No,—dijo uno de sus compañeros.—Nos toca á treinta pesos cuatro reales... Haz bien la cuenta, Manos-Largas.

=Es verdad,—dijo el último despues de un momento.—A treinta pesos cuatro reales... Cojan su parte.

Los malhechores hicieron lo que dijo su *capataz,* y éste prosiguió:

=Dos fraques... dos chaquetas de paño y tres de dril... seis corbatas... cuatro chalecos... cuatro túnicos... unas *naguas...* A ver, á ver; repártanse ustedes todo eso... yo no quiero nada... pero sí... dénle las *naguas* á la Lagartija, y cójanse lo demas.

Los otros dejaron la mesa y se tendieron en el suelo para repartirse la ropa, despues de haber dado las enaguas á la Lagartija.

El reparto se hizo echando suertes con una baraja, porque como las prendas eran diferentes, quisieron quedar contentos.

Cuando concluyó la distribucion, se rodearon de la mesa y se pusieron á jugar á los albures, el dinero que con tan poco trabajo acababan de ganar.

En esto se hallaban entretenidos cuando llegó Simon.

=Eso es, eso es... diviértanse, hijos mios, diviértanse... para eso se hizo la vida... Reniego..!

=Buenas noches, tio Simon.—Dijeron todos los bandidos rodeando al Hombre-Mómia.

=Buenas noches, condenados..! Cómo vá la vida, Manos-Largas..? Parece que no del todo mal, no es verdad..?

=Ya se vé que no.

=Qué hubo de mi encargo..?

=Lo cumplí.

=A ver, á ver. Cuéntame como estuvo.

=Llegamos á Toluca... le *ispié...* me estuve parado desde la oracion en la boca del portal, frente de la puerta de la sociedad, le ví salir, me fuí tras de él, y cuando acabó de pasar el primer callejon de Jácome, le dí un *trastazo* tan bueno, que le *completé...* Luego lo rejistré, y le saqué un poco de dinero que llevaba, su *relós* y esta cartera.

Simon cojió la cartera, y despues de haberla abierto, sacó de ella una carta que leyó en alta voz.

=“México, 14 de Julio.—Querido amigo. Te suplico que “apresures tu vuelta, porque mi madre se muere y quiero que “tú sustituyas como mi tutor, á D. Jacinto Enriquez, á quien “no sé por qué motivo aborrezco de muerte.—Te espero lo “mas pronto posible, y mientras tengo el gusto de abrazarte, “recibe el afecto que te profesa tu amigo:—*Hipólito Romero.*”

=Cáspita..!—dijo Simon.—Pues la cosa era cierta.

=Estás satisfecho..?—Preguntó Manos-Largas.

=Sí, y vas á estarlo tú. Toma,—añadió contándole los doscientos cincuenta pesos que le restaba,—ya estás pagado..?

=Sí; y qué hubo de los veinte mil..?

=Todavía no lo sé; pero lo sabremos en cuanto venga Macedonio. Ven acá tú, Enano..! Están aquí todos tus *golosos,* hijo de todos los diablos..?

=No; me faltan tres, y uno de ellos es Macedonio.

=No debe dilatar, porque no mas fué á curar á Jarilla.

=Pues qué, lo *enfermaron..?*—Preguntó Manos-Largas.

=Sí; pero él *le completó* á Cuatro-labios.

=Qué, qué..?—Preguntó admirado Manos-Largas.

=Como lo oyes. *Le completó sin remedio.*

=Caramba..!

=Con que escucha tú, Enano. El *compadre Plutarco* avisó que su amo se fué hoy para Tacubaya; pero que se quedan en la casa dos mozos que llegaron de la hacienda, y por esto no puede abrir la puerta, pero dejará emparejado el balcon, para que por él hagan el *mormollo...* Conque toma tus disposiciones.

=Por fortuna,—respondió el Enano,—todos los que vamos somos buenos *ladrillitos* (1), así es que no nos importa. Eh! dijo despues hablando á sus *golosos.*—Habilítense de reatas y de ganchos, para que luego luego que llegue Macedonio...

---

(1) Buenos escaladores.

=Presente..!—dijo éste entrando al tugurio.

=Ola, ven acá, *mañoso* (1) del infierno. Qué hubo de lo de la calle del Padre Lecuna..?

=Hice lo que me dijiste... Compré el escapulario, se lo fuí á echar al muerto y *olí el queso* (2).

=Y qué tal..?

=Muy bueno.—No hay allí mas que una muchacha bonita y una vieja que es su tia... el dinero, ó está debajo de las vigas, ó en una cómoda de madera que se vé á los piés de la cama... Cuando entré y ví al difunto, me puse á rezar la estacion luego que le eché el escapulario... Despues metí conversacion con la vieja, y me dijo que buscaba una criada... yo se la ofrecí, diciéndola que habia servido en casa de D. Jacinto Enriquez, y la abuela se quedó contentísima; y me encargó que no dejara de mandársela, porque habiendo servido en casa del mayordomo, debia ser cosa muy buena..!

=Eres un gran tuno, Macedonio. Qué número es la casa..!

=Diez y siete. El primer cuarto de la derecha, porque el de la izquierda que está cerca del zaguan, es el del casero.

=Eso es saber jugar..! Toma esto por ahora,—dijo Simon dando á Macedonio cinco pesos que traia.—Ahora *al arroz* (3) de esta noche.

El Enano y sus *golosos*, se cubrieron los rostros con unos pañuelos, de modo que solo se les veian los ojos; tomaron sus instrumentos, y se pusieron á jugar albures mientras daban las doce de la noche, para ir al Puente del Pipis y saltar dentro de dos canoas que los esperaban.

Pascuala siguió durmiendo y la Lagartija sentada junto al

---

(1) Nombre que los ladrones se dan entre ellos.

(2) Observé la casa.

(3) Al robo.

brasero: los demas bandidos se retiraron á las piezas interiores, para descansar del viaje y para esperar á sus compañeros.

Simon salió del tugurio con intencion de ir á casa de D. Jacinto.

La lluvia seguia cayendo.

Eran las nueve.



XX.

LA VIVIENDA INTERIOR.

Como dijimos en el capítulo XIII, la familia de Antonia ocupó la vivienda interior de la casa del mayordomo, el mismo dia que éste acompañó al sepulcro á los restos de la madre de Hipólito.

Procuraremos describir las habitaciones de Antonia, por lo que pueda interesarnos para la continuacion de nuestra obra.

Acabado el segundo tramo de la escalera, ésta se dividia en dos; el de la derecha llevaba á la vivienda del mayordomo, y el de la izquierda conducia á la interior.

A un paso del porton y á mano izquierda, se hallaba un pasadizo por el que se entraba á la azotehuela, y algo mas allá del pasadizo habia una puerta que llevaba á la sala, mas larga que ancha, la que tenia en la cabecera principal una ventana con reja de hierro.

Dos puertas, una á la derecha y otra á la izquierda, daban paso, la primera al comedor, del que se pasaba á un gabinetito por una puerta que tenia al frente, y por otra de la izquierda á la cocina que tenia salida á la azotehuela, y una entrada tambien á la izquierda, para dos piezas que podian servir de baño y de despensa.

Por la puerta que habia á la derecha de la sala, se entraba á dos recámaras bastante amplias, teniendo la primera un par de ventanas que daban al patio, y la segunda otra que caia sobre las azoteas de las casas vecinas.

Las demas piezas tambien tenian sus ventanas enrejadas de hierro y envidrieradas, escepto las de las dos que se seguian de la cocina, las cuales solo tenian un barandal de palo.

Como debe suponerse, esta vivienda era demasiado amplia para la reducida familia que la ocupaba, que solo la formaban Antonia, su hermano, la madre y la criada que los servia.

Ignacio dormia en la primera de las recámaras, y su hermana y su madre en la segunda; porque D. Jacinto dijo á la señora que no debia abandonar el cuidado de su hija, y que la colocara en la mas retirada de las piezas para evitar alguna desgracia.

Desde entonces la madre y la hija dormian en un mismo lecho.

Las costumbres de la familia eran muy sencillas.

Se levantaban á las seis de la mañana é iban á misa acompañados del mayordomo: despues de haber cumplido con esta devocion, volvian á desayunarse, é Ignacio salia á desempeñar su obligacion de cobrador de casas, mientras que la madre y Antonia se ocupaban en los quehaceres domésticos hasta la hora de comer, pasada la cual, se ponian á coser ajeno para ayudar á Ignacio á soportar los gastos de la casa.

Esta ocupacion duraba hasta las cinco de la tarde, á cuya hora, la hermosa jóven se entretenia en limpiar y regar las macetas que tenia colocadas en el borde del corredor.

A la oracion volvia Ignacio de su destino, tomaban chocolate, y ya no volvian á salir de casa hasta otro dia.

No recibian mas visitas que á D. Jacinto, quien despues de cenar en la Gran Sociedad, iba á casa de sus vecinos; y al dar la plegaria les acompañaba á rezar la estacion por las benditas ánimas del purgatorio; y despues se ponia á leer algunos capí-

tulos del Año cristiano, del Nuevo Testamento, ó la vida de algun mártir de la cristiandad.

Esta costumbre duraba por lo regular hasta las once de la noche; y despues, D. Jacinto se despedia de la familia y todos se recojian.

He aquí la vida cotidiana de nuestros personajes, la que no se interrumpia por nada de este mundo.

El mayordomo, mas hipócrita cada dia, cultivaba la amistad de la familia de Antonia, halagando los gustos y las preocupaciones de la señora, la que respetaba á D. Jacinto por su fama y su virtud aparentes.

Ignacio, por su parte, estaba loco de contento, tanto por vivir en una casa tan amplia y tan barata, como porque el gazmoño le tenia prometida una colocacion mejor que la que disfrutaba.

Solo Antonia, cuyo carácter era superior al de su madre y al de su hermano, y cuyo temperamento ecsaltado le hacia entreveer mas allá de las apariencias, desconfiaba del mayordomo y le profesaba el mas completo desvío que puede imajinarse.

Ademas, Antonia tenia un talento despejado, aunque no muy cultivado, porque apenas habia logrado leer uno que otro libro de los que contribuyen á desarrollar las facultades intelectuales; pero tenia talento, y reunia á él un carácter reservado, una alma vigorosa y un buen gusto esquisito, de ahí es, que la cara grotesca del mayordomo le inspiraba una repugnancia vivísima, y un desprecio concluyente.

Antonia nació en la ciudad de Iguala: su naturaleza nerviosa y sanguínea la conmovió demasiado temprano, y deseaba casarse ó tener un hombre á quien hacer dueño de sus hechizos; pero no queria ni un hombre feo ni mucho menos vulgar, sino un hombre que tuviera bastante imajinacion para deslumbrarla, y que fuera bastante atrevido para menospreciar como ella las preocupaciones y el *qué dirán* de las jentes. Poco le importaba llamarse *esposa ó manceba;* lo que queria era encontrar

uno á quien amar y quien la amara, con todo el fuego que sentia en su sangre; y estaba decidida hasta á abandonar á su familia el dia que hallara á ese hombre, si se oponian obstáculos á sus deseos.

Tal era la resolucion de Antonia, estraña en una jóven de diez y ocho años, si se piensa en su poca edad y en las escasas luces de su instruccion; pero esta estrañeza desaparece, si se advierte en que sus decisiones no eran hijas del corazon, sino del ardiente pensamiento de Antonia, conmovido por la naturaleza, mas poderosa que toda la instruccion, las reflecsiones, y á veces mas que las virtudes.

La jóven se burlaba de las preocupaciones del mundo sin conocer al mundo: sabia que esas preocupaciones ecsistian, y esto le bastaba para despreciarlas.

Su carácter orgulloso no sufria mas dominacion que la de su madre; y aun algunas ocasiones se revelaba contra ella, conociendo que hacia mal, pero haciéndolo con todo este conocimiento.

Cuando se ponia á pensar en las maldades de los hombres que oía contar al mayordomo, y en la humillacion que atraen sobre las mujeres, no respecto del mundo, sino respecto de la dignidad femenina é individual, Antonia se conmovia hasta un grado estraordinario; y juraba, que si alguna vez llegaba á burlarla un hombre, habia de pagar muy caro su osadía, porque la venganza que tomara del ultraje que la hiciera debia ser muy tremenda.

Una de las causas que contribuyeron mucho á impulsar la fogosidad y la despreocupacion de la jóven, fué la lectura del Leon Leoni de J. Sand, que por una verdadera casualidad cayó en sus manos.

La pasion ciega y absoluta que Julieta Ruyter, heroina de la novela, profesaba á Leoni, hizo una huella profunda en la imajinacion demasiado impresionable de Antonia.

Admiraba la constancia ilimitada de esa mujer; y aunque



vituperaba su paciencia en sufrir la humillacion que le impuso el baron llevándola á casa de la princesa su querida, no podia menos de confesar que la hermosa manceba habia amado con delirio; y deseaba amar como ella, con la diferencia de que se vengaria indudablemente del primer agravio que recibiera, si éste ajaba la soberbia de su condicion.

El sueño y la mañana la sorprendian pensando en la novela de la condesa Dudevant, ó formando en su fantasía los jardines floridos de un amor sin mas lazo que la voluntad, sin mas respetos ni miramientos que los que se deben recíprocamente dos personas que se adoran.

Arrojada sobre su lecho, con los ojos abiertos y fogosos, y mordiendo con sus pequeños y esmaltados dientes la yema del índice de su mano izquierda, la hija del Sur pensaba todas las noches en esa vida y en ese amor; y fascinada hasta el estremo de ver y sentir lo que pensaba, se dormia mecida en sus ilusiones, para despertar pensando en ellas.

El encierro en que forzosamente vivia, sin tener mas trato que el de su madre, su hermano, y el mayordomo, á quien aborrecia, aumentaban mas la violencia del deseo que tenia de tratar y conocer á otros hombres, para elejir de entre ellos al dueño de su alma y de su vida.

No salia mas que á misa; de ahí es, que no veía mas calle que la de su casa, ni concurria á mas parte que á la parroquia de San José; y el único placer de que disfrutaba, era el de aspirar continuamente el aroma vívido y lascivo que ecshalaban los cálices de sus flores.

Con semejante ecsistencia y con los pensamientos que acabamos de indicar, no es estraño que Antonia se hubiera formado la resolucion tan atrevida y ecsijente que hemos referido.

Si hubiera conocido algo mas al mundo, si hubiera frecuentado un poco la sociedad, acaso, conociéndola mejor, no se hubieran apoderado de su mente esas ideas llenas de voluptúosidad que podian conducirla á su completa perdicion.



Pero la privacion del trato de las jentes unida á la lectura del Leoni, y al ensimismamiento de su imajinacion viva y precoz, ocasionaron en ella la revolucion inmatura de sus facultades.

El mayordomo, por su parte, habia conocido el carácter y las disposiciones de Antonia; y comprendiendo el desden con que ella le veía, y el orgullo desmedido que tenia, calculó que le era imposible conquistarla por amor, y resolvió apoderarse de ella de otra manera: al efecto, disimuló mas y redobló sus precauciones de piedad y de hipocresia, para que no sorprendiera ninguno el secreto de sus proyectos.

La belleza inimitable de Antonia le quitaba el sueño, y el desprecio con que le trataba aguijoneó su pasion de tal modo, que no se acordaba de María mas que cuando pasaba por la calle de Vergara, ó cuando por casualidad la encontraba en otra parte.

Hemos dicho que todas las mañanas iban á misa, y que D. Jacinto las acompañaba.

Cuando volvian, el mayordomo se entraba á su vivienda, y no volvia á salir sino hasta la oracion que iba á cenar, de donde venia á casa de sus vecinas, retirándose de ella á las once, despues de leer algunos capítulos de la vida de un santo.

Durante el dia se sentaba delante de la puerta de su antesala, la que como recordarán los lectores, quedaba precisamente enfrente del corredor de la habitacion interior; y desde el lugar en que estaba sentado, veía á Antonia cuando regaba sus macetas, y cuando acercaba á las aromáticas flores las rosadas ventanas de sus narices.

Otras veces se subia á la azotea antes de las cinco de la tarde; y yéndose del lado opuesto á la puerta de la sala, se paraba á una distancia desde donde podia ver sin ser visto, y contemplaba arrobado á la hechicera jóven que estaba entretenida en su costura.

En una de esas ocasiones en que Antonia no estaba en el lugar que acostumbraba, dió el mayordomo repetidas vueltas por la azotea; y no hallándola por ninguna parte, se dirijió ácia el lado por donde se veía la azotehuela, y se quedó petrificado de sorpresa.

Antonia estaba sentada en el borde del lavadero, y se enjugaba los piés en la pileta del agua; y como esta operacion no podia efectuarse sin recojer un poco el vestido, la jóven, que ni siquiera sospechó que podian verla, descubrió hasta la mitad de unas piernas blancas como el mármol, y torneadas de una manera sin igual.

Sus piecesitos de alabastro, veteados de azul bajo por la sangre de sus venas, jugueteaban en el agua, mientras que la distraida jóven se entretenia en devanar una madeja de seda carmesí.

El mayordomo, inmóvil como un busto, veía embebecido á aquella criatura que, como la Vénus marina, hollaba el elemento cristalino; sus ojos no se saciaban en mirarla, y su cuerpo se estremecia de placer.

Mas de un cuarto de hora duró esta situacion, hasta que Antonia enjugó sus piecesitos y los ocultó entre los pliegues de su ropa.

Entonces, D. Jacinto se retiró del lugar en que estaba, bajó de la azotea y salió á la calle para distraerse un poco, respirar el aire libre y amortiguar algo la fiebre que le devoraba.

Al otro dia de este suceso, fué cuando el padre Anselmo habló con el hipócrita sobre la suerte de Inés, y cuando éste último, de vuelta de ver á Simon pasó por la casa de María y conoció á la linda Luisa.

Los lectores conocen ya la impresion que la vista de la morena y de la rubia hizo en el ánimo de Jacinto, y saben que cuando entró á su casa, dominado aún por su reciente emocion, murmuraba:

=La rubia y la morena.!

Pero esta idea se desvaneció de su cerebro, cuando al llamar al porton de su casa, volvió la cabeza y vió á Antonia que regaba sus macetas.

El sol se habia ocultado completamente, y el crepúsculo de la tarde era la sola luz que alumbraba el corredor de la casa.

Antonia estaba entre sus flores; y mientras que con una mano vertia el agüa sobre la raiz de las plantas, con la otra quitaba una hoja seca, ó deshacia un boton comenzado á destruir por el gusano.

En semejante ocupacion parecia una Naféa, que á la entrada de la noche cuidaba la vida y la hermosura de las flores fragantes de su selva.

El mayordomo entró á su gabinete y se arrojó en el sillon.

Los recuerdos del dia anterior unidos á lo que acababa de ver, despertaron con mas fuerza en su imajinacion la pasion que sentia por Antonia, y se puso á calcular los medios de poseerla.

Conoció que la persuasion era un medio muy insignificante para conquistar aquel corazon que le odiaba; y que por muchos sacrificios, por muchas humillaciones y por mucho amor que la mintiera, todo seria inútil, y todo se estrellaria delante de los desdenes que Antonia le prodigaba sin cesar.

Con el dinero.?

Tampoco podia lograrlo, porque la jóven era orgullosa, y no sufriria la ofensa de creerla capaz de vender sus gracias; de ahí es, que esto serviria para aumentar mas su desvío y hacer menos imposible la consecucion de su objeto.

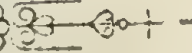
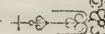
Habia mas aún.

De cualesquiera de estas dos maneras que intentara seducir á Antonia, no conseguiria mas que el desprecio, la burla, y hasta el ridículo en que lo pusiera la soberbia criatura.

Le quedaba un medio.

La fuerza.

Y no hay duda; la fuerza es la mejor lógica; pero el mayordomo tenia atadas las manos.

No podia usar de la fuerza, porque Antonia se defenderia como una leona; tal vez huiria de la casa, y publicaria por todas partes el suceso, destruyendo de este modo su reputacion de hombre virtuoso, y de varon justo y santo.

Ademas, aun cuando no fueran otros temores, le era absolutamente imposible abusar de su físico, porque Antonia nunca estaba sola: la madre no se separaba de ella, y el mismo mayordomo tenia la culpa de la vijilancia que la señora ejercia sobre su hija.

Esto lo desesperó.

=Si yo no hubiera obrado así.. tal vez.. quién sabe.? Acaso á la hora de esta ya fuera mia.! Pero soy un imbécil y bien merecido tengo todo lo que me sucede.! Quién me mete á mí á dar lecciones de santidad, á las madres que tienen hijas tan bonitas como Antonia.? Al contrario.. yo debia decirlas que no hay nada mas hermoso que los placeres del mundo.. Sí.. sí.. yo debia hacer eso, y no ponerme á predicar como un fraile, y á rezar como un beato.! Qué imbécil.. Qué imbécil soy.!

Y se mordia los puños acosado por la cólera.

Despues continuaba.

=Ahora, lo que precisa es, deshacer lo hecho.. buscar los medios de apoderarme de Antonia, de grado ó por fuerza, aunque para lograrlo me sea necesario matar á la madre y al hermano.! Matar á la madre.! Al hermano.! Oh.! qué idea... Simon.! Simon.! Yo necesito á ese Tiñoso para que me aconseje.. Y ya es tarde.. muy tarde para que le encuentre... Oh.! Si viniera.. le recibiria con los brazos abiertos.. Pero, sí.. esta noche debe traerme la noticia de lo que sucedió con el Lic. Rodriguez.. Debe venir.. Oh.! sí.. es preciso que venga.. porque lo necesito.. mucho.! porque si no viene, voy á amanecer muerto.! Señora Gervasia.!

El ama de llaves entró al gabinete.

=Si mientras voy allí enfrente viene el hombre de la cabeza amarrada, me manda usted llamar inmediatamente.

=Está bien, señor; será usted obedecido.

El mayordomo pasó á la vivienda interior.

Eran las ocho, y cuando entró á la sala, la familia se disponia á rezar la estacion por las ánimas del purgatorio.

D. Jacinto se arrodilló devotamente y rezó las oraciones como acostumbraba; es decir, con la mayor seriedad y compuncion.

Concluido el rezo, siguió la lectura del *Flos Sanctorum;* pero el mayordomo, inquieto con los pensamientos que acababa de tener, se interrumpia muy á menudo, lo que maravilló á sus oyentes.

=Señor D. Jacinto,—dijo el bueno de Ignacio.—Estoy observando que está usted distraido. Acaso se halla usted enfermo.?

=Sí, sí;—dijo el mayordomo cerrando el libro.—Me duele un poco la cabeza, y no puedo leer ahora.

=Pues lo dejaremos para otro dia, señor D. Jacinto,—dijo la madre de Ignacio.—Al fin una noche no es nada, y su salud de usted...

=Es muy preciosa para nosotros,—dijo Ignacio.

=Mil gracias; pero yo no merezco tantas atenciones...

=Oh..! Sí señor,—continuó Ignacio.—Usted merece el aprecio de todas las personas, porque es usted un hombre filántropo y benéfico; porque sabe usted dirijir una mirada sobre los desgraciados y ausiliar á cualesquiera que tiene necesidad de sus socorros.

=Señor D. Ignacio...

=Nosotros somos una prueba de esa caridad,—añadió la señora.—Usted recibió á mi hijo de la manera mas cordial, y cuando supo usted la pobreza en que vivimos, rebajó la renta de la casa evitándonos la molestia de ocupar á un fiador, y dando á mi hijo consejos para que cuidara á mi Antonia, que es

mi único tesoro.. Usted nos hace pasar unas noches deliciosas leyéndonos la vida de los santos, ó el Evanjelio de Jesucristo.. Usted, en fin, ha ofrecido á Ignacio darle una colocacion mucho mejor que la de cobrador de casas, y...

=En efecto,—dijo el mayordomo repentinamente iluminado.—En efecto; usted me recuerda una promesa que se me habia olvidado. Cuánto gana usted en su destino, amigo Ignacio.?

=Cuarenta y cinco pesos.

=Y qué casas cobra usted.?

=Las del convento de Betlemitas.

=Las del convento de Betlemitas.! Oh.! Sin saberlo, me va usted á ayudar á hacer un bien, amigo mio.

=De veras.? Cuánto me alegraria.!

=Sí, sí; dígame usted. En una de las accesorias pertenecientes á ese convento, viven dos señoras, que son madre é hija...

=Cabalmente deben dos meses de casa.

=Oh.! Ya me lo figuraba yo. Son unas pobres que se mantienen de coser ajeno, y que apenas ganan para vivir.

=Es posible.?—preguntó la señora.

=Sin duda. Yo he intentado socorrerlas varias veces; pero son algo orgullosas y no han querido admitir mis beneficios, seguramente porque creerian que era una limosna que las ofrecia; pero si usted quiere, podemos aliviar su miseria.

=Dígame usted qué es preciso hacer para ello.?

=Una cosa muy sencilla. Que no les cobre usted la casa.

=Pero...

=Comprendo lo que me va usted á decir. Yo pagaré los recibos para que no le falte á usted el dinero de su cuenta, y espero que usted hará lo que le pida.

=Indudablemente, señor D. Jacinto.

=Es una cosa muy sencilla.

=Cuál.?

=Que ni siquiera se presente usted á ellas, y mucho menos que sepan que yo pago la renta.

=Pero no creo justo que ignoren quién les hace un beneficio tan grande, señor D. Jacinto.

=Es que á mí no me gusta...

=Mi hijo tiene razon, señor mayordomo. Las buenas acciones deben publicarse para que sepa el mundo quién las hace, y el que las recibe á quién debe agradecérselas.

=Pues entonces, me veré precisado á no hacer lo que deseo.

=Oh.! Pero por qué.?

=Porque ustedes se empeñan en publicarlo; y esto es lo que yo no quiero, pues me contento solo con hacerlo.

=Pero señor D. Jacinto...

=No hablemos ya de eso,—dijo el mayordomo finjiendo disgusto, y esperando que Ignacio y su madre insistieran.

=Oh.!—dijo la señora.—Si la publicacion del beneficio puede impedirlo, yo le ofrezco á usted que nadie lo sabrá.

=Y yo lo mismo, señor D. Jacinto,—dijo Ignacio con el tono de la súplica mas vehemente.

=En ese caso.. Pero me juran ustedes que no lo sabrán.?

=Sí, sí;—dijeron prontamente Ignacio y la señora.

=Y me jura usted,—añadió el mayordomo dirijiéndose al jóven,—que ni siquiera se aparecerá usted en esa casa.?

=Sí señor.

=Entonces tráigame usted los recibos y yo le daré el dinero mañana, ó esta misma noche, si quiere usted.

=Cuando usted guste, señor D. Jacinto.

Ignacio se levantó y fué á traer los recibos.

D. Jacinto se salió con lo que intentaba.

Como recordarán los lectores, la posesion de esos recibos era el primer paso para la perdicion de María; y la casualidad, que entra por mucho en los sucesos de la vida, hizo que Ignacio fuera el cobrador de la casa que habitaba la morenita, reuniendo de este modo á dos víctimas de un solo golpe.

Durante la conversacion, Antonia habia permanecido fria espectadora de lo que pasaba; y la oficiosidad caritativa del mayordomo, no hacia mas que aumentar el odio que le profesaba.

Pocos minutos despues salió Ignacio con unos papeles en la mano.

=Aquí tiene usted los recibos, señor D. Jacinto.

=A ver, á ver.. sí, esto es..—"Doña Dolores Villablanca.. "veinte pesos de renta por la accesoria letra ***..."—Pobre señora.! Con cuántos apuros luchará para poder pagar esta mesada.!

=Pero felizmente,—dijo la señora,—han encontrado una persona compasiva que les evitará esos apuros.

=Oh.! Lo haré con mucho gusto.. Yo no puedo ver con serenidad esas miserias.. y no concibo cómo hay jentes que las vean sin socorrerlas.. Si vieran ustedes cuánto placer siento en hacer bien á mis semejantes.! Y no crean ustedes que lo hago por gracia, sino por cumplir con los preceptos de la relijion de Jesucristo.

=Pero no todos cumplen con esos preceptos, y el que lo hace así, es digno de las bendiciones de la humanidad.

=Gracias, señora, gracias.. Dejemos esto.. Mañana, cuando volvamos de misa, le daré á usted los cuarenta pesos de estos dos recibos, y en lo de adelante ya sabe usted que yo soy el que pago la casa que habita la señora Villablanca; de suerte, que ya quedamos en que nadie sabrá esto, y que usted ni siquiera se aparecerá por la casa.

=Sí, sí señor. Pierda usted cuidado.. se lo he prometido á usted, y cumpliré esactamente mi promesa.

=Y yo lo mismo, señor D. Jacinto,—dijo la señora.

=Confio en ustedes, porque unas personas tan buenas y cristianas, no pueden engañar á quien se fia de ellas.

Felizmente para el mayordomo, la familia con quien trataba era una de esas que en efecto cumplen sus promesas, así es,

que podia tener entera confianza en que todo quedaria en el mas profundo secreto.

Despues de lo que acabamos de referir, D. Jacinto siguió su lectura y los demas le escuchaban sin perder una sílaba, hasta que el sonido de la campanilla del porton vino á llamarles la atencion.

Ignacio fué á abrir, y despues volvió diciendo á D. Jacinto que lo enviaban á llamar de su casa, porque un sujeto le esperaba y deseaba verlo con muchísima precision.

El mayordomo se despidió de la visita, pasó á su vivienda y fué al gabinete en el que se hallaba Simon.

=Buenas noches, hijo mio. De qué madriguera vienes.?

=De allí enfrente.

=Ola, ola.! Con que sigues con tu tema, eh.? Sabes que Antonia es efectivamente muy bonita, gazmoño del infierno.?

=Pues qué, la conoces.?

=Sí; esta mañana que salí la ví en el corredor.

=Y qué te pareció.?

=Lo que me parece es, que esa muchacha vá á ponerte las peras á veinticinco.. Pero dejemos de hablar de tonterías. Oye, hijo del diablo; el abogado Rodriguez ya está en el otro barrio.

=De veras.?

=Y en la cartera que llevaba he encontrado esta carta.

Jacinto tomó el papel y lo leyó.

=Qué te parece, buen hombre.?

=Que por casualidad me he salvado.

=Me alegro. Ahora, necesito que hagas una cosa.

=Y yo quiero que tú hagas otra.

=Hombre, hombre; y cuál es.?

=Me precisa un veneno seguro, aunque no muy activo.

=Bueno, bueno. Ya buscaremos eso.

=Es, que me precisa.

=Para cuándo.?

=A mas tardar, para el juéves.

=Bueno, el juéves te daré.. unos *polvos para las moscas.*

=Acaso crees que quiero matar moscas.?

=Eres un bárbaro.! Los *polvos para las moscas* sirven para matar á las jentes, porque son el óxido negro de arsénico.

=Ah.! Eso es otra cosa. Y tú qué es lo que quieres.?

=Un papel de fianza.

=Para quién.?

=Para una cocinera.

=Cómo se llama.?

=No sé. Deja el nombre en blanco.

El mayordomo estendió la responsiva y se la dió á Simon.

=Gracias, hijo mio. Ahora, hasta el juéves.

=Adios Simon. No te olvides del fraile.

=No tengas cuidado.

=Ni tampoco del veneno.

=Ni tú de oír misa.

Simon salió de casa de D. Jacinto, y éste se dispuso á dormir.





XXI.

LOS HORMIGUITAS.

Simon dió vuelta por la calle de la Victoria, y pocos minutos despues llamó al zaguan de casa de la campanita.

Como ya eran cerca de las once, el Tiñoso tuvo que esperar mas de un cuarto de hora para que le respondieran, y otro tanto para que la *comadre* que servia de portera, se decidiera á abrir la puerta despues de reconocer al que tocaba.

El Hombre-Mómia subió prontamente al piso alto; y despues de esperar algunos instantes, logró que le abrieran el porton, y se introdujo hasta la recámara de Gerarda, la que se hallaba durmiendo encima de un blando lecho de plumas.

=Eh.! Despierta, basura de la cárcel.! Reniego.! Parece que es hora de dormir cuando yo te necesito.! Por vida.!

La campana abrió lentamente los ojos, bostezó con la mayor calma, y se quedó mirando fijamente al Hombre-Mómia.

=Qué me miras, condenada.? Crees acaso que soy un demonio y que vengo á llevarte en cuerpo y alma.? Tranquilízáte, hija mia; soy Simon el Tiñoso, y vengo á hacerte una visita.

=Qué hora es, hijo mio.?

=Las once y cuarto. Lo que no me hace maldita la gracia, porque tengo que ir al Puente del Pipis, y la noche está muy oscura.

=Ya; y te pueden robar por el camino, no es verdad.?

=Déjate de chanzas, y escúchame.

=Vamos, ya oigo; pero sabes que no me parece muy consecuente, eso de venir á despertar á una á deshora de la noche..?

=Y qué diablos.? Cuando alguna cosa precisa, se hace eso y mucho mas. Ademas, me han tenido media hora golpeando el zaguan.

=De veras.? Pues lo siento.. Pero me dirás qué es lo que se te ofrece.?

=A eso he venido. Necesito una cocinera.

=Para qué parte.?

=Para la calle del Padre Lecuna número 17.

=Qué lejos.!

=No te importa. Calle del Padre Lecuna número 17.. el primer cuarto de la entrada.. á.. diablo.! no recuerdo.. Ah.! sí.. á la derecha, porque el que se halla á la izquierda es el de la casera.

=Oye, hijo mio. Escribe eso en un papelito, porque puede olvidárseme.

=Pero si no traigo lápiz ni papel...

=Vé á la antesala, y encima de la mesita redonda, hay tintero y en que escribir.

Simon salió á la antesala, y poco despues volvió al lado de Gerarda.

=Vamos: aquí tienes el apunte, y el papel de fianza con el nombre en blanco.. Ah.! se me olvidaba. La *comadre* á quien envíes á esa casa, debe decir que va de parte del señor que le echó un escapulario al difunto.

=Está bien. Y con qué objeto va á servir.?

=Con el muy loable de indagar adónde están escondidos los veinte mil pesos que tiene de herencia la muchacha.

=*Buen arroz.!*

=Si se nos logra, no digo que no.

=Por mi parte, te respondo de que *la comadre* será de las mejores.

=Bueno, bueno, ya veremos eso. Con que, adios, hija mia.

=Espérate un poco, Tiñoso del infierno. Ya que veniste, quiero que sepas algunas noticias que te urjen demasiado.

=De veras.?

=Sí. Métete debajo de la cama, y levanta dos ladrillos que están marcados con una raya cada uno.

Simon tomó la luz é hizo lo que le dijo Gerarda.

=Encontraste los ladrillos.?

=Sí.

=Pues levántalos con cuidado y saca el cuaderno que está debajo de ellos.. Ya lo hiciste.?

=Sí.

El bandido salió de debajo de la cama y dió el cuaderno á Gerarda, la que despues de hojearlo se lo devolvió diciéndole:

=Toma y lee.

="La comadre Francisca vino esta tarde á dar parte, de "que el cajoncito negro que estaba en el gabinete de su amo, "ha desaparecido hoy sin que sepa adónde lo han guardado."

=Demonio.!—gritó Simon dando una patada en el suelo. —Esto me sabe á hiel y vinagre.. Reniego.! Parece que respecto de este negocio todo se conjura contra mí, y contra ese pobre de Jacinto.. Y por cierto, que si se nos escapan esos papeles, vamos á dar al traste con todos nuestros proyectos.. Escucha, Gerarda.

=Qué se te ofrece.?

=Cuando veas á *la comadre* Francisca, la dices de mi parte, que si logra indagar adonde han guardado ese cajoncito, la doy cien pesos de gratificacion, sin contar con lo que la dé Jacinto.

=Tanto te interesa saberlo.?

=Mas que la vida.

=Cáspita.! Pues no creía yo que fuera tan urjente...

=Vaya si lo es.! Ya te dije que mas que la vida. Con que no se te vaya á olvidar, y cuando vuelva yo á verte...

=Que debe ser el sábado á las nueve de la noche...

=No, no.. vendré el domingo.. quiero darla un dia mas de plazo, para que haga sus indagaciones.

=Está bien. Pues por ahora, déjame dormir.

=Hasta el domingo, Gerarda.

=Adios, Tiñoso condenado.

Eran las doce de la noche.

Al mismo tiempo que el bandido salia de casa de la campana, los malhechores abandonaron el zaquizamí de la Lagartija, se dirijieron al Puente del Pipis y saltaron en las canoas que les esperaban.

El Enano, que era el jefe de la cuadrilla, se colocó con cinco en la canoa que debia ir por delante; y Macedonio, con los otros cinco, tomó posesion de la otra, conduciendo en ella las reatas y los ganchos.

Colocados de esta manera, dos bandidos de cada canoa se apoderaron de los remos; y un minuto despues, las pequeñas embarcaciones comenzaron á bogar con direccion al centro de la ciudad.

Los malhechores echaron los toldos por vía de precaucion, y los únicos bultos que se veían eran los de los remeros, quienes procurabau hacer el menor ruido posible al clavar los remos en el fondo del canal, para dar impulso á las canoas.

La noche seguia oscura y la lluvia caia sin interrupcion: la luz de los reverberos apenas se reflejaba sobre el agua, enturbiada por las gotas que se desprendian de las nubes, causando un ruido monótono y uniforme.

Las canoas bogaban lentamente, y el silencio que reinaba en ellas era tan profundo, que se las podia creer dos nubes que

rodaban en la superficie del canal, impelidas por una ráfaga de viento.

Despues de media hora de camino, los remeros detuvieron sus embarcaciones en el Puente de la Merced. Macedonio saltó en tierra, entró á la calle de Roldan, y cuando llegó á la mitad se paró en el dintel de una puerta, ocultando el bulto de su cuerpo con la sombra de la mocheta.

El bandido echó una mirada escudriñadora ácia el Puente de la Leña, y viendo la luz del farol del guarda que se proyectaba en las paredes del Puente, dejó el puesto en que se habia colocado, volvió adonde se quedaron las canoas, y saltó en la en que estaba el *capataz.*

=*El brujo está en la esquina,*—dijo al Enano.

=Canario.!—respondió éste.—*Chiflido.!* A tu oficio.

El ladron á quien el Enano llamó *Chiflido,* saltó á tierra, tomó la calle del Puente de la Merced, y dió vuelta por la del Puente de Jesus María.

=Rema, compadre,—dijo Macedonio dirijiéndose al malhechor que guiaba la canoa en que habia venido;—pero pásate á la derecha, á emparejar con ésta.. Sin hacer ruido.. *porque pueden comernos el trigo* (1).

El remero obedeció la órden de Macedonio, y las dos canoas entraron debajo del Puente, en cuyo sitio se mantuvieron mas de media hora.

Al cabo de ese tiempo, se oyeron dos pistoletazos por el rumbo de la calle de la Calavera, é inmediatamente se escuchó repetidas veces el silbido del pito del sereno.

Al notar estos acontecimientos, el Enano y Macedonio se pararon en el bordo de la cabecera de la canoa, recargándose contra la pared del Puente para ocultarse con la sombra.

Esta maniobra la ejecutaron los dos con el objeto de ver si

---

(1) Pueden descubrirnos.

el guarda que estaba en el Puente de la Leña abandonaba su puesto, para acudir adonde el conflicto le llamaba.

Pasaron algunos minutos, y el guarda no se movió.

Se oyeron otros dos pistoletazos por la misma direccion, y los silbidos se multiplicaron cada vez mas repetidos y violentos; pero el sereno del Puente no daba señales de oír nada: esto hizo pensar á los malhechores que acaso estaria durmiendo, lo que efectivamente era muy probable, tanto por lo avanzado de la hora, como por el mal temporal que estaba haciendo.

=Desembarca, Macedonio, y anda á ver si duerme ese *brujo.*

Macedonio saltó de la canoa á la calle y comenzó á andar con mucha precaucion, deslizándose contra la pared como una sombra.

Los silbidos seguian muy repetidos, y se escucharon otros dos pistoletazos.

Macedonio se detuvo á la mitad de la calle, porque oyó el ruido del galope de un caballo, que traía el rumbo de la calle del Colejio de Santos, y que poco tiempo despues desembocó sobre el Puente.

Era un cabo del alumbrado, que atraido por los silbidos de los guardas, se dirijia ácia la parte por donde se oían.

Al llegar encima del Puente detuvo su caballo, y le gritó al sereno.

=Eh.! grandísimo hidepú.! Qué no oye el alboroto que hay por estas calles.? Canario.! Se necesita ser de piedra para no despertar con tanto ruido.. Levántese, y vaya á ver qué es lo que sucede por allí, que todos los guardas se han alborotado mientras él está durmiendo.

El sereno bostezó, se puso en pié; y despues de tomar su farol, echó á andar muy de prisa por la calle de la Alhóndiga, desapareciendo en seguida al llegar á la esquina de la calle de la Alegría.

El cabo se quedó parado un momento, y despues tomó al galope por la calle del Puente de la Leña, dió vuelta por la

calle de Jesus María, luego por la de la Machincuepa, y entró á la de la Alegría.

Cuando hubo pasado lo que hemos dicho, Macedonio silbó de una manera particular, y su silbido le fué contestado por otro que venia de la acera de enfrente.

Entonces Macedonio volvió al Puente de la Merced, y saltó dentro de la canoa.

El Enano dió órden de remar, y las dos canoas salieron de debajo del Puente.

=El Chiflido es un buen *mañoso,*—dijo el Enano.—Ha alborotado bien á los *brujos..* Ahora falta que lo *cojan* y lo lleven *con los otros.*

=Puede que no,—contestó Macedonio.—Es un buen *lince,* y á la hora de esta debe estar dando muchas vueltas, y haciendo *camotear á los brujos.*

=Como los entretenga hasta que acabemos el *mormollo.!*

=Yo creo que sí. En primer lugar, los *brujos* han de creer que son *ladrones* los que han causado el alboroto; y si sospechan que no es cierto, sino que alguno ha querido *hacerlos jaranos* (1), no descansarán hasta no *jayarlo,* para llevárselo *á donde están los otros* (2).

Al tiempo que acabó de hablar Macedonio, llegaron las canoas al pié del balcon de la casa núm. 2 de la calle de Roldan.

El Enano mandó hacer alto, se desató un cordel que llevaba ceñido en la cintura, ató un gancho á uno de sus cabos, y lo arrojó al balcon.

El gancho se afianzó en el barandal, y el Enano y otros tres bandidos se colgaron de la cuerda, para saber si resistiria el peso de sus cuerpos.

Hecha esta esperiencia, y satisfechos de que el cordel era bastante fuerte, se dispusieron á ejecutar su maniobra.

---

(1) Burlarse de ellos.

(2) A la cárcel.

El Enano, que era el *capataz*, debia subir primero que ninguno, despues subiria Macedonio, y luego otros seis malhechores, quedándose tres en las canoas, para recibir los efectos que el capataz y sus compañeros debian echar por el balcon.

Tomadas estas disposiciones, asió el Enano el cabo de la cuerda, se quitó el sombrero y esclamó en voz alta:

=*Ah.! Señor del Buen Despacho.! Tu misa y tu vela.!*

Y lijero como un gato, se trepó por la cuerda y llegó al balcon.

Macedonio siguió al *capataz* haciendo como él la promesa é invocacion que hemos dicho, y los demas malhechores imitaron el ejemplo de Macedonio.

Solo uno, el último de los que debian subir, se quedó indeciso teniendo en la mano el cabo de la cuerda, hasta que el Enano no pudo menos de decirle:

=A qué horas subes, Bríjido.?

=Ya voy, hombre, ya voy.

=Es, que si no subes, que suba otro.

=Eso sí que no,—contestó Bríjido.—Ya voy á subir.

Dichas estas palabras, se quitó el sombrero, se puso de rodillas y esclamó:

=*Ah, María Santísima de la Soledad de Santa Cruz.! Cúbreme con tu manto, y te ofrezco tu vela y tu misa.!*

Hé aquí el mas horrendo de los resultados que trae consigo la depravacion.. El mas espantoso de todos los sacrilejios.

Los ladrones, en el momento en que van á violar las leyes de la sociedad; en el instante en que van á hollar el precepto divino que nos manda *no hacer mal á nadie;* en el momento en que van á cometer un crímen contra Dios y contra los hombres; en ese instante, repetimos, invocan la relijion del Crucificado, y se ponen bajo la proteccion de esa Vírjen Purísima, que traspasada de dolor vió caer gota á gota la sangre de su divino Hijo, cuando padecia en la cruz por conquistar la gloria para los hombres.

Puede hallarse mayor impiedad que la que cometen esos protervos.?

NO.

Y habrá quien pueda creer semejantes blasfemias.?

NO.

Pero desgraciadamente ecsisten.

Cuántos miserables habrán invocado la proteccion de Jesucristo, en el momento de ir á robar un templo.?

Esta pregunta nos horroriza y la respuesta nos hiela de espanto.!

El robo, el homicidio, el asesinato, todos estos crímenes tienen su castigo.

La ley, poderosa é inecsorable, ha medido el grado de cada delito, señalando la pena que debe sufrir el que lo comete.

La prision, los trabajos forzados, la horca...

Muy justo, muy santo...

Pero ha encontrado la ley un castigo que imponer á esa befa sangrienta, que hacen los bandidos de la sublime relijion cristiana.?

NO.

Ni creemos que pueda encontrarlo, porque ese castigo ha de ser tan grande, que solo Dios debe imponerlo.

Pero el hombre que ama á su Dios y á sus semejantes, no puede menos de aflijirse hondamente al considerar ese sacrilejio inaudito, que ecsiste en el seno de una sociedad que se llama *cristiana;* y el corazon padece horriblemente á vista de tanta degradacion, de tanto oprobio.

Y en efecto; no es demasiado desgarrador pensar, que esos hombres que recibieron de Dios el fuego que los anima, prostituyan su intelijencia hasta el grado de querer hacer del catolicismo, el *padrino* de sus enormes maldades.?

Que la debilidad humana caiga en el vicio y se encenegue en el crímen, es muy doloroso; pero no es nada estraño, porque la frajilidad del hombre está sujeta á las pasiones; pero

que el criminal quiera hacer de la Razon Divina la protectora de su impunidad, es la mayor burla que puede imajinarse, la mayor impiedad que puede ecsistir...

Eso es añadir la mofa á la profanacion, el escarnio al vicio, el sacrilejio al crímen... el sarcasmo á la blasfemia...

Y como todas las cosas tienen un oríjen primitivo, nosotros hemos buscado el *oríjen* de tanta infamia; y no hemos encontrado otro, mas que la completa desmoralizacion en que se encuentra nuestra sociedad...

Hé aquí las fases de la vida de los hombres de quienes hablamos.

Su niñez es la ignorancia; su juventud el vicio; su edad viril el crímen; su vejez el cadalso.

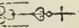
Cuando niños, les dicen que hay un Dios á quien adoren, y ellos le adoran; pero como no les esplican la bondad infinita de la relijion cristiana, esos niños adoran á Dios sin conocer los dogmas sublimes de su fé; le adoran porque se los mandan, sin que el convencimiento íntimo de su conciencia, les infunda en el corazon el amor respetuoso y sagrado que deben profesar al Sér Increado, á quien deben la vida; y si como les dicen que adoren á un Dios invisible, les dijeran que adoraran á un asno, le adorarian, sin preguntar el por qué.

De ahí es, que cuando llegan á la juventud, se olvidan completamente de ese Dios, no acordándose de EL mas que en los conflictos en que se encuentran.

En estos casos, en medio de las querellas que resultan de las francachelas que arman en las tabernas; y cuando feroces como las hienas disputan con el puñal en la mano procurando quitarse la vida los unos á los otros; entonces, decimos, invocan el nombre de Dios en medio de mil desvergüenzas, como si Dios fuera un capitan de bandidos, pronto á defender con el puñal la ecsistencia de un criminal.

Esto es horrendo.!

Y despues, cuando han fraguado algun robo, en el momento



de dar el golpe piden el ausilio de la Divinidad, ofreciéndole alguna donacion, como si la Divinidad fuera *el compadre* que debe abrir la puerta de la casa, con la condicion de tener una parte de lo robado.!

Hay algun nombre bastante infame que dar á semejante crímen.?

NO.

Y, lo repetimos;

La causa de todos esos males, no es mas que la desmoralizacion en que viven las masas.

Si todos esos niños que nacen en la indijencia no se vieran abandonados; si el gobierno, cumpliendo con su verdadera mision tendiera una mano protectora, procurando la ilustracion de esas almas hijas de Dios, en vez de verlas con la indolente apatía con que las vé, probablemente disminuiria el número de esos crímenes que hacen temblar las carnes, y que erizan los cabellos.

Nada hay tan digno de respeto ni tan sagrado como la Divinidad, y esta Divinidad se vé ultrajada por los malhechores en el instante en que van á consumar el crímen.

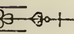
Perversos y prostituidos hasta un grado inesplicable, esos séres precitos piden á la RAZON DIVINA un ausilio en sus maldades, como si la RAZON DIVINA ecsistiera para el mal, como si ellos mandaran á la RAZON DIVINA á quien insultan...

Y despues de esta herejía burlesca y sangrienta, cumplen su obra sacrílega, yendo á depositar sobre el altar del Altísimo las ofrendas que le prometieron, como si Dios los hubiera ayudado en su delito.!

Cuadro terrible de impiedad y de depravacion.!

Pero aun hay todavía otra reflecsion mas dolorosa.

Despues de haber cometido todos los crímenes, y despues de ultrajar tan enormemente á la Divinidad, el bandido que cae en manos de la justicia y que se vé sentenciado á la horca, apela á la bondad de ese Dios á quien insultó, y en medio de sus TEMORES espera su perdon.



No dudamos de la misericordia de Jesucristo; pero nos es dado dudar de los sentimientos del corazon de un malvado.

. . . .

Y para evitar en lo posible todas estas desgracias, no encontramos mas remedio que la instruccion del pueblo; pero esta instruccion debe tener por norma, debe estar fundada en la relijion católica, porque sin esta relijion no podemos concebir la ecsistencia de la moral.

Es preciso que todos los hombres tengan una creencia para poder vivir en sociedad, porque las leyes civiles no bastan para rejirlos, ni para contener el desarrollo funesto del vicio; y ninguna de las innumerables sectas que han inventado los hombres adornándolas con toda la poesía de la imajinacion, tienen la tendencia realmente benéfica, que han querido atribuir á esos delirios que quisieron llamar *relijiones*.

Solo el catolicismo, todo amor, todo caridad, es la sola creencia que está hermanada con el progreso y la libertad de los pueblos; es la unica relijion verdadera revelada por Dios a sus profetas; es la sola moral benéfica y previsora capaz de contener el jérmen del mal, de inspirar el amor al bien, y de vigorizar el espíritu del que padece para detenerlo á la orilla del abismo del crímen, adonde se acerca por su flaqueza y por su debilidad.

Enséñensele al pueblo los dogmas de la fé cristiana, divina en su oríjen, respetable y sagrada en sus misterios; infúndasele en la conciencia *la sencillez y pureza de esos dogmas*, el respeto á la Divinidad, el amor al prójimo y la paciencia en los trabajos; enséñesele á adorar á ese Dios santo y bueno, con la fé del corazon; con el entusiasmo de esa fé purísima que es un homenaje de gratitud que se tributa al Dueño de la vida, al Criador de la tierra; hágasele conocer que su verdadera patria es el cielo, y que los hombres deben amarse y socorrerse los unos á los otros, para hacerse mas soportable el tránsito en este mundo; y despues, cuando sus almas hayan alimentádose

con el pan de la vida, háganseles conocer sus derechos y sus deberes sociales, para que sepan sostener su dignidad, humillándose delante de la Razon Divina, y respetando las leyes civiles como la salvaguardia de sus derechos; y entonces, y *solo entonces,* será cuando disminuyan considerablemente todos esos crímenes que tan lijeramente hemos señalado, y que nos es difícil enumerar;

Entonces no habrá malvados que hagan de la relijion un objeto de escarnio, sino que profesarán al Dios Trino y Uno, todo el respeto, toda la veneracion que le es debida;

Entonces comprenderán, que si quieren vivir tranquilos y dichosos, es necesario que no perturben la tranquilidad de sus hermanos;

Entonces se espantarán al pensamiento del mal, y buscarán ávidamente la satisfaccion del bien;

Entonces... Entonces el jénero humano se acercaria á la felicidad.!

Al escribir la última frase del párrafo anterior, nuestro corazon se ha comprimido, porque nuestra memoria recordó la realidad.

No vivimos, por cierto, en esa sociedad cuya instruccion *cristiana* derrama un manantial inagotable de ventura;

Vivimos en *otra sociedad* cuya depravacion *progresa,* porque su fondo es la desmoralizacion y sus resultados el crímen;

Vivimos en medio de un pueblo prostituido, que ha degradado su intelijencia y que insulta al Ser Supremo con una calma que espanta, con una sangre fria que aterra;

Y vivimos sin la esperanza de ver que se procure remediar ese estado de abyeccion miserable, que confunde á las fieras con los hombres...

Bien conocemos, que el cuadro que acabamos de bosquejar es demasiado desconsolador, y quisiéramos que sus colores fueran menos sombríos; pero advertiremos de antemano, que ese cuadro no es obra de nuestro talento *que nada vale,* sino

que son verdades incontestables que nuestra conciencia nos obliga á referir, sin añadirles nada que pueda encrudecerlas ó disfrazarlas...

Antes de escribir nuestra obra, procuramos indagar, no las costumbres de la clase elevada que son demasiado conocidas, sino los sacrificios de la clase media y los vicios de la clase baja, que necesitan un pronto y eficaz remedio.

. . . .

Bríjido subió al balcon despues de haber pronunciado su invocacion impía, y entonces todos los *golosos* se introdujeron en la casa.

El Enano encendió una vela de cera que llevaba, y seguido de su cuadrilla se puso á registrar todas las piezas, con una escrupulosidad sin igual.

Ninguno de los ladrones hablaba una palabra; y obedeciendo dos de ellos á una seña de su *capataz*, se apoderaron de un baul y le descolgaron por el balcon, valiéndose de dos cordeles para efectuar la operacion.

Los malhechores que estaban en las canoas, recibieron el baul y lo colocaron en el fondo de una de ellas, sin causar el menor ruido.

Esas maniobras se ejecutaron repetidas veces; y cuando la primera canoa estuvo bastante cargada de tercios, bajó Macedonio por el balcon, y acompañado de otro, se puso á conducirla al Puente del Pipis, dejando á los otros dos en la canoa vacía para que la cargaran con el resto del robo.

El Enano continuó dentro de la casa forzando las cerraduras de los roperos; y cuando los dejó completamente vacíos, se bajó por el balcon seguido de los demas *golosos*, se embarcó en la canoa, y mandó á sus remeros que siguieran la direccion de la que les precedia.

No les fué difícil alcanzar la embarcacion de Macedonio, porque iba demasiado cargada, mientras que la del Enano llevaba poco peso.

Entonces las dos siguieron caminando unidas, y los bandidos empuñaron sus pistolas para defenderse, en caso de que la policía los sorprendiera.

Los baules, la ropa, el dinero, y todo cuanto habian robado, lo colocaron en el fondo de las canoas.

Dos de ellos se colocaron en el centro de cada embarcacion, prevenidos para levantar las trampas y hundirse con sus efectos, si por una casualidad llegaban á ser descubiertos; y los demas se despojaron de los pantalones, las chaquetas y los zarapes, para poder escapar del ahogamiento, si llegaban á verse en la necesidad de tomar un baño á esas horas de la noche.

Las canoas siguieron su marcha pausadamente, procurando los conductores hacer el menos ruido posible, y solo se oía el crujido de los remos, y el jemido que causaba el agua, al sentirse cortada por las canoas.

La lluvia disminuia sensiblemente; pero la oscuridad era cada vez mas densa, lo cual servia perfectamente á los malhechores para sus intentos.

Y mientras que éstos caminaban con toda la cautela que ecsijian sus planes, *Chiflido* hacia un gran rodeo para escapar de los guardas; y éstos deseaban descubrir al que habia causado el alboroto.

Chiflido, cumpliendo con el objeto que se propuso, se burlaba de los serenos, haciéndolos ir y venir por el rumbo de la Santísima, silbando de cuando en cuando, y disparando uno que otro tiro en diferentes direcciones. Su ajilidad, su destreza y su instinto malévolo, le ayudaban á evitar el ser hallado por los guardas, en cuyo caso tendria que resignarse mal de su grado, á recibir una buena cantidad de injurias y de cintarazos, sin contar con que indudablemente iria á dormir á la Diputacion.

Pero los pobres veladores de la ciudad, reunidos en número de seis ú ocho, se desesperaban en vano por encontrar al que se burlaba de ellos, pues éste, ájil como un saltapared, se es-

capaba de todos los lazos que la casualidad le tendia para que cayera en manos de sus perseguidores, hasta que por fin, cansado ya, y temiendo no poder escapar, disparó un último tiro, dió algunos silbidos mas, y tomó las de Villadiego.

Eran las tres de la mañana cuando el Enano y sus *golosos* llegaron al Puente del Pipis.

La lluvia habia cesado.

El Enano desembarcó, y al tocar en tierra tropezó con el cuerpo de un hombre, y no pudo menos de retroceder.

=Qué te sucede, Enano.?—le preguntó Macedonio.

=Nada, hombre, sino que.. Quién demonios es éste que está acostado en el lodo.? Habrás visto.? Si será necesario *completarlo.?*

Macedonio desembarcó, y mas resuelto que el Enano, se puso á despertar al hombre que dormia.

=Eh.! Amigo.! Qué ha venido á hacer por aquí.?

=Déjeme dormir, *vale.?*—contestó el hombre con voz soñolienta.

=Ola.!—dijo el Enano.—Levántate, *Chiflido.* Estás acostado encima del agua y puede hacerte daño.

Chiflido, pues era él, se puso en pié bostezando, y el Enano le preguntó:

=Cómo te fué en el negocio, hijo mio.?

=Mal.

=Mal.! Por qué.?

=Porque estoy muy cansado.

=Nada mas por eso.?

=Nada mas.

=Entonces, ya se te quitará el cansancio con que duermas mañana todo el dia. Por ahora vamos á llevar el *mormollo* á casa de la Lagartija, porque *ya mero* amanece.

Cerca de media hora emplearon los bandidos en desembarcar los efectos que acababan de robar; y cuando hubieron con-

cluido, cada uno de ellos tomó su carga, y se dirijieron al zaquizamí de la Lagartija.

El Enano llamó á la puerta; y la vieja, que estaba sentada cerca del brasero, refunfuñó una maldicion, y fué á correr el pasador.

Cuando entraron los *golosos,* estaba Simon durmiendo sentado en una silla, y Pascuala dormia en el mismo rincon en que se habia quedado.

Al ruido que hicieron los bandidos al descargar los tercios, despertó Simon, quien colérico porque le quitaban el sueño, lanzó una maldicion.

=Ca...nario.! Reniego del que me ha despertado.!

=Yo soy, tio Simon, soy yo,—dijo el Enano.

=Ah.! Eres tú, pedazo de demonio.?

=Ya lo ves, Tiñosito.

=Y cómo te fué en el *mormollo,* hijo mio.?

=Bien, tio Simon.

=Ola, ola.!—dijo el Tiñoso, echando una mirada á los bultos que estaban amontonados en el cuarto.—Ola, ola.! Parece que la cosecha ha estado bastante buena, no es verdad, hijo mio.?

=Ya se vé que sí. Doce tercios de jéneros, mucha ropa hecha y algunas talegas de pesos. Qué te parece.?

=Magnífico.! Y el susto, qué tal.?

=Ninguno. Una poca de malaobra, porque el *brujo* del Puente de la Leña estaba en su puesto, lo que obligó al pobre de Chiflido á que fuera á desempeñar su oficio.

=Y qué tal lo hiciste, hijo mio.?—preguntó Simon á Chiflido.

=Alboroté bien la *jicotera.* Me fuí hasta la calle de las Calaveras, y tiré seis pistoletazos.. A poco rato andaban por allí una porcion de *brujos* buscando de adónde venia el ruido, y me costó mucho trabajo poder escaparme de ellos.. Tuve que ir á rodear hasta la Santísima, y despues me vine por San

Pablo hasta el Puente del Pipis.. y como venia yo tan cansado, me acosté á la orilla de la acequia, á esperar á los amigos.

=Eres un guapo muchacho, y has ganado bien la parte que te toca del *mormollo*.. No es verdad, Enano.?

=Ya se vé que sí. Pero oiga usted, tio Simon: lo que es ahora, ya me muero de sueño, y tambien el pobre de Chiflido necesita descansar.. Con que, á dormir todo el mundo.. Mañana repartiremos el *mormollo*.. Hasta mañana, muchachos.

=Hasta mañana, capataz. Hasta mañana, tio Simon,—respondieron los *golosos*.

Y poco tiempo despues todos estaban durmiendo.



XXII.

EL HORMIGUERO.

Eran las doce del dia cuando despertaron los malhechores.

La primera operacion que hicieron, fué conducir á la última pieza del zaquizamí, todos los efectos que habian robado la noche anterior; y despues se pusieron á almorzar las *tortillas enchiladas, leche y pulque,* que les habia preparado la Lagartija ayudada por Pascuala.

Esta última se colocó al lado de su *amasio,* quien tomó en brazos á su hijo, y le hizo comer algunas sopas de aquel guisado *picante,* dándole á fuerza algunos tragos de pulque.

El inocente lloraba, porque la fuerza irritante del chile le causaba ardores inauditos en la boca, y el Enano le pegaba de pescozones á cada grito que daba.

=Hombre, hombre, no seas tan malo,—dijo Macedonio al *capataz.*—Cómo quieres que coma tu hijo las tortillas que *pican* tanto..?

=Es que quiero que desde chico sea hombre. Vamos, toma. Bebe pulque.. enséñate desde ahora á lo que has de ha-

cer cuando seas grande... Eh..! No hagas jestos porque te rompo la cabeza..!

=Pero cómo quieres que se beba todo el vaso..?

=Todo se lo ha de beber.. aunque se emborrache.. Bonito yo para querer que mi hijo salga un *jimijiede*.. Vamos, bebe..!

Y llevando el vaso á los labios de la criatura, le llenó la boca de pulque.

El pobre niño quiso gritar, y al esfuerzo que hizo depuso el líquido que le ahogaba; entonces el Enano lo levantó en el aire con ánimo de arrojarlo contra la pared; pero Macedonio se lo quitó de las manos, bastante á tiempo para impedir que se consumara la desgracia.

=Mal rayo.!—gritó el Enano enfurecido.—Para qué me lo quitaste.? Te importa que lo mate yo..?

=Sí; porque es un niño que no se puede defender.

=Es mi hijo..!

=Pues por lo mismo te lo quité.. para que no lo mates.

=Pero no ves que no quiere beber el pulque..?

=Cómo quieres que se beba un vaso..?

=Como quieres que se beba un vaso; y cómo yo me lo bebo.?

=Porque tu eres hombre y el es un niño. Vamos, déjate de *tarugadas* y sigue almorzando, que ya se hace tarde, y quiero recibir lo que me toca del *mormollo,* porque necesito el dinero.

=Hombre, dices bien,—contestó el Enano.—Yo tambien necesito dinero para pasearme; y quiero mi parte de ropa, para vestir á mi hijo y á esta perra de Pascuala.. Lo oyes, Rota.? Voy á darte jéneros para que hagas ropa; pero ya sabes.. con la condicion de que cuides bien á mi hijo, porque de lo contrario...

=Sí, hombre, sí;—contestó Pascuala.—No tengas cuidado.. yo lo trataré con cariño, solamente porque es tu hijo...

=Eso es bueno.!—gritó el Enano.—Eh.! Lagartija.! Dale

un vaso *de monos* (1) á la Rota, para que se caliente el estómago.

La Lagartija llenó el vaso de aguardiente, y Pascuala se lo bebió en el momento, con la misma facilidad con que se hubiera bebido un vaso de agua.

=Mas, Lagartija, mas,—dijo devolviendo el vaso á la vieja.

=Sí, sí; dale mas..—dijo el Enano.—El dia que no se emborracha ésta, no está contenta.. Tráele una libra (2), Lagartija.!

La vieja obedeció, y la Rota se bebió la mitad del aguardiente.

=Caramba.!—dijo Macedonio.—Pareces pipa, Pascuala.

La Rota se sonrió enseñando unos dientes negros como el carbon.

=Qué.!—esclamó el Enano.—Si ésta no bebe.

=Ya se vé que no. *Vacía.*

=Sabes una cosa, Pascuala.?

=Qué cosa, Enano mio.?

=Quisiera yo que fueras á ver á tu familia un dia que estuvieras como ahora. Es decir, que estuvieras *volando* (3).

=No; pues eso no lo haré nunca.

=Por qué.?

=Porque me echarian á palos...

=De veras, Rota.?

=De veras, Macedonio.. ninguno me quiere.. me ven como á una estraña.. y ni siquiera se acuerdan de mí...

=Eso es porque tienen coche.

=Ca.!—dijo Macedonio.—Todas esas son mentiras que nos ha contado la Rota, nada mas *por darse paquete..* pero apuesto lo que quieran, á que su familia no es decente como ella dice, sino...

---

(1) Aguardiente.
(2) Un cuartillo.
(3) Borracha.

=Qué, qué.?—dijo Pascuala.—Que mi familia no es decente.? Oye, Macedonio.. Si estoy en el estado en que me ves, es porque cuando mi padre se casó con su segunda mujer, me quitaron de mi casa.. he sido costurera.. he vivido *arrimada* en muchas partes.. hasta que al fin me volví borracha y mujer mala.. y ahora.. ya lo ves.. el Enano es mi *amasio,* y yo estoy contenta.. ni siquiera me acuerdo de mis hermanos.. tienen coche.. tienen dinero, y.. Lagartija.! dame mas chinguirito.! Pues como te decia.. El Enano es mi amasio, y yo soy la madre de su hijo.. y tambien soy muy mujer, y á mí ningun tal me *ningunea..* porque á cualesquiera le corto la cara.. y á cualesquiera perra que me quiera quitar á mi *piuso,* la he de señalar para toda su vida.. porque yo no soy ninguna *taruga..* y si alguna vez llega á suceder.. que se cuide bien la que sea.. porque si la cojo.. ay.! *no le sobra ni claco vuelto..* Lo oyes, Enano.?

=Sí, sí; ya estás con una *tranca,* que...

=Ay.. Sí, estoy *borracha,* pero estoy contenta.. ay.! Qué gusto tengo.! A ver.. Macedonio, presta á mi muchacho.. quiero darle muchos besos.. préstalo.. préstalo.. ven acá, ven acá.. ay.! qué lindo eres.!

=Ela.!—gritó el Enano.—No lo aprietes tanto, que lo ahogas.!

Efectivamente, Pascuala oprimia al niño entre sus brazos, pero tan fuertemente, que ya lo sofocaba.

El Enano quiso quitárselo, pero ella resistió.

=No.. no..—le dijo.—Déjamelo.. déjamelo.. lo quiero mucho.. ay.! hijo mio.. Quieres beber un poco de *chínguere?* Ay, qué gusto.! ay, qué gusto.!

=Pascuala, no grites tanto, que vas á alborotar el barrio.

=Y qué me importa.? Tengo mucho gusto.. estoy alegre.!

=Estás muy *briaga* (1).

(1) Borracha.

=Es verdad; pero eso á ninguno le importa. Tia Lagartija.! Mas *chinguirito*.. que voy á darle de beber á mi hijo.!

=Eso no,—dijo el Enano.—Eso sí que no.. bebe tú cuanto quieras, pero no le dés al muchacho, porque lo vas á ahogar.

=Pues no querias matarlo tú.?

=Sí; pero porque no sabia lo que iba á hacer.. Vamos, vamos.. deja á mi hijo; y bébete, si quieres, todo el aguardiente de la Lagartija.

=No te enojes.. no te enojes.. toma á tu hijo.. yo seguiré bebiendo mi aguardiente sin convidarle á ninguno.. Ay.! Qué gusto tengo.!

El Enano cojió al niño, y la Lagartija llevó á Pascuala otro cuartillo de aguardiente.

La Rota apuró el vaso, y quiso ponerse en pié; pero como estaba tan borracha, cayó al suelo al intentarlo.

=A ver si te rompes la cabeza, endiablada.!

=No le hace.. aunque me mate.. tengo mucho gusto,—respondió la Rota, palmoteando y poniéndose á cantar al mismo tiempo.

=De veras tienes gusto, Rota.?—preguntó Macedonio.

=Ay.! Si estoy que me vuelvo loca.! Oye, oye..—añadió Pascuala apoyando su cuerpo sobre el brazo derecho.—Oye.. anda á traer la *jaranita*, y tócame un *jarabe*, que quiero bailar.

=Pero si te estás cayendo, ¿cómo quieres...

=No le hace.. ya te dije que aunque me mate.. no quieres ir.? Pues bueno.. yo cantaré y bailaré, no necesito de tí...

=Te vas á matar, condenada..!—dijo el Enano.

Pascuala no hizo caso de lo que la decia su querido, y quiso pararse otra vez; pero volvió á caer en tierra, porque estaba mas borracha que el mismo aguardiente que habia tomado.

=No te lo dije, Pascuala..?

=No te importa,—contestó la Rota.—Yo me he de parar á bailar porque tengo mucho gusto.! Ahora verás.. ahora verás

como me paro.. y como bailo hasta que me canse.. ay.! ay.! qué gusto..!

Arrastrándose como un reptil, se acercó á una de las paredes; y apoyando sus manos en las hendeduras de los adobes, logró ponerse en pié.

La criatura no podia estar mas asquerosa.

Sus ropas estaban sucias del lodo que recojió del piso, sus cabellos estaban alborotados; y su cara, espantosamente abotagada y puerca de chile y de otra cosa peor, revelaba todas las señales del embrutecimiento.

Su respiracion era tan trabajosa como pestífera, y de su boca corria una baba espesa, que despedia un hedor imposible de soportar.

Ya que se hubo parado, permaneció un momento con las manos metidas entre las rendijas de la pared y con la cabeza echada ácia atras.

Sus párpados estaban medio cerrados; al derredor de sus ojos se dibujaba un círculo amoratado, y se escapaban de su pecho unos jemidos sordos y comprimidos.

=Pascuala.! Pascuala.!—gritó el Enano.—Te vas á matar..!

La Rota, aunque apenas oyó lo que la decian, hizo un movimiento para mirar al que la hablaba, y cayó á plomo en el suelo.

=Te lo dije, maldecida..!

=Aguardiente.. tia Lagartija.. quiero aguardiente...—dijo Pascuala.

=Qué aguardiente, ni qué alcachofas,—esclamó el Enano. —Qué, no ves el estado en que te has puesto con tanto beber..?

=Mas que me muera.. quiero aguardiente.!—gritó Pascuala.

=Dáselo, dáselo, Lagartija.. A ver si se muere y me libro de ella.

La vieja obedeció; y la Rota, apoyándose con trabajo en su brazo izquierdo, pudo apurar ávidamente el líquido del vaso.

Entonces pasó en ella una cosa estraordinaria.

Sus fuerzas, debilitadas por la fermentacion del aguardiente, se reanimaron cuando tomó el último vaso, se puso en pié con algun trabajo y comenzó á bailar y á cantar.

=Bravo.! Bravo.! Hasta que te saliste con la tuya.

=Ay..!—dijo Pascuala,—estoy muy alegre, Enano mio... muy alegre...

"Estoy que me vuelvo loca...
"que me muero de contento...
"me encontré unos pantalones...
"ay, qué gusto que tengo.! Ay..!

=Sigue.. sigue cantando, Pascuala..!

Pascuala siguió su danza sin hacer caso de lo que hablaban; y en medio de su embriaguez, usaba las posturas mas impúdicas que pueden imajinarse.

Las desvergüenzas, las maldiciones, las blasfemias y los versos mas obscenos, se atropellaban para salir de la boca de aquella mujer, á quien un vicio repugnante confundia con las bestias; y los malhechores que la miraban, aplaudian furiosamente cada una de sus palabras y cada una de sus posturas..

Ella ni veía ni sentia; nada mas obraba.

Por fin, se fueron agotando sus fuerzas; y en un brinco que dió para hacer una mudanza del *jarabe*, se bamboleó contra la pared y cayó en tierra, haciéndose una rotura en la cabeza, por la que corrió un chorro de sangre.

=Ahora sí se molió los huesos,—dijo Macedonio.

=Era fuerza,—respondió el Enano.—Está muy borracha, y con esos brincos que estuvo dando.. Lo que siento es que me ha dejado en brazos á este muchacho, y nos va á hacer mala obra.. Mal rayo la parta..!

=Hombre, hombre; no la maldigas, que es la madre de tu hijo.

=Qué madre ni qué demonios.! Pues bonita está la madre que deja al niño por el aguardiente.! Reniego de todos

los diablos.! Ya no veo las horas de que crezca este muchacho, para que no me estorbe.

=Y qué harás de él cuando sea grande..?

=Primero un *nene,* y despues un *mañoso.*

=Eso sí.! Creí que lo ibas á enseñar á *roto.*

=Dios me libre.! Ya sabes que no puedo ver á esa jente.. No; mi hijo será un ladron, y de los buenos; para eso que yo seré su maestro.

Dejamos á los lectores la libertad de reflecsionar profundamente sobre las palabras del bandido.

Parece increible que un padre tenga proyectos tan infernales respecto de la suerte de su hijo; pero entre esa jente sin Dios y sin ley; entre esa jente corrompida hasta el esceso, es en donde se encuentran esos monstruos desnaturalizados, que condenan á sus hijos á vivir del crímen y para el crímen.

Y esto es preciso.

Como que los padres están prostituidos, los hijos heredan su depravacion; y desde su nacimiento parecen unos séres destinados á vivir en guerra abierta con la sociedad.

Porque, qué educacion ha de dar un malvado á sus hijos, si no es el ejemplo pernicioso de sus costumbres y sus maldades.?

Y qué otro resultado puede producir semejante ejemplo, sino la corrupcion del hijo, á quien se acostumbra á ver sin inmutarse el espectáculo repugnante de los delitos..?

De ahí es que el hijo del malvado debe ser malvado, porque lo único que vé todos los dias es la perpetracion de los crímenes; y porque el padre contribuye á echar en el corazon del hijo el jérmen del mal, ya dejándole vivir en el abandono, ya asociándole á sus infamias.

Cuando el hijo de un bandido ha llegado á cierta edad, le emplean los malhechores en el oficio de *nene* ó *trompito,* poniéndole á servir de criado en ciertas casas determinadas, con el objeto de que les informen de las entradas y salidas, de las

costumbres de la familia, de los individuos de que se compone, y de todo lo que les puede servir para efectuar sus robos.

El desgraciado que desde niño entra en la senda del vicio, desempeñando esas obligaciones criminales, necesariamente debe tomar afecto á esa vida aventurera y ociosa, porque le proporciona pan sin angustias, y dinero y placeres sin trabajo; y como en la tierna edad es cuando se graban mas hondamente las nociones que se quieren inspirar á las criaturas, éstas aprenden fácilmente *el arte del criminal,* que consiste en ser un vago, en hacer todo el mal posible á la sociedad, en vivir gozando del dinero, en adquirir éste sin trabajo, en burlarse de la ley, y en mofar á la relijion...

Y ecsistirá un medio para remediar esto..?

Nos parece que sí, y que ya lo hemos indicado.

La educacion relijiosa y civil de las masas.

Un padre que tema á Dios, no puede prostituir á su hijo; pero el padre que blasfeme del Criador, debe causar la corrupcion de su hijo.

Porque si falta al primero de sus deberes insultando á la Omnipotencia, cómo no ha de olvidar las leyes de la naturaleza, constituyéndose autor de la depravacion del sér á quien dió la vida..?

Esto es indispensable.

Faltando el temor de Dios falta la moral: faltando la moral falta todo en el mundo.

Por eso es por lo que con sentimiento y humillacion de la humanidad, ecsisten en la tierra esos séres desnaturalizados, que, olvidándose de que son padres, prostituyen las almas de sus hijos educándolos en el crímen...

Por eso dia con dia aumentan incesantemente el número de los malvados, y por eso se hunden las sociedades en la noche de la infamia y del olvido. . . . .

Volvamos á los malhechores.

=Conque lo harás un buen *mañoso,* eh..?

=Por supuesto.! Quedaba yo bien con que fuera artesano ó *tinterillo*, para que me olvidara en cuanto se viera con *faldones.!* Nada de eso. Ha de vivir á mi lado, y ha de ser lo que yo he sido.

=Así me gusta, Enano, tú eres un buen *mañoso*.

=Pero sabes una cosa, Macedonio..?

=Cuál, eh..?

=Que ya es muy tarde, y que ese demonio de Simon no parece.

=Siempre nos ha de hacer mala obra ese Tiñoso..!

=Y como sin él no podemos hacer el reparto...

=Eh.! Qué no.! Tomamos cada uno nuestra parte y le guardamos la suya... Ya él sabe que entre nosotros no hay *malas partidas*.

=Sin embargo,—contestó el Enano.—Bueno será esperarlo otro poco de tiempo.. Eh.! Lagartija.! Tambien tu estás durmiendo..?

=No, hijo mio,—respondió la vieja.—Qué cosa se te ofrece.?

=Dános un poco de refino.. y dime, á qué hora se fué Simon..?

=Serian las siete.

=Qué temprano..!

=Y dijo que no se dilataba mucho... no sé por qué no habrá vuelto...

=Mal rayo.!—esclamó el Enano.—Como él no necesita el dinero como nosotros, sino que lo tiene de sobra.. maldito lo que le interesa tenernos aquí hasta las diez de la noche.. Si he sabido esto, desde que volvimos del *mormollo*...

=Pero hombre, haremos lo que te digo,—volvió á decir Macedonio.

=Sabes que ya me voy animando..?

=*Pues sastre.!* Qué te detiene..?

=Este maldito muchacho.

=Dáselo á la Lagartija.. que lo cuide mientras acabamos.

=Dices bien. Toma, Lagartija.. ten ahí á mi hijo.. pero cuidado como le sucede alguna cosa porque te desbarato, entiendes..?

La Lagartija cojió al hijo del Enano, y éste seguido de los demas, entró hasta la última pieza del tugurio.

La primera operacion que hicieron fué repartirse la ropa hecha, que consistia en una porcion de pantalones, calzoncillos, enaguas, túnicos, sábanas, &c.; y despues se pusieron á desenfardar los tercios, los que contenian piezas de bretaña, de estopilla, de terciopelo, paño y otra porcion de jéneros todos nuevos y sin una lacra.

De todos esos efectos hicieron trece partes iguales, decidiendo la suerte quién habia de quedarse con el sobrante, que consistia en un esceso de ropa y de jéneros que no podia repartirse entre los *golosos*.

Concluida esta reparticion, se pusieron á hacer la del dinero, cuya suma ascendia á seis mil y pico de pesos; pero de esta suma apartaron una cuarta parte para la campana, otra para Simon, otra para *el compadre* Plutarco, que tan bien les habia servido; y la otra se la repartieron los *golosos*, con la igualdad mas estricta entre jentes de su jaez.

Entonces cada bandido amontonó contra la pared los efectos que le habian tocado, dejándolos en aquella pieza, seguros de que no habia de haber nadie que los moviera; y en seguida se pusieron á jugar albures ó rentoy, para ocupar el tiempo hasta que llegara Simon.

Mientras tanto, Pascuala habia despertado de su sueño, y se habia sentado en un rincon, entreteniéndose en limpiar la sangre que le salia de la rotura que se hizo en la cabeza; y la Lagartija estaba muy distraida, arrullando al hijo del Enano.

Eras las tres de la tarde.

El sol canicular despedia un calor intenso y no habia ni una nube que manchara el limpio azul del cielo; pero esa serenidad era una de aquellas que presajian siempre la pronta aparicion

de la tempestad, porque el fuego del sol hacia brotar un sudor copioso de las frentes de los que andaban en la calle.

La Rota, despues de que limpió su sangre, quiso ponerse en pié; pero no la dejó el atarantamiento que la habia causado el aguardiente; y desesperada de no poder pararse, se arrojó de cara contra el suelo.

=Pascuala, Pascuala,—dijo la Lagartija.—No te dejes ir de cara, porque te vas á romper las narices.

=Pues si.. si no puedo pararme.!

=Pero cómo has de poder si estás borracha perdida.? Quieres que te dé unas sopas de aceite.?

=No.. lo que quiero es aguardiente.

=Mas aguardiente.! Qué, quieres morirte.?

=Mas aguardiente..! Vieja perra..! Mas aguardiente..! Anda.. anda.. dámelo, aunque me muera..!

=Pero mujer.!

=Dámelo, aunque me lleven los diablos.! Anda.. anda.. que tengo mucho gusto.. ay.! muchísima alegría.!

Y luego siguió cantando:

=“Ay, amigos mios,
“no hay que confiar, ay..!
“porque los *ladrones*
“los pueden robar...

=Dame mas aguardiente, Lagartija.! Quiero mas *chínguere.!*

=Mejor será que sigas cantando.

=Pero me das mas aguardiente.?

=Sí, sí; pero canta mas.

Pascuala siguió su cancion:

=“Son muy *sombreritos,*
“nada se les va,
“y á la pasadita
“*tarán-rin-ran, tarín-ran-ran...*

=Vamos, vamos, no me hagas *taruga*.. Dame mas aguardiente.!

=Mejor será que cantes y no pienses en beber, porque te hace mucho daño.. Vamos, sigue cantando *la pasadita.*

=No.. si no me das de beber.. no canto.. Quiero *chimisturria*..! (1) Y no me *estés haciendo de segunda fila,* porque me paro y te doy de *cuchilladas.. entiendes,* vieja revolcada..?

=Pero si yo no te hago nada, Pascuala,—respondió la Lagartija con una calma admirable.—Lo único que te digo es que cantes y...

=Pero me has de dar aguardiente..?

=No, porque te hace daño.

=Aunque me muera, no te importa..!

=Es que lo hago por tu bien.

=Mal haya quien me vea mi bien.! Dame *chinguirito,* ó ya te lo dije, me paro y te doy de cuchilladas..!

=Pues cántame otro verso.

=No quiero, no quiero.!—gritó Pascuala haciendo por ponerse en pié, y mesándose los cabellos rabiosa por no poder pararse.—No quiero.! Dame aguardiente, ó te mato.!

=Pero si no puedes pararte, cómo me has de matar.?

=No puedo..—dijo la Rota apretando los dientes con cólera y pugnando por levantarse.—No puedo.. ahora lo verás.. pero.. pero, ah.!—gritó con furia la desdichada criatura.—Se me doblan las piernas.. pero yo te alcanzaré.. ahora lo verás, ladrona.. ahora verás como te coso á puñaladas.. ahora lo verás.!

Dichas estas palabras, sacó un puñal que llevaba en la cintura; y se puso á andar á gatas con direccion al lugar en que estaba sentada la Lagartija, quien viendo venir á su contraria, cojió un garrote de encino para defenderse.

Pascuala siguió gateando, y en esta postura parecia mas bien un marrano que camina dentro del lodo, que una mujer racional.

---

(1) Aguardiente.

Su respiracion fétida y estertorosa y la ajitacion incesante de su pecho, no la dejaban avanzar mucho en su camino; y la pesadez de su cabeza, la hacia doblar el pescuezo é inclinar la vista al suelo.

=Allá voy.. Lagartija.. allá voy.. yo te enseñaré á burlarte de mí.. de Pascuala la Rota.. espera, espera.. vieja loca.. ahora verás como te hago tiras.. yo te enseñaré á no darme aguardiente.!

La Lagartija no pudo menos de reirse, porque Pascuala se habia quedado en cuatro piés y no hacia mas que mecerse sin avanzar.

=Te ries.. vieja puerca... ya verás... ya verás...

Y prosiguió cantando:

=“Nosotras las *piusas*
“de los *mañositos,*
“nunca nos dejamos
“romper los hocicos...
“Usamos navajas
“que saben cortar,
“*y á la pasadita*
“*tarán-rin-ran, tarín-ran-ran...*

=Eso es, eso es, canta, canta y no te acuerdes de beber.

=No quiero, no quiero,—replicó Pascuala gruñendo mas bien que hablando.—No quiero, dame aguardiente... quiero *chínguere.!* Quiero emborracharme... *quiero chínguere...* dámelo... dáme... lo... Ay.!

Y haciendo un esfuerzo para pararse, volvió á caer de cara contra el suelo.

=Dios te condene, hija de Satanás..! A que te has aplastado las ternillas.?—dijo Simon entrando á la taberna.

=Está borracha perdida, tio Simon.

=No, no es necesario que lo digas. Adónde está la jente.?

=Allá adentro, tio Tiñoso.

=Qué, ya repartieron el *mormollo.?*

=Creo que sí.. Te estuvieron esperando hasta cerca de las dos, y mirando que no parecias, se fueron á hacer la reparticion.

=Por vida de.! Pero han tenido razon, hija mia. Yo tuve mucho que hacer, y me fué imposible venir pronto...

=Eso mismo les dije yo, y por eso se fueron.

=Bueno, bueno; y no ha venido Manos-Largas.?

=No, hijo mio.

=Pues en cuanto venga, le dices que estoy adentro, eh.?

=Sí, tio Simon; pero mira, antes de que te vayas, arrima á Pascuala á un rincon, porque ahí está estorbando el paso.

Simon acercó á la Rota junto á la pared, y entró á las piezas interiores.

=Buenas tardes, *mañosos.!* Eso es, eso es.. diviértanse, hijos mios, diviértanse. Qué diablos.! Para eso se hizo la vida.

=Buenas tardes, tio Simon,—respondieron en coro los bandidos.

=Adónde diantres te has estado, que nos tuviste esperando.?

=Hombre, he tenido mucho que hacer. Parece que estuvo bueno *el arroz,* no es verdad, hijo mio.?

=Pero *de ley.!*—respondió el Enano.—Mira cuántos jéneros.. mira, mira.. terciopelo, paño, bretañàs y ropa hecha.

=Y el dinero.?

=Seis mil y pico de *grullos* (1). Aquí tienes lo que te toca.. mil quinientos *de ellos..* otros tantos para la *campana,* y...

=Y para la Lagartija.?

=A esa le hemos apartado sesenta y cinco del pico.

=Y para *el compadre* Plutarco.?

=Mil quinientos. Te parece bien.?

=Perfectamente. Eso es obrar con legalidad.

=Con que puedes disponer de tus cosas.. Ahí tienes tus jéneros.. tu dinero y todo.. Llévatelos adonde te dé la gana.

---

(1) Pesos.

=Lo que es el dinero, me lo llevaré; pero todos esos trapos, que los venda Macedonio y que guarde lo que le den por ellos, para repartirlos entre los *compadres* que están en la *Casa de campo* (1).

=Bueno, bueno, tio Simon. Así lo haré.

=Bendito sea Dios que te encuentro, Tiñoso renegado.!—esclamó la *campana* entrando adonde estaban los malhechores. —Te he andado buscando por todos tus arrastraderos, y nada de dar contigo.

=Pero qué diablos andas haciendo por aquí.?

=No te acabo de decir que te buscaba.?

=Y para qué.?

=Para darte aviso de que *el compadre* Plutarco está en la Diputacion.. para que no le dé el aire.

=Diablo, diablo.. y por qué.?

=Por nada, hijo mio, por nada.. El *mormollo* de anoche lo hicieron unos anjelitos que bajaron del cielo, y ya verás que..

=Pero qué, han descubierto algo los *tinterillos*.?—preguntó el Enano.

=No; pero se lo llevaron *por si acaso.*

=Bah.! Eso no vale nada. *El compadre* Plutarco saldrá en libertad.. Para eso que tiene mil quinientos testigos de su inocencia.

=Mil quinientos duros.!

=Sí; y tú tienes otro tanto. Con que carga con ellos, y con los del *compadre*, para que se los mandes á la cárcel.

Gerarda cojió el dinero, salió del zaquizamí, y montó en el coche que la esperaba del otro lado del Puente.

---

(1) La ex-Acordada.



XXIII.

LA NOCHE DEL 31 DE JULIO.

Dejemos trascurrir algunos dias, y prosigamos nuestra narracion en el momento en que el padre Anselmo debia ir á casa del mayordomo.

Las principales calles de la ciudad estaban anegadas y las demas llenas de lodo, porque á las cinco de la tarde cayó un aguacero tan copioso, que impidió al anciano sacerdote concurrir á la cita á la hora convenida.

D. Jacinto le esperaba en su gabinete, decidido á aparentar que cedia á todos sus deseos y á entretenerle hasta despues de la oracion de la noche, para que el Hombre-Mómia pudiera consumar el asesinato que proyectaba; pero como ya habian dado las seis y media de la tarde, el mayordomo creyó que ya no iria, y esto lo incomodó.

En cualesquiera otra circunstancia, hubiera maldecido la hora en que debia verle; mas en la situacion en que se hallaba respecto de Inés, renegaba como un condenado por la casualidad que le arrebataba á su víctima.

Por fin, dudando ya de que fuera, se decidió á pasar á casa de sus vecinas mas temprano de lo que acostumbraba, con el objeto de felicitar á Ignacio, porque aquel dia era el de su cumpleaños; y se disponia á salir de su gabinete, cuando oyó sonar la campanilla del porton.

El ama de llaves corrió el pasador, y el padre Anselmo entró á la antesala.

=Buenas noches, señora,—dijo saludando á D.ª Gervasia.

=Buenas noches, padre mio. Pase vuestra reverencia al gabinete, en donde el señor D. Jacinto le está esperando.

=Mil gracias, señora.

La señora Gervasia tomó una luz y marchó delante del padre Anselmo; abrió la puerta del gabinete, y dejando que el sacerdote pasara por delante, entró en su seguimiento y puso la vela encima de la mesa.

=Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.!—dijo el ama de llaves.

=Por siempre sea alabado y bendito su Santísimo Nombre.! —contestó D. Jacinto.

=Buenas noches, hijo mio.

=Buenas noches, reverendo padre.

El ama de llaves salió del gabinete, y el sacerdote se quedó solo con el hipócrita.

=Ya no esperaba yo á vuestra paternidad.

=Por qué, hijo mio.?

=Como es tan tarde.! Y luego.. las reglas del convento..

=Tiene usted razon, hijo mio; pero como deseo con toda mi alma que el negocio de que tratamos quede definitivamente arreglado, pedí permiso al reverendo guardian de mi órden, para poder entrar algo tarde al cláustro, diciéndole, que un asunto muy urjente, en que se interesaba la honra de Dios y el bien del prójimo, era el motivo que me obligaba á pedirle ese permiso, el cual me concedió, aunque con el precepto de

que antes de las ocho de la noche he de estar en mi aposento. Así es, que no me queda mas que media hora de que poder disponer...

=La que me parece suficiente para lo que tenemos que hablar.

=Por fin, se ha decidido usted ya, hijo mio.?

=Sí, padre mio.

=Y ha reflecsionado usted bien...

=Sí.. He conocido que lo que hice necesita una reparacion, y estoy dispuesto á hacerla.. Vuestra reverencia puede señalar el dia en que hemos de ir á casa de Inés, para pedir el consentimiento de sus padres...

=Y para pedirles perdon.

=Sí, padre mio.. Confieso á vuestra paternidad que me ha costado mucho trabajo resolverme á dar ese paso; pero estoy resignado.. he cometido un pecado, y este pecado necesita un castigo; y para mí no lo hay mas grande, que la vergüenza de confesar una culpa y de implorar el perdon.

=Pero esa vergüenza pasa, hijo mio, y la conciencia se descarga del peso que la oprime...

=Lo sé, padre Anselmo; y por eso es por lo que me he sometido á esa prueba tan dura.. eso es lo que me ha dado valor para decidirme á ir á arrodillarme delante de esos ancianos á quienes ofendí, y delante de la pobre Inés á quien violé.. Sí.. yo impetraré su perdon, y espero que vuestra reverencia levantará su voz en favor de este pecador arrepentido, que quiere reparar todo el mal que desgraciadamente ha causado.

=No lo dude usted, D. Jacinto.. Yo estaré allí para rogar por usted.. Yo persuadiré á esos ancianos á que no nieguen á usted su perdon, y á que consientan en su enlace con Inés.. Espero conseguirlo todo con la ayuda de ese Dios que no abandona á sus criaturas, y que perdona al pecador, cuyo arrepentimiento es verdadero.. Sí, sí; todo lo conseguiremos para la tranquilidad de usted, y el alivio de esa desgraciada

criatura; cuyas lágrimas me conmovieron, cuyos padecimientos me martirizaron.. y.. los dos serán felices.

=Oh.! padre mio.!

=Sí; lo serán.. porque yo creo que usted comprenderá en toda su estension los deberes sagrados que contrae el hombre, cuando se une con la mujer por medio del lazo conyugal. El hombre es el cabeza de la familia, pero la mujer es el corazon; y los dos deben amarse y respetarse para que no se rompa la armonía de esa union, que es la base fundamental de la familia. Ademas, usted tiene otros deberes que cumplir.. usted debe á fuerza de amor y de respeto, curar la herida que hizo en el alma de Inés.. debe usted hacerla olvidar lo pasado.. debe usted rodearla de todas las consideraciones que merece una mujer virtuosa, mucho, muy desgraciada, y que está demasiado poco.. que digo.! muy desgraciada y nada prostituida.. Y.. hijo mio, cuando esa pobre criatura pueda presentarse rehabilitada ante la sociedad, como ahora está arrepentida delante de Dios; cuando el hijo deje de ser el fruto de una falta, y sea el hijo del matrimonio; y cuando la mujer deshonrada se convierta en esposa, y bendiga á Dios por la felicidad de que la haya rodeado; entonces, D. Jacinto, será cuando verdaderamente habrá usted reparado los males que causó; y entonces el corazon de usted, sentirá la dicha indecible del pecador arrepentido y perdonado..!

=Gracias, padre mio.! Yo espero ese dia..!

=Y ese dia llegará, si usted sabe cumplir con sus deberes.. Ese dia llegará, si usted tiene toda la paciencia, toda la resignacion y la fé que se necesitan, para no retroceder en el camino del bien y de la virtud..!

=Sí, sí; la tendré, padre mio.! Me hallo con valor para sufrir todas las pruebas á que me someta Dios, con tal que llegue el dia en que sienta yo mi corazon, henchido de esa felicidad que vuestra reverencia acaba de anunciarme..!

El padre Anselmo se enjugó las lágrimas que el esceso de su ternura hizo brotar de sus ojos; y el mayordomo aparentó hacer lo mismo, para engañar mejor al venerable sacerdote, cuya alma, sencilla y virtuosa, no imajinaba la ecsistencia de unos séres tan malvados como D. Jacinto.

Algun tiempo de silencio se siguó á la última frase del reverendo: los dos personajes se quedaron pensativos; pero el motivo de su ensimismamiento era muy diferente, y formaba un contraste tan sarcástico como despiadado.

El sacerdote estaba pensando en señalar el dia en que él y D. Jacinto debian ir á casa de Inés.

El mayordomo se preguntaba entre sí:

=Habrá venido Simon..?

El pensamiento del sacerdote era el del bien.

El pensamiento del mayordomo envolvía un crímen horroroso.

Por fin, el padre Anselmo fué quien rompió el silencio.

=Conque, hijo mio.—dijo,—Ya he pensado cuando hemos de ir á casa de Inés; y si no tiene usted inconveniente...

=Ninguno, reverendo padre.

=Pues entonces, el sábado le espero á usted en mi convento, antes de las nueve de la mañana, para que me ayude á decir misa, y...

=Y despues vamos á ver á D. Pedro.

=Sí, sí; por ahora, me voy, porque ya deben ser las siete y media, y antes de las ocho tengo que estar en mi celda.. Conque hasta el sábado, hijo mio...

=Hasta el sábado, reverendo padre.

=Dios nuestro Señor quede con usted y conserve su salud.

=Gracias, padre mio.

El sacerdote salió de casa del mayordomo, y cuando llegó á la esquina se quedó parado un momento pensando qué camino seguiría.

Esta suspension dió tiempo á que le vieran dos hombres que estaban parados en la puerta del billar; y cuando el sacerdote se decidió á dar vuelta por la calle de la Victoria, uno de ellos se sentó en el poste de la esquina, y el otro se quedó en el sitio en que se hallaba.

Pasado un instante, este último preguntó al otro:

=Ya se alejó..?

Y al mismo tiempo que hacia esta pregunta llegó D. Jacinto á la esquina, dirijiendo miradas en su derredor, como si buscara alguna cosa.

=Atolondrado..! Aquí estoy.—Dijo el hombre que se habia quedado en la puerta del billar, yendo á colocarse junto al mayordomo.

=El diablo cargue contigo..!—respondió D. Jacinto.—Qué diantres estás haciendo aquí..? No ves que el fraile ya no parece..?

=Vete al infierno y déjame obrar. Oye,—añadió Simon hablando al otro que le acompañaba.—Vámonos de la otra acera para que te diga yo lo que has de hacer; y tú,—dijo al mayordomo,—vete por este lado, y no pierdas de vista á ese monigote que vá delante de tí.

Dichas estas palabras, el Tiñoso y su compañero se fueron á la otra acera, y Jacinto siguió el consejo de Simon.

El padre Anselmo acabó de andar la calle de la Victoria y dió vuelta por la del Hospital Real, sin que Jacinto y sus cómplices dejaran de seguirle á alguna distancia para no perderle de vista.

=Le viste bien..?—Preguntó Simon á su compañero.

=Sí.

=Pues ya te dije... en medio de la plazuela.

=Sabes una cosa, Tiñoso..?

=Cuál..?

=Que me parece muy *garrudo* el fraile.

=Demonio, demonio..! Acaso tienes miedo..?

=No; pero si se defiende, habrá que luchar y pueden sorprendernos.

=Quita allá..! En medio de una plazuela como la de San Fernando, no creo...

=Pero si creo que no va á su convento... No ves qué rumbo ha tomado..?

=Como está la noche oscura, habrá venido á rodear...

=Puede ser... pero siempre...

=Qué..?

=Creo dificil matarlo... por lo que te dije... si se defiende...

=Lo que sucede es que tienes miedo..!—Dijo Simon con impaciencia.

=Te repito que no; pero es probable que grite, y se alborotará el barrio; y como los vecinos quieren tanto á esos frailes, ya verás que bonito escandalito se arma, y ni lo mato ni nada...

=Sabes que tienes razon..? Reniego..! Cómo haremos para que salga bien este estofado..? Y lo peor de todo, es que estoy comprometido con Jacinto... Reniego de él y de todos sus antojos..! Por vida de..!

Simon se quedó meditabundo, lo que no era de buen agüero, porque indudablemente maquinaba alguna maldad.

En este estado anduvieron la calle de San Juan de Letran y entraron á la de Santa Isabel: entonces Simon volvió la vista á todas partes, y aunque se aseguró de que no habia quien le oyera, habló con su compañero en voz muy baja.

Cuando llegaron á la esquina de la Mariscala, el compañero del Hombre-Mómia echó á andar muy de prisa por entre los arcos del acueducto, y Simon fué á juntarse con el mayordomo, que iba detras del venerable sacerdote.

Despues de haber andado las calles de la Mariscala, San Juan de Dios y San Hipólito, el padre Anselmo entró á la plazuela de San Fernando, y Simon y el mayordomo se quedaron parados en la esquina.

La noche estaba oscura y lluviosa, y la soledad y el silencio de aquellos lugares infundian cierto respeto y temor supersticioso.

Eran las ocho.

El padre Anselmo caminaba con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, murmurando una plegaria por las ánimas; y ya habia llegado á la mitad de la plazuela, cuando hirió su oído el quejido de un hombre.

Detúvose de pronto, y se quedó inmóvil buscando con la vista el lugar de donde venia el lamento; pero no viendo á nadie, ni oyendo otro ruido que el muy lijero que producian las gotas de agua al chocar en el suelo, se dispuso á continuar su camino; mas apenas habia dado el primer paso, cuando un nuevo jemido le obligó á detenerse por segunda vez.

Volvió á echar miradas en derredor de sí; pero esta vez fué tan afortunado como la primera.

Entonces resolvió esperar para cerciorarse de si aquellos quejidos eran verdaderos ó solo era una alucinacion: la duda no duró mucho tiempo; un tercer lamento, mas lastimoso que los anteriores, turbó el silencio de aquella soledad; y el padre Anselmo, impelido por su amor á la humanidad, echó á andar con direccion al lugar de donde salian los jemidos.

Pero no halló nada que satisfaciera sus deseos, á pesar de que rejistró bastante con la vista y de que anduvo algunos pasos; é iba ya á retirarse sintiendo no poder socorrer al que se quejaba, cuando un relámpago que brilló en el cielo, le hizo distinguir el bulto de un hombre que estaba arrojado en medio de un charco.

Acercóse á él empeñosamente.

=Qué tiene usted, hijo mio..?

=Me mue...ro... per...don... confes...ion...—respondió el hombre.

=Está usted herido..?

=Sí... sí... un pa...dre... con...fesion..!

=Qué desgracia..! Vamos, hijo mio, confiésese usted... yo soy sacerdote.

=Ay..! Sí... sí... confes...ion confesi...on..!

El padre Anselmo se arrodilló é inclinó el oído á los lábios del hombre, para que éste se confesara...

Pasaron algunos segundos; y de repente, Simon y el mayordomo que se habian quedado en la esquina, escucharon un jemido sordo y lastimero, semejante al que ecshala un moribundo.

=*Consumatum est.*—Dijo Simon.

=*Deo gratias.*—Respondió Jacinto.

Y algunos minutos despues, Manos Largas atravesó la plazuela, y se reunió con el mayordomo y con el Hombre-Mómia.

Los tres pasaron al otro lado de los arcos, entraron al callejon de Sombrereros, y desembocaron por la Rinconada de San Diego.

=Le diste bien, Manos-Largas..?—Preguntó Simon.

=Tan bien que ya no resuella.

=No hizo resistencia..?—Preguntó Jacinto.

=Qué resistencia ni qué berenjenas..! Acaso soy algun *pelele* que no sepa lo que hago..? Vamos, Manos-Largas, cuéntale á éste *cómo lo dormiste.*

=Me acosté en un charco á esperar á que pasara, y cuando le ví llegar, dije un *ay..!* como si me quejara: él se quedó parado, seguramente viendo á todas partes; y cuando ví que se iba á marchar, dí otro grito como el anterior: el monigote volvió á pararse, y yo dije otro *ay..!* mas lastimoso que los otros dos; entonces se puso á buscar quién se quejaba, se acercó á mí, me preguntó qué tenia, y le respondí pidiéndole confesion... Ah..! me preguntó si estaba yo herido, y le contesté que sí, que me moria, que me fuera á buscar un padre: me respondió que él lo era, se *agachó* á confesarme, comencé á contarle cuatro patrañas; y cuando le ví muy atento, le enterré

mi traste *en la mera chapa del alma.* No es esto lo que me dijiste, Simon..?

=Eso es. Qué te parece, gazmoño..?

=Que eres un sábio.

=Pero esa sabiduría es necesario que me la pagues.

=Ah..! Sí.—Cuánto quieres..?

=Hombre... treinta pesos para Manos-Largas. Precio justo. Judas vendió á Jesucristo por treinta dineros.

=Y para tí..?

=Eso lo veremos luego. Conque mañana... no; pasado mañana voy á tu casa por el dinero para dárselo á mi compadre.

=Está bien.... á la hora que quieras.

=Ya lo oyes, Manos-Largas. Pasado mañana nos vemos en casa de la Lagartija. Por ahora, márchate, hijo mio, y que el diablo te cuide.

Manos-Largas entró á la calzada que conduce á la capilla del Calvario; y Simon, acompañado del mayordomo, atravesó toda la plazuela y salieron á la calle de San Juan de Dios.

=Y el veneno..?—Preguntó Jacinto á Simon.

=Aquí lo tienes,—replicó el Tiñoso, dando al mayordomo un frasquito que contenia un líquido.—Está seguro de que es muy bueno.

—Pero no me dijiste que eran polvos..?

=Sí; pero cambié de parecer, porque los polvos pueden conocerse cuando no se revuelven bien en la comida, mientras que con una gota del líquido que te doy...

=Y qué clase de veneno es éste..?

=Cualquier cosa.... Es una preparacion de ácido prúsico y morfina.

=Es muy activo..?

—Vaya si lo es..!

=Hombre... lo siento.

=Por qué..?

=Porque quién sabe si sospecharán...

=Bah..! Si tú los dejas sospechar... Pero escucha, voy á decirte los signos diagnósticos de estos venenos... Pesadez de cabeza; estupor y entorpecimiento; ansias de vomitar poco pronunciadas al principio, pero despues son insoportables; propension al sueño, estado de embriaguez, aspecto abotagado, cara hinchada, párpados entumecidos y ojos lánguidos; pupilas dilatadas y muy poco contractiles; postracion de los músculos; pulso ordinariamente fuerte y lleno en el principio, despues débil, lento, raro, é irregular; en fin, ansiedades precordiales, deposiciones de vientre, convulsiones y *requiescat in pace.* Qué te parece, hijo mio..? Ahora te voy á dar un consejo. Procura que cuando envenenes á alguno, sea cuando haya comido y bebido con esceso.

=Y para qué..?

=Para que cuando le dé el *patatús,* puedas atribuirlo á una fuerte indijestion ó á una conjestion cerebral. Esto es, si no hay médico en la familia que...

=En cuanto á eso no tengo cuidado, porque el hermano de Antonia...

=Ola, ola..! Conque se trata de la familia de esa palomita, eh..? y quién hace primero el viaje, hijo mio..?

=La madre, porque al hermano lo necesito.

=Y cuándo se marcha la vieja..?

=Hombre... lo que acabas de decirme respecto de los venenos, me dá mucho en que pensar... Hoy fué dia del cumpleaños del muchacho, y... sí; el domingo les doy un convite, y entonces... Eso es..! eso es..!

=Y para alejar toda sospecha, me llamas á mí, despues de que esté muerta, se entiende; y yo arreglaré bien ese fregado.

=Cómo..?

=Habilitándome de cirujano; haciendo la inspeccion del cadáver y estendiendo un certificado como se me dé la gana, para engatuzar á la chica y á su hermano.

=Eres un grande hombre, Simon..!

=Lo que sucedió fué que me achaparré. Pero dime, por qué quieres envenenar á la vieja antes que al muchacho..? No sería mejor al reves..?

=No; porque el hermano de Antonia es el cobrador de la casa de María. A propósito.—Toma, toma los recibos;—ya puedes empezar á poner en planta nuestro proyecto. No te olvides de que adoro á la morena..!

=Diablo, diablo..!—dijo Simon tomando los recibos.—Pues si yo soy un grande hombre, tú eres *un gran corazon*... Te caben en él todas las mujeres; y á todas las amas, las adoras, las idolatras, y todas quedan contentas. Reniego..!

Entretenidos en la conversacion llegaron á la esquina de las calles de Santa Clara y San José del Real, en cuyo punto se despidieron.

Simon se fué por la calle de Manrique, y el mayordomo entró á la calle de Tacuba con direccion á la casa de Hipólito.

Cuando llegó á ella, el jóven estaba paseándose en la sala, y una sola luz alumbraba aquella vasta pieza, en la que la madre y el hijo pasaban juntos las noches en mejores tiempos.

=Buenas noches, hijo mio;—dijo el mayordomo.

Hipólito se volvió, y reprimiendo su repugnancia contestó al saludo de su tutor.

=Cómo vá de pesares..?

=Bien,=respondió el jóven con una sonrisa melancólica.

=Le veo á usted muy triste, hijo mio,—prosiguió D. Jacinto.—No carece usted de razon... una madre no se tiene dos veces, y un hijo nunca llora bastante la pérdida de los que le dieron el sér... Pero no debe usted entregarse tanto al pesar... es necesario que se divague un poco el pensamiento de usted, porque si le tiene fijo en la desgracia que acaba de sucederle, vá usted á perder la salud demasiado preciosa para mí, y para todos los que lo conocen y lo aprecian. Ha salido usted de casa..?

=No.

=Y hace tres dias que espiró el duelo..! Vamos, vamos, es necesario que haga usted todo lo posible por distraerse... Se lo repito á usted, hijo mio; si continúa en semejante vida, vá usted á perder la salud que Dios nos manda conservar, y eso, Hipólito, es un pecado... Ademas, vivir así, entregado al dolor, es una especie de desconfianza que se tiene de la promesa que nos ha hecho la Divinidad, de que en la vida eterna volveremos á reunirnos con los séres que nos abandonan en el mundo... y esta desconfianza, hijo mio, es tambien otro pecado...

Hipólito dejaba hablar á D. Jacinto sin mirarle siquiera, y procuraba pensar en la muerte de su madre para olvidar que tenia delante al mayordomo, á quien hemos dicho que odiaba sin saber por qué.

D. Jacinto calló por un momento esperando á que Hipólito le respondiese; pero viendo que no lo hacia, lanzó un suspiro y le dijo:

=Mis muchas ocupaciones no me han permitido venir á ver á usted, y acaso le habrá faltado lo necesario; así es que para evitar que otra vez suceda, le traigo aquí una libranza para que la cobre y con el dinero tenga con que vivir algunos dias. No por eso digo que he de dilatar en volver, tanto mas cuanto que tengo que arreglar con usted, la manera de cumplir con las disposiciones testamentarias de su buena y santa madre; pero de todos modos, bueno es que usted tenga á su disposicion una cantidad, porque se le pueden ofrecer algunas cosas sobresalientes y necesarias, para las que sería preciso que estuviera usted pidiéndome dinero á cada momento, y para evitar á usted esa molestia...

Hablando de este modo, D. Jacinto se habia acercado á la mesa redonda encima de la que estaba la vela; y abriendo su cartera, sacó de ella un papel y volvió adonde estaba Hipólito.

=Tome usted, hijo mio; la semana que entra volveré á ver á usted para que arreglemos los negocios de su casa. Adios; procure usted divagarse..., los hombres no debemos entregar-

nos al dolor... Salga usted á la calle para que se distraiga su pensamiento, y confié usted en Dios, que es el padre de todos los que padecen... Conque, hasta el lúnes.

Hipólito cojió el papel que le daba D. Jacinto, y éste salió de la casa del jóven tomando la direccion de la suya.

En el camino fué recordando los sucesos de aquel dia; y su alma negra y fementida se regocijaba del triunfo que obtuvo con la muerte del sacerdote, y los que esperaba obtener con el veneno que le habia dado Simon, y con los recibos de la renta de la casa de María, que el incauto y crédulo Ignacio le entregó.

La impunidad de los males que habia causado á la desventurada Inés; la posesion de Antonia, con el asesinato de su madre y de su hermano, y la pérdida de María, comprada con su finjida caridad... tales debian ser los espantosos placeres de que podia disfrutar el mayordomo con la muerte del padre Anselmo, con los recibos y con el veneno...

Y estos goces criminales y malditos regocijaban el corazon de aquella hiena, nacida para envilecimiento de la humanidad.

Hasta la hora que era, todo le habia salido á medida de su deseo.

Ningun obstáculo por grande que fuera habia podido detenerle en la carrera de sus maldades; tenía un leal ausiliar en Simon, y un poder invencible en su dinero.

Nada le detenía para gastar su oro, porque sabía por esperiencia que mientras mas gastara mas tendría; como le sucedió cuando tuvo que comprar la muerte del Lic. Rodriguez. Pagó quinientos pesos porque se lo quitaran de en medio; pero esa cantidad le aseguró la gran fortuna de Hipólito, al que trataba de dar un bebedizo para privarlo del juicio, y despojarle de este modo de la facultad de administrar sus bienes.

Y mientras que ese miserable compraba á peso de oro la impunidad de sus maldades; mientras que pagaba á los malhechores enormes cantidades para que le procuraran sus goces;




mientras que obtenia *mas oro* para distribuirlo entre esa multitud prostituida y depravada, habia en los barrios, y aun en el centro de la gran ciudad de México, multitud de séres que no se habian desayunado, ó que habian comido los desechos inmundos que los matanzeros dejan abandonados en el *rastro*..!

Qué cuadro..! qué contraste..!

No es esto una ironía..?

Pero así es la vida, y es forzoso admitirla tal como es...

. . . . . . , ...

Cuando el mayordomo llegó á su casa, el ama de llaves le dijo que la señora de la vivienda interior le habia mandado un recado, suplicándole que tuviera la bondad de ir á cenar á su casa; pues como era el dia del cumpleaños de Ignacio, habia dispuesto un *bocadito* esquisito para obsequiar á su hijo, y quería que el señor D. Jacinto honrara con su asistencia aquella *cena de familia*.

Imposible nos sería dar una idea del gozo que esperimentó el mayordomo al recibir la invitacion; nada mas diremos, que en el momento en que la señora Gervasia acabó de hablar, el malvado llevó la mano al bolsillo en que tenia el frasquito del veneno, y lo apretó con tanto cariño, como si fuera la mano de un amigo muy querido.

Se dispuso para ir á la vivienda interior, decidido á aprovecharse de la primera oportunidad que se le presentara, para envenenar á la madre de Antonia.

Una casualidad que él no había previsto puso á su víctima bajo su mano; y el mayordomo no era hombre que dejaba pasar las casualidades sin aprovecharse de ellas...

Confiado en la fortuna que le protejía tan declaradamente, compuso su fisonomía de la manera hipócrita que le era habitual; y sin que se revelara en ella el menor sobresalto, sin que su cuerpo temblara, ni su voz diera á conocer ningun jénero de duda, subió prontamente la escalera de la casa de Antonia, y tiró con firmeza del cordon de la campanilla.

La madre de Ignacio levantó el pestillo.

=Bendito sea Dios que llegó usted, señor D. Jacinto..! Ya estábamos inquietos por su tardanza; y como hoy no nos hemos visto...

=Ah, señora..! Crea usted que mis muchas ocupaciones son las que me han impedido venir hoy; y aseguro á usted que lo he sentido mucho, porque quería pasar el dia con ustedes, por ser el aniversario del natalicio de nuestro queridísimo Ignacio.

=Pero ya que no ha sido como usted deseaba, espero que tendrá usted la bondad de cenar con nosotros.

=Lo haré con mucho gusto, señora. Y usted,—añadió dirijiéndose á Ignacio.—Venga usted acá, amigo mio, quiero darle un abrazo muy apretado en felicitacion de su cumpleaños. Creo que hoy habrá usted hecho algun acto relijioso, para dar gracias al Todopoderoso porque concedió á usted un año mas de vida, y porque su Divina Majestad le ha dejado acabarlo con felicidad, no es cierto..?

=Sí, señor D. Jacinto,—dijo la señora.—Hoy no tan solo oyó misa, sino que recibió al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

=Muy bien, hijo mio, muy bien. Así deben ser las jentes... Eso es lo que hacen los verdaderos cristianos que aman á su Dios...

. . . .

Media hora despues la familia de Antonia y el mayordomo se pusieron á cenar.



XXIV.

DOS DIAS.

A las seis de la mañana del viérnes 1.° de Agosto, salió el Hombre-Mómia de la accesoria del callejon del Monstruo, y se dirijió apresuradamente al centro de la ciudad.

Caminaba muy de prisa; y en sus facciones se notaba cierta inquietud, bastante estraordinaria en un hombre cuyo carácter estaba demasiado avezado á vencer todas las dificultades, aunque fuera á costa de la sangre de sus semejantes y de la salvacion de su alma.

Pero esto era poco: habíale sucedido otra cosa mas sorprendente que su prisa y su inquietud, y era que no habia podido dormir en toda la noche.

Las últimas noticias que recibió de la Campanita con respecto á la caja de ébano, donde se encontraban las pruebas del asesinato del padre de los Loaza, fueron las que causaron su desasosiego, y las que le privaron del sueño.

Durante aquella noche de vela, Simon habia reflecsionado por la primera vez de su vida; y echando una ojeada á su pasado, temió, tambien por la primera vez, que á pesar de la salvaguardia que tenia contra la muerte en la horca, sus muchos

crímenes podrian hacerla inútil; y por mas que apelara á ella, tal vez no le seria posible evitar que su pescuezo fuera reconocido y apretado por los dedos del verdugo, y con la *mascada* (1) de *Alquisira*.

La consecuencia que el Tiñoso sacó de estas reflecsiones fué, que á todo trance debia apoderarse de esos papeles, ó por lo menos, impedir que los hermanos Loaza hicieran uso de ellos demasiado pronto.

No se le ocultaba que el asesinato de dichos individuos era el medio mas eficaz para evitar la catástrofe; pero para cometer ese asesinato se necesitaba hacerlo de un solo golpe, sin dejar para despues la muerte de ninguno de los dos, y esto presentaba muchas dificultades.

La primera era porque en la calle no podia ser; y la segunda, porque aunque asaltaran la casa con intenciones de robarla y de matar á los Loaza, esto tenia el inconveniente del entresuelo interior, pues no se sabia quiénes eran los que lo habitaban; y para sorprenderlos á todos se necesitaba un número crecido de *mañosos*, lo que no cuadraba á Simon, porque acaso podrian ser descubiertos por las guardias de la casa de Moneda ó del cuartel de Bravos, ó por los celadores de la fábrica, que en ese tiempo se estaba haciendo en la referida casa de Moneda.

Ademas, Simon no estaba bastante instruido de las entradas y salidas de la casa de Luisa, porque la *comadre* no habia concluido de observarlas; de ahí es que este era otro nuevo inconveniente, tan grave como los otros.

Preocupado por estas ideas, el Hombre-Mómia estaba desesperado; y la noche de que hablamos, la pasó revolcándose en su cama, devanándose los sesos, y sin ningun provecho; porque la calentura, consecuencia necesaria del trabajo mental, se habia apoderado de su cerebro impidiéndole discurrir.

(1) Instrumento de fierro con que ahorcan á los criminales en México.

Digustado, y renegando como un precito, se levantó á las cinco de la mañana; y despues de emplear una hora vistiéndose y pensando sin sacar fruto ninguno, salió de su tabuco y echó á andar á la ventura.

Despues de media hora llegó á la Plaza de Armas; y admirándose él mismo de la carrera que llevaba, se quedó parado como si de repente le hubieran clavado en tierra, y se preguntó adónde iba, sin saber qué responderse.

Por fin, siguió andando paso á paso; y cuando llegó á la cruz de piedra que está situada en la esquina del cementerio de Catedral que dá al Empedradillo, se sentó en las gradas de cantería que forman la base del zócalo sobre el que está la cruz, recargó los codos encima de sus rodillas, puso la cara entre las manos, y se quedó inmóvil como los antiguos ídolos de los aztecas.

Eran las seis media.

El sol se levantaba majestuoso y solitario en medio del cielo; y derramando sobre la tierra su manantial de fuego reverberante, hacia recobrar todo su esplendor y su grandeza al magnífico espectáculo de la creacion.

La brisa, dulce y juguetona como un niño, acariciaba las hojas de los árboles; y éstas crujian suavèmente al sentir las caricias del soplo animador.

Algunas señoras atravesaban en todas direcciones la plaza de Armas, y desaparecian bajo las soberbias puertas de la Catedral, donde iban á asistir al santo sacrificio de la misa, para ir despues á dar un paseo á la Alameda.

Otra porcion de señoras y de jóvenes, abandonaban sus hogares, y se dirijian á ese bosque de aspecto risueño é imponente, en el que iban á aspirar el ambiente embalsamado de la rosa; y á gozar del calor de los rayos del sol, templados por la frescura y la sombra de los olmos, de los sauces y de los fresnos, mudos espectadores de los gozos de los amantes tranquilos, y de los dolores de los amantes celosos.

El Hombre-Mómia seguia pensativo; y en esta posicion duró algunos minutos, hasta que en el reloj de Catedral dieron los tres cuartos para las siete.

Entonces levantó la cabeza y miró á todas partes lleno de azoramiento, como un hombre que acaba de despertar.

A este mismo tiempo pasó una jóven alta y flecsible, cubriendo con su sombrilla de raso blanco su seductora cabeza de corte jónico, y acompañada de una criada que, como un perro fiel, seguia las pisadas de su ama.

Esa jóven era Luisa, quien como de costumbre, iba á platicar con su amante á la Alameda.

Si Simon hubiera sido uno de esos pisaverdes enamorados, indudablemente habria seguido á la jóven, quien atravesando de la esquina del cementerio á la boca del portal de Mercaderes, tomó por la primera calle de Plateros.

Pero Simon no era un pisaverde enamorado, ni tampoco mayordomo de monjas, y por eso se mantuvo en su puesto.

Ademas, estaba demasiado preocupado con sus ideas para fijar la atencion en una mujer; de ahí es que no se movió de su lugar.

Despues de algun tiempo se levantó perezosamente, y comenzó á andar con lentitud, sin saber tampoco adónde iba; y siempre cabizbajo y pensativo, atravesó los portales de Mercaderes y de Agustinos, sin echar de ver lo que habia andado hasta que se encontró en la boca-calle de la Palma.

Allí se quedó parado otra vez.

Su fisonomía fué tomando poco á poco una espresion mas tranquila; y despues de algunos segundos de meditacion, echó á andar resueltamente por la calle del Refugio, luego por la del Coliseo Viejo, dió vuelta á la izquierda, entró á la iglesia del Colejio de las Niñas, y se colocó entre las dos puertas, para poder mirar bien á sus anchas á todos los entrantes y salientes.

No duró mucho su situacion espectativa.

Hacia poco tiempo que habia llegado, cuando entró al templo una mujer, cuyo semblante tenia todas las apariencias de la virtud.

Simon le detuvo el paso y la dijo algunas palabras en voz baja.

La mujer se resistió á obedecer á lo que el Tiñoso le mandaba; pero éste, con un ademan imperioso, la obligó á salir de la iglesia.

Por esta vez Gerarda dejó de ser Doña Francisca Velez de dia, para ser *Campana* por la mañana y delante de un altar.

Gerarda salió de la iglesia y tomó el camino de la calle de Ortega; y Simon, adelantándose á ella, llegó á su casa, entró á la antesala y se dejó caer en el sofá, donde la Campana se sentaba á leer sus oraciones.

Durante este tiempo, Gerarda se dirijia lentamente á su habitacion, seguramente para hacer desesperar á Simon, porque la habia hecho interrumpir sus devociones; y el Hombre-Mómia, sentado en el sofá, como hemos dicho, renegaba con la mayor buena fé, de la paciencia de la Campana.

Por fin, esta última llegó al zaguan, subió pausadamente la escalera, y entró tosiendo á la antesala.

=Reniego..!—gritó Simon encolerizado.—Ojalá y te pegara asma ó tísis, para que te llevaran todos los diablos..!

=Y por qué, hijo mio..? Por qué me quieres tanto..?

=Porque me has hecho esperar un cuarto de hora..!

=Ay..! válgame Dios..! Pero sabes por qué te hice aguardar..?

=Por qué, condenada..?

=Porque me has interrumpido mis devociones y mis caridades.

=Mal infierno te queme á tí y á todos tus enfermos..?

=Simon, Simon, no seas hereje..!

=Por la vida y por la muerte..! Deja de sermonearme y escúcha, que por la primera vez de mi vida estoy apurado.

=Hombre, hombre; cuéntame eso que ha de ser divertido.

=Calla y respóndeme. Ha venido la *comadre* Francisca..?

=No.

=Para nada..?

=Para nada.

=Reniego..!

El bandido volvió á ensimismarse, y despues de un momento, dijo:

=Dame los apuntes del otro dia.

Gerarda entró á su recámara, alzó los ladrillos de debajo de su cama, sacó los apuntes y fué á entregárselos á Simon.

Simon tomó los papeles y se puso á leer los que hacian relacion á la casa de la calle de la Moneda.

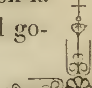
A medida que iba leyendo, su fisonomía tomaba un aspecto torvo y ceñudo; sus lábios temblaban imperceptiblemente, y sus ojos pequeñitos perdian su espresion de malignidad, y se tornaban graves y severos.

Gerarda observaba fijamente al Hombre-Mómia, y arrugaba el entrecejo al ver la seriedad de ese hombre, siempre perverso y superficial.

Y lo miraba, y no creia en aquel cámbio; porque acostumbrada á tratarle contínuamente, conocia muy á fondo su carácter truhanesco y despreocupado, pronto siempre á burlarse de todas las dificultades de la vida, dispuesto al mal por costumbre y por placer; y decidido á perder la ecsistencia en ese juego de manos, en que la sociedad pierde mucho y los criminales ganan mucho mas.

Pero á despecho de la incredulidad de la Campana, el bandido estaba pensativo y hasta triste; y el silencio que reinaba en aquella antesala era tan absoluto, que podia oirse el zumbido de las alas de una mosca.

Simon leia y releia para sí los apuntes de Gerarda, con la misma detencion con que un ajiotista revisa los vales del go-



bierno, los recibos de las viudas y el dinero que le pagan, para devolver algun peso que *solo parezca falso.*

Por fin, despues de haber leido mas de seis veces aquellos renglones, alzó la cabeza, lanzó un suspiro; y cargando el codo sobre la cabecera del sofá y la mejilla sobre la mano, esclamó con voz desfallecida:

=Nada..!

=Pero, *nada* qué..?—preguntó Gerarda.

Simon no respondió y siguió en sus cavilaciones.

El cerebro del bandido irritado por el insomnio, no tenia una sola idea, y la facultad de crear estaba embotada en él; de manera, que el Tiñoso no encontraba una de aquellas resoluciones diabólicas que nosotros le conocemos, y de que tantas veces y con tan buen écsito se habia servido.

Su frente ardia, las arterias de sus sienes crepitaban, sus ojos arrojaban fuego; y sus lábios, delgados y descoloridos, estaban secos, lustrosos y calientes; un temblor nervioso conmovia su cuerpo, y de vez en cuando saltaba sobre su asiento, como un grillo encima de la grama.

=Qué tienes, Simoncito..?—Le preguntó la Campana.

=Nada, nada... es que... Dame un vaso de agua.

Gerarda sirvió al Hombre-Mómia, y éste se tomó la mitad del vaso de agua, y la otra mitad se la vertió en la cabeza, que como de costumbre, la llevaba perfectamente envuelta con su pañuelo de batista blanco.

=Bárbaro..!—dijo Gerarda.—Ya mojaste mi sofá..!

Simon por toda respuesta arrojó el vaso contra el suelo.

=Ya me rompiste un vaso de cristal..!

=Y te haré pedazos la cabeza si me vuelves á hablar mas..!

=Pero, Dios mio..! Qué es lo que tienes..?

=Cállate, te digo..!

Y al decir estas palabras amenazó á Gerarda con el puño.

Gerarda se levantó y corrió hasta el otro estremo de la pieza.

Simon se la quedó mirando fijamente, y despues la dijo:

=Acércate, acércate; ven acá... no he tenido razon en impacientarme contigo; pero estoy muy apurado, y no sé lo que hago.

La Campanita dió un paso hácia el sofá.

=Vamos, vamos, no tengas miedo... te digo que me arrepiento.

Gerarda anduvo otro paso.

=Oh..!—continuó Simon.—No seas rencorosa; acércate.

La Campana avanzó otros dos pasos.

=Por vida de..!—esclamó Simon algo impaciente ya de ver el miedo de la Campanita.—Quieres acercarte y oirme, hija de Satanás..! Cuando te digo que no he tenido razon, y que quiero que me aconsejes..!

=Ah..! Eso es diferente, hijo mio... pero como te *mostraste tan polinario*, creí que tratabas de acabar conmigo.

Y acabó de acercarse y se sentó.

=Escucha,—dijo Simon.—Lo que me tiene apurado es la pérdida de ese cajoncito negro, en el que están unos papeles que á toda costa, entiendes..? que á toda costa me precisa obtener.

=Pero si no se ha perdido. Lo han quitado del gabinete sin que se sepa adónde se lo han llevado.

=Pero el no saber adónde está, es haberlo perdido; y te repito que me precisan los papeles que están guardados en él.

=Y por qué, hijo mio..?

=Por qué..? Porque esos papeles pueden costarnos la cabeza á Jacinto y á mí, querida Campana.

=A tí..!!!—Dijo Gerarda sinceramente admirada, y abriendo unos ojazos mas grandes que la codicia de un avaro.

=Sí, á mí,—dijo sentenciosamente el bandido.

=Me harás favor de esplicarme eso, Simon..?

=Sí; escucha. Pueden costarme la cabeza, porque por el hilo se saca el ovillo; y hay crímenes para los que no bastan las inmunidades.

=Eso será en otra parte; pero en México, que...

=Quién sabe, hija mia..! Y sobre todo, necesito esos papeles.

=Pero cómo los obtendremos..?

=Eso es lo que yo me digo.

Y los dos cómplices se quedaron meditabundos.

Entonces Gerarda tambien se puso séria.

Por ese efecto de mancomunidad que une á ciertas personas, la Campanita habia tomado un verdadero interes en lo que aflijia á aquel hombre dañino y burlesco; y ademas, perdiéndose Simon, era inconcuso que podia perderse ella, pues como el bandido acababa de decirla, por el hilo se saca el ovillo, y entonces, *quién sabe..?*

Al cabo de un gran rato de meditacion, Simon se puso en pié y lanzó un grito de orgullo y de alegría.

El jénio del mal habia triunfado.

Simon volvió á ser Simon.

Gerarda se lo quedó mirando llena de asombro, y viendo su semblante tan alegre, se rió porque le vió reir, y le preguntó con voz festiva:

=Saliste del atolladero..?

=Sí, sí; ya lo encontré, ya lo encontré..!

Y brincaba y bailaba, y gritaba, y se acercaba al sofá, y abrazaba á la Campana, y la besaba, y volvia á su baile y á sus brincos.

=Pero qué encontraste, hombre..?

=El modo de obtener los papeles..!

=Ja, ja, ja, ja, ja..!—hizo Gerarda.

Y;

=Ja, ja, ja, ja, ja..!—hizo Simon al mismo tiempo.

=Vamos, vamos; dime cómo.—Dijo la Campana.

=De una manera muy sencilla. Dame papel y pluma.

Gerarda dió al bandido el tintero y el papel, y Simon se puso á escribir apresuradamente una esquela.

Despues se la entregó á Gerarda, la que cuando acabó de leerla dió una esclamacion de sorpresa.

=Qué te parece eso, querida tia..?

=Que has nacido para condenarte.

=Y tú para ayudarme. Mándale ese papel á la *comadre* Francisca, y díla que haga puntualmente lo que la digo. En cuanto á tí, hija de Belcebud y querida compañera mia; dispon la sala de tu casa, lo mas decente y primorosamente que te sea posible.

=Quedarás bien servido.

=No lo dudo. En cambio, toma este abrazo y este beso, para que recuerdes nuestros mejores tiempos. Ay Gerarda..!

Y Gerarda se dejó abrazar y besar, y despues dijo al bandido.

=Simon, Simon; esos besos y esos abrazos son impúdicos, y mi virtud padece y se ruboriza con tu atrevimiento.

=Sí, sí; haz lo que te digo, porque con moralizar no ganamos nada. Hasta luego, hija mia; voy á ver á mi querido mayordomo para que me habilite.

=Hasta luego, hijo mio. Cuándo nos veremos..?

=Demonio..! Y se me olvidaba decírtelo. Mañana en la noche. De manera que dispones una buena cena, entiendes..?

=Como para una reina. No tengas cuidado.

=Pues hasta mañana en la noche.

=Hasta mañana en la noche.

Un momento despues entró Simon á casa de D. Jacinto.

Llegó al gabinete y le encontró á oscuras, pues la ventana estaba cerrada.

Entonces, creyendo que el mayordomo estaria durmiendo aun, quiso dirijirse á la recámara; pero al dar el primer paso se dió un golpe en el cuadril contra la esquina de la mesa.

La fuerza del dolor le hizo pronunciar un juramento espantoso, al que respondió una voz con toda la espresion de la impaciencia.

=Quién anda ahí..?

=Ah bruto..!—contestó Simon oprimiéndose el cuadril, pujando y haciendo contorsiones.—Solo á tí se te ocurre estar á oscuras... Reniego..!

=Qué te ha sucedido, Simon..?

=Qué te ha sucedido Simon..?—Contestó el Tiñoso remedando á D. Jacinto.—Qué me ha de haber sucedido, sino que por poco me rompo una cadera..? Por qué diablos tienes cerrada la ventana, pedazo de cuadrúpedo..?

=Hombre,—contestó bostezando el mayordomo,—porque como estoy desvelado, me eché á dormir un rato en el sillon. Vamos, anda con cuidado y abre la ventana.

Simon anduvo á tientas; y con miles de trabajos logró llegar á la ventana y la abrió.

=Buenos dias, Simon.

=Buenos dias, hijo mio. Con que te has desvelado, eh..?

=Sí.

=Y adónde..?

=En casa de mis vecinos.

=Ola, ola..! Y haciendo qué..?

=Asistiendo á la madre de Antonia, porque le pegó una fuerte indijestion.

=Demonio..! Conque la despachaste..! Y cómo, santurroncito mio..?

=Me convidó á cenar, y le compuse un vaso de vino. Si vieras qué muecas hacia..!

=Ya, ya lo creo. Por supuesto tú pagarás el entierro, porque como eres tan caritativo...

=Se entiende. Y Antonia me pertenecerá antes de ocho dias.

=Y el hermano..?

=Ya sabes lo que le espera.

=Tan pronto..?

=Sí.

=Eres un bárbaro, Jacinto, eres un bárbaro..! No ves que pueden sospechar...

=No me importa..!

=Bueno, bueno,—dijo Simon con su acostumbrada burla y lijereza.—Supon que matas al muchacho antes de ocho dias, supon que Antonia es tuya; y sabes lo que sucederá con María..? Que muerto el cobrador de su casa, lo sustituirán con otro, que quién sabe si ese otro será mas vivo que éste, y que te quedas sin la morena.

=Simon..!

=Además. Si envenenas al hermano de Antonia, ésta no podrá menos de sospechar que tú tienes parte en su muerte, como acaso sospechará que causaste la de su madre; entonces te delatará á la justicia; entonces te pondrán preso, tal vez á mí tambien, y entonces te quedas sin Antonia y sin María.

=Oh.!—gritó el mayordomo desesperado.—Pero qué hago.?

=Esperar.

=Pero y ese muchacho, y María, y...

=Aguarda, aguarda...

Simon se quedó pensativo; y nosotros le conocemos demasiado, para no calcular que lo que pensaba era una de sus muchas maldades.

=Oye,—continuó algun tiempo despues.—Yo te confeccionaré un tósigo para que envenenes á Ignacio; pero este veneno le dará una muerte lenta, lo llevará insensiblemente al sepulcro, causándole mucha tristeza en todo el tiempo que dure la accion del ingrediente. La muerte, podrá decirse que se la causó el pesar de haber perdido á su madre. Mientras, tendré tiempo para introducirme á casa de María; y cuando haya yo trabado amistad con su familia, no importa que se muera Ignacio; ni tampoco que nombren otro cobrador, porque entonces... entiendes..?

=Sí, sí;—respondió Jacinto que habia estado atento á lo que le decia Simon.

=Pero cuidado con impacientarse, porque todo se lo lleva el diablo. Vamos á otra cosa. Te acuerdas de la carta de Loaza..?

=Sí.

=Y no te parece que debemos apoderarnos de esos papeles.?

=Por supuesto, que nos va la vida.

=Eso es. Pues escucha. Una *comadre* á quien coloqué en casa de Loaza, para que observara las costumbres de la familia, y ver si podia yo hacer un *mormollo*, me dió parte de que vió guardar los papeles en un cajoncito de ébano, que pusieron en el gabinete; pero despues vió que lo quitaron de allí, sin que sepa adónde lo han guardado. Esto me desesperó, me quitó el sueño, y me infundió miedo..!

=Miedo á tí..!!!=dijo asombrado el mayordomo.

=Parece mentira; pero es cierto. El resultado es que he pasado una noche cruel; y que hasta hace un momento, no logré hallar...

=El modo de apoderarte de los papeles..?

=O el de impedir que hagan uso de ellos.

=Y cómo, hombre..?

=Eso yo me lo sé, y tú lo sabrás despues. Por ahora, dame dinero.

=Cuánto quieres..?

=Dame cien pesos, y los treinta de Manos-Largas.

El mayordomo abrió un cajon de su mesa, y dió el dinero á Simon.

=Conque me marcho, hijo mio. Pronto nos veremos.

=Adios, Simon, no olvides mis asuntos.

=Ni tú la prudencia.

Simon salió del gabinete, y cuando llegó al porton se quedó parado y volvió apresuradamente adonde estaba D. Jacinto.

=Qué se te ofrece, Simon..?

=Nada. Vengo á decirte que no se te olvide oír una misa por los difuntos.

Y riendo estrepitosamente, bajó la escalera y salió á la calle.

A las ocho de esa misma noche, el mayordomo, Antonia é Ignacio, arrodillados á los pies del cadáver de la madre de éstos últimos, rezaban devotamente la estacion.

Y á esa misma hora llegó Simon á la esquina de la Diputacion, habló algunas palabras á un cochero que estaba sentado en el poste, y desapareció por la Plaza de Armas.

Al otro dia, á las siete de la mañana paró un coche verde en la puerta del templo del Señor de Santa Teresa; y pocos minutos despues, subió á él una mujer que entró á la calle por la esquina de la Moneda.

Entonces el cochero hizo andar el carruaje, dió vuelta por la calle de la Moneda, atravesó la ciudad y entró á la Alameda por la puerta del Puente de San Francisco.

Allí hizo alto.

Tres hombres que estaban sentados en la grada que está en frente de la puerta, se pararon y subieron al coche; y la mujer que iba en él, se apeó, y despues de haber hablado con Simon, se internó en el bosque.

Caminaba muy de prisa y con aire azorado volviendo la vista á todas partes; y descubriendo lo que buscaba en una de las calles diagonales del lado de Corpus-Christi, avivó mas el paso.

Pasados algunos minutos, se encaró con Luisa y su recamarera.

=Señorita,—dijo con voz asustadiza.—Me ha mandado el amo á buscar á usted, porque acaba de mandar decir la señora de San Leon, que vaya usted allá.

=Mi tía..! Y para qué..?

=No sé; pero creo que la robaron anoche.

=Dios mio..! Pero por qué no vino papá á buscarme..?

=No sé... me dijo que me adelantara yo á avisar á usted, para que luego luego se fuera á casa de su tía. Mandó poner el coche...

=Y veniste en él..?

=No señorita; pero creyendo yo que precisaba hallar á usted, tomé uno del sitio, y le he dejado parado en aquella puerta,—dijo señalando á la del Puente de San Francisco.

=Pues vamos, vamos;—Pobre tía mia..!

Y Luisa, su camarera y la *comadre* echaron á andar.

Cuando llegaron al coche, ya éste estaba vacío; pues Simon y sus dos compañeros solo subieron á él para sacar ciertas cosas; y despues atravesaron apresuradamente la Alameda con direccion al Paseo Nuevo.

Luisa y su criada entraron en el coche; la *comadre* dijo á la jóven que se iba para la calle de la Moneda, y el cochero montó en las mulas; y casi al galope, salió por la puerta de San Hipólito, atravesó la calle, dió vuelta á la izquierda, y se dirijió adonde Simon y sus compañeros lo esperaban.

Luisa no pudo menos de estrañar el rumbo que tomaba el coche; y asomándose por la portezuela, comenzó á hablar al cochero; pero éste se hizo el sordo, y siguió su camino, apresurando el paso al pasar por la primera glorieta del Paseo Nuevo, para evitar que los soldados del cuartel de policía oyeran las voces de la jóven.

Despues de atravesar la glorieta central, hizo alto el cochero en medio de la calzada que desemboca á las garitas de la Piedad y de Chapultepec; y Simon y sus compañeros que le aguardaban, saltaron al coche, amenazaron á las dos mujeres para que no hablaran, las vendaron los ojos y corrieron las persianas.

El coche continuó su camino; torció por la espalda de la Ciudadela, tomó la calle derecha, dió vuelta por la primera del Rastro; y haciendo un rodeo por el Matadero, entró á la plazuela de San Pablo, y poco tiempo despues paró á la puerta de la taberna de la Lagartija.

Simon y sus acompañantes apearon á las dos presas, y las introdujeron hasta la última pieza del zaquizamí, encerrándo-

las en ella; y el Tiñoso ordenó á la Lagartija que ninguno supiera que allí estaban.

Luego los tres bandidos salieron del tugurio, montaron en el coche, y mandaron al cochero que los condujera al Santuario de los Anjeles.

El plan de Simon era éste.

Robando á Luisa, en primer lugar, lograba que los Loaza no se ocuparan mas que de buscarla; y en segundo, podía obtener los documentos en cambio de la boquirubia.

Y el complemento de esta idea, fué que la *comadre* volviera á casa de Luisa, de donde salió esa mañana bajo un pretesto plausible, sin darse por entendida de lo que pasaba, y con el objeto de descubrir el paradero de la caja de ébano.

. . . .

Un poco antes de las nueve de la mañana, llegó un embozado á la puerta del claustro del convento de San Fernando, y dirijiéndose al lego portero, le preguntó:

=Está ahí el padre Anselmo..?

El hermano lego se quedó mirando estúpidamente al desconocido.

=Pregunta usted por el padre Anselmo..?—le dijo asombrado.

—Sí, hermano portero. Por el padre Anselmo de San Fernando.

El lego estiró mas los ojos y respondió.

=Encomiéndele usted á Dios.

=Ha muerto..!—dijo el embozado alargando el pescuezo, y con una espresion en que la sorpresa y el sentimiento se adivinaban.

=No, hermano. Lo mataron.—Respondió el lego.

El desconocido se cubrió el rostro con las manos, y se dejó caer sobre el poyo de piedra que está al lado de la puerta.

Luego preguntó:

=Y cómo fué eso..?

=Lo ignoramos, hermano. Ayer por la mañana le hallamos en la plazuela, traspasado el corazon y lleno de lodo y de sangre.

=Y ya le enterraron..?

=No. Está en la sala *de profundis*, y esta tarde se hacen las ecsequias. Si usted quiere verlo y rezar por su alma...

El desconocido aceptó y pasó á la sala mortuoria.

En efecto, allí estaba el cadáver del relijioso; y á pesar de las huellas de la muerte, en nada se habian alterado la tranquilidad y la benevolencia de sus facciones.

Su muerte no fué la del pecador.

Era el sueño del justo.

El mayordomo, pues era él, se postró delante del féretro, rezó un sudario, besó la orla del hábito y salió del convento.

Cuando acabó de atravesar la plazuela, se puso á reír tan maligna y burlescamente como acostumbraba, y dijo para sí:

=Con esto que acabo de hacer, nadie sospechará que murió por mí.

. . . .

A las cinco de la tarde, al mismo tiempo que las campanas del Panteon de Santa Paula doblaban por el alma de la madre de Antonia, los frailes de San Fernando tributaban los honores fúnebres á los restos del padre Anselmo; y el Enano y sus *mañosos,* encendian sus velas de cera á la Virjen de la Soledad de Santa Cruz, *dándole las gracias porque los sacó con bien del mormollo..!*

QUE SACRILEJIO..!!!!

. . . .

A las ocho de la noche, Simon, Manos-Largas y Jarilla, sacaron á Luisa y á su criada del zaquizamí de la Lagartija; y vendándolas los ojos antes, las subieron en un coche que estaba parado abajo del Puente del Pipis, y dieron órden al cochero para que anduviera.

El último, que habia recibido sus instrucciones, dirijió el carruaje al centro de la ciudad; y despues de dar muchas vueltas y por diversas calles, se detuvo en la puerta de la casa de Gerarda.

Allí se apearon todos y condujeron á las dos mujeres á la sala de la Campanita, desvendándolas los ojos y dejándolas solas y encerradas.

Simon habló algunas palabras con Gerarda; y luego, los tres malhechores salieron de la casa, y se fueron por diversas direcciones, mandándole al cochero que se marchara.

Y cuando Simon y sus compañeros sacaban del hormiguero á Luisa y á su criada, el mayordomo rezaba devotamente por las almas de los difuntos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



CAP.		PAJ.
I.	En la mañana	7
II.	La madre y la hija	31
III.	María	47
IV.	Una seña y mas actores	59
V.	En la noche	77
VI.	El café del Progreso	89
VII.	La Tertulia	103
VIII.	La madre y el hijo	119
IX.	La fonda de los once mil viejos	137
X.	El domingo	149
XI.	Inés	161
XII.	Beneficencia	183
XIII.	Duelo	199
XIV.	El Hombre-Mómia	213
XV.	La Campanita	229
XVI.	Un santo y un diablo	243
XVII.	La pulquería de la Bola	257
XVIII.	La rubia y la morena	275
XIX.	El Puente del Pipis	291
XX.	La vivienda interior	307
XXI.	Los hormiguitas	323
XXII.	El hormiguero	341
XXIII.	La noche del 31 de Julio	357
XXIV.	Dos dias	373

ERRATAS IMPORTANTES.

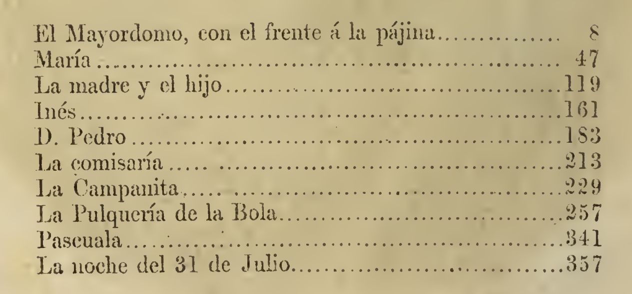
PAJ.	LIN.	DICE.	LEASE.
31	14	izquierda	derecha
31	16	interior;	inferior;
34	3	s objeto, tod o	su objeto, todo
45	15	se le había	se había
70	14	puerta	punta
138	29	*reyenos*	*rellenos*
139	6	bien á verdad	bien es verdad
179	17	hendir	hender
180	27	oprimia	oprime
187	3	creen	crecen
200	28	terminado	jerminado
202	19	consolar	consolarte
229	15	4 º	40
235	22	sicpre	siempre
258	4	de que	que
266	4	previas	precisas
271	4	traba	trataba
302	24	los	las



COLOCACION

DE LAS ESTAMPAS

DEL TOMO PRIMERO.




3 0112 053914542